cool & lam

EL PROFESOR DE GIMNASIA

A. A. FAIR

Donald Lam, ya todos lo saben, no es un gigante, tiene más inteligencia que fuerza física aunque su coraje puede ser la envidia de un león.

Un investigador privado que fácilmente corre el riesgo de llevarse la peor parte de una pelea es un investigador discapacitado, y si es una perla como sabueso que sabe seguir pistas, es una verdadera pena.

Por lo tanto su infalible socia Bertha Cool tuvo una gran idea: Donald tomara clases de lucha japonesa y después será perfecto, pero en el mismo gimnasio donde toma las clases encuentra a un cliente que le dará mucho trabajo, tanto como para tener que dejar las clases de lucha. No más lucha japonesa, pero lucha libre y sin excluir los golpes contra un conjunto de eminentes caballeros para los cuales el chantaje es una actividad de todos los días. Con sus métodos poco ortodoxos, Lam se arriesga a encontrarse en un mar de problemas, sobre todo cuando un hombre es asesinado en circunstancias misteriosas, casi debajo de sus narices.

Por la preocupación la salud de Bertha se pone en riesgo, pero al final todo irá de bien a mejor.

epublibre

A. A. Fair

El profesor de gimnasia

Cool & Lam-3

ePub r1.1
fenikz 21.12.14

Título original: *Gold Comes in Bricks*
A. A. Fair, 1940
Traducción: G. López Hipkiss
Ilustraciones: William George
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

ASHBURY (Alta): Hija del primer matrimonio de Enrique Ashbury.

ASHBURY (Carlota): Segunda esposa de Enrique Ashbury.

ASHBURY (Enrique): Potentado financiero, esposo de Carlota y padre de Alta.

BRAND (Elsie): Secretaria de la Agencia Cool.

CARTER (Bernardo): Propietario de la Compañía Aseguradora de Granjas.

CLARDE (Esther): Muchacha encargada de una tabaquería de hotel y amante de Jed Ringold.

COOL (Berta): Activa propietaria de la Agencia de detectives que lleva su nombre.

CRUMWEATHER (Layton); Abogado de la Compañía anteriormente citada.

DIGGER (Pedro): Minero.

HASHITA: Profesor de lucha *jiu-jitsu*.

HIGHLAND (Tomás): Jugador profesional.

LAM (Donald): Detective, empleado en la Agencia Cool y protagonista de esta novela.

LASSTER (Hampton): Pretendiente de Alta Ashbury.

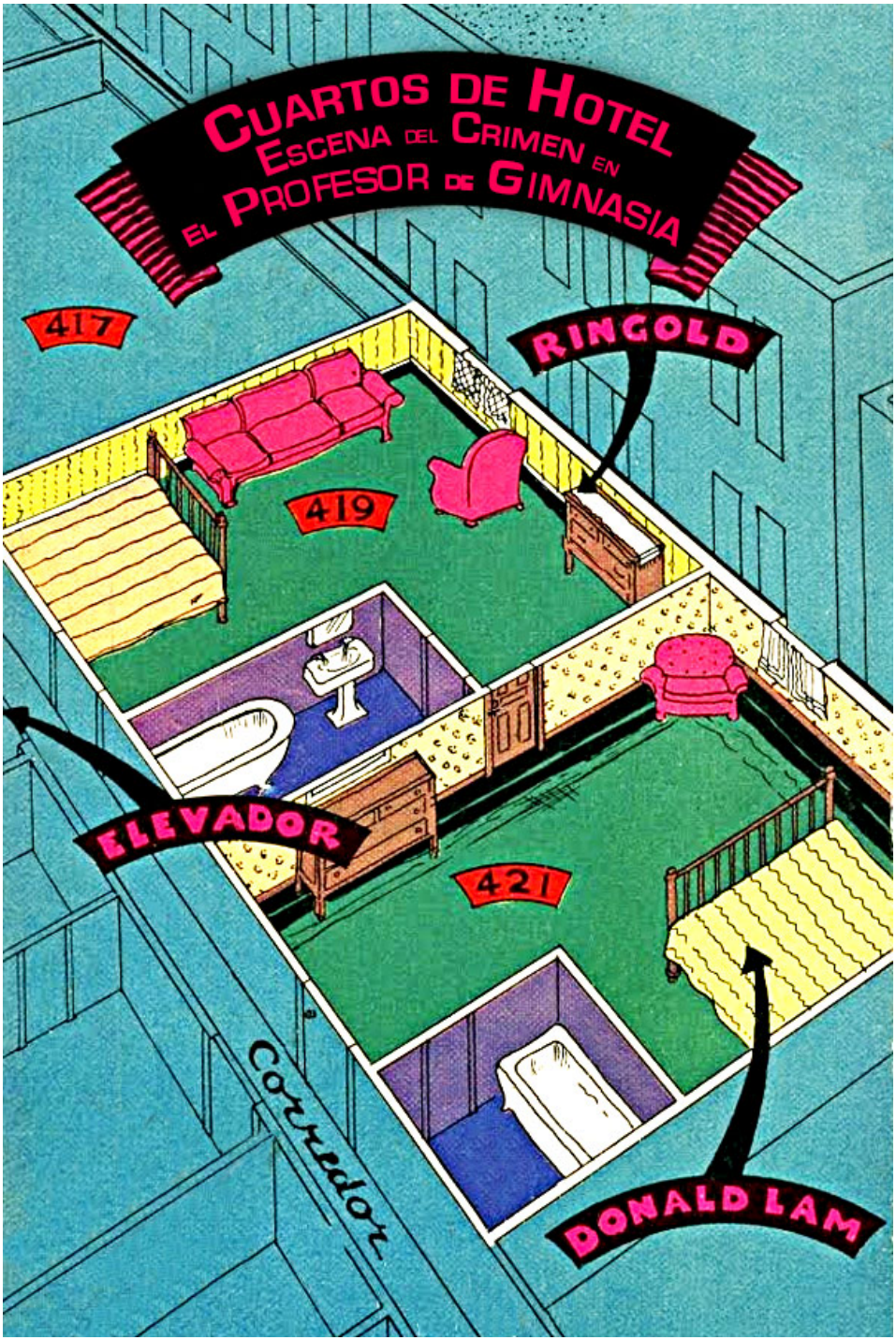
PARKERDALE: Médico de la señora Ashbury.

RINGOLD (Jed): Empleado de la Compañía citada.

STOLD (Parker): Propietario y consocio en la Compañía Aseguradora de Granjas.

SYKES: Secretaria del abogado Crumweather.

TINDLE (Roberto): Hijo de Carlota y de su primer esposo. Presidente de la Compañía ya mencionada.


CUARTOS DE HOTEL
ESCENA DEL CRIMEN EN
EL PROFESOR DE GIMNASIA
417
RINGOLD
419
ELEVADOR
421
Corredor
DONALD LAM

capítulo primero

BERTA Cool suspiró profundamente y rebosó más de la cuenta por las orillas de la silla plegable de madera. Encendió un cigarrillo y sus enjoyadas manos se convirtieron en semicírculos rutilantes a la brillante luz que caía a plomo sobre la almohadillada lona. Contra las sombras del gran gimnasio desierto, sus brillantes relucían como gotas de agua de mar pulverizadas al herirlas el sol.

El japonés, desnudo, salvo por un taparrabos y una chaqueta clara de la consistencia de hilo grueso, plantó bien los pies y me miró de pies a cabeza. Su rostro carecía de expresión.

Yo tenía frío. La chaqueta que me había dado me estaba demasiado grande. Me sentía desnudo con mis trusas cortas y se me había puesto carne de gallina por las piernas.

—¡Duro con él, Hashita! —dijo Berta.

Estábamos solos los tres en aquel enorme cuarto que parecía un cobertizo. El japonés me sonrió y vi blancas hileras de relucientes dientes. Las despiadadas luces incrustadas en la especie de artesa de estaño que colgaba sobre la lona acolchada me daban de lleno. El japonés tenía una musculatura muy recia. Cuando se movía, veía rizarse los músculos bajo una piel que parecía de raso moreno.

Le dijo a Berta:

—Es la primera lección. No muy severa.

Berta inhaló profundamente el humo de su cigarrillo. Los ojos se le tornaron duros como el diamante.

—Este renacuajo es muy listo, Hashita. Aprende aprisa, y pago yo. Quiero obtener resultados por el dinero que desembolso.

Hashita siguió con la vista clavada en mí.

—El *jiu-jitsu* —explicó, hablando rápidamente en voz monótona —, es como palanca. Contrario suministra fuerza. Uno sólo cambia dirección.

Yo moví afirmativamente la cabeza, porque en el silencio que siguió a su explicación comprendí que era eso lo que se esperaba de mí.

Hashita se metió una mano en el taparrabos y sacó un revólver de cañón corto. Parte del niquelado había desaparecido y el cañón estaba oxidado. Abrió el cilindro para enseñarme que el arma estaba descargada.

—Perdón, haga el favor —dijo—. Honorable discípulo toma el revólver, lo sujeta en mano derecha, alza revólver y aprieta gatillo. ¡Aprisa, haga el favor!

Tomé el revólver.

El rostro de Berta Cool tenía la misma expresión que yo he supuesto a veces debe adornar la cara de las mujeres que asisten a una corrida de toros.

—Aprisa, haga el favor —repetía Hashita.

Alcé el revólver.

Alargó la mano y me bajó el brazo con desdén.

—No tan lento, haga el favor. Hágase cuenta de que soy un criminal. Alce revólver. Muy aprisa apriete gatillo antes de que yo me mueva.

Recordé haber leído en alguna parte que el pistolero del Oeste era más peligroso cuando amartillaba el revólver al mismo tiempo que lo alzaba. El arma que me había dado era de dos tiempos y empecé a apretar el gatillo al alzarla.

Hashita estaba delante de mí y presentaba un blanco magnífico. Sentí cómo retrocedía el disparador.

De pronto, el japonés dejó de estar allí. Pareció disolverse en movimiento puro. Intenté mover el revólver para seguir a aquel destello de agilidad humana. Era igual que intentar seguir apuntando a un relámpago.

Gruesos dedos morenos me asieron la muñeca. Hashita ya no se hallaba delante de mí ni me daba la cara. Estaba debajo de mi brazo, con la espalda vuelta hacia mí. Tenía yo el brazo por encima de su hombro. Tiró de mi muñeca hacia abajo. Su hombro me dio de lleno en el sobaco. Sentía que mis pies se alzaban del suelo. Las brillantes luces en su artesa de estaño parecieron dar la vuelta de campana. Parecí permanecer suspendido en el aire varios segundos; luego la acolchada lona subió a mi encuentro.

La sacudida me mareó.

Intenté ponerme en pie, pero no pude conseguir que los músculos obedecieran mi mandato. Un temblor convulsivo me agitaba el estómago. Hashita se inclinó, me asió de la muñeca y del codo y me levantó tan aprisa que pareció como si hubiera rebotado yo sobre la lona. Enseñaba los dientes en expansiva sonrisa. El revólver yacía detrás de él.

—Muy sencillo —dijo.

Los diamantes de Berta Cool centellearon de un lado para otro al ponerse sus manos a aplaudir.

Hashita me asió de los hombros, me empujó hacia atrás, alzó mi mano derecha.

—No se mueva, haga el favor; le enseñaré.

Rió, la risa nerviosa y sin humorismo del japonés. Yo parecía hallarme inmóvil en el centro de un cuarto que se mecía de un lado para otro como enorme péndulo.

Hashita dijo:

—Ahora fíjese bien.

Se movió lentamente, pero con un ritmo tan perfecto, que no se notaba la menor sacudida. Era exactamente igual que si estuviera contemplando su imagen proyectada en la pantalla con movimiento retardado. Dobló la rodilla izquierda. Resbaló su peso hacia delante, hasta cargarse sobre la cadera izquierda. Al inclinarse, dio la vuelta. Adelantó la mano derecha. Los dedos asieron lentamente mi muñeca. Hizo girar la parte delantera del pie izquierdo sobre la lona. Su hombro izquierdo empezó a alzarse por debajo de mi brazo derecho. La tensión de sus dedos aumentó. Quedó mi brazo derecho torcido de forma que me fue imposible mover el codo. Ejerció presión, empleando mi propio brazo como palanca. El fulcro descansaba sobre su rostro, debajo de mi sobaco. Intensificó la presión hasta que sentí dolor y noté que mis pies abandonaban el suelo.

Me soltó, volvió rápidamente a la posición primera dijo sonriendo:

—Ahora, pruebe usted. Despacio al principio, haga el favor.

Extendió el brazo derecho hacia mí.

Alargué la mano derecha para asirle. Él me empujó hacia atrás. Su gesto era de impaciencia.

—El honorable discípulo ha de acordarse de la rodilla izquierda, por favor. Doble rodilla izquierda al mismo tiempo que alarga mano derecha; luego vuelva pie al mismo tiempo que tuerce brazo derecho para que codo no pueda doblarse.

Probé otra vez y lo hice mejor. Movió la cabeza en señal de aprobación, pero no con mucho entusiasmo.

—Ahora pruebe aprisa, haga el favor, con revólver.

Cogió el revólver y me apuntó con él. Me acordé de la rodilla izquierda y alargué la mano en dirección a su muñeca derecha. No la cogí por cinco centímetros y di un traspiés hacia delante, perdiendo el equilibrio.

El japonés era demasiado cortés para reírse, lo que resultaba mucho peor.

Oí ruido de pasos por el desnudo suelo de madera del gimnasio.

Hashita dijo:

—Perdone, haga el favor.

Se irguió se volvió. Contrajo los párpados para poder atisbar por debajo del brillo de las luces en dirección a la parte oscura del cuarto.

Distinguí al hombre que se acercaba. Fumaba un puro; un hombre bajo, de cuarenta y tantos años, con lentes; tenía ojos pardos. Le habían hecho el traje muy bien, de forma que hiciera resaltar la anchura de su pecho y disimulara el vientre, no obstante lo cual, predominaba la estrechez de los hombros y el abultamiento de la panza.

—¿Es usted el profesor de lucha? —inquirió.

Hashita enseñó los dientes en una sonrisa y se adelantó hacia él.

—Me llamo Ashbury… Enrique Ashbury. Francisco Hamilton me dijo que viniera a verle a usted. Aguardaré a que no esté ocupado.

Hashita le estrechó la mano.

—Muchísimo gusto —dijo, aspirando como en un silbido—. ¿Tendrá el honorable señor la bondad de sentarse?

Hashita se movió con agilidad felina, asió una de las sillas de madera plegadas y la desplegó de un brusco tirón que sonó como si la silla le hubiera estallado de pronto entre las manos. La colocó junto al asiento de Berta Cool.

—¿Aguardará quince minutos? —preguntó—. Mucho siento, pero tengo discípulo tomando lecciones.

—¡Ah, sí, sí! —contestó Ashbury—; aguardaré.

Hashita le hizo una reverencia a Berta Cool y se excusó. Me hizo una reverencia a mí y se excusó. Le hizo una reverencia a Ashbury y le dirigió una sonrisa. Dijo:

—Ahora probaremos otra vez.

Miré hacia donde Ashbury estaba sentado al lado de Berta Cool. Tenía la mirada fija en mí con leve curiosidad. Malo había sido exhibirse particularmente ante Berta. La presencia de un extraño resultaba aún más intolerable.

—Atienda a ese señor —le pedí—; yo esperaré.

—Te resfriarás, Donald —me advirtió Berta.

—No, no. Continúen —dijo Ashbury, apresuradamente, colocando el Sombrero en el suelo al lado de su silla—. No tengo la menor prisa. Me… me gustaría verlo.

Hashita se encaró conmigo, brillándole los dientes, en una sonrisa.

—Volvamos a probar —dijo.

Y cogió el revólver.

Vi cómo se alzaba su brazo. A reté los dientes y me lancé. Esta vez le así de la muñeca. Quedé sorprendido al ver lo fácil que era girar sobre el pie. Mi hombro subió hacia su sobaco. Tiré hacia abajo.

Entonces ocurrieron cosas inesperadas. Yo me había dado cuenta, claro está, de que Hashita había dado un pequeño salto al tirar yo; pero el resultado fue teatral. Salió disparado por encima de mi cabeza. Vi como volaban sus pies y se perfilaban sus piernas contra el cegador brillo de las luces. Se retorció bruscamente en el aire como un gato, se soltó el brazo de un tirón y aterrizó de pie. El revólver yacía sobre la lona. Yo estaba seguro de que lo había dejado caer intencionadamente. Pero eso en nada disminuía el efecto producido en los espectadores.

Berta Cool exclamó:

—¡Caramba con el renacuajo!

Ashbury le dirigió una rápida mirada a Berta, luego me miró a mí, con sobresalto y respeto.

—Muy bien —dijo Hashita—; muy bien.

Oí cómo le decía Berta Cool a Ashbury, como quien no le da importancia a la cosa:

—Es empleado mío. Soy propietaria de una agencia de detectives. Al renacuajo ése siempre le andan haciendo cisco. Es demasiado pequeño para ser buen boxeador; pero pensé que el japonés podría enseñarle *jiu-jitsu*.

Ashbury se volvió para echarle una buena mirada.

Sólo le vio el perfil. Ella me estaba observando con ojos duros y brillantes.

Berta no tenía nada de blanda. Era grande y carnosa; pero su carne tenía consistencia. Tenía cuello grande, hombros grandes, pecho grande, brazos grandes y apetito del mismo tamaño. En su rostro se notaba esa expresión de carnosa satisfacción que adquiere toda mujer que ha dejado de preocuparse por conservar la línea y que se siente en completa libertad para comer lo que quiera con tanta frecuencia como se le antoje.

—¿Ha dicho usted de detectives? —inquirió Ashbury.

Hashita dijo:

—Ahora le enseñaré. Despacio, haga el favor.

Berta Cool siguió con la mirada clavada en nosotros.

—Sí; Berta Cool, Investigaciones Confidenciales. El que está luchando ahí es Donald Lam.

—¿Trabaja para usted?

—Eso es.

Hashita se sacó un puñal de hoja de caucho del taparrabos y me lo dio.

—Es un renacuajo, pero tiene inteligencia —prosiguió Berta Cool, hablando por encima del hombro—. Tal vez no lo creerá usted, pero era abogado y ejerció la profesión. Le echaron a puntapiés del Colegio de Abogados porque le contó a alguien cómo se puede cometer un asesinato sin que le pasara nada. Es más listo que donde los hacen.

Hashita dijo:

—Haga el favor de dar una puñalada con cuchillo.

Tomé el puñal y doblé el brazo derecho. Hashita se acercó, me asió la muñeca, y la parte de atrás de mi brazo giró y yo salí despedido por el aire.

Cuando me ponía en pie, le oí decir a Berta Cool:

—… garantiza satisfacción. Hay muchas agencias que se niegan a tener nada que ver con casos de divorcio y con la política. Yo

acepto todo lo que dé dinero. Me tiene sin cuidado quién sea y de qué se trate mientras haya «pasta».

Ashbury la estaba mirando exclusivamente a ella.

—¿Supongo que podré contar con su discreción? —murmuró Ashbury.

—Pues claro ¡qué rayos! Lo que usted me diga no pasa de mí… Y perdone que sea tan mal hablada.

—Es conveniente no aterrizar sobre la cabeza, haga el favor —dijo Hashita—. Honorable discípulo debe aprender a retorcerse en el aire para caer siempre de pie.

Berta Cool dijo, por encima del hombro, sin mirarme a mí siquiera:

—Vístete, Donald Lam. Tenemos trabajo.

capítulo dos

YO me quedé sentado en el despacho exterior, esperando. Oía rumor de voces en el despacho particular de Berta Cool. A Berta nunca le gustaba que estuviera yo presente cuando se hablaba de honorarios. Me pagaba una cantidad al mes, que procuraba fuese lo más baja posible, y vendía mis servicios por todo lo más que podía conseguir.

Al cabo de unos veinte minutos me llamó. Comprendí, por su expresión, que la parte económica había quedado arreglada a su entera satisfacción.

Ashbury estaba sentado en su sillón tocándolo sólo por dos puntos: la nuca y los bolsillos de atrás. La postura le socavaba el pecho y él echaba el cuello hacia delante. Al mirarlo, me di cuenta de dónde le salía el bombo que tenía por panza.

Berta rezumaba dulzura y buena voluntad.

—Siéntate, Donald.

Me senté.

La enjoyada mano de Berta centelleó al recoger el cheque que había encima de la mesa y meterlo en el cajón antes de que hubiera podido yo leer las cifras.

—¿Se lo digo yo —le preguntó a Ashbury—, o prefiere hacerlo usted?

Ashbury se había metido otro puro entre los labios. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, de forma que se veía obligado a mirarme por encima de los anteojos. La ceniza del primer cigarro le había caído por todo el chaleco. El segundo puro empezaba a encenderse.

—Dígaselo usted —contestó.

—Enrique Ashbury —dijo Berta Cool, con la precisión de quien comprime los hechos y forma con ellos una declaración concisa— se

casó el año pasado. Carlota Ashbury es su segunda mujer. El señor Ashbury tuvo una hija de la primera mujer. Se llama Alta. Al morir la primera mujer de Ashbury, la mitad de sus bienes le fue legada a nuestro cliente el señor Ashbury —y Berta le indicó con un movimiento de cabeza, como maestra que señala una figura trazada sobre un encerado—, y la otra mitad a su hija Alta.

Miró a Ashbury.

—Si no me equivoco —dijo—, usted no mencionó ni el valor aproximado siquiera.

Ashbury hizo rodar su vista por encima de los lentes en dirección a ella.

—No se equivoca —dijo, sin sacarse el puro de la boca.

Y el movimiento hizo que se despeñara una nueva montaña de cenizas por su corbata.

Berta ocultó su fracaso con rápida conversación.

—La actual señora Ashbury también ha estado casada anteriormente… con un tal Tindle. Tiene un hijo de ese matrimonio. Se llama Roberto. Para que usted tenga el cuadro completo, Donald, le diré que Roberto dio muestras de una tendencia a vivir lo más descansadamente posible desde que se casó su madre en segundas nupcias. ¿No es eso, señor Ashbury?

—Eso es.

—El señor Ashbury le obligó a ponerse a trabajar —prosiguió Berta—, y ha dado muestras de una capacidad extraordinaria. Debido a su simpática personalidad y…

—Carece por completo de personalidad —le interrumpió Ashbury—. No tenía la menor experiencia. Unos amigos de su madre le admitieron en una Compañía gracias a su parentesco conmigo. Esperan atracarme uno de estos días. Jamás lo conseguirán.

—Tal vez sea mejor que sea usted quien le cuente a Donald esa parte —observó Berta.

Ashbury se sacó el puro de la boca.

—Un par de tipos —le dijo—, llamados Parker Stold y Bernardo Carter, son los directores y propietarios de una Compañía: la Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario. Mi esposa conoce a Carter desde hace algún tiempo… antes de casarse conmigo. Le dieron trabajo a Roberto. Al cabo de noventa días le

hicieron director de ventas. Dos meses más tarde, los consejeros le nombraron presidente. Calcúlelo usted por su cuenta. Es a mí a quien quieren enganchar.

—¿Granjas con Juicio Hipotecario? —exclamé.

—Ése es el nombre de la Compañía.

—¿A qué negocio se dedica?

—Minas y minería.

Le miré y él me miró. Berta hizo la pregunta:

—¿Qué diantre puede tener que ver una Compañía de aseguradores de granjas con juicio hipotecario con minas y minería?

Ashbury se dejó caer más aún en su asiento.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa yo? No se me ocurre cosa alguna que pueda preocuparme menos. No quiero conocer el negocio de Roberto ni que él conozca el mío. Si le hago alguna pregunta, empezará a quererme vender acciones u obligaciones.

Saqué mi libro de notas y apunté los nombres que había mencionado Ashbury y agregué una nota para acordarme de averiguar algo de la Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario.

Ashbury no tenía el mismo aspecto que había tenido en el gimnasio. Hizo rodar los ojos por encima de los anteojos para volverme a mirar y me hizo pensar en un mastín encadenado. Sus ojos parecían decir que si lograba estirar la cadena unos cuantos centímetros más, me quitaría la pierna de un mordisco.

—¿Qué es lo que quiere usted que haga yo? —pregunté.

—Entre otras cosas, va usted a ser mi entrenador.

—¿Su qué?

—Entrenador.

Berta Cool hizo flexión con sus enormes brazos.

—Reconstruirle, Donald. Ya comprendes: boxeo, lecciones de *jiu-jitsu*, lucha, entrenamiento de carretera.

Me lo quedé mirando. Sería yo tan inútil en un gimnasio como un republicano en una casa de correos.

—El señor Ashbury quiere que estés en su casa con él —explicó Berta—. Nadie debe sospechar que eres detective. La familia sabe desde hace tiempo que tenía intenciones de entrenarse un poco. Quería llegar a un acuerdo con Hashita para que fuera a su casa a

darle lecciones. Y había pensado en contratar los servicios de un buen detective. En cuanto te vio a ti luchar en el gimnasio, se dio cuenta de que, si podía llevarte a casa como entrenador, quedaría resuelto el problema.

—¿Qué es —le pregunté a Ashbury— lo que quiere usted que se descubra?

—Quiero averiguar lo que está haciendo mi hija con su dinero. Averigüe quién se está llevando buenos bocados de su fortuna y por qué.

—¿La están haciendo víctima de un chantaje?

—No lo sé. Pero si así es, quiero que descubra usted todo lo posible del asunto.

—Y ¿si no es así?

—Averigüe lo que está haciendo de su dinero. O la están sangrando chantajistas o se está jugando los cuartos, o Roberto ha conseguido engañarla para que le proporcione capital. Cualquiera de las tres cosas es peligrosa para ella y me resulta desagradable a mí. No sólo tengo que pensar en su bienestar, sino que me encuentro yo mismo en una situación muy delicada. El más leve susurro de un escándalo económico en mi familia sería un verdadero desastre para mí… Y estoy hablando más de la cuenta. No me gusta. Acabemos con esto.

Berta dijo:

—Te tomó simpatía cuando te vio zarandear al japonés, Donald. ¿No es eso, señor Ashbury?

—No.

—Pero si creí…

—Me gustó su forma de obrar mientras el japonés le zarandeaba a él. Todos estamos hablando más de la cuenta. Pongámonos a trabajar.

Yo pregunté:

—¿Por qué cree usted que a su hija la están…?

—Dos cheques en los últimos treinta días —me interrumpió el otro—, ambos pagaderos en metálico al portador. Cada uno de ellos por valor de diez mil dólares y ambos depositados por la Corporación Recreativa Atlee. Esa corporación es una Compañía de juego… restaurante en la planta baja como tapadera, sala de juego arriba como fuente de ingresos.

—¿Perdió el dinero en esos sitios? —pregunté.

—No. No ha estado en ninguno de ellos. Eso he podido averiguarlo.

—¿Cuándo quiere que vaya con usted a su casa?

—Ahora. No quiero que ande por ahí fisgoneando. Granjéese las simpatías de Alta. Consiga que confíe en usted… muéstrese digno de confianza… atlético… agresivo…

—Mal se le ocurrirá escoger a un entrenador por confidente.

—Se equivoca. Eso es precisamente lo que se le ocurriría hacer a ella. No tiene nada de vulgar y odia a toda persona que lo sea. Intente adularla y se llevará un chasco: le tratará con desdén. Está usted equivocado. No; aguarde un momento. Tal vez tenga usted razón… Bueno, déjeme pensar… Verá. No es usted un entrenador profesional. Es un aficionado… pero un aficionado de categoría. Estoy pensando en apoyarle en un negocio. Se me ha ocurrido la idea de inaugurar una serie de gimnasios particulares y selectos donde los hombres de negocios que se encuentren desentrenados pueden recobrar la salud y el vigor a tanto por cabeza. Usted va a encargarse de dirigir toda la serie de gimnasios por cuenta mía, con sueldo y primas. Usted no es un entrenador. Es usted un socio comercial que conoce el asunto… El entrenarme a mí no será más que un detalle incidental… Déjelo de mi cuenta.

—Bien; esa parte queda en sus manos. Lo único que yo he de descubrir es el sumidero que se traga los cuartos de su hija, ¿nada más?

—¿Nada más…? Pero ¡si ése será el trabajo más duro que haya intentado usted en su vida! Esa muchacha es como un resorte de acero y dinamita. Si llega a descubrir alguna vez que es usted detective, a mí me va a llenar de molestias y usted se va de cabeza a la calle. ¿Se entera?

—Pero ¿y su hijastro? ¿Por qué me ha hablado de su negocio y…?

—Para que pueda usted quitarse de su paso e impedir que Alta se meta en su maldito negocio. Es un espantapájaros con cuello arrugado. Su madre le cree un verdadero genio. Y él se lo ha creído también. No se engañe. Si ha convencido a Alta para que meta dinero en su negocio… bueno, yo ya me encargaré de eso. Sólo quiero conocer detalles. Le dije a él y le dije a su madre que antes

me ahorcaba que darle un centavo más. Si lo está consiguiendo de Alta, es igual que si lo consiguiera de mí. No lo consiento… Y estoy hablando más de lo que debiera. ¿Cuándo vendrá?

—Antes de una hora —contestó Berta por mí.

Ashbury hizo con la espalda una contorsión que le permitió poner las manos sobre los brazos del sillón. Usando los brazos, se alzó hasta ponerse en pie.

—Bueno; venga en un taxi. La señora Cool tiene las señas. Yo me voy a prepararle el camino. Y no lo olvide, Lam: nadie debe saber que es usted detective. En cuanto averigüe eso, se le acabó el momio.

Se volvió a Berta a continuación, y dijo:

—Y usted, acuérdese también. No de ningún paso en falso. Alta no tiene ni un pelo de tonta. Se enterará como dé usted el menor traspié. Una tontería, nada más, y ha tirado usted cien dólares al día por la ventana.

Conque a Berta le estaban pagando cien dólares al día, más gastos. A mí me pagaba ella ocho cuando trabajaba, con un sueldo fijo de setenta y cinco al mes.

Ashbury dijo:

—Esté usted en mi casa dentro de una hora, Lam, y podrá conocer a la familia esta noche… a todos menos a Alta. Ella saldrá no sé dónde y no volverá hasta las dos o las tres de la mañana. Haremos nuestro entrenamiento a las siete y media y desayunaremos a las ocho y treinta. Y no es broma eso de que me haya de enseñar algo de *jiu-jitsu*. Quiero criar músculos. Estoy demasiado fofo.

Retorció los estrechos hombros dentro de la acolchada chaqueta y resultaba sorprendente ver, cuando los hombros tocaban el paño, lo mucho que había podido hacer el sastre a fuerza de relleno.

—Donald estará allí —aseguró Berta.

Y cuando se hubo marchado, Berta me dijo:

—Siéntate.

Me senté en el brazo del sillón.

Ella dijo:

—Hay muchos gastos relacionados con el mantenimiento del negocio de los que no sabes ni una maldita palabra: alquileres, sueldos de secretarias, garantía social, impuesto sobre ingresos,

impuesto de ocupación, papel, contaduría, luces…

—Portero… —añadí.

—Eso es. Portero.

—Bueno, y… ¿qué?

—Pues como éste es un asunto bastante bueno, Donald, he decidido subirte el sueldo a diez dólares al día mientras trabajes en él.

—Serán diez dólares entonces —dije.

—¿Cuál?

—Un día.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no durará más. ¿Cómo puedo enseñarle o a nadie cultura física?

—Vamos, no seas así, Donald. Lo tengo calculado todo. Acordaremos con Hashita que éste te dé a ti clase todas las tardes. Le dije al señor Ashbury que tendrías que salir todas las tardes de dos a cuatro para venir a presentarte y hacer tu informe. Lo que harás en realidad será ir al gimnasio de Hashita a que te dé lecciones de *jiu-jitsu*. Luego haces al señor Ashbury un refrito de esas lecciones. Pero conviene que no le dejes desarrollarse demasiado.

—No te preocupes, que no le ocurrirá nada de eso. Ni a mí tampoco.

—Oh, te aprenderás todo eso con una facilidad pasmosa, Donald.

—¿Cómo he de ir y venir? ¿A qué distancia está?

—Está demasiado lejos para ir en tranvía; pero como cree que vas a venir todas las tardes al despacho a tenerme al corriente, he conseguido que se preste a pagar él los gastos de taxi.

—¿Cuánto?

—No te preocupes —contestó Berta—. No vamos a gastarnos todas las ganancias en taxis. Te llevaré yo en mi coche hasta cerca de la casa. No tendrás que andar más que una manzana. Te estaré esperando todos los días con el coche a las dos. No sé por qué hemos de dejar que se coma otro esa parte de los beneficios.

—Es correr un riesgo estúpido nada más que por ahorrar gastos de taxi; pero allá tú —dije.

Y salí a preparar la maleta.

capítulo tres

BERTA Cool me dejó a una manzana de distancia de la casa de Ashbury a las diez y veinticinco. Lloviznaba un poco. Caminé con la maleta golpeándome contra las piernas. Era una casa muy grande, en una calle de casas de millonarios, con una avenida de arena, árboles de adorno, amplia arquitectura y servidumbre.

El mayordomo no había oído acercarse taxi alguno. Contempló la lluvia que había caído sobre el ala de mi sombrero y preguntó si era yo el señor Lam. Le dije que sí.

Me dijo que llevaría mi maleta a mi cuarto y que el señor Ashbury quería verme inmediatamente en la biblioteca.

Entré. Ashbury me estrechó la mano y empezó a hacer presentaciones.

La señora Ashbury era mucho más joven que su esposo. Era una belleza de tipo voluptuoso, pechos grandes y caderas también. Pesaba siete u ocho kilos más de la cuenta para que fueran sus curvas suaves y voluptuosas. Aquí y allá, su contorno parecía estallar en abultamientos. Al parecer, no podía estarse quieta. Su cuerpo estaba siempre en movimiento, ondulándose, meciéndose, oscilando. En sus ojos centelleaba la vitalidad. Me miró de pies a cabeza y sentí la misma impresión que si me hubiera pasado las manos por todo el cuerpo.

Me dio la mano y empezó a soltar un chorro de palabras:

—A mí me parece la idea más maravillosa que se le ha ocurrido a Enrique en su vida. Supongo que yo debiera hacer algo así también. En realidad, he estado engordando demasiado durante estos dos últimos años. No era yo así hasta que empecé a tener presión arterial, mareos, y un dolor por encima del corazón. El médico me dijo que no debía hacer ejercicio. Pero si los médicos llegan algún día a curarme, haré ejercicio y perderé peso muy

aprisa. Parece usted encontrarse en un estado físico maravilloso, señor Lam. No tiene usted el menor peso de más.

Dejó de hablar el tiempo justo para dejar que Ashbury presentara a un hombre llamado Bernardo Carter. Era un hombre obeso, jovial, de cuarenta y tantos años. Tenía ojos vidriosos, manos gordezuelas y el vicio de dar golpecitos en la espalda. Vestía bien y era la clase de vendedor que enseña a un cliente una muestra, le cuenta un chiste subido de color, le enseña otra muestra, le cuenta otro chiste y se lleva el pedido. Su lema era tener a la gente riendo siempre. Tenía papada y, cuando reía, ésta temblaba de risa. La gordura de sus mejillas se le subía hacia los ojos al reír, de forma que se veían tan sólo dos estrechas ranuras; pero si se fijaba uno cuidadosamente en ellas, se daba cuenta de que los ojos que se ocultaban tras ellas no habían cambiado ni pizca de expresión. Seguían siendo vidriosos y vigilantes. La señora Ashbury le contemplaba con aprobación. Él se mostraba muy atento con ella.

Deduje que a Carter debía de unirle algún parentesco con la señora Ashbury. Parecían tener muchas cosas en común: una pareja amante de las buenas cosas de la vida, que vivía para gozar.

La señora Ashbury no parecía poder quitarme la vista de encima. Dijo:

—No parece usted tener ni una onza de grasa. Es pequeño, pero debe tener un cuerpo maravilloso, bien constituido.

—Procuro mantenerme en condiciones —le contesté.

Carter dijo, pensativo:

—Enrique, creo que voy a tener que ser uno de sus primeros clientes. Me pesé el otro día… No me creería si le dijese cuánto he aumentado en peso.

La señora Ashbury dijo:

—Tú estás bien, Bernardo. Claro está que un poco de ejercicio te entonaría un poco. Sí; es una idea magnífica y, en cuanto se me reduzca la presión arterial, voy a hacer ejercicio. Debe ser maravilloso encontrarse esbelta y dura como el señor Lam… Sólo que es usted un poco ligero para luchador profesional, ¿verdad?

—Entrenador —le corregí yo.

—Ya sé; pero debe ser muy bueno. Enrique me dice que le vio a usted luchar con un japonés experto en *jiu-jitsu* y dejarle a la altura del betún.

Enrique Ashbury me miró fijamente.

—Me temo que sería inmodestia por parte mía hacer comentario alguno a eso —respondí.

La garganta, los hombros y el diafragma le temblaron al soltar una risa atiplada y de regocijo.

—¡Oh! ¡Ha estado usted delicioso…! ¡Delicioso! A Roberto le hubiera encantado oírle decir eso. Roberto es muy modesto también. ¿Le habló el señor Ashbury de Roberto?

—¿De su hijo?

—Sí; es un muchacho maravilloso. Empezó en el último peldaño y a fuerza de diligencia, aplicación y rudo trabajo, ha llegado a presidente de la Compañía.

Yo dije:

—¡Eso sí que es asombroso!

Ashbury me miró por encima de los lentes.

Bernardo Carter dijo:

—No es adulación por mi parte el decir que Roberto es un genio en los negocios. Jamás he conocido hombre capaz de aprender tan aprisa.

—Va bien, ¿eh? —murmuró Enrique Ashbury.

—¿Que si va bien? —exclamó Carter—. ¡Santo Dios! ¡Si es…!

Miró a la señora Ashbury, calló, extendió las manos en un gesto que parecía querer decir: «Oh, pero ¿a qué hablar?», y respiró profundamente.

—Me alegro mucho de saberlo —dijo Ashbury, aunque sin dar muestra alguna de entusiasmo.

La señora Ashbury tenía una voz baja seductora, de garganta; pero cuando se excitaba, subía una octava y rebotaba en el paladar como el granizo contra un techo de hojalata.

—A mí me parece maravilloso y, a pesar de todo es el hombre más modesto del mundo. Casi nunca habla de su trabajo. Le parece que a Enrique no le interesa. Apostaría a que ni siquiera estás enterado de su último hallazgo, Enrique, ni de lo que Roberto…

—Ya me preocupo demasiado de los negocios en el despacho —le interrumpió Enrique.

—Es que debieras relacionarte más con Roberto. Después de todo, como presidente de la Compañía de Aseguradoras de Granjas con Juicio Hipotecario, Roberto tiene ocasión de enterarse de

mucho de lo que está pasando en el mundo de los negocios. Algo de lo que él sabe pudiera resultarte de mucho valor, Enrique.

—Sí, querida; pero estoy demasiado cansado cuando vuelvo a casa para hablar de negocios.

Ella suspiró.

—¡Ah, vosotros, los hombres de negocios! A Roberto le pasa exactamente lo mismo. No hay manera de sacarle una palabra del cuerpo.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—En la sala de billar, con su director de ventas, Parker Stold.

Ashbury me hizo una señal con la cabeza.

—Vamos, Lam. Iremos a ver a Roberto y Stold.

Le dije unas cuantas frases convencionales a la señora Ashbury y ella me asió la mano y la sujetó un momento. Cuando pude desasirla, seguí a Enrique Ashbury por un largo corredor, bajamos un tramo de escalera y nos metimos por otro pasillo. Vi una sala a un lado, con una larga mesa de
ping-pong
en el centro. Al otro lado había un cuarto en el que se oía el entrechocar de bolas y rumor de conversación.

Ashbury abrió la puerta. Un hombre que se estaba preparando a hacer una carambola, con la cintura sobre la mesa, se levantó y le dijo: «¡Hola, papa!» a Ashbury.

Era Roberto Tindle. Tenía la frente en declive, nariz larga y recta, ojos color de bolas de cristal barato, de un verde acuoso, cubierto de una película que era como de escoria. Daba la impresión de que si uno miraba a aquellos ojos con atención, vería la mar de burbujas de aire. Su rostro no tenía expresión alguna en particular y lo único que me recordaba al mirarle era un anuncio de vacas contentas.

Llevaba chaqueta de etiqueta y nos estrechó la mano sin entusiasmo. Era evidente que Parker Stold estaba preocupado. Consideraba nuestra visita como una interrupción, y al serle yo presentado, se limitó a decir: «Tanto gusto en conocerle», sin ofrecer estrecharme la mano. Tenía los ojos un poco demasiado juntos; pero su cabello era ondulado y tenía una boca bastante agradable. Calculé que era un poco más viejo que Roberto.

El mayordomo me sacó de la cama a las siete de la mañana siguiente. Me afeité, me vestí y bajé al gimnasio. Era una habitación grande, desnuda de la planta baja, inmediatamente detrás de la sala de billar. Olía como si no la hubieran usado nunca. Había barras horizontales, mazas y palanquetas de hacer gimnasia, aparatos levantapesos, una alfombra de lona para lucha grecorromana y, al otro extremo, un cuadrilátero para boxeo. Unos guantes de boxeo colgaban a un lado. Me acerqué a echarles una mirada. Las etiquetas de los precios, que se habían puesto amarillas de puro viejas, aún colgaban de las cintas.

Yo llevaba zapatos de tenis, pantalón ancho y camiseta de deporte. Cuando entró Enrique Ashbury, estaba envuelto en un albornoz. Se lo quitó y apareció sin más ropa que un pantaloncito de boxeador.

Daba miedo verle.

—Bueno —dijo—, aquí estamos.

Se miró la abultada panza.

—Supongo que tendré que hacer algo para reducirme esto.

Se acercó al aparato de levantar pesas y empezó a tirar de las cuerdas, jadeando. Después de un momento, las dejó y las señaló con un movimiento de cabeza.

—¿Quiere hacer un poco de ejercicios? —preguntó.

—No.

—Ni yo; pero no tengo más remedio.

—¿Por qué no prueba sentarse más derecho… adoptar una postura mejor?

—Yo me siento porque quiero estar cómodo. Estoy más cómodo cuando me dejo caer bien en la silla.

—En tal caso, ande y haga ejercicio.

Me dirigió una rápida mirada e hizo como si fuera a decir algo; pero no llegó a hacerlo. Volvió al aparato de levantar pesas y trabajó un rato más.

Luego se acercó a la báscula y se pesó.

Se dirigió a la alfombra de lona y dijo:

—¿Cree usted que podría enseñarme algo de lo que ese japonés le enseñaba a usted anoche?

Le miré de hito en hito y contesté:

—No.

Se echó a reír y se puso el albornoz. Después de eso nos sentamos y hablamos de política hasta que fue hora de darse una ducha y de vestirse para desayunar.

Después del desayuno, Ashbury se marchó a su despacho. A eso de las once conocí a Alta, que acababa de levantarse a desayunar. Evidentemente había oído hablar de mí ya.

—Entre a hacerme compañía mientras desayuno —dijo—. Quiero hablar con usted.

Parecía una buena ocasión para conocerse. Entré. Me senté frente a ella y me tomé una taza de café con leche y azúcar mientras ella tomaba café puro, tres galletas y un cigarrillo. Si comiendo esa clase de desayuno hubiera podido tener yo una figura como ella, lo hubiera tomado siempre, desde luego.

—¿Bien? —preguntó ella.

Me acordé de lo que había dicho Ashbury acerca de que fuese natural y no intentara forzar las cosas.

—Bien, ¿qué?

Ella rió.

—¿Usted es el nuevo profesor de gimnasia?

—Sí.

—No tiene usted aspecto de ser gran cosa como boxeador.

Nada respondí.

—Mi madrastra me dice que no es el peso sino la velocidad lo que vale. Dice que es usted tan rápido que parece un relámpago. Tendré que verle hacer ejercicio algún día.

—Estoy entrenando a su padre. Él no boxea por ahora.

Ella me miró y dijo:

—Comprendo por qué se habrá dedicado usted al *jiu-jitsu*. Debe ser interesante.

—Lo es.

—Dicen que es usted tan hábil, que sólo los mejores luchadores japoneses resultan adversarios dignos de usted.

—Eso no es exactamente verdad.

—Pero… sí lucha usted con los japoneses, ¿verdad?

—Con algunos.

—¿No le vio papá tirar a un luchador japonés muy fuerte anoche?

—¿No podríamos hablar de alguna cosa que no fuera yo?

—¿De qué, por ejemplo?

—De usted.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Yo nunca soy un tópico interesante a estas horas de la mañana… ¿Le gusta andar?

—No.

—A mí sí. Voy a darme un paseo largo a paso ligero.

Mis órdenes habían sido explícitas. Debía hacer amistad con Alta Ashbury, conseguir que tuviera confianza en mí, hacerle creer que era capaz de barrer el suelo con el más pintado y lograr que me abriera su pecho y me dijese lo que la tenía preocupada. Para poder hacer eso, tenía que aprovechar las ocasiones.

Me di un paseo largo a paso ligero.

Nada averigüé durante la primera parte del mismo más que la muchacha tenía un tipo magnífico en verdad, que sus ojos eran cálidos y pardos y que tenían la virtud de reír cada vez que sus labios sonreían. Tenía la resistencia de un campeón olímpico, amor al aire libre y desprecio por la mayoría de los convencionalismos. Después de un rato, nos sentamos debajo de unos árboles. Yo no hablé. Habló ella. Odiaba a los cazadores de dotes y a los tenorios. Se inclinaba a creer que el matrimonio era una estupidez y que su padre había sido tonto por dejarse pescar. Aseguró que detestaba a su madrastra; que su hermanastro era el ídolo de su madre y que en opinión suya el ídolo tenía los pies de barro y la cabeza de calabacín.

Se me antojó que aquello no estaba mal para tratarse de la primera tarde. Regresé a tiempo para darle esquinazo y doblar la esquina hasta donde aguardaba Berta Cool. Me llevó a casa del japonés. Hashita me enseñó unas cuantas llaves más y me hizo ensayar una barbaridad. Para cuando acabé, con el paseo, el ejercicio del día antes y los batacazos que me había dado, me sentía igual que si hubiera sostenido una lucha con una máquina de aplastar piedras.

Le expliqué a Berta que Ashbury sabía la verdad; conque no sería necesario que continuara tomando lecciones de *jiu-jitsu*. Berta dijo que había pagado por ellas y que tendría que tomarlas o habría de vérmelas con ella. Le advertí contra su empeño en llevarme y traerme en su coche y le dije que, puesto que Ashbury lo pagaba,

sería mejor que tomase un taxi. Me contestó que la parte comercial del asunto era cuenta suya y me llevó otra vez a casa de Ashbury a tiempo para cenar.

Como cena, no podía ser peor. La comida era buena, pero había un exceso de servicio. Tuve que estar sentado más tieso que un palo, fingiendo sentir interés en infinidad de cosas que estaba diciendo la señora Ashbury. Roberto Tindle asumió el papel de hombre de negocios cansado, Enrique Ashbury ingería los alimentos con el gesto de preocupación de quien no tiene la menor idea de lo que está comiendo.

Alta iba a salir a un baile a eso de las diez. Se tomó una hora después de comer para sentarse en el porche recubierto de cristal y hablar.

Había media luna. El aire era templado. Algo la preocupaba. No dijo lo que era; pero me di cuenta de que deseaba compañía.

Yo no tenía ganas de hablar, y seguía sentado sin despegar los labios. Una vez, cuando vi que su manita se crispaba y que parecía estar nerviosa y en tensión, alargué la mano, la posé sobre la suya, le di un aprentoncito, dije «tranquilícese», y luego al relajar ella los músculos, retiré la mano.

Me dirigió una rápida mirada, como si no estuviera acostumbrada a que los hombres retiraran la mano de la suya.

No dijo una palabra más.

Un poco antes de las diez, subió a su cuarto a vestirse. Había descubierto yo que le gustaba el tenis y montar a caballo; que no le gustaba el badminton, que le encantaba nadar; que, si no fuera por el pobre papá, se largaría de casa sin pensarlo dos veces; que opinaba que su madrastra le envenenaba el carácter a su padre y que alguien debiera encargarse de atrapar a su hermanastro y devolvérselo a los gitanos. Yo no había dicho una palabra ni en favor ni en contra.

A la mañana siguiente, Ashbury se puso a levantar pesas, descubrió que tenía la musculatura dolorida, dijo que era estúpido querer hacer las cosas demasiado aprisa, se puso el albornoz, se sentó a mi lado sobre la alfombra de lona y se fumó un puro. Quería saber qué había averiguado yo. Le dije que nada. Él dijo:

—Alta le encuentra simpático ya. Es usted buen actor.

Desayunamos y, a eso de las once, se presentó Alta Ashbury. La

señora Ashbury siempre desayunaba en la cama.

Cuando salimos a dar nuestro paseo aquella tarde, Alta me dijo algo más de su madrastra. La señora Ashbury tenía una presión arterial muy elevada y el médico decía que no debía excitársela. El médico le estaba haciendo el juego, cediendo a sus caprichos, mimándola mucho.

Ella opinaba que papá debía echar a Bernardo Carter a puntapiés de la casa. No sabía qué era lo que yo tenía para hacerla hablar tanto, a menos que fuese muy comprensivo, y que estaba ella tan preocupada por su padre que le entraban ganas de llorar.

Me advirtió que si la señora Ashbury quería alguna vez algo, por muy poco razonable que fuese, no debía yo llevarle la contraria, porque, si lo hacía, y el medico la examinara, le encontraría muy elevada la presión, me echaría a mí la culpa y saldría yo de cabeza de la casa. Deduje de esto que ella no quería que saliera yo de cabeza.

Me avergoncé de mí mismo.

A las dos, Berta Cool me recogió y el japonés me sobó y amasó como si estuviera preparando una hornada y yo fuese masa de pan. Cuando me separé de aquellos dedos, me sentí exactamente igual que una camisa que ha pasado por una máquina de lavar, la han escurrido entre rodillos y la han acabado de secar metiéndola debajo de una apisonadora.

A la hora de cenar entré, tambaleándome, en el comedor. La cena era la misma que la noche anterior, con la excepción de que parecía como si hubiera estado llorando Alta. Apenas me habló. Después de comer rondé por los alrededores, dándole ocasión de que hablara conmigo, si es que había algo que tuviera ganas de confiarme.

Alta no se anduvo con rodeos para dar su opinión acerca de Bernardo Carter. Dijo que se suponía que estaba trabajando en un asunto de negocios con su madrastra. No sabía exactamente de qué se trataba… Nadie parecía saber de qué se trataba exactamente. Alta dijo que los dos la odiaban; que creía que su madrastra le tenía miedo a alguna mujer a la que conocía Carter; que cierto día había entrado en la biblioteca en el preciso momento en que su madrastra estaba diciendo: «Tira adelante y que haya acción. Estoy harta de tanta demora. Bien poco se apiadaría ella de mí si se encontrara en

mi caso. Quiero que…».

Carter se había dado cuenta de su entrada en el cuarto y había tosido expresivamente. La señora Ashbury había alzado la cabeza, interrumpiéndose a media frase, y poniéndose a hablar de otra cosa con la rápida locuacidad de quien intenta ocultar algo.

Alta guardó silencio un buen rato después de decirme eso, y luego agregó, con cierto mal humor, que suponía que me estaba diciendo cosas que no tenía derecho a decirme, pero que, sin saber por qué, le inspiraba yo confianza; tenía el convencimiento de que yo le era leal a su padre y que, si iba a entrar en negocios con él, tendría que vigilar a su madrastra, a Roberto y a Bernardo Carter. Luego agregó unas cuantas palabras acerca del doctor Parkerdale. Era éste, al parecer, uno de esos médicos de moda, con muy buenos modales, de cabecera. Cada vez que la señora Ashbury se mareaba por comer demasiado, el doctor Parkerdale se mostraba tan serio y preocupado como si se tratara de los primeros síntomas de una epidemia universal de parálisis infantil.

Me dijo eso y luego cerró la boca como a tornillo.

—Continúe.

—¿Con qué?

—Lo demás.

—Lo demás, ¿de qué?

—Las demás cosas que debiera yo saber.

—Le he dicho demasiado ya.

—No lo bastante.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Voy a emprender un negocio con su padre. Él va a invertir un puñado de dinero. Tengo que asegurarme de que obtenga un beneficio justo. Tengo que llevarme bien con la señora Ashbury. Quiero saber cómo hacerlo.

Ella dijo apresuradamente:

—Déjela usted en paz. Quítese de su paso. Y, escuche… No… nunca…

—¿No, nunca qué?

—No se arriesgue nunca a quedarse a solas con ella. Si quiere hacer ejercicio en el gimnasio, procure que haya una tercera persona presente mientras esté ella.

Cometí el error de reírme y dije:

—¿Pero es posible que…?

Se volvió hacia mí, furiosa.

—Le digo a usted que la conozco. Esa mujer es todo deseo físico astucia animal. Es incapaz de dominarse. Todo ese cuento de su enfermedad no es más que el resultado de comer demasiado y de permitirse caprichos. Ha engordado diez kilos desde que papá se casó con ella.

—El padre de usted —dije yo— no tiene ni un pelo de tonto.

—Claro que no; pero ella ha ideado una técnica contra la que ningún hombre puede luchar. Cuando quiere algo y no lo consigue, empieza a ponerse excitada, y cuando ya ha conseguido hacerlo hasta el punto que le parece preciso, telefonea al doctor Parkerdale. Éste acude corriendo como si fuera cuestión de vida o muerte, le toma la presión arterial y se pone a rondar por la casa de puntillas hasta que ha creado la impresión adecuada. Luego, se lleva a la persona responsable a un lado y le dice con mucha dulzura que la señora Ashbury no se encuentra bien; que es absolutamente necesario que no se excite; que si logra mantenerla completamente tranquila durante unos cuantos meses, puede curarle la presión arterial; que entonces podrá empezar a hacer ejercicio, reducir su peso y volver a la normalidad; pero que, siempre que hay una discusión y que se excita, todo lo bueno que ha conseguido se pierde y tiene que empezar a tratarla otra vez.

Me eché a reír y dije:

—Parece una táctica difícil de vencer.

Se puso furiosa conmigo porque me reí.

—Claro que es una táctica difícil de vencer. No es posible vencerla. El doctor Parkerdale dice que no importa un comino que tenga ella razón: no se debe discutir con ella. Eso significa que hay que ceder siempre. Y significa, además, que se está estropeando más y haciéndose más egoísta por momentos. El genio se le está haciendo más insoportable. Se está volviendo más egoísta, más…

—¿Y Bernardo Carter? ¿Se lleva bien con ella?

—¡Bernardo Carter! —exclamó ella con desdén—. ¡Bernardo Carter y su negocio! ¡Es el hombre que viene por aquí cuando está ausente papá! Podrá engañarle a papá con el cuento del negocio, pero a mí no me engaña ni pizca. La… la odio.

Observé que creía a Enrique Ashbury muy capaz de hacer frente

a la situación.

—No lo es —aseguró Alta—. Ningún hombre lo es. Le tiene completamente a merced suya antes de haber empezado siquiera. Si la acusa de algo, a ella le da uno de sus ataques y se presenta el doctor Parkerdale corriendo, con el tubo de goma que le pone alrededor del brazo para tomarle la presión… ¡Oh! ¿No se da usted cuenta de que lo que está haciendo es echar los cimientos para pedir el divorcio por crueldad mental, diciendo que papá fue tan poco razonable e injusto con ella que le aumentó la presión arterial y le echó a perder la salud e impidió que el doctor Parkerdale pudiera curarla? Y tiene al médico preparado para que declare. Lo único que puede hacer papá es quitarse del paso todo lo posible y esperar. Eso significa que tiene que ceder siempre… Escuche, Donald: ¿me está usted sonsacando o es que estoy siendo estúpida y hablando más de la cuenta?

Volví a avergonzarme de mí mismo.

No habló mucho después de eso.

Alguien la llamó al teléfono y a ella le hizo muy poca gracia la conversación. Eso pude comprenderlo por su expresión. Después de haber colgado el aparato quien hablaba, telefoneó ella a otra persona y canceló una cita.

Salí por fin y me senté en el porche. Me sentí más avergonzado que nunca.

Después de un rato salió y se me quedó mirando. Sentí el desdén de su mirada aunque la oscuridad era demasiado grande para que pudiera verle los ojos.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dijo ella.

—¿Cuáles?

—No me tome por una idiota por completo… ¡Usted es profesor de gimnasia…! Supongo que no se le ocurriría la posibilidad de que tomara el número de matrícula del coche que viene a recogerle todas las tardes y que investigara quién era… Berta Cool, Investigaciones Confidenciales. Supongo que su verdadero nombre es Cool.

—No lo es —respondí yo—, es Donald Lam.

—Bueno, pues la próxima vez que papá intente contratar a un detective que haya de pasarse por profesor de gimnasia, dígale que busque a alguien que lo parezca.

Y salió hecha una fiera.

Había otro aparato telefónico en los sótanos. Bajé y llamé a Berta Cool.

—Bueno —dije—; ya lo has echado todo a perder.

—¿Cómo que lo he echado yo todo a perder?

—Le extrañó que vinieran a buscarme en coche todas las tardes, aguardó detrás de una esquina, tomó el número de matrícula del coche y buscó a ver quién era su dueño, y lo tienes registrado a nombre de la agencia.

Oí la exclamación de Berta Cool.

—Cien dólares diarios tirados por la ventana nada más que por querer ahorrarte el precio de un taxi.

—Escucha, amor —imploró—, tienes que encontrar una salida. Puedes hacerlo si te molestas en pensar un poco. Para eso te tiene a ti Berta, para que pienses por ella.

Yo dije:

—¡Narices!

—Donald, es preciso. No podemos permitirnos el lujo de perder ese dinero.

—Lo has perdido ya.

—¿No puedes hacer nada?

—No lo sé. Baja con el coche de la agencia. Párate donde acostumbras esperarme y aguarda.

capítulo cuatro

ALTA salió a eso de las diez menos cuarto. El mayordomo abrió las puertas del garaje mientras lo hacía yo eché a correr calle abajo. Es una de las cosas que sé hacer bien: correr.

Berta Cool aguardaba en el coche. Subí a su lado y dije:

—Pon el motor en marcha. Cuando pase por delante de nosotros un coche de doce cilindros como una centella, dale toda la marcha al motor y mantén apagados los faros.

—Más vale que conduzcas tú, Donald.

—No hay tiempo de cambiar de sitio. ¡En marcha el motor!

Puso en marcha el motor y se apartó del bordillo. Alta Ashbury pasó por nuestro lado como una centella. Le dije a Berta:

—¡Duro! ¡Aprieta el acelerador a fondo!

Alargué la mano y apagué los faros.

Berta empezó a buscar a tientas el interruptor de los faros. Le aparté la mano de un tirón, así el acelerador de mano y tiré de él hasta que no pude más. Empezamos a viajar. Berta se puso nerviosa y alargué yo la mano para posarla en el volante. Al cabo de un rato, Alta llegó a un cruce en el preciso momento en que cambiaba la luz. Nos dio tiempo a alcanzarla y a que yo diera la vuelta por la parte de atrás del coche y ocupara el sitio de Berta.

Cuando cambió la luz, Alta salió disparada como un cohete. El coche de la agencia siguió aumentando velocidad. Alguien me gritó que encendiera los faros; pero yo seguí corriendo sin luces, esperando que nos metiéramos en algún embotellamiento de tránsito. No tardamos en hacerlo. Encendí los faros y me puse a hacer combinaciones para situarme, procurando mantenerme un poco a la izquierda y detrás.

—Debí haberte hecho caso, amor. Siempre tienes razón. ¡Oh! ¿Por qué no me obligaste a que te escuchase?

Tenía ya bastante trabajo conduciendo el coche, de modo que no contesté.

Berta siguió hablando:

—Donald, supongo que jamás conseguiré que me comprendas. Durante muchos años he tenido que luchar para abrirme paso. Tenía que mirar los centavos. Muchas veces sólo podía gastarme quince centavos al día en comer. ¿Sabes Donald, que el trabajo mayor del mundo para mí fue intentar aprender a gastar dinero otra vez cuando empecé a ganar algo? Sacaba cien dólares todos los días de mi cuenta corriente decidida a gastármelos en mí misma; pero no conseguía hacerlo. Cuando llegaba el fin de mes, me encontraba aún con setenta u ochenta dólares. Cuando una persona las ha pasado negras y ha tenido que ser tan mirada con el dinero, nunca vuelve a ser la misma.

—Yo también he estado sin un centavo —le dije.

—Ya lo sé, amor; pero tú eres joven y tienes inteligencia. Berta no tenía inteligencia, no como tú. Berta sólo sabía aguantar mecha y trabajar y las pasó muy negras. Tú tienes algo que yo no tendré jamás, Donald. Eres flexible. Si te aplican presión, te doblas. Luego, en cuanto te retiran la presión, vuelves a enderezarte como un resorte. Yo soy distinta. Si me aplican presión, contesto aplicando presión a mi vez. Si sucede algo y no puedo aplicar presión alguna vez, no me doblaré, me partiré.

Yo dije:

—Bueno; olvídalo.

—¿Dónde va la muchacha, amor?

—No losé.

—¿Qué va a hacer?

—Ni siquiera sé eso. Nos hemos echado de un empleo de cien dólares al día. Lo tenemos todo que ganar y nada que perder. Más vale que hagamos un esfuerzo.

—Donald, tú nunca me has fallado. Siempre has ideado algún plan para que pudiéramos salir adelante.

—Cállate. Eso es lo que estoy intentando hacer ahora.

Era bastante difícil seguirla por entre el tránsito. No tenía ella que hacer nada más que pisar el acelerador. El motor emitía una canción de inmensa fuerza y el coche se introducía en un hueco que se cerraba tras él. Tuve que conservar el pie puesto sobre el

acelerador continuamente y marchar en segunda la mayor parte del tiempo para tener el impulso que necesitaba por entre el tránsito.

Se metió ella en un lugar destinado al estacionamiento de coches. No me atrevía meterme yo en el mismo sitio. El único espacio libre se hallaba precisamente delante de una boca de manguera de incendios. Dije:

—Berta; vamos a pararnos delante de esa boca. Si nos pescan y nos echan una multa, puedes cargársela a Ashbury como gastos de taxi. Puedes ir hacia la Calle Séptima. Yo iré hacia la Octava. Aguarda en la esquina. Cuando la muchacha se apee del coche, tirará hacia ti o hacia mí. Si viene hacia mí, no intentes seguirla. Si va hacia ti, yo no intentaré seguirla. Aquél de los dos que quede libre, volverá aquí a recoger el coche.

Berta se mostró tan sumisa como una oveja.

—Sí, amor —dijo.

Trabajo le costaba a Berta subir bajar del coche. Tenía que volverse y retorcerse para poder salir. Yo no la esperé y no intenté ayudarla. Abrí la portezuela y eché a andar calle abajo a toda prisa.

Berta no se había apartado más de veinte metros del coche cuando salió Alta del lugar de estacionamiento de automóviles. Echó a andar hacia mí.

Me metí en el hueco de una puerta y esperé.

La muchacha no había olvidado la posibilidad de que la siguieran. No hacía más que mirar hacia atrás; pero una vez que hubo doblado la esquina debió creer que ya no corría peligro. Le seguía la pista. Había un hotel barato a mitad de la manzana. Entró allí. No me atreví a seguirla hasta que hubo salido del vestíbulo. Entonces entré y me acerqué al puesto de tabacos que había dentro, en un rincón. Había un indicador automático por encima del ascensor. Observé la manilla. Se había parado señalando el cuarto piso.

La muchacha que servía en el puesto de tabacos era rubia, con cabello ondulado y rígido. Me acordé de la vez en que había visto un trozo de cuerda usada por el verdugo para ahorcar a un hombre en San Quintín. Lo tenía un viajante y había deshecho y peinado todos los hilos de la cuerda. El cabello de aquella muchacha era del mismo color, aproximadamente; tenía, poco más o menos, la misma rigidez. Sus cejas eran claras y sus ojos verdes y grandes. Había

logrado darle a su cara la expresión que allá por el año mil novecientos seis se tomaba por expresión de virginal inocencia; la boca contraída, las cejas arqueadas, las pestañas largas rizadas. Era la expresión del gatito recién nacido que se atreve a salir de su rincón por primera vez.

Yo dije:

—Escuche, hermanita. Yo soy viajante. Tengo un artículo que puedo venderle a la Corporación Recreativa Atlee; pero necesito ayuda interior. Hay un jugador profesional aquí, en el hotel, que me la puede proporcionar. No conozco su nombre.

La muchacha habló en voz tan ronca y áspera como la de un político en la mañana siguiente a la de unas elecciones. Dijo:

—¿Por quién diablos me ha tomado usted?

Saqué diez dólares de los que Berta me había dado para gastos y dije:

—Por una muchacha que sabe las contestaciones de todo.

Bajó ella la mirada. Uñas teñidas de carmesí resbalaron por el mostrador en dirección a los diez dólares. Los sujeté y advertí:

—Pero la contestación ha de ser la verdadera.

Se inclinó ella hacia mí.

—Thomas Highland —dijo—. Ése es el hombre que usted necesita.

—¿Dónde vive?

—Aquí, en el hotel.

—Naturalmente; pero ¿en qué habitación?

—La setenta y dos.

—Pruebe otra vez —dije yo.

Ella hizo un mohín y bajó la vista. Alzó la barbilla con gesto de orgullo.

—Bueno; si lo toma usted así… —dije. Y doblé los diez dólares y empecé a metérmelos otra vez en el bolsillo. Echó una mirada al ascensor, se inclinó hacia mí y susurró:

—Jed Ringold, cuatrocientos diecinueve; pero, por el amor de Dios, no le diga que se lo he dicho yo y no entre en su cuarto de golpe y porrazo. Su novia acaba de subir.

Le entregué los diez dólares.

El conserje me estaba mirando; conque miré un poco a mi alrededor examinando cigarros y puros.

—¿Qué le pasa al conserje? —pregunté.

—Celos.

Golpeé el mostrador con un dedo enguantado.

—Bueno —dije—, deme un par de éstos.

Cogí los cigarros puros y me acerqué al conserje que estaba detrás del mostrador del hotel.

—Hay una partida de póquer en marcha en esta calle —dije—. Quiero dormir un par de horas y luego volver a ella. ¿Qué habitación puede ofrecerme? Que sea alguna del cuarto piso.

—El cuatrocientos setenta y cinco —propuso el conserje.

—¿Dónde está?

—En la esquina.

—No me cuadra.

—¿El cuatrocientos veinte?

—Hermanito, yo soy muy raro; pero siempre me va mejor en los números impares. El cuatrocientos veinte suena bien, poco más o menos, sólo que es par. ¿Tiene el cuatrocientos diecisiete, el cuatrocientos diecinueve o el cuatrocientos veintiuno?

—Puedo darle el cuatrocientos veintiuno.

—¿Cuánto?

—Tres dólares.

—¿Con baño?

—Naturalmente.

Saqué tres dólares y los eché sobre el mostrador. El conserje golpeó un timbre y gritó:

—¡Adelántese uno!

Un muchacho salió del ascensor. El conserje le entregó una llave y me dijo:

—Tendrá que anotar su nombre en el registro, señor…

—Smith —dije—. Juan Smith. Anótelo usted; yo me voy a dormir.

El muchacho vio que yo no llevaba equipaje y me miraba con desdén. Le di veinticinco centavos y dije:

—No pongas esa cara muchacho. Sonríe.

Enseñó los dientes en expansiva sonrisa y me condujo al ascensor.

—¿Trabajas toda la noche? —le pregunté.

—No. Me voy a las once.

—¿Y el ascensor?

—Funciona automáticamente después.

—Escucha, muchacho; no quiero que se me moleste. He estado jugando y estoy cansado.

—Cuelgue el aviso del pomo de la puerta y nadie le molestará.

—¿Hay jugadores en el hotel? —pregunté.

—No; pero si le interesara a usted una…

—No me interesaría.

Pensó que tal vez cambiaría de opinión y se quedó un rato buscando el cartelito de «No molestar», corriendo las cortinas y encendiendo la luz del cuarto de baño.

Me lo pude quitar de encima por fin, colgué el cartelito del pomo de la puerta, cerré con llave y eché el cerrojo, apagué todas las luces, me acerqué a la puerta que comunicaba con el cuatrocientos diecinueve, me dejé caer de rodillas y me puse a trabajar. No me quité los guantes.

El sitio más indicado para practicar un agujero en la puerta de una alcoba de hoteles el rincón del entrepaño, en la parte baja de la moldura. La puerta es más delgada por ese punto y un agujero pequeño no llama mucho la atención. Una navaja que tenga la hoja en forma de media luna puede afilarse de forma que tenga un buen borde para taladrar.

Me parecía una canallada espiar así a la gente; pero uno tiene que vivir… Mis sentimientos no impidieron que hiciese un buen agujero en el entrepaño y que acercase un ojo a él.

Alta estaba sentada en un sofá, llorando. Un hombre estaba arrellanado en un sillón, fumando. Las lágrimas de ella no parecían hacerle mucho efecto. No me era posible ver nada de él más que las piernas hasta las caderas y, de vez en cuando, la mano cuando se quitaba el cigarrillo de los labios y la apoyaba en el brazo del sillón.

Después de un rato, Alta dejó de llorar. Vi que movía los labios; pero no me fue posible oír lo que decía. No parecía estar enfadada, sino más bien aplastada.

Charlaron un rato; luego el hombre movió la mano en que tenía el cigarrillo. Un segundo después, vi su otra mano con un sobre entre los dedos. Se lo ofreció a Alta. Ésta se inclinó hacia delante, tomó el sobre y se lo metió debajo del brazo sin mirar siquiera su contenido. Parecía tener mucha prisa. Abrió el portamonedas, sacó

un papel alargado y de color y se lo entregó. Él se lo guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Alta se puso en pie apresuradamente. Vi que sus labios decían «buenas noches». Luego desapareció.

El hombre parecía estar dándole prisa para que se marchara también. Se puso en pie y pude verle la cara. Cruzó el cuarto. Oí cómo se abría y se cerraba la puerta. Estaba enfrente del ascensor. Oí cómo subía éste y luego cómo se abría y cerraba la puerta del mismo. El hombre volvió al cuarto y cerró la puerta con llave.

Me alcé del suelo, me sacudí las rodillas del pantalón con la palma de la mano, y de pronto me fijé en el cerrojo de la puerta de comunicación. Estaba descorrido.

Muy despacio, para no hacer el menor ruido, hice girar el pomo de la puerta. Luego empujé.

Se abrió unos milímetros.

La puerta había estado abierta durante todo aquel tiempo. Ya era algo. Durante un instante pensé en abrirla del todo y entrar; luego decidí que no era conveniente. La volví a cerrar con mucho cuidado y corrí el cerrojo.

Era un hotel bastante descuidado, con las alfombras desgastadas las cortinas sucias. La colcha de la cama se había rasgado y la habían cosido de cualquier manera. Me quedé contemplándola. Mientras la miraba el pomo giró lentamente. Alguien intentaba abrir aquella puerta. Probó otra vez y luego se dio por vencido.

Salí al pasillo, cerré con llave la puerta de mi cuarto, me metí la llave en el bolsillo, me acerqué al cuatrocientos diecinueve y llamé.

Oí que se movía una silla, luego pasos.

—¿Quién va?

—Lam.

—No entiendo.

—Mensaje del jefe.

Abrió la puerta y me miró.

Era un grandullón y tenía el buen humor de quien es lo bastante grande y fuerte para saber que nadie puede andarse con bromitas. Tenía las cejas demasiado espesas y se le juntaban por encima de la nariz. Los ojos eran de un pardo rojizo tan oscuro que casi resultaban negros, y tuve que echar la cabeza hacia atrás para poderle mirar.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó.

—Se lo diré en cuanto entre.

Abrió la puerta de par en par. Entré. Cerró la puerta detrás de mí y echó el cerrojo. Dijo «siéntese» y se dirigió al mismo sillón en que había estado sentado mientras hablaba con Alta, puso los pies en otra silla, encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Cómo dijo usted que se llamaba?

—Donald Lam.

—No le conozco.

—No; nunca me ha visto usted antes.

—No me dice usted nada nuevo. Yo nunca olvido una cara. ¿Decía que traía un mensaje?

—Sí.

—¿Del jefe?

—Sí.

—¿Qué jefe quiere decir?

—El de policía.

Él estaba encendiendo un cigarrillo, la cerilla no tembló. No me miró hasta después de haber inhalado profundamente.

—Desembuche.

—Este mensaje está relacionado con su salud.

—Mi salud es buena. ¿Qué rayos de mensaje es ése?

—No presente ese cheque al cobro.

—¿Qué cheque?

—El que acaban de darle.

Quitó los pies de encima de la silla.

—Es usted a frescura personificada —dijo.

—Hermano, ha cobrado usted veinte mil dólares en cheques que ha canjeado por mediación de la Corporación Recreativa Atlee. Eso resulta ya veinte mil dólares más de la cuenta. Tiene otro cheque en el bolsillo derecho. En cuanto me lo dé, me largaré de aquí.

Me miró como si hubiera sido yo un pez tropical raro nadando en un acuario.

—Ahora —siguió—, empieza usted a interesarme. ¿Quién demonios es usted?

—Ya le he dicho quién soy y qué deseo. ¿Qué piensa hacer?

—Dentro de unos diez segundos, voy a tirarle a usted fuera de aquí tan de golpe, que rebotará. —Se puso en pie; cruzó en

dirección a la puerta, la abrió, señaló con el pulgar y dijo—: ¡Fuera!

Me levanté y escogí un sitio, un sitio en que pudiera girar bien; echarme el brazo derecho suyo por encima del hombro y tirarle por encima de mi cabeza.

Se acercó a mí tranquilamente.

Aguardé a que moviese el brazo derecho.

No se alzó como cuando yo había ensayado con Hashita. Se levantó por un lado. Me cogió por el cuello de la chaqueta. La otra mano me asió por el asiento de los pantalones. Intenté plantarme firme; pero igual hubiera sido que intentase empujar a un tren de mercancías fuera de la vía. Salí del cuarto tan aprisa que oí silbar el dintel de la puerta al pasar rozándolo. Levanté las manos para detener el impacto contra la pared. Me así al borde de una especie de buzón que había junto al ascensor. Me obligó a soltar de un tirón y me echó pasillo abajo al mismo tiempo que alzaba el pie izquierdo.

Ahora ya sé lo que siente un balón cuando el jugador le da un buen puntapié para hacer gol.

Entre el impulso del empujón y la fuerza del puntapié viajé seis metros por el pasillo antes de aterrizar cuan largo era.

Le oí volver a su cuarto y cerrar la puerta con llave. Cojeé pasillo abajo y doblé el recodo, buscando la escalera. Juzgué que no estaba por aquel lado y empecé a volver atrás.

Aún me hallaba a seis metros del recodo cuando oí tres disparos. Un segundo o dos más tarde, oí que corría alguien por el corredor en dirección opuesta.

Doblé el recodo corriendo. La puerta del cuatrocientos diecinueve estaba abierta. Un cuadrilátero de luz brillaba sobre el pasillo. Consulté el reloj: eran las once y dieciséis minutos. El muchacho del ascensor habría dejado de trabajar ya, dejando el ascensor funcionando automáticamente.

Oprimí el botón y, en cuanto oí que el ascensor empezaba a subir, entré en el cuatrocientos diecinueve de puntillas.

El cuerpo de Ringold yacía apelotonado junto al escalón que conducía al cuarto de baño. Tenía la cabeza doblada por debajo de los hombros; los brazos retorcidos; una de las rodillas dentro de la puerta del cuarto de baño. El brazo izquierdo se apretaba contra la puerta que comunicaba con el cuatrocientos veintiuno.

Metí los dedos en el bolsillo de la derecha y toqué el borde perforado de un papel doblado y largo. No me paré a mirarlo. Lo saqué, me lo metí en el bolsillo, di media vuelta y eché a correr por el pasillo. El interruptor estaba cerca de la puerta. Apagué las luces y me paré un instante mirando de un lado a otro del corredor. La única persona que se veía era una mujer de unos cincuenta y cinco años, con el cabello lleno de rizadores una bata encarnada, asomada a la puerta de una habitación al extremo del pasillo.

—¿Oyó usted disparar a alguien? —le grité.

—Sí —contestó ella.

Señalé la puerta del cuatrocientos veintiuno, que estaba cerca.

—Me parece que fue aquí, en el cuatrocientos veintiuno. Me asomaré a ver.

Ella no se movió. Crucé a la altura del ascensor y dije:

—Tiene un cartelito colgado que dice: «No molestar». Mejor será que baje a decírselo al conserje.

El ascensor estaba esperando. Lo abrí, bajé al segundo piso, me apeé y esperé.

Me pareció que transcurría un minuto antes de que fuera bajado el ascensor al vestíbulo otra vez y luego lo vi volver a subir. El indicador señaló que había parado en el cuarto piso. Bajé la escalera y crucé el vestíbulo. El conserje no estaba en su sitio. La rubia del estanco leía una revista cinematográfica. Movía las mandíbulas lentamente, mascando goma. Alzó la mirada; luego volvió a la lectura.

Una vez en la calle, saqué el papel doblado del bolsillo lo miré. Era un cheque al portador por valor de diez mil dólares. Lo firmaba Alta Ashbury.

Me lo volví a guardar y me dirigí al sitio en que había dejado Berta Cool el coche. Había desaparecido. Permanecí allí un minuto sin ver ni rastro de Berta. Caminé tres manzanas, tomé un taxi y di las señas de la Estación de la Unión. Una vez allí, dejé caer la llave del hotel en un buzón de Correos, tomé otro taxi y di las señas de un hotel de lujo situado a tres manzanas de distancia del lugar en que Ashbury tenía su casa. Pagué el taxi cuando llegamos y cuando se hubo marchado me dirigí a casa de Ashbury.

El mayordomo aún estaba levantado. Me abrió la puerta, aun cuando Ashbury me había dado un llavín.

—¿Está la señorita Ashbury de vuelta ya? —pregunté.

—Sí, señor; llegó cosa de diez minutos.

—Dígale que la aguardo en el porche —dije—, y que es importante.

Me miró un instante, parpadeó y dijo:

—Está bien, señor.

Me dirigí al porche cerrado con cristales y me senté. Alta bajó a los cinco minutos. Entró con la barbilla alzada.

—No hay nada que pueda usted decir —aseguró—; no hay explicación que pueda dar.

—Siéntese —dije.

Vaciló un instante y luego se sentó.

Advertí:

—Voy a decirle a usted una cosa. Quiero que la recuerde. Piense en ella durante la noche y recuérdela mañana. Estaba usted cansada y nerviosa. Anuló usted un compromiso. Se fue a ver una película, pero no tuvo humor para verla hasta el fin. Volvió a casa. No ha estado usted en ningún otro sitio. ¿Comprende?

Ella respondió:

—Bajé porque quería acabar con esto de una vez. Detesto a los espías. Supongo que mi madrastra le contrataría a usted para que averiguara exactamente cuáles eran mis sentimientos… Bueno, pues ya lo sabe. El mismo trabajo me hubiera costado decírselo a ella a la cara; pero en cuanto a usted se refiere, opino que no es digno ni de que me acuerde de su existencia. Yo…

—Baje de las nubes. Soy detective. Me contrataron para que la protegiera.

—¿Para que me protegiera a mí?

—Sí.

—Yo no necesito protección alguna.

—Eso es lo que usted cree. No olvide lo que le he dicho. Estaba cansada y nerviosa. Anuló un compromiso. Fue a ver una película, pero no pudo aguantar hasta el fin. Volvió a casa. No ha estado en ninguna otra parte.

Ella me miró.

Saqué el cheque del bolsillo.

—Supongo que no se tomará usted la molestia —dije—, de anotar en la matriz de un cheque pagos tan insignificantes como el

de diez mil dólares, ¿verdad?

Se tornó pálida, con la mirada clavada en el cheque.

Saqué una cerilla, la encendí y prendí fuego a una esquina del papel. Lo sostuve hasta que la llama se acercó lo bastante para chamuscarme los dedos y luego lo dejé caer en el cenicero. Deshice por completo las cenizas en las yemas de los dedos.

—Buenas noches —dije.

Y eché a andar en dirección a la escalera.

No dijo nada hasta que franqueé la puerta.

—¡Donald! —exclamó.

Nada más que eso, un grito agudo.

No volví la cabeza, sino que cerré la puerta detrás de mí, subí a mi cuarto y me acosté. No quería que supiera ella que Ringold había sido asesinado hasta que lo leyese en los periódicos o se lo dijese la policía. Si la había reconocido alguien del hotel y acudía la policía a interrogarla, resultaría mucho más convincente su sorpresa, su pena, su alivio, o lo que fuera, que haciendo un papel.

Las pasé negras para quedarme dormido.

capítulo cinco

SONARON las sirenas a eso de las tres de la madrugada. Las oí acercarse cuando aún estaban lejos.

Empecé a levantarme y vestirme porque quería estar a mano cuando empezaran a ocurrir las cosas. Luego me acordé de mi situación en el asunto y volví a meterme en la cama.

Pero no era a Alta a quien buscaban los policías. Golpearon la puerta hasta que se levantó Ashbury. Luego resultó que querían hablar con Roberto Tindle.

Me puse el pantalón por encima del pijama; luego la chaqueta, y salí de puntillas al descansillo después de haber bajado Tindle a la biblioteca. La policía no bajó la voz. Quería saber si Roberto conocía a un tal Jed Ringold.

—Sí —contestó Tindle—. Tenemos un vendedor de ese nombre.

—¿Dónde vivía? ¿Lo sabe usted?

—No. Lo tenemos anotado en el despacho. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada. ¿Cuándo le vio usted por última vez?

—No le he visto desde hace tres o cuatro días.

—¿Qué hace?

—Es vendedor de acciones. Es decir, es lo que pudiéramos llamar un explorador. Busca probables compradores y nos telefonea dándonos su dirección. Luego los otros muchachos se encargan de visitarle.

—¿Qué clase de acciones?

—Mineras.

—¿Qué Compañía es?

—La Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario.

—¿Qué clase de Compañía es ésa?

—Si desea usted informes detallados —dijo Tindle, y a mí me sonó como si estuviera diciendo algo que se hubiese aprendido de memoria—, he de pedirle que se ponga en contacto con nuestro abogado Layton Crumweather, que tiene sus oficinas en Fidelity Building.

—¿Y por qué no puede usted responder a mi pregunta?

—Porque van ligados a ella ciertos asuntos legales y, como funcionario de la Compañía, pudiera complicar a ésta en algún litigio pendiente.

Su voz se hizo más amistosa y agregó:

—Si puede usted decirme lo que desea, podré darle más informes, pero el abogado me ha advertido que no debo hablar sin ton ni son, porque cualquier cosa que yo diga es como si la dijera la Compañía y pudiera hacérsela a ella responsable de mis palabras. Y, como hay la mar de tecnicismos legales que…

—Olvide eso —atajó el policía—, Ringold murió asesinado. ¿Sabe usted algo del asunto?

—¡Asesinado!

—Eso mismo.

—¡Santo Dios! ¿Quién le mató?

—No lo sabemos.

—¿Cuándo le mataron?

—A eso de las once de la noche aproximadamente.

Roberto dijo:

—Es un golpe terrible para mí. No conocía íntimamente a ese hombre, pero era un asociado en negocios. Parker Stold y yo estuvimos hablando de él… allá por la hora en que le mataron debía ser.

—¿Quién es Parker Stold?

—Uno de mis asociados.

—¿Dónde estaban ustedes cuando celebraban esa conversación?

—En nuestro despacho. Stold y yo estábamos allí charlando y haciendo planes de venta.

—Bien. ¿Qué enemigos tenía ese hombre?

—Le aseguro que sé muy poco de él. Mi trabajo se relaciona más que nada con cuestiones de política de la Compañía. Es el señor Bernardo Carter quien se encarga del personal.

Le hicieron unas cuantas preguntas más y luego se fueron. Vi

que Alta salía de puntillas de su cuarto. La metí dentro otra vez de un empujón.

—No se preocupe —le dije—. Vuélvase a dormir. Venían a ver a Roberto.

—¿Acerca de qué?

—Parece ser que Ringold era empleado de Roberto.

Me pareció que había llegado el momento de hablar claro. Dije:

—Alguien mató a Ringold.

Se me quedó mirando sin hablar, sin expresión, casi sin aliento. Se había quitado el carmín y el colorete y vi que le palidecían los labios.

—¡Usted! —exclamó—. ¡Santo Dios, Donald no es posible! Usted no…

Moví negativamente la cabeza.

—Tiene que haber sido usted. De lo contrario, no hubiera podido apoderarse de ese…

Vino andando hacia mí como si fuera una sonámbula. Sus dedos me tocaron el dorso de la mano. Estaban helados.

—¿Qué creía usted que era ese hombre para mí? —preguntó.

—No me paré a pensar.

—Pero ¿por qué… por qué hizo…?

—Escuche, niña, he procurado que su nombre no figure en el asunto, ¿comprende? ¿Qué hubiera sido de usted si no me hubiera encontrado?

Vi que estaba reflexionando acerca de eso.

—Vuelva a la cama —le dije—. No; aguarde un momento. Baje. Pregunte que ha ocurrido y a qué obedece todo el barullo. Se lo dirán. Están bastante aturdidos ahora. No se fijarán en su expresión, en lo que diga usted ni en lo que haga. Mañana estarán más alerta… ¿Sabe alguien que usted le conocía?

—No.

—¿Sabía alguien que le iba usted a ver?

—No.

—Si se lo preguntan, esquive la pregunta. ¿Comprende? No mienta… por lo menos aún.

—Pero ¿cómo puedo esquivarla si me la hacen?

—Póngase a hacer preguntas sin parar. Ésa es la mejor manera de no tener que contestarlas. Pregúntele a su hermanastro por qué

le han venido a visitar a *él* a estas horas de la madrugada. Pregúntele a cualquiera cualquier cosa; pero no meta usted la cabeza en la ratonera. ¿Me ha comprendido?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

La empujé hacia la escalera.

—Baje y que nadie se entere de que me ha visto usted. Yo me vuelvo a la cama.

Volví a la cama, pero no pude dormir. Oí hablar a gente en la planta baja, pasos en la escalera, voces en el pasillo. Alguien bajó por el corredor hasta la puerta de mi cuarto y se detuvo allí escuchando. Había la luz justa para que distinguiera yo la puerta. Aguardé a que se abriera cuanto antes.

No se abrió.

Después de un rato, amaneció. Entonces por primera vez me entró sueño. Me entraron ganas de relajar todos los músculos. Había tenido los pies fríos desde que saliera al corredor. Ahora se me pusieron calientes y me sentí invadido de un profundo sopor.

El mayordomo llamó a mi puerta. Era hora de que bajara a darle a

Enrique C.

Ashbury su clase de gimnasia.

Abajo, en el gimnasio, Ashbury ni siquiera se quitó el albornoz.

—¿Oyó usted el jaleo anoche? —preguntó.

—¿Qué jaleo?

—Uno de los hombres que trabajaba para la Compañía de Roberto murió.

—¿Murió?

—Sí.

—¿Un accidente automovilístico o qué?

—O qué —contestó él. Y después de un instante, agregó—: Tres disparos con un revólver del treinta y ocho.

Le miré con fijeza.

—¿Dónde estaba Roberto? —le pregunté.

Sostuvo mi mirada. No contestó a mi pregunta. En lugar de eso, inquirió:

—¿Dónde estaba usted?

—Trabajando.

—¿En qué?

—En mi trabajo.

Sacó un puro del bolsillo de su albornoz, arrancó la punta de un mordisco, lo encendió y se puso a fumar.

—¿Está usted llegando a alguna parte?

—No lo sé.

—¿Qué cree usted?

—Creo que estoy haciendo progresos.

—¿Ha averiguado quién la ha estado haciendo víctima de un chantaje?

—No estoy muy seguro de que la estén haciendo víctima de un chantaje.

—No anda tirando cheques por ahí como si fueran «confeti» nada más que porque sí.

—No.

—Quiero que ponga usted fin a eso.

—Creo poder hacerlo.

—¿Cree que existe probabilidad de que haga algún otro pago?

—No lo sé.

—Mucho tarda usted en hacer progresos. No olvide que pago por resultados.

Aguardé a que el silencio hubiera servido de puntuación. Luego dije:

—Berta Cool se encarga de toda la parte comercial.

Se echó a reír entonces.

—Una cosa diré por usted, Donald. Es usted un renacuajo; pero jamás he visto a un grandullón que tuviera más reaños… Subamos a vestirnos.

No dijo nada acerca de sus motivos para preguntarme dónde había estado y qué progresos estaba haciendo. Yo no le pedí explicaciones. Subí a tomar un baño y luego bajé a desayunar.

La señora Ashbury estaba disgustadísima. No hacían más que entrar y salir doncellas de su cuarto, corriendo. Había sido avisado el médico. Ashbury explicó que había pasado una mala noche. Roberto Tindle parecía como si le hubieran pasado por entre dos rodillos. Ashbury no dijo gran cosa. Le estudié disimuladamente y llegué a la conclusión de que los hombres que tienen dinero en este mundo y saben conservarlo son los hombres que saben dar y que ponen buena cara cuando les toca recibir.

Después del desayuno Ashbury se fue a su oficina como si no hubiera pasado nada. Tindle se fue con él. Aguardé a que hubieran desaparecido.

Luego llamé a un taxi y dije quería ir al Fidelity Building.

C. Layton Crumweather tenía el despacho en el piso veintinueve. Una secretaria intentó averiguar algo de mí y del objeto de mi visita. Le dije que tenía una cantidad que quería pagarle a señor Crumweather. Eso me abrió la puerta.

Crumweather era un individuo delgado; de cara huesuda, nariz estrecha y en declive, por la que los anteojos no hacían más que resbalarle. Tenía muchos huesos y poca carne. Parecía como si le hubieran hundido las mejillas y ello hacía resaltar más la enorme grieta que tenía por boca.

—¿Cómo se llama usted?

—Lam.

—¿Dijo que tenía una cantidad que pagarme?

—Sí.

—¿Dónde está?

—No la tengo aún.

Dos surcos profundos aparecieron en su frente, haciendo resaltar la longitud de su nariz.

—¿Quién ha de pagarla? —preguntó.

—Primos —contesté.

La secretaria había dejado la puerta entornada nada más. Crumweather me examinó de pies a cabeza con unos ojuelos negros que parecían anormalmente pequeños en relación con el tamaño de su cara. Luego se levantó, cruzó el despacho, cerró cuidadosamente la puerta, volvió a su sitio y se sentó.

—Cuénteme.

—Soy organizador de empresas.

—No lo parece.

—Ahí está mi mérito.

Rió y vi que sus dientes eran largos y amarillentos. Parecía haberle gustado mi contestación.

—Continúe —dijo.

—Una Compañía de petróleos —le dije.

—¿En qué consiste?

—Hay una parcela petrolífera muy buena.

Movió él afirmativamente la cabeza.

—No tengo el título de propiedad… aún.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Con el dinero que me paguen por las acciones.

Me echó una mirada y dijo:

—¿No sabe usted que no puede vender acciones ni obligaciones en este Estado a menos que consiga permiso del comisario de Corporaciones?

Yo contesté:

—¿Por qué cree que me tomado la molestia de venir aquí?

Volvió a reírse y se meció en el chirriante sillón giratorio que ocupaba.

—Es usted un as, Lam —dijo—. De verás que sí.

—Llámeme usted comodín —propuse.

—¿Es usted amigo de las bromas?

—No. Por regla general son un poco salvajes.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Entrelazó los largos y huesudos dedos y los hizo restallar. Lo hizo mecánicamente, como si ello constituyera costumbre en él.

—¿Qué es lo que quiere usted exactamente?

—Quiero burlar la ley y vender acciones sin el visto bueno del comisario de Corporaciones.

—Eso es imposible. Esa ley no tiene ningún agujero por donde escaparse.

—Usted es el abogado de la Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario.

Me miró como si estuviera estudiando a algún microbio a través del microscopio.

—Continúe.

—Nada más.

Separó las manos y tabaleó sobre la mesa.

—¿Qué plan de operación tiene?

—Voy a poner unos cuantos vendedores buenos a trabajar. Voy a despertar el interés del público en las posibilidades petrolíferas de este terreno.

—¿No es propiedad de usted?

—No.

—Aún cuando yo pudiera burlar la ley y conseguirle la

oportunidad de vender acciones, no podría impedir que le metiesen en la cárcel por obtener dinero con falsas representaciones.

—Yo me cuidaré de este extremo.

—¿Cómo?

—Ése es mi secreto. Quiero que burle usted la ley para que tenga yo algo que dar cuando me presente a recaudar el dinero. Eso es cuanto necesita usted hacer.

—Tendría que ser usted propietario del terreno.

—Tendré arrendados los derechos petrolíferos.

Volvió a reírse.

—La verdad —dijo—, no tengo por costumbre intervenir en asuntos de esa índole.

—Ya lo sé.

—¿Cuándo querría usted iniciar las operaciones?

—Antes de treinta días.

El abogado dejó caer la máscara. Su mirada se tornó dura y avariciosa.

Dijo:

—Mis honorarios son el diez por ciento de los ingresos.

Reflexioné unos instantes.

—Siete y medio —ofrecí.

—No me haga reír. He dicho diez.

—Bueno.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Donald.

Oprimió un botón instalado en un lado de la mesa. A los pocos momentos entró la secretaria. Llevaba un cuaderno de notas en la mano. Él dijo:

—Tome una carta, señorita Sykes, para el señor Donald Lam. «Muy señor mío: Refiriéndome al deseo expresado por usted de reorganizar una corporación que ha perdido sus derechos, es necesario que me proporcione detalles más completos en lo que se refiere al nombre de la corporación y a los fines que persigue al desear resucitarla. Mis honorarios en este asunto serán de cincuenta dólares, aparte de los gastos que sean necesarios». Nada más, señorita Sykes.

La muchacha se levantó sin decir palabra y salió del despacho.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras ella, Crumweather dijo:

—Supongo que ya sabe usted cómo se hace eso.

—¿De la misma manera que hizo usted para la Compañía de Aseguradores de Granjas con juicio Hipotecario?

—No hablemos de mis otros clientes.

—Bueno. ¿Y de qué quiere usted hablar?

—Usted tiene que correr todos los riesgos. Escribiré cartas confirmando todas las conversaciones que tenga con usted. Le daré cartas para que las firme. Tengo una lista de ciertas Compañías antiguas que perdieron la patente por no pagar sus impuestos. He repasado cuidadosamente todas estas antiguas Compañías. Como es natural, a usted le interesa una que no haya hecho negocios, contra la que no haya ninguna obligación pendiente y en la que la totalidad de las acciones o por lo menos gran parte de ellas hayan sido emitidas.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

—¿No comprende? La ley prohíbe que una Compañía emita acciones y obligaciones hasta haber obtenido permiso del comisario de Corporaciones. Una vez hayan sido éstas emitidas, sin embargo, se convierten en propiedad privada como cualquier otra cosa que posea un hombre.

—¿Bien?

—Y el Estado cobra impuestos a las corporaciones. Cuando no pagan los impuestos, el Estado se incauta de su patente y ya no pueden negociar más hasta haber pagado los impuestos y multas atrasadas.

—Muy ingenioso —comenté.

Él sonrió.

—Como comprenderá usted —dijo—, esas corporaciones no son más que los cascarones muertos de negocios pasados. Nosotros pagamos la licencia y los impuestos y resucitamos la Compañía. Compramos todas las acciones obligaciones que hayan sido emitidas… Nunca hay que pagar más de medio centavo o un centavo por acción… Claro está que no hay más que unas cuantas corporaciones que reúnan las condiciones que a nosotros nos interesan. He hecho todas las investigaciones preliminares. Conozco las corporaciones. Ninguna otra persona las conoce.

—Entonces, ¿por qué dice usted en su carta que yo he de darle el nombre de la corporación?

—Para no ensuciarme yo las manos. Usted me escribirá una carta dándome el nombre de la corporación. Yo me limitaré a obrar como abogado suyo, siguiendo sus instrucciones… Tenga usted entendido, señor Lam, que pienso salvar mi responsabilidad… en todo momento.

—¿Cuándo piensa darme el nombre de la corporación?

—Cuando me haya pagado mil dólares.

—Su carta dice cincuenta.

—Sí que lo dice, ¿verdad…? Y suena muchísimo mejor así. El recibo que yo le daré será de cincuenta dólares. Y usted jovencito me pagará mil.

—¿Y después de eso?

—Después de eso, me pagará usted el diez por ciento de los ingresos.

—¿Cómo podrá usted tener la seguridad de que se los pagaré?

—No se precipite —dijo él—, de eso me encargo yo, téngalo por seguro.

La secretaria entró con la carta. Layton se empujó los anteojos nariz arriba con la yema del dedo índice y sus brillantes ojuelos leyeron cuidadosamente la carta. Sacó una pluma estilográfica, firmó la carta y se la entregó a su secretaria.

—Désela al señor Lam —dijo—. ¿Tiene usted mis honorarios a mano, señor Lam?

—En este preciso momento, no… No la cantidad que usted ha mencionado.

—¿Cuándo la tendrá?

—Dentro de un día o dos, probablemente.

—Pase por aquí cuando quiera. Tendré mucho gusto en verle.

Se puso en pie y me asió la mano con sus largos y fríos dedos.

—Creí —dijo— que conocía usted el procedimiento en estos casos… Parecía conocerlo cuando entró en este despacho.

—Lo conocía —le contesté—; pero nunca me ha gustado enseñarle leyes a un abogado. Prefiero que él sea quien me las enseñe a mí.

Movió afirmativamente la cabeza y sonrió.

—Es usted un joven muy inteligente, señor Lam. Ahora, señorita Sykes, si quiere traerme la carpeta del asunto Helman, le dictaré una contestación y una queja. Cuando venga el señor Lam a pagar

los honorarios, le recibiré personalmente y le daré el recibo. Buenos días, señor Lam.

—Adiós —contesté.

Y salí.

La secretaria aguardó a que hubiese salido yo antes de ir en busca de la carpeta del asunto Helman.

Me dirigí a las oficinas de la agencia. Berta Cool estaba allí. La secretaria Elsie Brand escribía a máquina, sentada ante una mesa.

—¿Hay alguien con la jefa? —pregunté.

Ella movió negativamente la cabeza.

Me acerqué a la puerta marcada «Particular» y abrí.

Berta Cool metió apresuradamente un libro de contabilidad en la mesa, cerró el cajón de golpe y echó la llave.

—¿Dónde estuviste metido? —preguntó.

—La seguí un rato, la vi entrar en un cine y volví en tu busca.

—¿Un cine?

Afirmé con la cabeza.

Los brillantes ojillos de Berta me contemplaron, pensativos.

—¿Cómo anda el trabajo? —preguntó.

—Aún marcha.

—¿Has conseguido impedir que diga ella nada?

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo te las has arreglado?

—Siguiéndole la corriente. Me parece que le gusta que ronde yo por los alrededores.

Berta Cool exhaló un suspiro.

—Donald, eres irresistible para las mujeres. ¿Qué les das?

—Nada.

Me echó otra mirada dijo:

—A lo mejor es verdad. Toda la competencia está intentando aparecer grande y masculina y tú te limitas a obrar como si no te interesara la cosa… A veces creo que consigues hacer que se sobrepongan nuestros instintos maternales.

—¡Basta de eso ya! Estamos hablando de negocios.

Ella rió.

—Cada vez que intentas mostrarte duro conmigo, amor, sé que andas buscando dinero.

—Y cada vez que me adulas, sé que estás intentando no

dármelo.

—¿Cuánto quieres?

—Mucho.

—No lo tengo.

—Más vale que lo tengas.

—Donald, te he dicho una y mil veces que no puedes presentarte aquí y atracarme para sacar dinero para gastos. Eres descuidado, Donald. Eres extravagante. Fíjate bien que no te digo que me presentes cuentas de gastos fingidos, sino simplemente que no tienes la menor noción de lo que vale el dinero. Lo único que eres capaz de ver es lo que quieres conseguir y no los gastos que haces para salirte con la tuya.

Dije, como si me interesara muy poco la cosa:

—Es un asuntito muy bueno. Me sabría mal que lo perdieses.

—¿Ella sabe ya que eres detective?

—Sí.

—En tal caso no lo perderé.

—¿No?

—Si desempeñas bien tu papel, no.

—No puedo desempeñar bien mi papel si no tengo dinero.

—¡Santo Dios!, pero ¿de qué te has creído que está hecha esta agencia? ¿De dinero?

—La policía estuvo allá anoche… esta madrugada.

—¿La policía?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—No lo sé. Estaba yo dormido durante la mayor parte del tiempo; pero parece ser que Roberto Tindle, el hijastro, tenía un empleado que se llamaba Ringold… ¿O lo has leído, ya en los periódicos?

—¿Ringold? ¿Jed Ringold? —preguntó ella, como si quisiera tirárseme de cabeza por la garganta.

—Ése mismo.

Se me quedó mirando un buen rato; luego dijo:

—Donald, lo estás volviendo a hacer.

—A hacer… ¿qué?

—A enamorarte. Escucha, amor, el día menos pensado eso te va a costar un disgusto serio. Eres joven, inocente y susceptible. Las

mujeres son astutas. No se puede fiar uno de ellas… No me refiero a todas las mujeres, sino a la clase de mujeres que intentan aprovecharse de ti.

—Nadie ha intentado aprovecharse de mí.

—Debí tener más sentido común. Me parecía demasiado improbable por entonces.

—¿El qué?

—Que una muchacha como Alta Ashbury, con la mar de dinero, hermosa y cortejada por numerosos hombres, fuera a enamorarse de ti. Ha ocurrido al revés. Eres tú el que se ha enamorado de ella y ella te está usando de tapadera… ¡Que fue al cine! ¡Qué cine ni qué niño muerto! ¡A las once de la noche!

Nada dije.

Ella tomó el periódico lo hojeó hasta encontrar la noticia.

—Asesinado a un par de manzanas de distancia de donde ella dejó el coche… Tú la seguiste… La Policía se presenta en casa a las tres de la madrugada. Ella sabe que eres detective y seguimos encargados del trabajo.

Berta Cool echó atrás la cabeza y rió, con risa dura.

—Voy a necesitar trescientos dólares —dije.

—Pues te vas a quedar sin ellos.

Me encogí de hombros y eché a andar hacia la puerta.

—Donald, aguarda.

Me paré junto a la puerta, mirándola.

—¿No comprendes, Donald? Berta sin duda no quiere ser dura contigo, pero…

—¿Quieres —le pregunté— que te cuente todo lo que se relaciona con el caso?

Me miró como si no pudiera dar crédito a sus oídos y contestó:

—Claro.

—Más vale que reflexiones durante veinticuatro horas y me avises luego.

De pronto contrajo su rostro. Abrió el portamonedas, sacó una llave, abrió el cajón del dinero, abrió un departamento interior con otra llave, sacó seis billetes de cincuenta dólares y me los dio.

—No lo olvides, Donald —dijo—, que éste es dinero para gastos. No lo derroches.

No me molesté en contestarle, sino que crucé el despacho

doblando los billetes. Elsie Brand alzó la mirada de la máquina de escribir, vio el fajo y contrajo los labios en silencioso silbido; pero sus dedos no dejaron de machacar el teclado.

Marché a casa de Ashbury y leí el periódico de la mañana. Se había descubierto que Ringold era ex presidiario, ex jugador profesional y que, en el momento de su muerte, era empleado de «una Compañía poderosa». Los funcionarios de la Compañía habían expresado su sorpresa al conocer los antecedentes de ese hombre. Aun cuando se le había empleado en un cargo de poca importancia, la Compañía había tenido siempre mucho cuidado al escoger a su personal y se suponía que las referencias de Ringold serían falsificadas. Los funcionarios de la Compañía estaban investigando el asunto.

La policía estaba completamente interesada en lo que se refería al motivo del crimen y a la manera en que había sido consumado. Cosa de un cuarto de hora antes de ser cometido el asesinato, un joven de aspecto apacible y agradable personalidad había pedido un cuarto en que dormir sin ser molestado unas cuantas horas. Gualterio Markham, conserje nocturno del hotel, aseguraba que el hombre no había hecho el menor esfuerzo por conseguir que le asignaran el cuarto cuatrocientos veintiuno, aparte de mencionar que prefería un número impar. Se le había dado el cuarto número cuatrocientos veintiuno, había subido, había colgado el cartelito de «No molestar» en la puerta y, al parecer, se había puesto inmediatamente a arrancar la moldura de la puerta que comunicaba con el cuatrocientos diecinueve, el cuarto ocupado por Ringold. Una vez quitada la moldura, había podido descorrer el cerrojo de su lado y luego, con un formón echar hacia atrás el del otro lado. La puerta daba a una especie de nicho formado por una pared del cuarto cuatrocientos diecinueve y la puerta del cuarto de baño de esta misma habitación. Se suponía que Ringold, oyendo ruido junto a la puerta, había concebido sospechas y decidido investigar. Le habían hecho tres disparos y la muerte había sido instantánea. El asesino no había intentado salir por la habitación que había alquilado ni robar a su víctima. Aparentemente, se había guardado el revólver, pasado por encima del cuerpo, salido al corredor permanecido un momento junto a la puerta, como huésped a quien el ruido de los disparos hubiese interrumpido el sueño. Nadie le había visto salir

del hotel.

Que el crimen había sido deliberado y premeditado lo indicaba el hecho de que, una vez metido en el cuatrocientos veintiuno, el hombre había practicado un agujero en el entrepaño de la puerta para asegurarse de la identidad de su víctima antes de abrir la puerta.

Esther Clarde, la del estanco, recordaba que un joven muy presentable había seguido a una dama misteriosa al hotel. Según ella, era un joven de unos veintisiete años de edad, de facciones bien cortadas, voz simpática y mucha personalidad. Media cosa de un metro sesenta y cinco de estatura y pesaba unos cincuenta y cinco kilos.

El conserje aseguraba, sin embargo, que era un hombre nervioso, inquieto, incapaz de mirarle a uno a la cara, demacrado y con gestos de cocainómano.

Despedí al taxi delante de la casa del señor Ashbury y entré. La señora Ashbury estaba reclinada en un diván de la biblioteca. El mayordomo me dijo que deseaba verme.

La señora me miró con ojos suplicantes.

—Señor Lam, haga el favor de no marcharse. Quiero que esté aquí para proteger a Roberto.

—¿Contra qué?

—No lo sé. Se me antoja que hay algo siniestro en todo esto. Creo que Roberto está en peligro. Soy su madre y tengo intuición de madre. Usted es un luchador con músculos de acero. Dicen que ha tenido usted encuentros con los luchadores japoneses mejores y más fuertes que los ha zarandeado como si fueran muñecos. Haga el favor de velar por Roberto.

Le dije:

—Cuente usted conmigo.

Y marché en busca de Alta.

La encontré en el *solarium*. Estaba en un sofá. Se movió y me hizo sitio para que me sentara a su lado. Yo dije:

—Bueno; cuénteme.

Apretó los labios y sacudió la cabeza.

—¿Qué era lo que tenía Ringold contra usted?

—Nada.

—Supongo —dije—, que los tres cheques de diez mil dólares

eran para beneficencia. Tal vez estuviera él recaudando para la Cruz Roja.

Vi cómo se le dilataban los ojos.

—¿Los tres cheques?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo lo sabía usted?

—Soy detective. Es mi profesión averiguar cosas.

—Bueno —contestó ella, con un estallido de ira—, pues averigüe por qué los pagué.

—Así lo haré —le prometí.

E hice ademán de ponerme en pie.

Me asió de la manga y me obligó a sentarme otra vez.

—No haga eso.

—¿Qué?

—Dejarme.

—Baje de las nubes, pues.

Encogió las piernas, entrelazó las manos alrededor de las rodillas, con los tacones contra el borde del cojín.

—Donald —dijo—, dígame lo que ha estado haciendo, cómo averiguó lo de… bueno, ya sabe.

Moví negativamente la cabeza.

—A usted no le interesa saber nada de mí.

—¿Por qué?

—Porque sería malo para su salud.

—Entonces, ¿por qué quiere usted saber cosas de mí?

—Para poder ayudarla.

—Ha hecho bastante ya.

—Aún no he empezado siquiera.

—Donald, no hay nada que pueda hacer usted.

—¿Qué tenía Ringold contra usted?

—Le he dicho que nada.

La miré con fijeza. Ella se agitó inquieta. Después de unos momentos, dije:

—No sé por qué, pero nunca creí que fuera de las que mienten… No sé por qué tenía el convencimiento de que odiaba usted a la gente embustera.

—Así es.

Guardé silencio.

—No es cuenta suya —dijo ella, al cabo de un rato.

Yo dije:

—El día menos pensado la Policía va a empezar a hacerme preguntas. Si sé lo que no he de decir, nada sabrán por mí; pero, si no sé lo que no he de decir, pudiera meter la pata. Y entonces seguramente empezarán a interrogarla a usted.

Permaneció silenciosa durante unos segundos. Luego dijo:

—Me metí en un lío terrible.

—Cuéntemelo.

—Probablemente no será lo que usted piensa.

—En estos momentos, ni siquiera estoy pensando.

—Hice un viaje el verano pasado por los mares del Sur. Había un hombre a bordo. Me fue simpático y… Bueno, ya sabe usted lo que pasa.

—Muchas jóvenes han hecho viajes por los mares del Sur, se han encontrado la mar de hombres que les han sido muy simpáticos y, sin embargo, no han pagado treinta mil dólares después de volver a casa.

—Ese hombre estaba casado.

—¿Qué dijo su mujer?

—No la conocí jamás. Él me escribió. Sus cartas eran… eran cartas de amor.

—No sé de cuánto tiempo disponemos. Cuanto más desperdiciemos, menos nos quedará.

—No estaba enamorada de él en realidad. Fue uno de esos galanteos de viaje. Supongo que me dejé influir por la luna.

—¿Fue su primer viaje?

—Claro que no. He hecho muchos. Por eso viajan tanto las muchachas por mar. A veces se encuentra una con un hombre a quien quiere de verdad. Es decir, supongo que sucede así. Algunas lo han hecho. Se han casado y han vivido felices después.

—Pero ¿usted no?

—No.

—¿Tonteó por ahí, sin embargo?

—Verá… una intenta pasarlo lo más agradablemente posible. Se da cuenta al cabo de dos o tres días si hay alguien a bordo de quien pueda enamorarse. Generalmente se encuentra a alguno que es lo bastante atractivo para un coqueteo. Pero no es con él con quien se

juega; se entretiene con el romanticismo.

—¿El hombre estaba casado?

—Sí.

—¿Y estaba separado de su esposa?

—No. Me dijo más tarde que él estaba tomándose una vacación del matrimonio mientras ella tomaba otra por su cuenta.

—¿Qué vacación era la de ella?

—Tengo mis dudas acerca de ello. Ella trabajaba en una Compañía petrolífera que tenía intereses en China. Tuvo que ir a cerrar los libros cuando liquidaron la sucursal de Shanghai.

—¿Por qué son las dudas que expresa?

—El jefe también marchó. Iban en el mismo barco. Ella estaba enamorada de él.

—Y luego, ¿qué?

—En serio, Donald, tenía él algunas cosas que no me gustaban nada. Y tenía otras muy simpáticas. Se divertía tanto… Era… la alegría.

—Regresó usted. Seguía sin saber que era un hombre casado.

—Justo.

—¿Le dijo él que era soltero?

—Sí.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me escribió unas cartas.

—¿Las contestó usted?

—No; había averiguado ya que estaba casado.

—¿Cómo se llama?

—Se lo diré dentro de un momento.

—¿Por qué no decírmelo ahora?

—No; tendrá usted que conocer el resto de la historia primero.

—¿Era Ringold ese hombre?

—¡Santo Dios, no!

—Bueno.

—No quise contestar a sus cartas porque sabía que estaba casado; pero me gustaba recibirlas. Eran cartas de amor… Eso ya se lo he dicho…, pero estaban llenas de reminiscencias de nuestro crucero. Algunas cosas eran tan hermosas… Entramos en Tahití una noche, a altas horas… Tendría usted que verlo para darse cuenta de lo que es. Los danzarines indígenas aguardando alrededor de

pequeñas hogueras… Veíamos los puntos rojizos de luz en la playa. Luego, al entrar el barco, vimos las figuras de los bailarines en torno a los fuegos. Oímos ese singular *Tap. ¡tap!*
tap-tap.
Tap-tap,
¡Tap-tap!
, de los tambores. Luego echaron más combustible a las hogueras. Alguien encendió reflectores en el muelle, y allí estaban los bailarines, sin nada más que faldillas de hierbas, marcando con los pies desnudos el ritmo de la danza, luego formando parejas uno de cara al otro, en una danza que se hacía más violenta por momentos. Luego, a una señal, todos empezaron una especie de baile corrido alrededor de las hogueras… Me recordaba eso… y otras cosas. Eran cartas maravillosas. Las guardé y las leía cada vez que me sentía triste. Eran tan vívidas…

Dije:

—Suenan como la clase de cartas por las que las revistas pagarían dinero; pero no veo por qué había de pagar usted treinta mil dólares por unas cartas a las que no había contestado.

—Prepárese, porque voy a darle un susto —repuso ella.

—¿Quiere usted decir con eso que las cartas consiguieron algo de usted que él personalmente no había podido conseguir? ¿Que usted…?

Ella se puso colorada.

—¡No, no, no! ¡No sea usted estúpido!

—No se me ocurre ninguna otra cosa que pudiera valer treinta mil dólares para una joven tan independiente como usted.

—Comprenderá cuando se lo diga.

—Bueno, pues ande y dígamelo.

—El nombre del hombre era…

Se interrumpió.

—¿Qué tiene que ver su nombre con el asunto? —pregunté.

Respiró profundamente y dijo a borbotones:

—Hampton G. Lasster.

—¡Qué nombre más raro para volverse romántica! Parece usted creer que debiera significar algo. ¿Qué es? ¿Un…?

De repente me asaltó una idea con la misma fuerza de un mazazo. Me detuve sin acabar la frase y la miré, boquiabierto, Leí

en sus ojos que no me equivocaba en absoluto.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¡Es el hombre que asesinó a su mujer!

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—¿No hubo juicio?

—Aún no. Nada más que una vista preliminar. Se aplazó el juicio.

La así de los hombros y la obligué a volverse para poder verle bien los ojos.

—¿No habrá tenido usted un asunto amoroso con ese hombre?

Ella negó con la cabeza.

—¿Le vio él a usted después de su regreso?

—No.

—¿Y usted no le escribió nunca?

—No.

—¿Qué fue de sus cartas?

—Ésas eran las que estaba comprando.

—¿Cómo llegaron a manos de Ringold?

—Unos detectives del despacho del Fiscal que se las daban de listos pensaron que lo que necesitaban para que el caso del fiscal contra Lasster fuera perfecto era un motivo… un motivo que influyera en el jurado contra Lasster. Investigaron la vida de Lasster hasta donde pudieron. No podía explicar lo que había hecho de su tiempo durante un período de ocho semanas, en verano, mientras se hallaba ausente su esposa. Los detectives no conseguían averiguar dónde había estado.

»Luego, al registrar el cobertizo, encontraron un baúl viejo que tenía una etiqueta del barco. Siguieron esa pista y se enteraron del viaje a los mares del Sur. Consiguieron una lista de los pasajeros y se fueron entrevistando con ellos, uno por uno. Claro, fue cosa fácil después de eso. Descubrieron que Lasster había demostrado mucho interés por mí durante el viaje.

—No obstante —dije—, si usted fue razonablemente discreta eso no les proporcionaría nada sobre qué trabajar… si él no abrió la boca, por lo menos.

—Pero ¿no comprende usted? Les proporcionó la pista que deseaban. Aguardaron a que se les presentara una oportunidad, forzaron la entrada de casa, registraron mi cuarto y… bueno,

encontraron las cartas. Ya comprenderá usted lo que eso significa. Puedo jurar sobre una pila de Biblias que no he visto a Lasster ni le he escrito desde que averigüé que estaba casado. Nadie me creería.

—¿Cómo es que compró usted las cartas en tres plazos?

—Los detectives eran tres. Una vez tuvieron las cartas en su poder, se pararon a pensar un poco. Recibían un sueldo muy bajo del Estado. Si entregaban las cartas al fiscal, ni siquiera les subirían el sueldo. A mí se me suponía una mujer rica… Claro está que ellos no aparecieron para nada en el asunto. Consiguieron que Ringold hiciera de intermediario. No sé cuánto sacaría Ringold de todo esto, pero quedó acordado que compraría yo las cartas en tres veces.

Hundí las manos en los bolsillos, estiré las piernas, crucé los tobillos y me miré las punteras de los zapatos, intentando formarme una idea del cuadro, no tan sólo desde el punto de vista de ella, sino para darme cuenta de detalles que ella no conocía.

Ahora que la muchacha había empezado a hablar, no tenía el menor deseo de terminar. Dijo:

—Ya se dará usted cuenta de lo que eso significaría para una mujer como yo. El fiscal quiere conseguir un fallo condenatorio a toda costa en el caso Lasster. En primer lugar, no saben si se trata de un accidente, de si cayó y se dio en la cabeza o si fue Lasster quien le dio con algo. Luego, aun cuando el fiscal pudiera demostrar que Lasster le dio un golpe, el abogado de Lasster podría sacar a colación el viaje a Shanghai de su esposa y demostrar que se trataba de un caso de locura sentimental, o lo que sea, que demuestra un abogado cuando intenta hacer creer al Jurado que la mujer merecía que la matasen. Bueno, pues el fiscal podría impedir todo eso desde el primer momento si lograba meterme a mí en el ajo y hacer parecer que Lasster estaba enamorado de mí y quería deshacerse de su mujer para poder casarse conmigo. Yo era rica, y… bueno, no era del todo fea. Podía presentarme ante el Jurado de una forma que me crucificara y, si tuviese esas cartas, podía deshacer a Lasster en cuanto compareciera en el banquillo de los testigos e intentara negarlo. O podía sacar las conclusiones peores del mundo si no intentaba hacerlo.

Seguí pensando y no dije nada.

Ella prosiguió:

—Cuando los detectives se apoderaron de las cartas, pensaron en

que el abogado de Hampton podría comprarlas; pero Hampton no tiene mucho dinero. Yo creo que fue el abogado el que propuso que usaran a Ringold como intermediario y que me se sacaran el dinero a mí como fuese.

—¿Quién es el abogado?

—Layton Crumweather. Incidentalmente es, al propio tiempo, el abogado de la Compañía de Roberto, y he estado temiendo que dijese algo; pero supongo que esos abogados no tienen costumbre de hablar.

—¿Está usted segura de que Crumweather conoce la existencia de las cartas?

—Ringold decía que sí y supongo, naturalmente, que Lasster se lo diría. Yo creo que el hombre que se ve así acusado de asesinato se lo cuenta a su abogado por mucho que pueda afectar a cualquier otra persona.

—Tiene usted razón.

—Ni que decir tiene que Crumweather quiere impedir que las cartas lleguen a manos del fiscal. Como es natural, quiere conseguir un fallo absolutorio para su defendido. Las cartas servirían para condenarle… Por lo que he oído decir de Crumweather, es un abogado muy listo.

Me levanté y me puse a pasear por el cuarto. De pronto me volví y dije:

—No abrió usted el sobre cuando se lo entregó anoche.

Ella me miró con ojos que se fueron abriendo desmesuradamente.

—¿Así, pues, usted estuvo en ese cuarto, Donald?

—No se acuerde de eso. ¿Por qué, no abrió el sobre?

—Porque había visto a Ringold meter las cartas en el sobre y sellarlo. Era lo mismo que había hecho con las otras. Me las enseñaba, y luego…

—¿Abrió usted el sobre cuando llegó a casa?

—No; ocurrieron tantas cosas inesperadas y…

—¿Lo quemó?

—Aún no. Estaba a punto de hacerlo, cuando usted…

—¿Cómo sabe que todo esto no es una trampa que le ha preparado el fiscal?

Me miró asombrada.

—¿Cómo iba a poder saberlo? —exclamó.

—Quiere usar esas cartas para demostrar que existía un motivo para el asesinato. No servirá de gran cosa enseñar cartas que Lasster escribió, a menos que pueda demostrar que las contestó usted; pero si puede demostrar que pagó treinta mil dólares para conseguir que le devolviesen esas cartas, eso resultaría mejor que ninguna otra cosa.

—Pero ¿no comprendo, Donald? No tendría las cartas. Él…

—¿Dónde puso usted el sobre?

—En lugar seguro.

—Tráigalo.

—Está en lugar seguro, Donald. Es demasiado peligroso…

—Tráigalo.

Me miró un instante; luego dijo:

—Tal vez tenga usted razón.

Y se fue. Cosa de cinco minutos después volvió con un sobre cerrado.

—Sé que éstas son las cartas. Le vi a Ringold meterlas dentro. Luego cerró el sobre. Así era como me había entregado las otras cartas… Me las enseñaba, las metía en un sobre…

No aguardé a que terminara. Alargué la mano, tomé el sobre y lo rasgué.

Había media docena de sobres dentro. Los saqué y examiné su contenido.

Tenían dentro unas hojas de papel en blanco, con el membrete del hotel en que se alojaba Ringold.

Miré a Alta Ashbury. Si le hubieran estado sujetando los brazos al sillón eléctrico para electrocutarla, no hubiera podido tener peor color.

capítulo seis

BERTA me aguardaba en el coche de la agencia para llevarme al gimnasio. Tenía un periódico de la tarde en el asiento a su lado, y estaba muy nerviosa.

—Donald, esta vez sí que no te salvas.

—Que no me salvo, ¿de qué?

—Te atraparán.

—Hasta que tengan alguna pista, no veo la posibilidad.

—Tarde o temprano te echarán el guante. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Había alquilado el cuarto contiguo. Había hecho un agujero en la puerta. Ésta estaba abierta por el otro lado. Ganara, perdiera o empatase, yo era el elegido.

—Pero ¿por qué entraste en el cuarto de Ringold?

—¿Por qué no? De todas formas, estaba enganchado… si me pillaban.

—Donald, estás intentando proteger a esa muchacha otra vez.

No dije una palabra.

—Donald, es preciso que me des a conocer los detalles. ¡Cielos! ¡Suponte que te detienen! Yo intentaría conseguir tu libertad, claro está. Pero ¿sobre qué iba a basarme?

—No sabes hablar conducir al mismo tiempo. Échate para allá y deja que me ponga al volante.

Hicimos el cambio.

—Entérate bien —agregué—; a Alta Ashbury se la estaba haciendo víctima de un chantaje. El motivo no hace al caso. La persona que le sacaba los cuartos era un abogado llamado Crumweather… Layton Crumweather.

—Eso no pega. Tiene que haber ido a ver a Ringold. La descripción concuerda y…

—La descripción podrá concordar y ella podrá haber ido a ver a

Ringold; pero el hombre que le estaba sacando los cuartos era Crumweather.

—¿Cómo lo sabes?

—Le interesaba conseguir dinero para la defensa de un cliente suyo… un hombre acusado de un crimen.

—¿Quién crees que es?

—He olvidado su nombre.

Me dirigió una mirada torva.

—Ahora bien —proseguí; la única manera de que podemos arreglar este asunto… salvar a Alta sacarme a mí del lío… es encontrarnos en posición de apretarle los tornillos a Crumweather. No es un abogado honrado.

—Ninguno lo es.

—No sabes bien lo que te dices. Hay un dos por ciento de abogados que no son honrados… y son bien listos éstos. Cubren mucho terreno. Algunos de los que permanecen honrados son unos estúpidos. Los que no son honrados, no pueden permitirse el lujo de cometer estupideces.

—Defiende a los abogados si quieres, pero dame detalles.

—Crumweather se especializa ahora en burlar la ley que trata de la venta de acciones y obligaciones.

—Es imposible burlarla. Ya se ha intentado antes.

—No hay ley que no pueda burlarse, sea ésta la que fuere.

—Tú, que has estudiado Leyes, debes saberlo. Yo no.

—Esa ley puede ser burlada. Crumweather lo está haciendo de la manera siguiente: toma las antiguas Compañías que han perdido su licencia por no haber pagado los impuestos al Estado, las resucita, y las hace dedicarse a negocios completamente distintos. Para poder hacerlo, compra las acciones y obligaciones de las Compañías difuntas. No todas ellas le proporcionan lo que él necesita. Le hacen falta Compañías que hayan emitido casi todas sus obligaciones y que no tengan deudas ni compromisos pendientes. Compra las antiguas acciones que se han convertido en propiedad particular en manos de compradores de buena fe y resucita la Compañía. Averigua a qué precio van a vender a sus clientes las acciones y se las cede a un precio que le produce un diez por ciento de beneficio por cada acción vendida. Da instrucciones a sus clientes para que procuren no parecer vender, en general, al público y les tiene en

posición de haber transacciones individuales y privadas.

—Bien.

—Jamás podremos tocarle respecto a lo del chantaje. Es demasiado listo y está demasiado alejado del asunto. La única manera de engancharle es colocarle en situación tal que podamos hacerle cisco por las operaciones ilegales corporativas. No va a ser cosa fácil, porque es un hombre muy astuto.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—Empleando dinero del reservado para gastos.

—¿Cómo van las cosas entre tú y la muchacha?

—Bien.

—¿Se fía de ti?

—Creo que sí.

Berta exhaló un suspiro de alivio.

—Así, pues, ¿seguirá encargada la agencia del asunto?

—Probablemente.

—Eres una maravilla, Donald.

Aproveché la ocasión para decir:

—Ya he ido a ver a Crumweather en concepto de cliente en perspectiva. Creí poder arreglar el asunto de esa manera. No puedo. Es demasiado vivo. Se cubre la pista cada vez que da un paso. Sólo hay otra manera de hacerlo.

—¿Cuál?

—Convertirse en ingenuo comprador de acciones de alguna de las otras Compañías que él ha fomentado.

—¿Qué es lo que te hace suponer que es Crumweather el autor del chantaje?

—No tiene más remedio que serlo. Es la única manera de que la cosa resulte explicable. A primera hora de hoy, creí que pudiera tratarse del fiscal, que intentaba tender un lazo; pero no lo es, porque, si lo hubiera sido, ya hubiese dado algún paso definitivo. Crumweather tiene un cliente. Se trata de un caso importante. Va a llamar mucho la atención al público. Es su ocasión de lucirse. Podría hacerlo, claro está, nada más que por la publicidad que ello resultará para él; pero Crumweather no se conforma con eso. Vio que había posibilidad de ejercer presión sobre Alta y obligarla a proporcionar el dinero. Lo hizo. Consiguió sacarle veinte mil dólares; pero le salió mal la combinación con los últimos diez mil.

—Donald, voy a hacerte una pregunta. Quiero que me digas la verdad absoluta.

—¿Qué?

—¿Le mataste tú?

—¿Tú qué opinas?

—No creo que lo hicieras, Donald. No creo que haya la menor posibilidad, pero parece… Bueno, ya sabes lo que parece. Eres la clase de hombre capaz de enamorarse locamente de una muchacha y de hacer cualquier barbaridad por salvarla.

Disminuí la marcha ante una luz del tránsito y bostecé.

Berta movió negativamente la cabeza y dijo:

—Eres el hombre más sereno que he conocido. Si pesara nada más que veinte kilos, serías una verdadera mina de oro para Berta…

—¡Lástima! —murmuré.

Guardamos silencio un buen rato. Luego dije:

—Voy a necesitar una secretaria y un despacho. Buscaré una muchacha o me llevaré temporalmente a Elsie Brand.

—Donald, ¿estás loco? No puedo instalarte un despacho. Eso cuesta dinero. Cuesta demasiado dinero. Tendrás que encontrar otra manera de llevar a cabo tu plan. Y no puedo deshacerme de Elsie Brand ni durante medio día siquiera.

Seguí conduciendo sin decir palabra y Berta se picó. Un instante antes de que parara el coche frente al gimnasio del japonés, dijo:

—Bueno; tira adelante; pero no te pongas a tirar dinero.

Entramos en el gimnasio y el japonés me tiró de un extremo a otro. Yo creo que no hacía más que ejercitarse conmigo tirándome como un jugador tira la pelota cuando se está entrenando. Me proporcionó un par de ocasiones para que le tirara yo a él y yo apelé a todos mis recursos, pero nunca logré alzarle y estrellarle contra la lona de la manera en que él lo hacía conmigo. Siempre lograba retorcerse en el aire y caer de pie, riendo.

Yo ya estaba harto hasta la coronilla. Había odiado aquel ejercicio desde el primer momento. Berta decía que iba mejorando. El japonés aseguraba que iba muy bien.

Después de la ducha, le dije a Berta que me consiguiera un despacho para una semana, que hiciera poner el nombre que yo le dijese en la puerta, que se encargara de que los muebles fueran apropiados y me mandase a Elsie Brand.

Se enfadó y gruñó; pero acabó por decidir ser buena. Prometió telefonearme por la noche y decirme dónde estaba.

Enrique me enganchó aquella noche antes de la cena.

—¿Quiere tomar un combinado en mi cubil, Donald? —preguntó.

El mayordomo nos sirvió combinados en un cuartito con escopetas colgadas de las paredes, unos cuantos trofeos de caza, un portapipas y un par de sillones. Era el único sitio de la casa en que no se le permitía la entrada a nadie sin invitación especial de Ashbury; su único refugio para huir del lloriqueo continuo de su mujer.

Paladeamos los combinados hablamos de generalidades durante unos momentos. Luego Ashbury habló:

—Se está llevando la mar de bien con Alta.

—Era mi deber granjearme su confianza, ¿eh?

—Sí; y ha conseguido usted algo más que eso. No hace más que mirarle cuando está usted en el mismo cuarto.

Me tomé otro sorbo del combinado.

—El primer cheque de Alta tenía fecha del día primero. El segundo, del día diez. Si había de haber un tercer cheque, llevaría la fecha del veinte. Ayer fue veinte.

Dije tranquilamente:

—Así, pues, el cuarto tocaría el treinta.

Me echó una mirada.

—¿Alta salió anoche?

—Sí; fue al cine.

—¿Usted salió?

—Sí; estuve trabajando.

—¿Siguió a Alta?

—Si tanto le interesa, sí.

—¿A dónde?

—Al cine.

Apuró rápidamente el combinado y soltó un suspiro de alivio. Volvió a llenar mi vaso y el suyo.

—Me da usted la sensación de ser un joven de sentido común.

—Gracias.

Le vi agitarse inquieto le dije:

—No tiene usted necesidad de preparar el terreno conmigo.

Ande y desembuche de una vez.

Mis palabras parecieron producirle alivio. Dijo:

—Bernardo Carter vio a Alta anoche.

—¿A qué hora?

—Poco después de… bueno, poco después de que mataran a ése.

—¿Dónde estaba?

—A una manzana de distancia del hotel en que murió Ringold. Llevaba un sobre en la mano y caminaba muy aprisa.

—¿Se lo dijo Carter?

—No. Se lo dijo a la señora Ashbury y ella me lo dijo a mí.

—¿Carter no le habló?

—No.

—¿Ella no le vio?

—No.

—Carter está equivocado. Yo la estuve siguiendo todo el tiempo. Dejó el coche en el parque de estacionamiento próximo al hotel en que murió Ringold; pero no entró en el hotel. Fue a un cine. La seguí.

—¿Y después del cine?

—No permaneció mucho tiempo dentro. Salió y volvió al coche… ¡Ah, sí!, me parece que se paró para echar una carta a un buzón del camino.

Ashbury siguió mirándome; pero no añadió una palabra.

Yo proseguí:

—Creo que estaba citada con alguien en el cine y ese alguien no se presentó.

—¿Podía haber sido Ringold ese alguien?

Dejé que mi rostro reflejara la sorpresa.

—¿Por qué diablos dice usted eso?

—No lo sé. Una idea que se me ocurrió.

—Procure que no se le ocurran ideas, pues.

—Pero ¿podía haber sido Ringold?

—Mientras no se presentara, ¿qué rayos importa eso?

—Pero ¿podía haber sido Ringold? —insistí.

—¡Qué rayos! Podía haber sido el Gran Mogol. Le digo a usted que estuvo en el cine.

Guardó silencio unos instantes y yo aproveché para preguntarle:

—¿Sabe usted algo acerca de la Compañía de su hijastro… de

ésa de la que es presidente? ¿A qué se dedica?

—Un asunto de dragado de oro. Tengo entendido que poseen unos terrenos muy ricos; pero no quiero saber nada de ello.

—¿Quién se encarga de endosarle al público las acciones?

—Le agradecería que no lo dijese de esa manera. Suena… bueno; suena como si se tratara de un timo.

—Usted ya sabe lo que quiero decir.

—Sí, ya sé; pero no me gusta que hablen de ello en esos términos.

—Bien; arregle los términos a su gusto y luego dígame quién se encarga de endosarle las acciones al público.

Me miró, pensativo.

—Hay veces, Lam —dijo—, que ese temperamento inquieto que usted tiene le hace decir cosas que rayan en la insolencia.

—Sigo sin saber quién se encarga de endosar las acciones.

—Y yo también. Tienen una serie de vendedores: hombres de mucha experiencia, según tengo entendido.

—¿Los socios no venden?

—No.

—Eso era cuanto quería saber.

—Pero no es todo lo que quería saber yo.

Enarqué las cejas.

—¿Ha visto usted el periódico de la noche?

Moví negativamente la cabeza.

—Trae unas huellas dactilares. Han sacado una buena serie de la puerta y del pomo allá en el hotel. Me pareció que ese hombre que andaban buscando se parecía algo a usted.

—Mucha gente se parece a mí. La mayoría resultan ser a última hora dependientes de comercio.

Él se echó a reír.

—Si ese cerebro suyo tuviera un cuerpo que estuviese en consonancia con él, sería usted invencible.

—¿Eso es una alabanza o un palo?

—Una alabanza.

—Gracias.

Acabé el combinado y rechacé otro que me ofrecía. Ashbury tomó dos.

—Ya sabe usted que un hombre de mi situación tiene ocasión de

hacerse con informes financieros que pudieran no estar a disposición de un hombre corriente.

Acepté uno de sus cigarrillos y aguardé a que continuara.

—Eso es especialmente verdad en los círculos bancarios.

—Siga. ¿De qué se trata?

—Tal vez se está preguntando cómo me las arreglé para enterarme de que Alta había extendido dos cheques de diez mil dólares.

—Me lo figuré, poco más o menos.

—¿Por mediación del Banco quiere usted decir?

—Sí.

—No; no fue precisamente por mediación del Banco, sino por un amigo, funcionario del Banco.

—¿No es lo mismo?

Él rió.

—El Banco parece opinar que no.

—Siga.

—Conseguí más información del Banco esta tarde.

—¿Del funcionario amigo quiere decir?

—Sí.

Cuando vio que yo no pensaba preguntarle de qué se trataba, dijo, con voz impresionante:

—La Corporación Recreativa Atlee telefoneó al Banco y dijo que le había sido robado un cheque de la caja… un cheque firmado por Alta Ashbury y extendido al portador por valor de diez mil dólares. Querían que se les avisara si presentaba alguien el cheque. Dijeron que firmarían una denuncia por robo.

—¿Qué le contestó el Banco?

—Que telefonearan a Alta para que ella ordenase que no fuera pagado.

—¿Lo dijeron por teléfono?

—Sí.

—¿La persona que llamaba indicó que era de la Corporación Recreativa Atlee?

—Sí.

—¿Voz de mujer o de hombre?

—De mujer. Dijo ser la contadora y secretaria del gerente.

—Cualquier mujer puede decir eso por cualquier teléfono. Sólo

cuesta cinco centavos y suena igual para el que lo escucha.

Reflexionó un instante y luego movió afirmativamente la cabeza. Los combinados empezaron a surtir su efecto. Se tornó expansivo. Se inclinó hacia mí y me posó una mano paternal en la rodilla.

—Lam, hijo mío —dijo—; me es usted simpático. Tiene usted cierto aire de eficiencia que inspira confianza. Yo creo que Alta opina igual que yo.

—Me alegro que estén satisfechos de mi trabajo.

—Creí que no íbamos a estarlo, al principio. Pensé que cometería usted un error. Alta es bastante lista, ¿sabe?

—No tiene ni un pelo de tonta —asentí.

Y luego, porque él lo esperaba y porque era un cliente que pagaba al contado, agregué:

—Es digna hija de su padre.

Me miró encantado; luego su rostro reflejó la alarma.

—Tengo la idea de que usted sabe lo que se hace, Lam; pero si ha sido robado un cheque al portador de diez mil dólares, y si la persona que lo presentara al cobro se encontrara en un lío e hiciera ciertas declaraciones y…

—Deje de pensar ya más en todo eso: no ocurrirá nada.

Dijo expresivamente:

—Si hubiera usted leído los periódicos, hubiese observado que los testigos daban una descripción algo contradictoria acerca de ese misterioso Juan Smith. Las contradicciones esas resultan expresivas para un hombre que conoce la naturaleza humana… La muchacha describe a Juan Smith de una forma más atractiva.

Yo nada dije.

—¿Sabe Lam? Estoy fiando mucho en su discreción en este asunto. Desde luego, estoy confiando en que no… que no ha… que un exceso de celo por parte suya no haya, tal vez, sentado los cimientos de un mal mayor que el que usted ha sido llamado a curar.

—Eso sí que resultaría embarazoso, ¿verdad?

—Mucho. No es usted muy amante de hacer confidencias, ¿eh?

—Prefiero trabajar solo siempre que me es posible.

—¿Podría tener confianza ilimitada en usted? Donald, amigo… confianza absolutamente ilimitada si supiera una cosa.

—¿Cuál?

—Si los planes de usted habían tomado en consideración el peligro de que apareciese el cheque de diez mil dólares.

Era una ocasión de pavonearme que no pude resistir.

—Señor Ashbury, quemé ese cheque de diez mil dólares en su solárium anoche. Deshice las cenizas con mis dedos. Puede usted dejar de atormentarse por eso.

Me miró con ojos que se fueron abriendo más y más, hasta que creí que se le iban a saltar y quitarle los lentes; luego me asió la mano y me la estrechó, con el mismo movimiento que si estuviera dándole a una bomba de agua. Desconté un poco por los cuatro combinados que se había tomado; pero aun así, resultaba una buena demostración.

—¡Es usted una maravilla, muchacho, una maravilla! Ésta es la última vez que le preguntaré a usted nada. Tire adelante desde ahora y haga las cosas a su manera. Es maravilloso, simplemente maravilloso.

—Gracias. Ya sabe usted que esto puede costarle dinero.

—Me importa un bledo lo que me cueste… No; no quiero decir eso precisamente; pero… Bueno; ya sabe usted lo que quiero decir.

—Berta es más dada a economizar de lo necesario a veces. Es de las que ahorran los centavos y despilfarran los dólares.

—No tiene necesidad de eso. Explíqueselo. Dígale que…

—El decirle a ella eso de nada servirá. Está hecha así.

—Bueno, pues, ¿qué quiere usted?

—¿Se le ha ocurrido alguna vez pensar que pudiera tener que sobornar a alguien?

—No.

—Pues es una posibilidad que hay que tener en consideración.

No parecía hacerle demasiada gracia la cosa.

—Bueno, claro, si se encuentra usted en un apuro, lo que puede hacer es venir a mí y… decirle a quién soborno, cuánto he de pagar y por qué.

—Entonces, si sale algo mal y resulta ser un lazo que me han tendido, el que cae en él es usted.

Vi que cambiaba de color.

—¿Cuánto necesita? —me preguntó.

—Más vale que me dé mil dólares. Los conservaré por si los necesito. Puede ser que vuelva a pedirle algunos más.

—Es mucho dinero, Donald.

—Sí que lo es. ¿Cuánto dinero tiene usted?

Se puso colorado.

—No veo qué tiene que ver eso con el asunto.

—¿Cuántas hijas tiene usted?

—Una nada más, claro.

Guardé silencio mientras reflexionaba. Vi que le iba entrando la idea en la cabeza. Sacó una cartera y extrajo de ella diez billetes de cien dólares.

—Comprendo lo que quiere usted decir, Donald; pero no olvide que no soy millonario.

—El hombre que tiene dinero le lleva una ventaja al que no lo tiene. Cuando se encuentra en un atolladero, puede abrirse paso a fuerza de cuartos. Sería usted tonto si no hiciera uso de los triunfos que tiene en la mano.

—Tiene razón —dijo. Y al cabo de un momento, prosiguió—: ¿No cree usted, Donald, que podría decirme unos cuantos detalles más? Me gustaría conocerlos.

Le miré con fijeza.

—¿De veras? —pregunté.

—¿Por qué no?

—Yo acostumbro a desenvolverme de forma que mis clientes no sepan una palabra.

Frunció el entrecejo.

—Me parece que eso no me gusta.

—Y de esa manera —proseguí—, la policía nunca puede acusarles de complicidad.

Pegó un brinco como si le hubiera clavado un alfiler. Parpadeó cuatro o cinco veces muy aprisa y luego se puso en pie apresuradamente.

—¡Está muy bien pensado, Donald, pero que muy bien! Bueno, me parece que va siendo hora de que suspendamos la sesión. Voy a estar muy ocupado después de esto, Donald. No tendré ocasión de poder hablar con usted. Sólo quiero que sepa que lo dejo todo en sus manos… completamente en sus manos.

Puso fin a la conferencia con la misma precipitación que si me hubiera dado repentinamente un ataque de viruela. Y me había dado: de viruela jurídica en grado de verdad.

A eso de las ocho de aquella noche, Berta telefoneó. Me dijo que se había visto negra para conseguir un despacho de la clase que yo quería; pero que lo había logrado por fin. Estaba a nombre de Carlos E. Fischler y era la habitación seiscientos veintidós del Edificio Commons. Elsie Brand estaría allí a la mañana siguiente para abrir la oficina y tendría las llaves.

—Necesitaré tarjetas comerciales.

—Ya está arreglado eso. Elsie las tendrá. Es usted ya el gerente de la Corporación Fischler de Ventas.

Contesté: «De acuerdo», y fui a colgar.

—¿Qué hay de nuevo? —me preguntó.

—Nada.

—Téngame al corriente.

—Así lo haré —dije.

Y colgué en seguida, antes de que se le ocurriera alguna otra cosa que preguntarme.

La noche se hizo interminable. Alta me hizo una señal de que quería hablar conmigo; pero me parecía que ya sabía yo todo lo que pudiera decirme ella. Pero no conocía todo lo que sabía Bernardo Carter y quería estar a mano de manera que pudiera iniciar conmigo una conversación que pareciese lo suficientemente natural en caso de que quisiera decirme algo.

Sí que quería.

Estaba yo haciendo carambolas en la sala de billar cuando entró él.

—¿Tiene ganas de echar una partida? —me preguntó.

—Soy muy malo al billar —contesté—. Bajé aquí para alejarme de las conversaciones insustanciales.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Le preocupa algo?

—Así, así —contesté, dando con el taco a una bola y mirando cómo rebotaba en la banda.

—¿Ha visto usted a Ashbury…? ¿Ha tenido usted ocasión de hablar con él?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Es buena persona Ashbury —prosiguió Carter.

Yo no contesté.

—Debe ser muy agradable poder conservarse en buenas condiciones físicas —continuó Carter, echándose una mirada al

chaleco—. Usted se mueve con la misma facilidad que un pez en el agua. Le he estado observando.

—¿Sí?

—Sí. ¿Sabe una cosa, Lam? Me gustaría conocerle mejor… hacer que me entrenara y me pusiera en mejores condiciones.

—Podría hacerse —dije yo—, dando tacazos.

Se acercó más.

—Hay otra persona en quien ha creado una impresión favorable, Lam.

—¿De veras?

—Sí; en la señora Ashbury.

—Me dijo que debería perder un poco de grasa cuando se le normalizara la presión arterial.

Carter bajó la voz.

—¿No se le ha ocurrido a usted pensar alguna vez —preguntó—, que es un poco raro que empezara a engordar y que le subiera la presión arterial en cuanto se casó con Ashbury?

—Muchas mujeres se ponen a dieta mientras andan a la caza del marido, y luego en cuanto se casan vuelven a…

Se puso morado.

—No era eso lo que yo quería decir ni mucho menos —explicó con aspereza.

—Lo siento.

—Si conociera usted a la señora Ashbury se daría cuenta de lo infundado de semejante aseveración, de lo apartado que está de la verdad.

No alcé la mirada de la mesa. Dije:

—Usted era el que hablaba. Creí que a lo mejor era eso lo que quería usted decir y le di facilidades.

—Eso no era lo que quería decir.

—¿Por qué no dice usted lo que tiene que decir entonces?

—Bueno; lo haré. Conozco a la señora Ashbury desde hace mucho tiempo. Antes de su matrimonio pesaba diez kilos menos y parecía veinte años más joven.

—La presión arterial puede hacerle muchas cosas a una persona.

—Claro que sí. Pero ¿a qué obedece la presión arterial? ¿Por qué había de aumentarle bruscamente la presión el matrimonio?

—Eso digo yo: ¿por qué?

Aguardó a que alzara la vista para encontrarme con su mirada. Casi temblaba de rabia. Dijo:

—La contestación es evidente. La hostilidad persistente y sistemática de su hijastra.

Dejé el taco y pregunté:

—¿Quería usted hablarme de eso?

—Sí.

—Bueno; estoy escuchando.

—Carlota… la señora Ashbury… es una mujer maravillosa, encantadora, magnética, bella. Desde su matrimonio, la he visto cambiar.

—Todo eso lo ha dicho usted antes.

Le estaban temblando los labios de rabia.

—Y la culpa de todo la tiene la hostilidad de esa chica mal educada.

—¿Se refiere usted a Alta?

—Me refiero a Alta.

—¿No tuvo en cuenta esa posibilidad la señora Ashbury antes de su matrimonio?

—Por la época de la boda, Alta había abandonado a su padre, largándose por el mundo a divertirse sin acordarse poco ni mucho de aquél; pero en cuanto se casó él con Carlota y ésta empezó a formarle un hogar, Alta volvió corriendo y se puso a desempeñar el papel de hija cariñosa. Poco a poco ha ido envenenando a su padre contra la señora Ashbury. Carlota es muy sensitiva y…

—¿A qué decirme a mí todo eso?

—Me pareció que debía usted saberlo.

—¿Cree usted que me ayudará a entrenar mejor a Enrique Ashbury?

—Quizá.

—¿Qué es lo que esperaba usted que hiciera yo exactamente?

—Usted y Alta se hallan bastante bien.

—¿Y qué?

—¿Ha hablado usted con Ashbury?

—Sí.

—¿Sigue sin comprender adónde quiero ir a parar?

—Sí.

Me miró fijamente.

—Bien —dijo—, si quiere que le diga las cosas claras… Carlota… la señora Ashbury… no tiene más que susurrarle a la policía lo que sabe y se demostraría que Alta había estado en el cuarto de Jed Ringold anoche a la hora del asesinato.

Enarqué las cejas.

—Bueno —se apresuró a rectificar Carter—, un poco antes de la hora del asesinato. ¿No se le ha ocurrido pensar que la descripción de la mujer que subió a visitar a Ringold corresponde con la de Alta, y que no haría falta esforzarse mucho ni ser un gran detective para dejar demostrado que el coche de Alta se hallaba en un parque de estacionamiento, a un par de manzanas del hotel, y que podría citarse a un testigo que declarará haber visto a Alta dirigirse a buena marcha a su coche, procedente de la manzana en que está el hotel, aproximadamente a la hora en que se cometió el crimen?

—¿Qué quiere usted que haga yo? —le pregunté.

—La próxima vez que Alta se ponga a hablar de su madrastra, podría explicarle que la señora Ashbury puede, si quiere, meterla en un lío de mil demonios, y que si no lo hace es porque es una buena persona y por lealtad al hombre con quien se ha casado.

—Parece usted dar por sentado que Alta va a discutir conmigo lo que opina de su madrastra.

—Precisamente —contestó.

Y dio media vuelta, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

—Un momento —dije yo— si Alta salió del hotel antes de que fuera cometido el asesinato, me parece a mí que no tiene por qué asustarse.

Él se detuvo con la mano en la puerta.

—Se la vio en la calle —dijo— inmediatamente después de haber sido cometido el asesinato.

Me quedé con la mirada fija en la puerta después de cerrarse tras él. Evidentemente, Carter no sabía exactamente cuándo se había cometido el asesinato, no se había fijado en la hora exacta en que había visto a Alta o, de lo contrario, estaba dispuesto a adornar un poco su relato para proporcionarle a la señora Ashbury un triunfo. Fuera como fuese, era inútil molestarse por él. En cualquier momento en que se le ocurriera a la Policía relacionar a Alta con el asunto no tenían que molestarse mucho en buscar. El conserje del hotel, la muchacha del puesto de tabaco, el encargado del parque

de estacionamiento, el «botones» que hacía funcionar el ascensor… ¡Oh! ¡Lo que sobraba eran testigos! Lo bonito del caso era que todos estos testigos tendrían que jurar que Alta había salido del hotel antes de que fueran hechos los disparos; pero la señora Ashbury creía tener la mano llena de cartas fuertes, no veía yo motivo para no dejar que lo siguiera creyendo hasta que viera cómo tenía la intención de jugarlas.

Cogí el sombrero y el gabán, esperé una ocasión para salir cuando Alta no me viera y decidí ir a echar una mirada a las casas de juego de la Corporación Recreativa Atlee.

Tenían dos restaurantes muy elegantes, abajo, y no me costó gran trabajo subir al piso. Las salas estaban bien equipadas, aunque eran pequeñas. Nadie pareció dedicarme excesiva atención. Jugué en pequeña escala y quedé más o menos en paz con la ruleta. Había poca gente. Intenté inventar una excusa para ver al gerente, pero parecía como si no hubiera más remedio que el de armar un escándalo para conseguirlo.

En el preciso instante en que salía yo de la sala, entró una rubia del brazo de un hombre vestido de etiqueta, que hacía cara de tener dinero.

No era aquélla la primera vez que veía aquel cabello. Era Esther Clarde, la dependienta del estanco del hotel en que había muerto Ringold.

Empecé a darme de puntapiés mentalmente. Era una casualidad, claro está; pero una casualidad que debiera haber previsto. Si había sabido lo bastante para responder a mis preguntas acerca de la Corporación Recreativa Atlee allá en el hotel, sabía lo suficiente para ganarse una comisión haciendo de gancho. Había colocado yo una trampa, la había cebado y luego me había metido yo mismo en ella.

Me miró vi que sus ojos adquirían una mirada dura. Dijo serenamente:

—¡Ah, hola! ¿Cómo anda la suerte? ¿Bien?

—No muy bien.

Ella le sonrió a su compañero y le dijo:

—Arturo, quiero presentarte al señor Smith. Señor Smith, éste es Arturo Parker.

Nos estrechamos la mano y le dije que tenía mucho gusto en

conocerle.

—¿Se disponía usted a marcharse, señor Smith?

—Sí que pensaba hacerlo.

—Bueno, pues no va a marcharse usted precisamente cuando entro yo. Acostumbra usted traerme suerte y, no sé por qué, pero tengo el presentimiento de que va usted a traerme mucha esta noche.

Pensé que podría complicar la situación dándole celos a Parker. Le miré y dije:

—El señor Parker parece una magnífica mascota.

Ella respondió:

—Él no es mi mascota. Mi mascota es usted. Venga con nosotros a las mesas.

—Francamente, estoy un poco cansado y…

Me miró fijamente. La luz dio de lleno sobre su cabello y éste pareció más que nunca el cabo de cuerda de ahorcar que había visto yo años antes.

—No pienso dejarle escapar a usted —atajó, riendo, con los pintados labios—, aunque para ello tenga que llamar a los guardias.

No había ni asomo de risa en sus ojos.

Sonreí y repuse:

—Bueno, después de todo, eso es cosa del señor Parker. Nunca me ha gustado estorbar.

—¡Ah! —terció Parker, como si eso lo explicara todo. Y se puso a sonreír inmediatamente—. Haga el favor de acompañarnos, Smith, y darnos suerte.

Me acerqué a la mesa de ruleta con ella.

Empezó a jugar con dólares de plata y los perdió. Parker no parecía dispuesto a darle dinero para que jugara. Cuando hubo perdido todo su dinero, hizo un mohín de disgusto, y por fin Parker le proporcionó cinco dólares en fichas de veinticinco centavos.

Cuando él se hubo apartado un poco hacia el extremo de la mesa, ella se volvió de pronto y me clavó la mirada.

—Deme doscientos dólares por debajo de la mesa —ordenó.

La miré como si no la hubiese oído.

—Vamos, vamos —prosiguió ella rápidamente en voz baja—. No se haga el tonto y no me dé largas. Sacúdase el dinero, o si no…

Bostecé.

Fue tal el desencanto de la muchacha que casi hubiera llorado. Tiró las fichas sobre la mesa y las perdió. Cuando se quedó sin ellas, le metí un dólar en la mano.

—Éste es el único donativo que pienso hacerte, hija mía —dije —, y te traerá suerte. Juégalo al doble cero.

Se lo jugó al doble cero y ganó.

—Deja la postura y lo que has ganado en el mismo sitio.

—Estás loco.

Yo me encogí de hombros y ella retiró todos menos cinco dólares de sus ganancias.

Jamás sabré por qué dije eso del doble cero. Pisaba terreno peligroso. Fue una corazonada, una de esas cosas que tiene a veces un hombre en momentos de crisis, cuando parece adquirir facultades de clarividente. Estaba completamente seguro de que iba a salir el doble cero otra vez. No me pregunten como lo sabía. Lo sabía: he ahí todo.

La bola corrió alrededor de la ruleta y fue a caer en uno de los compartimentos.

Oí a Esther Clarde soltar una exclamación miré a ver dónde había caído la bola.

Era el siete.

—¿Lo ves? —dijo ella—. Me has hecho perder.

Reí.

—Aún juegas con dinero de la banca.

—Tal vez se repita el siete —murmuró.

Y se jugó dos dólares a él. Se repitió. Después de eso dejé de sentirme afortunado y no me acordé ya más. Esther aumentó sus ganancias hasta quinientos dólares y luego cambió las fichas.

Había una morena rondando por las mesas, una muchacha esbelta, de hombros desnudos y ojos tan llenos de romanticismo como una noche cálida oscura en una playa tropical. Ella y la rubia se conocían y, después de haber Esther convertido las fichas en dinero, las vi hacerse señales. Más tarde se pusieron a cuchichear.

A continuación, la morena se lanzó a la conquista de Arturo Parker, ¡y cómo se lanzó! Pidió que la aconsejara, rozándole los labios con el hombro desnudo al inclinarse por delante de él para colocar una postura al otro extremo de la mesa, y alzó la vista, mirándole con una sonrisa.

Eché una mirada a la cara de Parker y comprendí que me había quedado amo de la rubia.

—Bueno —le dije a Esther Clarde—; tú ganas. ¿Dónde vamos?

—Saldré yo primero al guardarropa —dijo—. Te esperaré. No intentes nada raro. Por si te interesa saberlo, te advierto que no hay más que una puerta de salida.

—¿Por qué crees que iba a querer dar esquinazo a una chica tan guapa como tú?

Ella se echó a reír, y después de un momento dijo con dulzura:

—Eso, ¿por qué habías de querer hacerlo?

Me quedé el rato suficiente para hacer unas cuantas jugadas a la ruleta. No podía quitarme de la cabeza el doble cero ni dejar de jugar a él. No salió ni por asomo. Parker estaba enfrascado con la morena. Una vez tuvo un sobresalto, como de remordimiento, y miró a su alrededor. Le oí a la morena decir algo en la sala de descanso y vi cómo le echaba un brazo al cuello y le susurraba algo al oído.

Él se echó a reír.

Salí al guardarropa. Esther Clarde aguardaba.

—¿Tienes coche —me preguntó—, o tenemos que coger taxi?

—Taxi —contesté.

—Bueno, vamos.

—¿A alguna parte en particular?

—Me parece que iré a tu piso.

—Yo prefiero ir al tuyo.

Me miró un instante y luego se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —murmuró.

—Tu amigo el señor Parker no se presentará, ¿verdad?

—Mi amigo el señor Parker —contestó ella con aspereza—, está comprometido ya para toda la noche, gracias.

Dio las señas de su casa al conductor del taxi. Tardamos cosa de diez minutos en llegar allí. Era su piso, en efecto. Su nombre figuraba en una plaquita por encima del timbre. Abrió con su llavín y subimos… Bueno, después de todo, como decía ella, ¿por qué no? Yo sabía dónde trabajaba. Los periódicos habían publicado su fotografía y una entrevista en la que describía al hombre que le había hecho preguntas acerca de Ringold. No tenía nada que temer de mí.

Y yo estaba metido en el lío hasta la coronilla.

No era mal piso. Una mirada me bastó para comprender que no lo sostenían los beneficios que obtenía en un puesto de tabaco instalado en un hotel de segunda categoría.

Se quitó el abrigo, me dijo que me sentara, sacó cigarrillos, me preguntó si quería *whisky* escocés y se sentó en el sofá a mi lado. Encendimos cigarrillos y ella se movió para acurrucarse contra mí. Pude ver el destello de luz en su cuello y en sus hombros y la mirada seductora de sus ojos azules; y el cabello que era como cáñamo me rozó la mejilla.

—Tú y yo —dijo— vamos a ser muy buenos amigos.

—¿Sí?

—Sí; porque la muchacha que subió ayer a ver a Jed Ringold, la muchacha a quien tú seguías, era Alta Ashbury.

Y luego se acurrucó contra mí, muy afectuosa.

—¿Quién —pregunté con la cara sin expresión— es Alta Ashbury?

—La mujer a quien seguías.

Moví negativamente la cabeza y dije:

—Yo buscaba a Ringold.

Se volvió de forma que pudiera seguir mirándome a la cara. Luego dijo lentamente:

—Bueno; hasta cierto punto da lo mismo. Es algo que no puedo usar yo… directamente. Prefiero trabajar contigo a hacerlo con ninguna otra persona que conozco… —y agregó, con una risita—: Porque a ti puedo hacerte andar derecho.

—Eso no es decirme quién es Alta Ashbury. ¿Era su mujer?

Vi que la rubia estaba reflexionando, intentando decidir cuánto decirme y cuánto callar.

—¿Lo era? —insistí.

Ensayó ella una contraofensiva.

—¿Qué querías tú de Ringold?

—Quería verle por cuestión de negocios.

—¿Qué negocios?

—Alguien me había dicho que con él podría informarme acerca de cómo burlar la ley sobre venta de acciones y obligaciones. Me dedico a organizar empresas. Tenía una empresa que quería organizar.

—Conque, ¿entraste a verle?

—¡Oh, no! Tomé la habitación de al lado.

—¿E hiciste un agujero en la puerta?

—Sí.

—¿Y miraste y escuchaste?

—Sí.

—¿Qué viste?

Moví negativamente la cabeza.

Se enfureció entonces.

—Escucha —dijo—; o eres el idiota más grande que he conocido o el hombre más templado. ¿Cómo sabías que no podía llamar a la policía cuando no me quisiste dar los doscientos dólares por debajo de la mesa?

—No lo sabía.

—Más vale que te lleves bien conmigo. ¿Sabes tú lo que ocurriría si descolgase el teléfono y llamase a la policía? Por el amor de Dios, baja de las nubes y ten sentido común.

Intenté hacer una anilla de humo con la boca.

Ella se puso en pie y echó a andar hacia el teléfono. Tenía comprimidos los labios y echaba chis as por los ojos.

—¡Anda y llámala, anda…! Estaba a punto de llamarla yo.

—Sí, y yo me lo creo.

—Claro que iba a hacerlo. ¿No te das cuenta del drama?

—¿Qué quieres decir?

—Yo estaba sentado en el cuarto contiguo con el ojo pegado al agujero de la puerta. El asesino había abierto la puerta con una ganzúa cosa de media hora antes de que entrara yo. Había arrancado la moldura, arreglado la cerradura, vuelto al cuarto, y colocada la moldura en su sitio, aguardó un momento propicio, abrió la puerta otra vez, entró en la especie de nicho aquél, y en el cuarto de abajo después.

—Eso es lo que dices tú.

—Olvidas una cosa, hermana.

—¿Cuál?

—Yo vi al asesino. Soy el único que lo vio. Yo sé quién fue… Ringold habló con la muchacha. Le dio unos papeles. Ella le dio un cheque. Se lo metió en el bolsillo de la derecha. Cuando se hubo marchado ella, fue él hacia el cuarto de baño. Yo no sabía que esa

otra persona estaba en el cuarto de baño, pero había descubierto que la puerta que comunicaba con el otro cuarto estaba abierta por mi lado y la volví a cerrar cuando hice el agujero. El asesino sabía que Ringold iba a entrar en el cuarto de baño e intentó volver al cuatrocientos veintiuno. La puerta estaba cerrada. Yo estaba allí. La persona que se hallaba al otro lado de la puerta estaba acorralada.

—¿Qué hiciste tú? —preguntó ella, atreviéndose a respirar.

—Fui un imbécil. Debí de llamar por teléfono al vestíbulo y decirles que obstruyeran la salida y avisaran a la policía. Pero estaba un poco nervioso. No se me ocurrió pensar en eso. Descorrí el cerrojo de la puerta de comunicación y la abrí. Seguí al asesino hasta el pasillo. Me quedé parado en la puerta y miré de un lado para otro. Luego tomé el ascensor y bajé en él al segundo piso. Cuando dieron la alarma, salí.

—¡Linda historia! —dijo ella. Y después de unos momentos de reflexión, agregó—: ¡Sí que es una linda historia, de veras…! Pero no conseguirás que la crea la policía.

Le sonreí con aire protector.

—Olvidas, hija mía —dije—, que yo vi al asesino.

Sufrió una reacción tan rápida como si le hubieran soltado una descarga eléctrica.

—¿Quién fue? —preguntó.

Me reí de ella e hice otra anilla de humo. O lo intenté, por lo menos.

La muchacha cruzó el cuarto y se sentó. Se cruzó de piernas y se sujetó la rodilla izquierda con las manos entrelazadas. No acababa de entender la cosa y no sabía qué hacer. Me miraba a mi primero, y luego se miraba la punta del pie. La falda de su vestido de noche le estorbaba. Empezó a subírselo; luego se levantó, entró en la alcoba y se lo quitó del todo. No cerró la puerta. Al cabo de un par de minutos volvió a salir con una chaqueta de terciopelo. Volvió a acercarse y a sentarse a mi lado.

—Bueno —dijo—, no veo yo que eso cambie gran cosa la situación. Necesito a alguien que se encargue del asunto Ashbury. Tú haces cara de buena persona. No sé qué tienes que me haces tener confianza en ti. ¿Quién eres en realidad? ¿Cómo te llamas?

Sacudí la cabeza negativamente.

—Escucha, amigo: tú no saldrás de aquí hasta que me hayas

dicho tu nombre. Y quiero decir tu nombre. Voy a ver tu licencia de automóvil, tu tarjeta de identidad, tomarte las huellas dactilares… o voy a ir a tu casa, averiguar dónde vives y lo que haya que saber de ti. Conque baja de las nubes.

Señalé la puerta.

—Cuando haya acabado aquí —dije—, voy a salir por esa puerta. ¿Y qué será de tu magnífico plan para desplumar a Alta Óshbury?

—Ashbury —rectificó ella.

—Bueno, como más te guste.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Juan Smith.

—Eres un embustero.

Me eché a reír.

Recurrió a la persuasión.

—Está bien, Juan.

Se volvió, encogió las piernas y resbaló por encima de mis rodillas de forma que quedó echada apoyada en un codo, mirándome, fascinadora, a la cara.

—Escucha, Juan; tú tienes sentido común. Tú y yo podríamos hacer sociedad y sacar algo de todo.

No la miré a los ojos. El color de su cabellera, seguía fascinándome.

—¿Cuento contigo, sí o no?

—Si se trata de un chantaje, no cuentes conmigo; no me especializo en eso.

—¡Cuentos! Voy a darte detalles. Luego tú y yo vamos a ganar dinero.

—¿Qué es lo que tienes contra Alta Ashbury, exactamente?

Cuando abrió la boca, se la tapé yo de pronto con una mano y le dije:

—No; no me lo digas. No quiero saberlo.

Se me quedó mirando.

—¿Qué bicho te ha picado?

—Ya estoy del otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha, preciosa; no puedo hacerlo. No soy tan canalla que haga todo eso. A mí no me engañas ni pizca. Tú estabas metida en

todo el asunto. Jed Ringold le sacaba los cheques a Alta Ashbury. Te los entregaba a ti para que los llevaras a la Corporación Recreativa Atlee. Les dabas algo a los muchachos de la Corporación, se te pegaba un poco a los dedos, y le dabas lo demás a Ringold, que se encargaba de pasárselo a sus superiores… o inferiores, como quieras llamarlos.

»Ahora, permíteme que te diga una cosa. Estás lista, acabada. Da un paso contra Alta Ashbury, y te vas a encontrar entre rejas.

Se enderezó y me miró.

—¡Los habrá locos! —exclamó.

—Bueno, hermanita, ya te he avisado.

—Ya lo creo que lo has hecho… ¡so primo!

Yo dije:

—Me fumaré otro de tus cigarrillos si te es igual.

Me entregó la pitillera y exclamó:

—¡Ésa sí que es buena! Te veo entrar en el hotel, la policía empieza a buscarte, me topo contigo, doy esquinazo a mi pareja, te traigo aquí, y me voy de la lengua sin descubrir quién rayos eres, ni una palabra del asunto… Supongo que eres un detective que trabaja para Alta Ashbury… No; es más probable que te contratara el viejo.

Encendí un cigarrillo.

—Pero ¿por qué hacer el primo de esa manera? —prosiguió—. ¿Por qué no me dejaste seguir y decir todo lo que quisiese, fingiendo que pensabas trabajar conmigo? ¿Por qué no me sonsacaste y me echaste luego el guante?

Le miré y repuse.

—¡Maldito si lo sé, criatura!

Y era la pura verdad.

—Aun así, podrías ser tú quien liquidara a Ringold.

—Pudiera.

—Podría meterte en un compromiso.

—¿Tú lo crees?

—Lo sé seguro.

—Ahí tienes el teléfono.

Se contrajeron sus pupilas.

—Y entonces tú me meterías en el asunto y aun demostrarías, tal vez, que mis motivos no eran tan puros como parecían… ¡Qué rayos! ¿Qué iba a adelantar yo con eso?

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Echarnos un buen trago. Cuando pienso en lo que podrías haber hecho conmigo si hubieras querido… No acabo de comprenderte. No eres tonto. Eres más vivo que un relámpago. Te figuraste la jugada y me diste cuerda, y cuando yo me metía de cabeza en la trampa me paraste en seco. Bien; no te acostarás sin saber una cosa más. ¿Qué quieres con el *whisky*? ¿Soda o agua?

—¿Tienes *whisky* escocés auténtico?

—Sí; un poco.

—Yo tengo una cuenta de gastos.

—Ya es algo.

—¿Conoces a algún comerciante que pueda hacer entrega a estas horas de la noche?

—Vaya que sí.

—Bueno; llámale. Dile que mande media caja de botellas de *whisky* escocés.

—Escucha, ¿no me estarás tomando el pelo?

Negué con la cabeza, abrí la cartera, saqué un billete de cincuenta dólares y lo tiré sobre la mesa.

—Esto es lo que mi jefe llamaría despilfarrar dinero.

Pidió ella el *whisky*, colgó el teléfono y dijo:

—Más vale que nos bebamos el mío mientras esperamos a que llegue ese otro.

Echó una buena cantidad en cada copa. Había soda en la nevera. Dijo:

—No me dejes emborrachar, Juan.

—¿Por qué no?

—Porque me da por llorar. Hace mucho tiempo que nadie se porta bien conmigo… Lo que más me duele es que no lo hiciste tú por mí, sino simplemente porque tú eres tú. Estás hecho así. Tienes algo que… Bésame.

La besé.

—¡Al diablo con eso! —exclamó—. Bésame como es debido.

Un cuarto de hora más tarde subió un chico con la media caja de *whisky*.

Me presenté en casa de Ashbury a eso de las dos de la madrugada. Seguía sin poder olvidar el cabello de aquella muchacha. Me acordaba de la cuerda del verdugo cada vez que

recordaba el brillo de la luz sobre aquellas rubias guedejas.

capítulo siete

DURANTE el desayuno, le pregunté al señor Ashbury que sabía de Fundiciones, Minas y Minerales Amalgamados. Dije que tenía un amigo, un tal Fischler, cuyo despacho se hallaba en el Edificio Commons, y que había heredado un puñado de dinero. Quería algo en qué meterlo y era de los que gustaban de arriesgarse. Yo le había propuesto que adquiriera unas buenas acciones mineras.

Roberto dijo:

—¿Por qué no conservarlo todo dentro de la familia?

Yo le miré con sorpresa.

—No deja de ser una idea.

—¿Qué señas tiene?

—Despacho seiscientos veintidós. Edificio Commons.

—Haré que le visite un vendedor.

—Hágalo.

Ashbury le preguntó a Roberto si había oído algo más de la policía acerca de lo que estaban haciendo en el asunto del asesinato de Ringold. Roberto contestó que la policía había estado investigando el asunto, y llegado a la conclusión de que se trataba de un asesinato por cosas de juego y que estaban averiguando quiénes eran los asociados de Ringold, en la esperanza de encontrar a alguien que respondiera a la descripción del hombre al que se había visto salir de la habitación del jugador después del asesinato.

Después del desayuno, Roberto me llamó aparte y me hizo unas cuantas preguntas acerca de Fischler, acerca de la cantidad que iba a heredar y de la que yo creía que deseaba invertir en acciones. Yo le dije que Fischler había de cobrar dos herencias. Había recibido ya una cantidad pequeña, pero había de cobrar más de cien mil dólares antes de fines de mes. Le pregunté a Roberto cómo marchaba su Compañía y él me contestó:

—Muy bien. Las cosas se van poniendo mejor cada día.

Se fue. Ashbury me miró por encima de los lentes como si estuviera a punto de decir algo; pero se contuvo, carraspeó un par de veces y dijo, por fin:

—Donald, si necesita usted unos cuantos miles más para gastos, no vacile en pedírmelos.

—No vacilaré —le aseguré.

Alta apareció entonces e hizo señas para darme a comprender que deseaba hablarme. Fingí no darme cuenta y le dije a Ashbury que saldría con él hasta el garaje.

Una vez allí, le dije que no quería hablar, cosa que le produjo gran alivio, pero que quería acompañarle en el automóvil.

Conservó la vista fija en la carretera y la boca cerrada. Me di cuenta de que tenía muchas cosas que preguntarme, pero no se le ocurría ni una sola pregunta a la que no tuviera miedo de oír la contestación. Dos veces pensó en algo que quería decir, respiró profundamente, vaciló con la primera palabra temblándole en los labios, exhaló el aliento y siguió conduciendo sin decir nada.

No fue hasta hallarnos en el distrito comercial que logró emitir una pregunta que no creyó muy peligrosa.

—¿Dónde he de dejarle, Donald?

—¡Oh! En cualquier sitio por aquí.

Empezó a decir otra cosa, cambió de opinión, torció a la derecha, se salió de su camino y recorrió un par de manzanas, deteniéndose delante del edificio Commons.

—¿Qué tal le irá aquí?

—¡Ah, muy bien! —le respondí. Y me apeé.

Ashbury se marchó a toda prisa y yo subí al sexto piso y eché una mirada a la placa de la puerta número seiscientos veinte. Parecía bien. Abrí la puerta y entré. Elsie Brand estaba dándole a la máquina de escribir.

—¡Por el amor de Dios! Usted está aquí para adorno nada más. No hay necesidad de que haga creer que hay tanto negocio como todo eso.

Dejó de escribir y me miró.

—La gente que va a venir —proseguí—, cree que soy un individuo que ha heredado. No creen que haya ganado dinero en el negocio, conque no es necesario que dé usted esa sensación.

—Berta Cool me dio muchas cartas que escribir. Me dijo que podía traerlas aquí y aprovechar el tiempo.

—¿En qué papel? —le interrumpí.

Y me incliné por encima de su hombro para ver la carta que tenía en la máquina.

—En su papel —contestó—. Me dijo que podía…

Arranqué la carta de la máquina, se la di a Elsie y ordené:

—Guárdela en el cajón. Que no se vea. Esconda todo ese papel. Cuando se vaya usted a comer, saque toda esa porquería del despacho y que no vuelva yo a verla aquí. Dígale a Berta Cool que lo he ordenado yo así.

—Recuerdo cuando primero entró a trabajar usted en la agencia.

—¿Qué pasa con eso?

—Calculé que duraría usted unas cuarenta y ocho horas. Creí que Berta Cool le haría sudar. Por eso la habían dejado todos los demás detectives que había tenido… Y ahora es usted quien está dando órdenes.

—Y esta orden se va a cumplir.

—Ya lo sé. Eso es lo que hace que sea más interesante la cosa. Usted no se pone a discutir con Berta. No se deja dominar. Sigue adelante su gusto y cuando quiere uno darse cuenta, Berta está gruñendo y mascullando cosas entre dientes, pero siguiéndole y haciendo lo que usted le dice que haga.

—Berta no es mala persona cuando se la conoce.

—Querrá usted decir cuando ella llega a conocerle a uno. El querer ser amistosa con ella es como jugar al escondite con una apisonadora… Cuando quiere una darse cuenta está aplastada.

—¿Está usted —pregunté— aplastada?

Me miró y dijo:

—Sí.

—Pues no lo parece.

—Tengo un sistema con Berta. Hago todo el trabajo que ella me manda. Cuando he acabado, me voy al despacho. No intento ser amistosa con ella. No quiero que lo sea ella conmigo. Soy parte tan integrante de esta máquina de escribir como el teclado. Soy una máquina y procuro ser una máquina buena.

—¿Qué es toda esa correspondencia que anda siempre escribiendo?

—Cartas que manda ella a los abogados de vez en cuando para que le encarguen investigaciones, y correspondencia relacionada con los asuntos en que tiene invertido dinero.

—¿Muchos asuntos?

—Montones. Se va de un extremo a otro. La mayor parte del tiempo anda buscando asuntos que sean tan seguros como los valores del Estado, pero que rindan dos veces más interés. Pero tiene sus momentos de verdadera especuladora. Corre riesgos enormes.

—Bueno, pues en la forma en que se va a llevar este despacho, no tendrá usted mucho que trabajar. Baje al puesto de periódicos del vestíbulo, escoja un par de revistas de cine y una pastilla de goma de mascar. Meta una revista en el cajón de su mesa. Abra el cajón y estese sentada mascando goma y leyendo la revista. Cuando entre alguien, cierre el cajón; pero no antes de que se hayan dado cuenta de lo está usted haciendo.

—Siempre he ambicionado un trabajo así. Otras muchachas parecen conseguirlo. Yo nunca he podido.

—Probablemente esto no durará más de un par de días; pero durante ese tiempo, ésa es la clase de trabajo que va usted a hacer.

—Berta dará el cambiazo. Le conseguirá a usted otra muchacha de cualquier agencia de colocaciones y volverá a llevarme a mí al matadero.

—No la dejaré. Le diré que necesito a alguien de quien pueda fiarme. Puede conseguir ella todas las muchachas que quiera para que le escriban la correspondencia… Tal vez fuera una buena idea darle ocasión de que se diera cuenta de lo difícil que es hallarle a usted una sustituta que valga lo que usted.

Me miró unos instantes y dijo:

—Donald, me he preguntado muchas veces cómo se las arreglaría para conseguir que la gente le diera a usted bombo… Seguramente será porque es tan considerado. Usted…

Dejó de hablar bruscamente, retiró la silla, cruzó corriendo la oficina, y salió como si hubiera fuego.

Entré en el despacho particular, cerré la puerta, me acomodé en el sillón giratorio, y apoyé los pies en una mesa que había conocido ya muchos amos.

Cuando oí que Elsie volvía al despacho general, descolgué el

teléfono y apreté el botón que comunicaba con su mesa.

—¿Diga? —preguntó.

—Tome nota de estos tres nombres, Elsie: Parker Stold, Bernardo Carter y Roberto Tindle… ¿Lo ha apuntado?

—Sí; ¿qué pasa con ellos?

—Si alguno de ellos se presenta, estoy ocupado y voy a seguir estándolo toda la mañana. No puedo recibirles y no quiero que esperen. ¿Comprende?

—Sí.

—Si viene alguna otra persona, procure averiguar qué desea. Hágala sentarse y esperar. Consiga que le dé una tarjeta, si es posible. Páseme la tarjeta.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Bueno —contestó ella.

Y oí que colgaba el auricular.

Tenía mucho que pensar y permanecí sentado en la silla, fumando y pensando, intentando organizar las cosas de forma que tuvieran ilación. No intentaba hallar la solución de todo el rompecabezas porque comprendía que no tenía suficientes datos; pero los iba consiguiendo. Tenía el presentimiento de que si lograba conservar la serenidad y no dar ningún paso en falso, las cosas se irían aclarando.

A eso de las once oí abrirse y cerrar la puerta del despacho exterior y rumor de voces. Entró Elisa con una tarjeta. Ésta tenía el nombre de un hombre y nada más.

Examiné la cartulina.

—Gilberto Rich, ¿eh? ¿Qué aspecto tiene?

—Dinámico —contestó Elisa—; aspecto de vendedor de alguna clase. No quiere decirme de qué. Le pregunté el objeto de su visita y me contestó que se trataba de una oferta. Tiene cuarenta años y viste como si tuviese veintisiete. No va precisamente lo que usted llamaría bien vestido.

—¿Gordo?

—No; más bien esbelto. Tiene unas entradas bastante grandes. Cabello Oscuro echado hacia atrás. Ojos negros, sin lentes. Rápido, nervioso, plausible. Tiene las uñas bien cuidadas y les ha sacado brillo. Se ha limpiado los zapatos esta mañana a juzgar por el brillo

y huele a barbería. ¿Quiere recibirle?

—Sí.

Salió y Gilberto Rich entró. Cruzó el despacho con paso rápido para estrecharme la mano. Sus modales eran nerviosos y magnéticos. Empezó a hablar como si tuviera la costumbre de intentar decir el mayor número de palabras posibles antes de que le echaran.

—Sin duda alguna, señor Fischler, se estará usted preguntado qué clase de asunto me trae. Cuando le dije a su secretaria que se trataba de una oferta, quizá creyera usted que se trataba de algo que quería que usted se encargara de vender por mi cuenta. En realidad, se trata de todo lo contrario. Quiero que gane usted mucho dinero, señor Fischler. Para ello, voy a necesitar tres minutos de su tiempo.

Sacó un reloj de bolsillo y lo depositó sobre la mesa, delante de mí.

—Tenga la bondad de fijarse en la hora, señor Fischler. No quite la vista de ese reloj. En cuanto hayan transcurrido los tres minutos de su tiempo, y a cambio le garantizo que serán los tres minutos de más provecho que haya tenido usted en diez años.

—Siga —le dije—; le concedo los tres minutos.

—Señor Fischler, ¿se ha parado usted alguna vez a pensar en las maravillas de la ciencia moderna? No se moleste en contestar, porque ya veo que sí. Se dará usted cuenta, señor Fischler, de que las cosas que hoy en día nos parecen naturales eran, hace pocos años, imposibilidades científicas.

»Ahora bien, señor Fischler, para poderle demostrar cómo va usted a sacarle dinero al desarrollo científico moderno, será necesario que vuelva atrás unas cuantas páginas de nuestro grande y glorioso Estado. Volveremos atrás, no a los días de mil ochocientos cuarenta y nueve, sino a los que les siguieron: aquellos días en que el Estado era un verdadero hormiguero de buscadores de oro. Había hombres trabajando con el pico y la pala, con artesas y sartenes de lavar, sacando oro de la tierra, señor Fischler, y se sacaba mucho. El oro iba a parar a los centros monetarios del Este en un chorro continuo… Pero quedaba mucho oro aún.

»Allá en los alrededores de Valleydale había un rico placer de oro. El río salió rugiendo de la montaña, arrastrando oro consigo,

depositándolo en extensa planicie aluvial sobre el ancho valle agricultor que se abrió para recibir las sonrientes aguas del río que, de pronto, se habían vuelto apacibles. Hombres desnudos hasta la cintura trabajando en las lluvias de invierno y en el asfixiante calor del verano sacando oro y siempre más oro. Luego, al irse agotando los depósitos aluviales más ricos, fueron bajando, siguiendo el curso del río a través de las edades geológicas, encontrando la tierra de la superficie muy buena para la agricultura, pero con el oro posado sobre el fondo rocoso en que se había depositado la tierra… De pronto, cuando ya estaban a punto de cosechar el fruto dorado de su trabajo, se encontraron con el problema del agua. Podían cavar hasta ocho metros de profundidad antes de toparse con agua. Sacaron oro casi de las raíces de la hierba, pero les era imposible llegar a los ricos depósitos de la roca. Por aquel lugar, la roca formaba una especie de meseta uniforme a cosa de catorce metros de profundidad.

»No le entretendré dándole detalles del cuadro, señor Fischler. Sin duda alguna lo conoce usted por haber visto ya las distintas películas históricas, verdaderas obras maestras del cinematógrafo. Nos saltaremos todo eso para llegar al principio de las invenciones modernas. Un hombre de clara visión concibió la idea de usar el agua, no como enemigo, sino como ayudante. Construyó una gran barcaza y sobre ella colocó la maquinaria necesaria para dragar. Una cadena sin fin de cubos de acero se hundía muy por debajo de la superficie del agua para raspar el oro. La tierra quedó destruida desde el punto de vista de la agricultura, pero el propietario recibió, a cambio, un elevado tanto por ciento del oro extraído. Toda la topografía del país cambió. Debido al procedimiento empleado en el dragado, la tierra y la arena quedaron en el fondo y las rocas encima. Como consecuencia, el rico valle agricultor se convirtió en un montón de piedras quemadas por el sol.

»Pasaron los años. Los dragadores de oro acabaron de trabajar todo el terreno aprovechable y al destruir la última hectárea se encontraron acorralados en un desierto rocoso de su propia creación. Las dragas dejaron de tener utilidad. Eran demasiado voluminosas para desmontarlas y moverlas y aun cuando no hubiera sido así no había sitio donde llevarlas. Cayeron en tan triste ruina como la hermosa tierra que habían estropeado. Las barcazas

empezaron a hacer agua y se ladearon. La maquinaria se oxidó. Lo que pudo transportarse con beneficio para venderlo como hierro viejo se sacó de allí. Lo demás quedó convertido en oxidado monumento a la avaricia del hombre.

»Ni las dragas habían podido llegar a la roca en todas partes. En algunos sitios se habían visto obligados los dragadores a dejar tanto como cinco o seis metros de tierra aurífera riquísima sobre la roca del fondo.

»Y ahora señor Fischler, llegamos a un gran sueño, a un sueño dorado, a un sueño que se está convirtiendo en realidad. La ingeniería moderna ha ideado un medio para volver a dragar el terreno, colocar la roca en el fondo y la tierra encima, de manera que el terreno ése pueda volver a ser hermoso y fértil. Esto se ha sabido desde hace tiempo. La Cámara de Comercio de Valleydale ha pensado también en volver a dragar la tierra con equipo moderno con el simple propósito de devolverle su productividad agrícola; pero ello hubiera resultado demasiado costoso. Lo que no comprendió la Cámara de Comercio es que aún quedaba una cuantiosa fortuna en oro depositado sobre la roca del fondo, aguardando a que la persona apropiada,…

—Ha agotado usted sus tres minutos —le interrumpí.

Me miró, luego contempló el reloj dijo:

—Tiene usted razón. Bueno, ya he acabado, señor Fischler. Tratándose de un hombre corriente, tendría que hacerle ver la similitud entre la situación que confronta al capitalista de hoy y aquélla ante la cual se encontraron los primitivos dragadores. El oro lleva allí muchos años. A medida que se ha ido desarrollando la habilidad de la ingeniería, el ingenio del hombre, luchando contra la Naturaleza, ha pasado por el valle en oleadas sucesivas, llevando cada una de ellas, en su cresta, una nueva generación de millonarios, alzándoles al poder. La historia de San Francisco es…

—Sus tres minutos pasaron hace treinta segundos ya.

—En efecto. Iba a decir que, tratándose de un hombre corriente, no hubiera tenido más remedio que hacerle ver todo esto; pero usted, señor Fischler, un hombre que conoce también la técnica de ventas, por consiguiente, es capaz de comprender las posibilidades comerciales al primer golpe de vista, verá en seguida las posibilidades de la situación.

»Lo que interesa, señor Fischler, es si esta nueva cosecha de millones que han de ser empujados hacia la riqueza y el poder ha de llevar inscrito en su lista de honor el nombre de Carlos E. Fischler.

Retorcí un lápiz entre los dedos e intenté esquivar su mirada. Él no hacía más que moverse para obligarme a mirarle, haciendo gestos enérgicos, golpeando la mesa con los dedos.

—No discutiré con usted, señor Fischler. Es usted un hombre de discernimiento. Es usted un hombre de juicios rápidos y atinados. De lo contrario, no hubiera tenido tanto éxito en los negocios. Usted podría darse cuenta de las enormes posibilidades que se ofrecen. No sólo obtenemos beneficios del dragado de la tierra, sino que, cuando se terminen nuestras actividades en ese sentido, habremos vuelto a formar un terreno propio para la agricultura, bañado por el sol, cubierto de huertos y viñedos, preparado para ser subdividido, mientras la gente, ávida de tierras que pueda subdividirse en fanegas de independencia, acude en tropel a las oficinas de la compañía colonizadora y deposita el dinero importe de la parcela que quiere adquirir.

»Y entretanto, señor Fischler, no he llamado su atención sobre el punto más significativo de todos porque sé que no necesita usted que se lo señalen. Sé que ha estado observando mientras hablaba y diciéndose para sí:

»¿Cuándo va a mencionar que el precio del oro es hoy aproximadamente el doble del que regía en la época en que se hicieron tantas fortunas? ¿Cuándo va a mencionar el hecho de que el que tiene el dinero invertido en oro virgen no tiene por qué temer la inflación? ¿Cuándo va a mencionar el hecho de que una mina de oro es el mejor negocio en que invertir el dinero para poder contemplar con ecuanimidad una larga serie de presupuestos con déficit? ¿Cuándo va…?

—Ya han pasado los tres minutos —le advertí.

—Comprendo, señor Fischler. Tal vez haya abusado de su tiempo y de su bondad; pero es tal mi ansiedad por ver que usted mismo…

—¿Cuánto —pregunté con cautela— va a costar?

—Eso depende enteramente de usted, señor Fischler. Si desea obtener un beneficio de cien mil dólares, la cantidad que ha de invertir es relativamente pequeña. Si se conforma con quinientos

mil, puede emplear una cantidad moderada. Si quiere verse convertido en multimillonario, le costará más.

—¿Cuánto he de invertir —le pregunté para convertirme en multimillonario?

—Cinco mil dólares —contestó sin pestañear.

—¿Cómo saca usted esa cuenta?

—Para empezar, hay esa enorme extensión de terreno.

—No se moleste en repetir todo eso; vayamos al grano.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Qué valen las acciones?

—Ciento cincuenta y siete veces lo que pedimos por ellas.

—¿En qué unidad están divididos sus valores?

Sacó el hombre un folleto del bolsillo y golpeó con él la mesa.

—Señor Fischler, cuando se estableció la Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario, era simplemente una empresa agricultora lanzada en pleno período de depresión comercial con el objeto de redimir tierras con juicio hipotecario. Por consiguiente, la Compañía emitió unas acciones capitalizadas a un valor muy bajo. Ahora que esta vasta y nueva empresa se ha desarrollado, lo lógico sería aumentar el valor de nuestras acciones en un mil por ciento. En otras palabras, la acción que tuviera anteriormente un valor a la par de un dólar, debiera ser dividida en mil acciones de un dólar cada una. Sería posible hacerlo; pero para conseguirlo habría dificultades de orden jurídico, la mar de trámites burocráticos que hacer, retrasos, que harían que obtuvieran beneficios.

»Nuestro Consejo de Administración, compuesto de hombres jóvenes, vigorosos, de amplias miras, agresivos y determinados, es partidario de eliminar toda esta serie de trámites y ponerse a trabajar a toda prisa con el fin de que nuestros accionistas empiecen a cobrar intereses casi inmediatamente.

—¿Cuánto conseguiría por quinientos dólares?

—Una sola acción. El valor a la par sería de un dólar. El valor verdadero, hoy en día, sería con toda seguridad, cinco mil dólares. Antes de sesenta días, lo más probable es que pueda usted venderla, si quiere, por diez mil quinientos dólares. Al cabo de un año, la acción esa valdrá cien mil dólares.

Me quedé pensativo. Entonces comprendió que había llegado el

momento de callar y, como buen vendedor que era, se retiró discretamente a segundo término para dejar que entraran bien los detalles.

—No tengo mucho dinero ahora —dije—. Dentro de treinta días espero tener mucho más.

—Dentro de treinta días —contestó él—, las acciones habrán aumentado de valor, naturalmente; pero aun entonces resultará un buen asunto en que invertir el dinero.

—Escuche —dije—, ¿podría comprar quinientos dólares en acciones y conseguir una opción sobre mayor cantidad de ellas mediante el pago de otros quinientos dólares?

—Tendría que consultar con la Central —me contestó—. Resulta algo fuera de lo corriente… Usted mismo se dará cuenta de lo que eso significa, señor Fischler. Si inmovilizara un puñado de acciones mediante el pago de quinientos dólares, podría usted venderlas antes de una semana con grandes beneficios. Antes de treinta días seguramente podría usted obtener veinte mil dólares por su opción de quinientos.

—Así es como quiero yo hacerlo —dije.

—Pero ¿ha pensado usted en la posibilidad de ir a un Banco, señor Fischler, y…?

—Ya le hecho a usted mi oferta.

—Comprendo. Pero señor Fischler, la situación es la siguiente: nuestro Consejo Directivo ha de ser rigurosamente justo. Tienen otros accionistas a los que tener en consideración. Muchas personas han comprado…

—Ya ha oído usted mi oferta. Ya ha consumido sus tres minutos con creces. Conozco lo que tiene usted que ofrecer. Yo no pierdo el tiempo discutiendo.

—¿Qué cantidad de acciones querría usted que se le reservasen al pagar quinientos dólares por la opción?

—Dentro de treinta días —dije—, voy a tener cien mil dólares que invertir. No pienso meter todo mi dinero en el mismo asunto. Cincuenta mil dólares es el máximo que estaría dispuesto a invertir en su Compañía. Entregaré quinientos dólares ahora como prueba de mi buena fe y quiero que me reserven una cantidad de acciones que, al precio que se cotizan actualmente, representen cincuenta mil dólares.

—Veré lo que se puede hacer; pero ¿no podría usted considerar…?

—¡No! —le interrumpí, levantándome—; tengo muchas ocupaciones, señor Rich.

—Comprendo; pero no olvide que estoy aquí ofreciéndole un servicio sincero. Los minutos que tan generosamente me ha concedido le rendirán dividendos fantásticos, fuera de toda proporción con…

—Ya conoce mi oferta. Cuanto antes se la dé usted a conocer a su Consejo Directivo, antes podrá usted contestarme.

Crucé el despacho y abrí la puerta.

Me miró con curiosidad unos instantes; luego me tendió la mano.

—Señor Fischler —dijo—, permítame que le felicite por haber tomado una de las decisiones de mayor importancia de su vida comercial… y por haber llevado a cabo la transacción financiera más perspicaz y de más visión que ningún otro de cuantos clientes he visitado. Lo llamaré por teléfono esta tarde.

Permanecí en la puerta y le vi cruzar el despacho general y salir.

Elsie Brand alzó la vista.

—¡Qué vendedor!

—¿Oyó usted lo que dijo?

—Las palabras no; pero se le oía escapar la voz por todas las rendijas de la puerta.

—Llame a Enrique Ashbury. Encontrará su número en el listín. No intente llamar a su casa particular. Pruebe en el despacho.

Volví a mi despacho y me senté. Conseguí la comunicación pedida a los treinta segundos.

—Hola, Ashbury. ¿Sabe usted quién habla?

—No.

Hablaba como si no le gustaran las adivinanzas por teléfono y estuviese a punto de cortar la comunicación.

—Su profesor de gimnasia.

—Ah sí.

Su tono cambió.

—¿Le molestaría —pregunté— que su hijo fuera a la cárcel por fomentar Compañías fraudulentas?

—Si mi… ¡Santo Dios, Donald! ¿De que está usted hablando?

—De si le molestaría a usted que su hijastro fuera a la cárcel por fomentar Compañías fraudulentas.

—Sería desastroso. Sería…

—¿Es posible que le haya usted visto ser ascendido a presidente sin darse cuenta de que sólo le ponían a la cabeza para servir de tapadera?

—¡Santo Dios!

Colgué el auricular.

Me detuve en el despacho general el tiempo suficiente para decirle a Elsie:

—Me voy al despacho de Berta Cool a decirle que tendrá que conseguirse otra secretaria.

Sonrió.

—La dará un patatús.

—¡Magnífico! Dentro de una hora aproximadamente el señor Rich telefoneará diciendo que ha logrado sea aceptada mi oferta para transacción inmediata, pero que no puede sostenerla más que hasta las dos o las tres de la tarde; que tendré que conseguir el dinero y tenerlo reparado aquí en el despacho y que vendrá él con el contrato para que lo firme. Dele cita para la hora que él quiera y telefonéeme a la oficina de Berta para decírmelo.

—¿Algo más?

—Si telefoneara o se presentara un tal señor Ashbury, dígale que el señor Fischler está muy ocupado y que no sabe exactamente cuándo volverá.

capítulo ocho

ESTABA tan acostumbrado a oír el rápido teclear dela máquina de escribir de Elsie Brand al abrir la puerta del despacho de la agencia, que el desacompasado son de *clic-clac-clac-clac-clic-clac* me sonó raro al bajar por el pasillo y me hizo detenerme para asegurarme de que no me equivocaba de oficina.

Abrí la puerta.

Una muchacha bastante bonita ocupaba la mesa de Elsie Brand, con los brazos alrededor de la máquina de escribir, dándole al papel con una goma de borrar.

Alzó la mirada.

Indiqué con un movimiento del pulgar el despacho particular.

—¿Hay alguien ahí entro?

—Sí.

Alargó la mano hacia el teléfono.

La interrumpí:

—No se moleste. Esperaré.

—¿No quiere usted decirme su nombre?

—No es necesario.

Me dirigí a un rincón, me senté y cogí un periódico. Busqué la sección de deportes y encendí un cigarrillo.

La muchacha acabó de borrar y se puso a golpear el teclado otra vez. De vez en cuando me echaba una mirada. Ni alzaba yo la vista para darme cuenta de ello; no era necesario. Tenía la costumbre de dejar de escribir cada vez que me miraba.

Oía voces en el despacho de Berta, aunque sin poder distinguir las palabras.

Al poco rato se abrió la puerta y salió un hombre. Tenía yo el periódico alzado delante de la cara en aquel momento; pero podía mirar por debajo del borde de las hojas y verle las piernas de rodilla

para abajo, y los pies.

Existe una antigua teoría, demostrada falsa ya, de que los detectives llevan botas grandes de punta cuadrada. Es posible que lo hicieran en algún tiempo; pero los buenos detectives dejaron de hacerlo mucho antes de que semejante costumbre llegara a oídos del público siquiera.

Aquel hombre llevaba zapatos ligeros, de color, y una raya muy bien hecha en el pantalón; pero había algo en su manera de mover los pies que me hizo conservar el periódico delante de la cara. Empezó a andar hacia la puerta y de pronto se volvió y le dijo algo a Berta Cool. Las punteras de sus zapatos señalaban directamente hacia mí. Seguí con el periódico levantado y él siguió parado allí.

Solté el periódico, alcé la cara, sin expresión y pregunté:

—¿La señora Cool?

Ella respiró profundamente.

El hombre tenía unos cuarenta y cinco años; era alto y bastante ancho de hombros. Parecía apacible y reservado; pero tenía algo en los ojos que no me gustaba, aunque no se los miré.

Berta preguntó:

—¿Qué quiere usted? No me diga que vende nada. Ya me he suscrito a todas las revistas que me interesan y he hecho todos los donativos que pienso hacer.

Sonreí y repuse:

—Esperaré a que esté usted libre.

Y volví a coger el periódico.

El hombre dijo: «Buenos días, señora Cool», y salió del despacho. Berta aguardó a que se hubiera cerrado la puerta de su despacho particular con un gesto.

Entré tras ella y cerré la puerta. Ella encendió un cigarrillo: le estaba temblando la mano.

—¡Cielos, Donald! ¿Cómo lo sabías?

—¿Qué?

—Que era un detective que andaba buscándote.

—Por la forma en que sus zapatos me señalaban —contesté—. Parecía un perro de muestra.

—Bien sabe Dios que has tenido una corazonada de suerte; pero no te va a servir de nada.

—¿Por qué me anda buscando?

—Tú debieras saberlo.

—¿Qué dijo?

—Dijo que estaba investigando por pura fórmula una serie de personas con las que quería entrevistarse por cuestión del asesinato. Me preguntó si tenía un empleado llamado Lam y si estaba haciendo algún trabajo para cierto señor Ashbury.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no estaba autorizada para hacer declaración alguna acerca de lo que estaban haciendo mis empleados. Eso era cosa del señor Ashbury.

—Están enterados —dije—. Andan buscando a Alta por otro asunto y han averiguado que estoy yo allí.

—Lo que han averiguado es que tu descripción corresponde muy bien a la del hombre que andan buscando como complicado en el asesinato de Ringold.

—Es probable.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Yo voy a desaparecer durante una temporada.

—¿Haces algún progreso en el caso?

—Alguno.

—¡Donald, me das más que hacer…! Desde que estás conmigo, me has metido en un lío en todos los asuntos que he tocado.

—Y estás ganando diez veces más dinero también.

—Bueno, ¿y qué? Eres demasiado loco. Corre demasiados riesgos. El dinero no sirve para nada en la cárcel.

—¿Tengo yo la culpa de que alguien escoja el preciso momento en que yo estoy trabajando en un asunto para liquidar a alguien?

No supo qué contestar a eso, conque no intentó hacerlo siquiera. Me miró con ojos muy brillantes y dijo:

—Telefoneé a Elsie para averiguar cómo marchaba el asunto y me dijo que le habías ordenado decirme que dejara de hacerlo.

—Así es.

Se puso colorada.

—Soy yo quien dirige este despacho.

—Y yo soy quien dirige el despacho de Fischler. ¿De qué sirve molestarse tanto en instalar un despacho si el que entra por la puerta ha de ver a mi secretaria escribiendo cartas en papel que lleva el membrete de Berta Cool, Investigaciones Confidenciales?

—No puedo consentir que se esté sentada allí tocándose las narices sin hacer nada. Le estoy pagando un sueldo. Tengo trabajo que hay que despachar.

—Búscate otra secretaria y cárgalo a gastos.

—¿Qué gastos ni que ocho cuartos? Voy a hacer un trato contigo. Llévate a esta chica y yo volveré a quedarme con Elsie.

—Como quieras.

—Pues lo quiero así.

—Tú mandas.

Esperó a que discutiera, y no discutí.

—Bueno, ¿qué encuentras de mal en ello? —exigió.

—Nada, si quieres que se haga así. Claro está, las cosas, estando como están, podría resultar un poco complicado que esta muchacha se fuese a casa y le contara a su madre o a su novio la forma en que la habían cambiado.

—La despediré y tomaré otra. Después de todo, ésta no sirve para nada.

—Bueno; pero asegúrate de que la que escoges no tenga novio ni familia.

—¿Por qué?

—Porque las muchachas hablan cuando llegan a casa. Ese despacho del Edificio Commons… Bueno, ya sabes lo que pasa. No puedo inventar trabajo. No es más que una tapadera. Cualquier muchacha que tuviese dos dedos de frente se daría cuenta de ello.

Berta dio una fuerte chupada a su cigarrillo.

—Las cosas no pueden continuar así.

—En efecto.

—Donald, van a pescarte. Te arrastrarán a ese hotel. Serás identificado y te meterán en la cárcel… Y no vayas a creer que te va a correr el sueldo mientras estés encerrado.

—Voy a gastar mil dólares del dinero de gastos esta misma tarde.

—*¡Mil dólares!*

—Eso mismo.

Berta Cool tiró del cajón del dinero para asegurarse de que estaba cerrado con llave. Lo estaba.

—Me parece que esta vez te vas a quedar con las ganas —contestó con aspereza.

—Los he gastado ya.

—¿Qué has hecho?

—Que los he gastado ya.

Parpadeó una vez y luego me miro con fijeza.

—¿De dónde los sacaste?

—Ashbury.

—¡Conque fuiste directamente a él después de sacarme a mí todo ese dinero!

—No; fue él quien vino a mí.

—¿Cuánto le sacaste?

Agité la mano.

—No me ha puesto límites. Me dijo que siempre que necesitara unos cuantos millares que le avisase sin cumplidos.

—Soy yo quien se encarga de la parte comercial de esta agencia.

—Pues anda y encárgate, pero procura no ponerme demasiadas trabas.

Se inclinó hacia mí.

—Donald —dijo—, estás abarcando demasiado. Soy yo quien dirige este negocio.

—No cabe la menor duda de eso.

—Bueno, pues cuando yo…

Sonaron pasos presurosos en el despacho exterior. Oí los balidos de la nueva secretaria al intentar contener la turbonada humana que cruzó la habitación y forcejeó con la puerta del despacho particular. Se abrió la puerta y entró Ashbury, jadeando.

—¡Conque aquí está usted! —exclamó al verme—. ¿Qué es lo que intenta nacer? ¿Conseguir que me dé un colapso cardíaco?

—Nada más que decirle la verdad.

—Bueno, pues usted y yo vamos a discutir el asunto. Vamos. Salgamos de aquí.

Berta Cool dijo, con dignidad:

—En adelante, señor Ashbury, recibirá los informes por mediación mía. Donald va a presentar informes escritos a máquina, periódicamente. Yo obtendré los informes y se los enviaré a usted. Esta agencia se está volviendo demasiado irregular.

Ashbury se volvió a ella y preguntó:

—¿De qué está usted hablando?

—Que los tratos los hizo usted conmigo. En adelante tenga la

bondad de hacerlo todo por mediación mía. Yo le daré los informes.

Le miró por encima de los lentes. Habló en voz baja, bien modulada y extremadamente cortés.

—Deduzco de eso —dijo— que me he estado desmandando un poco.

—Es Donald quien se ha desmandado.

—¿Por lo del dinero para gastos, quizá?

—En parte eso.

Ashbury dijo:

—Venga conmigo, Donald. Usted y yo tenemos que hablar.

Berta Cool dijo con avidez:

—Por mí no lo deje. Yo no soy más que el jefe de Donald.

Ashbury la miró. Dijo, muy sereno:

—La persona que a mí me interesa principalmente es mi propia persona. Y da la casualidad de que soy yo quien paga todas las cuentas.

Eso hizo que Berta se deshiciese en zalemas.

—Naturalmente, señor Ashbury. Nosotros representamos sus intereses. Lo que más queremos es hacer lo que usted desee.

Ashbury me asió del brazo.

—Bueno —dijo—, vámonos.

—¿Dónde vamos?

—Abajo, a mi coche.

—No sería mala idea que te fueras de viaje —me dijo Berta.

—Ya he pensado en eso. ¿Dónde está el coche de la agencia?

—En el garaje.

—Hasta luego.

—¿Cuándo podré usar a Elsie otra vez?

—No lo sé.

Berta Cool luchó con su genio; Ashbury me asió del brazo y me condujo a través de la oficina del parque de estacionamiento en que había dejado el automóvil.

—Bueno —dijo—, hablaremos aquí.

Se sentó al volante. Yo me coloqué a su lado.

—¿Qué es todo eso que me dice de Roberto?

—Use usted la cabeza.

—Eso es lo que estoy haciendo. Debía de haberlo hecho hace tiempo; pero jamás se me ocurrió semejante posibilidad.

—¿Qué otro motivo podía haber habido?

—Creí que era una combinación para conseguir que metiera yo mi dinero en el negocio. Creí que Bernardo Carter era la inteligencia que lo dirigía todo y que estaba ganando él todo el dinero. Creí que la señora Ashbury quería proporcionarme la ocasión de sacar dinero fácilmente y que habían decidido que la mejor manera de abordarme era por mediación de Roberto.

—Bueno, pues se trata de un fraude. Le han puesto a Roberto de hombre de paja. No creo que Bernardo Carter tenga mucho que ver con el asunto.

—Pues sí que está complicado en ello.

—Una inteligencia mayor que la de Carter se oculta tras de todo esto. Seguramente a él le están usando como tapadera también… Por lo que veo, Carter no quería precisamente que el hijo de la señora Ashbury se viera metido en un lío por culpa suya.

Ashbury emitió un silbido de sorpresa.

—¿De qué fraude se trata?

Le contesté:

—Compraron unos terrenos sin valor allá en Valleydale y están haciendo correr la noticia de que allí abunda el oro.

—¿Y lo hay?

—No lo creo. La compañía dragadora no dragó mucho donde no podía llegar a la roca del fondo.

—¿Qué están haciendo?

—Vendiendo acciones de a dólar de una Compañía difunta al modesto precio de quinientos dólares por acción colocada.

—¡Santo Dios! ¿Cómo pueden hacer eso?

—Astucia, perspicacia y arte de vender. Hombres enérgicos, que tienen el don de la palabra y trabajan a toda presión, colgando un cebo dorado ante los ojos del cliente. Se fijan a sí mismos un tiempo limitado para hablar. Colocan un reloj delante del primo. El primo está siempre tan imbuido de la idea de que es un hombre de negocios muy ocupado que, cuando le llega el turno de hacer preguntas, golpea con los dedos la esfera del reloj y recuerda severamente al vendedor que ya ha consumido el tiempo que se había asignado.

—¿Es así como trabajan?

—Sí; a última hora, el de las prisas resulta ser el cliente en

realidad.

—Es una idea magnífica. Buena psicología cuando se para uno a pensarlo.

—Parece funcionar a las mil maravillas.

—Conque la víctima no hace preguntas, ¿verdad?

—No. Cada vez que lo intenta, el vendedor se pone a hablar como si estuviese acabando su explicación, interrumpida por el cliente al recordarle que ya había transcurrido el tiempo fijado. Eso enfurece a la víctima, que le hace callar.

—¡Caramba! —exclamó Ashbury—. Si a Roberto se le ocurrió esa idea, es mucho más listo de lo que yo hubiera creído jamás.

—No se le ocurrió a él.

—¿A quién, pues?

—No lo sé. Probablemente a un abogado llamado Crumweather, que también ha inventado un medio de burlar la ley de sociedades.

—¿Es un medio legal?

—Probablemente no lo es, en la forma en que lo está usando. Por eso Roberto es el presidente.

—¿No tiene ninguna falla el método ese de vender…?

—No; es la mar de ingenioso.

Ashbury se enjugó la frente con un pañuelo.

—¡Y pensar que fui tan idiota… que tenía tantas ganas de impedir que el estúpido ése me hablara del negocio, que no vi lo que estaba ocurriendo…!

Nada dije.

Después de unos momentos, me preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer, Lam?

—¿Cuánto empeño tiene usted en impedir que Roberto vaya a la cárcel?

—Pase lo que pase, no podemos permitir que ocurra eso.

—Había pensado en irme a pasar un día o dos a Valleydale.

—¿Por qué?

—Es allí donde está operando.

—¿Qué espera encontrar allí?

—Tal vez dé con los informes de la antigua Compañía dragadora que traten de la inspección de los terrenos que dragaron.

—Y luego, ¿qué?

—Si pudiera conseguirlos y demuestran lo que yo creo que

demostrarán, haré un trato con el abogado… pero no creo que pueda obtenerlos.

—¿Por qué no?

—El cerebro que ideó la manera de burlar la ley y el sistema ese de ventas, seguramente se habrá cuidado de ese detalle también.

—¿Qué otra cosa hará usted?

—Examinar el terreno y procurar descubrir dónde está el fraude.

—Y mientras se halle usted ausente, ¿qué será de… de ese otro asunto?

—Ese otro asunto —le dije— se está poniendo demasiado caliente… Demasiado caliente para que lo toque yo en estos momentos sin quemarme los dedos. Había pensado ausentarme uno o dos días y dar tiempo a que se enfriase.

—No estoy muy seguro de que me guste eso. Alta telefoneó poco después de haberse marchado usted. Dijo que había creído que usted regresaba, que no había hecho más que acompañarme al garaje. Desea verle. Está preocupada… Está… ¡Qué rayos, Donald! ¡Nos estamos volviendo todos de una forma que sólo tenemos confianza en usted!

—Para eso me contrataron.

—Ya lo sé; pero esto es distinto. Alta se sentiría perdida si se marchara usted.

—Alta tiene que marcharse también.

—¿Qué?

—Ya me ha oído.

—¿Marcharse con usted, quiere decir?

—No; marcharse a alguna parte. Visitar a alguien. Pasarse unos días con amistades que vivan fuera… y que nadie sepa adónde se ha ido.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nadie le haga preguntas antes de que sepa yo unas cuantas contestaciones más y que me interesan.

—Entonces, ¿por qué se marcha?

—Me siguen la pista los detectives en estos momentos. Están haciendo comprobaciones… ¿Quiere usted que le diga lo que andan buscando?

—No.

—Bueno, pues voy a decirle lo que voy a hacer lo que puede

hacer usted.

Reflexionó unos instantes, sacó un puro del bolsillo, mordió la punta y lo encendió.

—¿Cuándo se marcha usted? —preguntó.

—Ahora.

—¿Dónde puedo ponerme en comunicación con usted?

—Mejor será que no lo intente siquiera. Si surge algo, póngase en contacto con Berta Cool.

—Pero ¿va a ir usted a Valleydale?

—Sí.

—¿No sabe cuánto tiempo estará ausente?

—No.

—Irá usted a casa a hacer la maleta y…

—No iré a ninguna parte a hacer ninguna maleta. Me voy al garaje a coger el automóvil de la agencia y a ponerme en marcha. Compraré la ropa que necesite.

—¿Se marcha inmediatamente?

—Tengo que atender a un asunto, nada más.

—¿Cuál?

—Liquidar el negocio del señor Fischler.

—Puedo llevarle a usted hasta el edificio Commons.

—Telefonearemos primero. Aguarde aquí. Enseguida vuelvo.

Había un teléfono público en el parque de estacionamiento. Pedí el número que me había dado Elsie Brand. Ella contestó.

—¿Ha habido algo?

—Usted debe haber creído que no querrían su dinero.

—¿Por qué?

—Dijo usted que le dirían que tenía tiempo hasta las dos de la tarde.

—¿Qué dijeron?

—El vendedor ha estado aquí dos veces. Va a volver dentro de diez minutos. Me dijo que le dijera que podía conseguir lo que usted quería; pero que la oportunidad expiraba a la una.

—Quédese ahí. Voy a extender el contrato de la opción.

—Ya trae él uno extendido.

—Seguramente no me gustará.

—¿Quiere usted que se lo diga?

—No. Voy a ir ahora mismo.

Volví al coche y le dije a Ashbury:

—Bueno; lléveme al edificio Commons si quiere…, o puedo tomar un taxi.

—No; quiero estar en contacto con el asunto lo más posible.

Ashbury aguardó fuera mientras subía yo al despacho. Rich me estaba esperando cuando entré. Me estrechó calurosamente la mano y dijo:

—¡Le felicito, señor Fischler! Es usted el comprador más perspicaz que he conocido en quince años que me dedico a corredor. ¡Usted gana!

Me asió del brazo y me condujo a mi despacho particular como si fuera él quien mandara en mi oficina. Se sacó una acción del bolsillo y dijo:

—Aquí tiene: una acción. Y aquí un contrato de opción debidamente firmado por el presidente y el secretario de la Compañía.

—Trabaja usted aprisa —dije.

—No tuve más remedio que hacerlo para poder lograr una transacción así. Saltaron hasta el techo; pero yo les expliqué que no tenía usted disponible el dinero en este preciso instante, que la compra era segura, que sería usted un buen accionista para la Compañía, que…

Siguió hablando; pero yo dejé de escucharle. Estaba leyendo el contrato de opción. Con gran sorpresa mía, observé que era tal como yo le había pedido que lo hiciese. Firmé el duplicado, le di mil dólares y me metí la acción el original del contrato en el bolsillo. Estaba firmado por Roberto Tindle como presidente y E. E. Matts en funciones de secretario. Le estreché la mano a Rich, le dije que tenía una cita y le ayudé a salir del despacho.

Le dije a Elsie:

—No olvide que ha de mantener abierto el despacho hasta mi regreso.

—¿Dónde va?

—Estaré ausente de la ciudad en viaje de negocios.

—¿Le explicó usted a Berta lo del trabajo?

—Sí.

—¿Qué contestó?

—Que está bien.

—Así, pues, ¿he de seguir sentada aquí y limitarme a leer revistas?

—Eso es. Cosa un poco si quiere. Fume durante las horas de oficina y masque goma. Esa clase de negocios que es éste…, uno de esos negocios en que cada uno hace lo que quiere.

—Estaré muy entretenida.

—Eso es lo que quiero que parezca. ¿Comprende?

Me sonrió con los ojos.

—¡Buena suerte, Donald!

—Toque hierro —le dije.

Y salí a decirle a Ashbury que estaba preparado a marchar.

Se empeñó en llevarme hasta el garaje en que Berta Cool tenía encerrado el coche de la agencia. Me miró con nostalgia cuando me alejé por entre el tráfico.

capítulo nueve

VALLEYDALE había sido en otros tiempos digno de la elocuencia de su Cámara de Comercio. Las montañas cubiertas de pinos, chaparral, manzanito y, más abajo, de robles, se dividían en apacibles colinas y, luego, en lo que antaño había sido fértil valle.

Ahora era una masa de rocas amontonadas en lomas donde los transportadores de las dragas las habían depositado. Eran piedras redondas desgastadas por viejos ventisqueros y torrentes. Eran los huesos de lo que en otros tiempos fueran enormes rocas y ahora brillaban bajo el sol como descoloridos huesos en el desierto. Aquí y allá se habían hecho esfuerzos por nivelar el terreno y plantar huertos de árboles frutales. En las laderas de las colinas no tocadas por las dragas, los robles macizos proyectaban oscuros lagos de invitadoras sombras. Aquí y allá se veían en las laderas algunos viñedos y, en algunos lugares, verdes huertos. Éstos daban una idea de lo que había sido la comarca en otros tiempos.

Un río que se deslizaba montaña abajo se abría paso por una especie de canal cerca de la población de Valleydale, ensanchaba sus aguas plácidas y luego avanzaba por entre los horribles montones de piedras.

Encontré un campamento de automovilistas y me alojé en él, dando el número de matrícula de la agencia y el nombre de Donald Lam. Más adelante, cuando tuviera que rendir cuentas de mi tiempo a la Policía, no quería que pareciese que había recurrido al uso de un nombre falso o que había intentado huir.

Me puse a trabajar inmediatamente.

A la gente que quedaba en la población las dragas les inspiraban un odio mortal. Los primitivos propietarios del terreno habían ganado dinero y se habían marchado a las ciudades. Las dragas habían hecho prosperar a la población por los sueldos que, gracias a

ellas, ingresaban, la instalación de talleres de mecánica y despachos. Luego habían trabajado el terreno hasta dejarlo agotado. Los talleres se habían trasladado. Los despachos estaban desiertos. Un ambiente de desesperación envolvía el lugar. Los que quedaban se cuidaban de sus quehaceres con aire de desaliento, moviéndose con el aplanamiento de personas que han perdido la ocasión de hacer fortuna y que siguen trabajando nada más que porque no saben cómo abandonar el trabajo.

Nadie sabía qué había sido de los archivos de la Compañía dragadora. Las oficinas centrales nunca habían estado allí. Los libros de contabilidad habían desaparecido, las máquinas y los empleados se habían marchado.

Hice varias gestiones para averiguar si habría alguno de los antiguos empleados en el país aún. El dueño de un establecimiento me dijo que creía que un viejo soltero, solitario, llamado Pedro no sé cuántos, había trabajado en las dragas y en las perforaciones al ser explorado el terreno. No sabía cuál era el apellido de Pedro ni dónde vivía exactamente; pero tenía una cabaña río abajo. Había una lengüeta de terreno que las dragas no habían tocado. Pedro vivía en ella. Se presentaba en la población de vez en cuando en busca de provisiones. Pagaba al contado, y no era amigo de hablar. Nadie parecía saber exactamente de qué vivía.

Supe que una Compañía nueva tenía la intención de usar una invención nueva para meter las rocas debajo y la tierra encima otra vez. Los veteranos decían que, aun cuando se lograra sacar a la superficie la tierra otra vez, transcurrirían muchos años antes de que pudiera crearse nada en ella. Otros opinaban que por medio de una fertilización científica sería posible hacerla producir casi inmediatamente. Ninguno de ellos intentaba reunir los datos conocidos y formar una opinión inteligente e imparcial. Primero se formaba una opinión; luego escogían comadreo y rumores que sirvieran de apoyo a su opinión. Todo lo que no la apoyara se desechaba por completo. Deduje que no había gran probabilidad de averiguar nada por mediación de aquella gente.

Anochecía cuando di con la cabaña de Pedro. En otros tiempos había sido el cuarto de mandos de una draga, con ventanas alrededor. La mitad de las ventanas estaban tapadas con hojalata: latas de petróleo de diez litros que Pedro había aplastado a

martillazo limpio y clavado por encima de las aberturas.

Pedro tenía cerca de setenta años. Era de osamenta grande y no tenía mucha carne. No se encorvaba ni poco ni mucho. Se apellidaba Digger.

—¿Qué desea usted? —preguntó, sentado en un banco de confección casera instalado junto a una estufa salvada de la basura. Ardía fuego en ella y hervía sobre la misma una cacerola de judías.

—Estoy intentando reunir datos acerca de la historia de la comarca.

—¿Para qué?

—Soy escritor.

—¿Qué está escribiendo?

—La historia del dragado de oro.

Pedro se quitó la pipa de la boca y señaló con ella por encima del hombro en dirección a Valleydale.

—Esos pueden contárselo todo.

—Parecen tener muchos prejuicios —contesté.

Pedro rió. Era una risa seca, rebosante de filosófico regocijo.

—Es una pandilla de cuidado —reconoció.

Miré el interior de la cabaña.

—Es una casita la mar de cómoda.

—A mí me va muy bien.

—¿Cómo es que no le mascaron todo las dragas?

—Tuvieron que dejar esa lengüeta para impedir que el río inundara el terreno que estaban trabajando. Tenían la intención de dar la vuelta y construir un dique con las piedras para poder volver aquí más tarde. No salió la cosa a medida de sus deseos.

—¿Qué tamaño tiene esta lengüeta?

—Oh, cosa de media milla de longitud y un par de centenares de metros de ancho.

—Es bien bonito esto. ¿Era todo igual antes de que vinieran las dragas?

—No. Esto era terreno abandonado. Había sido trabajado a mano. Los antiguos montones de desperdicios de la tierra trabajada por los chinos aún están aquí. No eran montones grandes, de un metro o metro y medio de altura nada más… Había terreno bastante bueno por aquí antes de que empezaran a funcionar las dragas…, más valle arriba.

—Esta lengüeta se me antoja encantadora para poder vivir en ella.

—

Uh-huh

.

—Vi unos conejos en ella al acercarme.

—Hay unos cuantos. Sirven de alimento de vez en cuando —indicó con un gesto el rifle oxidado del calibre veintidós que colgaba de la pared—. No parece gran cosa visto desde el exterior; pero está suave como un espejo por dentro.

—¿Quién es el propietario de este terreno?

Le brillaron los ojos.

—Yo —dijo.

—Resulta mucho mejor vivir por aquí que en la población.

—¡Vaya si resulta! La población está muerta. Este sitio está bien. ¿Cómo pudo usted encontrarlo?

—Alguien lo dijo en la población que estaba usted aquí y que podría decirme algo del dragado.

—¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Oh, detalles generales.

Pedro señaló otra vez en dirección a Valleydale con la pipa.

—Esa gente me asquea. He visto todo el asunto desde un principio. La tierra era bastante buena por aquí. En los tiempos de tartanas y caballos, no era más que una población rural… luego alguien empezó a hacer propaganda del sistema de sacar oro con ayuda de dragas. La mayoría de los habitantes opinaban que no daría resultado; se hizo propaganda en contra. Pero, cuando descubrió que sí que lo daba, se volvieron todos locos. Las fincas empezaron a subir de precio y siguieron subiendo. La Cámara de Comercio se puso a trabajar. Le hicieron zalemas al equipo dragador y le entregaron toda la población. Todo ciudadano que quería trabajo, lo conseguía; luego la Compañía se puso a importar trabajadores a montones. La ciudad empezó a florecer. Los comerciantes subieron los precios todo lo que pudieron. De vez en cuando, alguien suscitaba la cuestión de lo que iba a quedar cuando acabara el dragado y poco faltaba para que los demás lo lincharan.

»Bueno, pues, al cabo de un tiempo, empezaron a nivelarse las cosas como quien dice. Entonces los que tenían fincas decidieron

que había llegado el momento de deshacerse de ellas. Los compradores no opinaban lo mismo. Las dragas se pusieron a rebajar sueldos. Se pusieron muchas casas en venta. Aun entonces la Cámara de Comercio se negó a hacer frente a la realidad. Probaron silbar para no perder ánimos. Creyeron que iba a pasar por aquí un ferrocarril. La población se convertiría en una importante ciudad ferroviaria. Iban a introducir trituradoras de roca. Esos propósitos se los llevó el aire. Las cosas se pusieron a decaer muy aprisa. Luego quedaron como las ve usted hoy: todo el mundo se dedicó y se dedica a maldecir a la Compañía dragadora.

—¿Trabajó usted para la Compañía ésa?

—

Uh-huh

.

—¿Cuándo empezó a trabajar?

—Allá por la época en que empezaron a dragar. Yo me había dedicado a buscar oro por aquí.

Las llamas del fuego crecieron. Las judías empezaron a burbujear hasta que el vapor levantó la tapa de la cacerola. Pedro se levantó y apartó un poco el cacharro.

Yo dije:

—Me interesa mucho todo esto.

—¿Dice usted que es escritor?

—Sí. Si quisiera usted ganarse unos cuantos dólares podría pasar yo alguna noche aquí reuniendo material y se lo pagaría bien.

—¿Cuánto?

—Cinco dólares.

—Deme el dinero.

Le di un billete de cinco dólares.

—¿Se queda a cenar?

—Me gustaría.

—No hay nada más que judías, tortas calientes y melaza.

—Me parece la mar de bien.

—¿Usted no es guardabosques?

—No.

—Bueno, pues tengo un par de codornices. Comamos primero y hablaremos después.

Vi cómo preparaba la cena y hasta sentí algo de envidia. La

cabaña era tosca, pero estaba limpia. Todo estaba en orden; había un sitio para cada cosa y no había nada tirado donde no debiera estar. Alacenas y armarios estaban hechos de cajones de madera colocados uno encima de otro y clavados. Pedro sacó dos platos y dos cubiertos. Explicó que la melaza era de confección casera y que se componía de azúcar blanca y morena en partes iguales con un poco de jugo vegetal para darle gusto. Las tortas calientes fueron hechas a la sartén y vueltas como si fueran tortillas. No tenían manteca. Las judías tenían mucho ajo. La salsa era espesa. Las codornices habían sido asadas sobre fuego de leña. Me dijo que mataba caza en tiempo de veda, lejos del campamento, desplumaba las piezas o las pelaba, según el caso, las limpiaba, enterraba la piel, plumas, intestinos, patas y cabezas, hacía fuego, las asaba y las metía en casa guisadas ya. Las guardaba en un sitio donde ningún guardabosques sabría encontrarlas.

—¿Le molestan a usted muchos los guardabosques? —pregunté.

—Hay un tipo en la población que se ha hecho nombrar comisario del sheriff. Se acerca aquí de vez en cuando a echar una ojeada —rió de la forma que le era peculiar—. Nunca encuentra nada.

Fue una cena agradable. Quise ayudarle a Pedro con los platos; pero acabó de lavarlos y secarlos mientras aún discutía yo con él. Todo volvió a su correspondiente sitio. Pedro colocó el quinqué en el centro de la mesa de construcción casera.

—¿Le gustan los cigarrillos? —pregunté.

—No. Prefiero la pipa. Es más barata. Me gusta… Me satisface más.

Encendí un cigarrillo. Pedro encendió la pipa.

—¿Qué desea usted saber? —preguntó.

—¿Se ha dedicado usted a buscar oro?

—Sí.

—¿Cómo lo hacía? Casi no parece posible, puesto que todo el oro estaba debajo del agua.

—En aquellos tiempos teníamos una barrena Keystone. Es fácil buscar. Se hace un agujero hasta la roca del fondo. Se saca la tierra con una bomba de arena. Todo lo que sale de la bomba va a parar a un cacharro y se lava para sacar «color».

—¿Color?

—Sí. Es oro que ha sido molido por la acción de ríos y ventisqueros hasta quedar reducido a copos del tamaño de una cabeza de alfiler y tan delgados como una hoja de papel. A veces hace falta mucha cantidad de ellos para reunir por valor de un centavo de oro.

—Entonces, se debe sacar mucho de cada agujero.

—No, señor. Las dragas grandes podían trabajar la tierra con beneficios aunque no hubiera más que oro por valor de diez centavos por metro cúbico. Eso es más de lo que hubiera podido sacar un hombre al día con los métodos antiguos.

—Pero ¿cómo podían formarse una idea exacta del valor del terreno con semejante sistema de trabajarlo?

—Eso es fácil. Los ingenieros sabían con exactitud la cantidad de tierra que había entrado en la barrena para cuando ésta había tocado fondo. Sacaban el oro de cada agujero. Lo pesaban con cuidado y hacían agujeros de trecho en trecho.

—¿Y no sacaban mucho oro de ningún agujero?

—No; nada más que color.

Aguardé un poco, y luego dije, como si pensara en alta voz:

—Parecería fácil falsear los resultados en un trabajo así.

Se sacó él la pipa de los labios, me miró unos instantes, comprimió los labios y nada dijo.

—¿Sólo ha buscado usted oro por aquí?

—No. Una vez que conocí el oficio, me llevaron por todo el país. Busqué oro en Klondike, donde el suelo estaba tan helado que había que deshelarlo con tubos de vapor antes de poder practicar en él un agujero. Estuve en América del Sur también. Recorrí todo el país. Luego regresé a trabajar en las dragas.

—¿Ahorró dinero?

—Ni un centavo.

—Pero ¿no trabaja ahora?

—No. Voy tirando.

Guardé silencio unos instantes. Pedro dijo:

—No me cuesta casi nada el vivir. Consigo la mayor parte de las cosas que necesito buscando por la comarca. Compro un saco de judías de vez en cuando y tengo un huerto pequeño aquí. Compro el tabaco, algo de azúcar y harina en la población. Y un poco de tocino, y guardo la grasa para guisar. Le sorprendería comprobar lo

poco que necesita un hombre para vivir.

Reflexioné un poco más y dije:

—No me di cuenta de que iba a pasar la noche en un sitio tan cómodo. Sólo falta una cosa.

—¿Cuál?

—Un buen trago de *whisky*. ¿Qué le parece si echáramos una corrida a la población a buscar una botella?

No dijo nada durante un buen rato, limitándose a mirarme con fijeza.

—¿Qué clase de *whisky* bebe usted? —preguntó.

—Cualquiera, con tal de que sea bueno.

—¿Cuánto paga usted, por regla general?

—Alrededor de tres dólares el litro.

—Aguárdeme aquí un momento; vuelvo en seguida.

Se levantó y salió. Oí sus pisadas hasta cosa de seis metros de la puerta. Luego se quedó parado. Al cabo de unos instantes echó a andar otra vez. Brillaba la luna fuera. Por las ventanas que no estaban tapadas con hojalata vi que la luna proyectaba oscuras sombras bajo los pinos y los robles. En el fondo, las blancas pilas de rocas reflejaban el frío brillo de una manera que me hacía recordar el desierto.

Poco después regresó Pedro y se sentó. Le miré unos instantes, luego saqué la cartera y extraje tres billetes de a dólar.

Me devolvió uno de los billetes, se metió la mano en el bolsillo, sacó medio dólar más y me lo dio.

—Sólo he traído medio litro —me explicó.

Extrajo una botella del bolsillo de atrás y la puso sobre la mesa, junto con unos vasos. Echo un poco en cada vaso y volvió a guardarse la botella.

Tenía el *whisky* un oscuro color ambarino. Lo probé. No era malo.

—Buen *whisky* —dije.

—Gracias —contestó Pedro con modestia.

Bebimos y fumamos. Pedro me contó historias de antiguos campamentos mineros, de minas perdidas en el desierto, de robos de minas y luchas y mezcló en la conversación comentarios de los tiempos en que se había dragado el valle.

Cuando me tomaba el segundo vaso y empezaba a sentirme un

poco aturdido, dije:

—Corren rumores de que va a empezar a trabajar aquí una nueva Compañía dragadora.

Pedro rió.

—¿No se dejaron sin trabajar mucha roca de fondo por aquí? —pregunté.

—La Compañía para la que yo trabajaba la dirigía el viejo Darnell. Lo que a él se le pasara por alto le cabría a usted en un ojo.

—¿Pero había algunos sitios en que no pudieron llegar a roca de fondo?

—Sí.

—¿Muchos?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no pueden volver a dragar la comarca?

—Sí que pueden.

—¿Y ganar dinero?

—Tal vez.

—¿Pueden convertir esto de nuevo en terreno apropiado para la agricultura?

—Eso pretenden.

—¿No sería eso buena cosa?

—Tal vez sí.

—Supongo que tendrán los antiguos informes de las inspecciones hechas aquí, que sabrán hasta qué profundidad podían llegar las antiguas dragas, y que sabrán también dónde buscar lo que desean.

Pedro se inclinó hacia delante.

—En mi vida he visto falsear resultados de una forma tan burda.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a las perforaciones que están haciendo.

—¿Están haciendo perforaciones?

—Eso mismo. A cosa de milla y media de aquí. ¡Dios mío! ¡Qué burdos son!

—¿Cómo quiere usted decir?

—¡Qué rayos! No hacen más que echar el oro en el hueco de la barrena y volverlo a sacar. De vez en cuando se presentan aquí con un puñado de primos. Los primos se quedan boquiabiertos ante el cacharro en que se lava la tierra para sacar el oro. En lo que no se

fijan es en que el encargado de barrenar conserva una mano en la cuerda para que no oscile tanto la broca al subir y bajar. Si se fija usted en esa mano, la verá metérsela con frecuencia en el bolsillo y sacar la otra para sujetar la cuerda. Si se fija con más atención, verá que cae algo de oro cada vez que lo hace… Aunque lo hace con bastante limpieza, lo advierto. No lo hace de forma que salga demasiado. Lo tiene bien calculado y no saca ni un gramo de oro hasta haber llegado a una profundidad mayor de la alcanzada por las dragas antiguas. Pero, créame, cuando tocan roca de fondo, abre bien las manos. Si toma nota de las cantidades que sacan de los agujeros y calcula lo que eso representa por hectárea, lo que le extrañará será que la Casa de la Moneda no cierre sus puertas. Tendrían que cavar todo el Estado de Kentucky para almacenar el oro.

—Debe hacer falta una buena cantidad de oro para eso.

—¿Para qué? ¿Para echar en el agujero?

—Sí.

Movió negativamente la cabeza.

—No hace falta mucho. Son unos estúpidos. Los van a pillar.

—¿Cuántos agujeros han hecho?

—Tres. Están trabajando en el cuarto. Acaban de empezarlo.

—¿Sabe usted quién dirige todo esto?

—No. Una pandilla del sur del Estado. Están vendiendo la mayoría de las acciones por aquí.

—¿Qué opina la población de todo eso?

—Están divididas las opiniones. Encontrará usted propagandistas y enemigos. En cuanto parezca que están a punto de instalar una draga, sin embargo, verá usted a la Cámara de Comercio ponerse de cabeza y menear los dedos de los pies… Sólo que no van a instalar ninguna draga.

—¿Por qué no?

—Porque se les descubriría el juego. En cuanto se ponga a trabajar una draga en este país, se verá que el terreno ha sido sembrado de oro primero. No creo que tengan la intención de gastarse dinero alguno en instalar una draga. Están hablando mucho, echando mucho oro en el suelo y sacándolo otra vez para poderlo echar en el agujero siguiente. ¿Quiere otra copa?

—No, gracias. Este *whisky* es de padre y muy señor mío.

—Tumba de espaldas. Para eso lo destilé.

—Usted beba si quiere. Yo tengo que regresar conduciendo el coche.

—No acostumbro a beber mucho; pero me gusta cuando estoy sentado charlando con un amigo. Es usted una buena persona… Escritor, ¿eh?

—

Uh-huh

.

—¿Qué escribe usted?

—¡Oh! Artículos sobre distintos asuntos.

—No sabe gran cosa de minería, ¿verdad?

—Ni una palabra.

—¿Cómo se le ocurrió escoger ese asunto para un artículo?

—Pensé que tendría éxito… no en una revista de minería, sino en una dedicada a la agricultura.

Me miró unos instantes sin decir una palabra. Luego metió el tabaco en la pipa y se entregó a las delicias de fumar.

Después de un rato, le dije que tenía que irme y que tal vez volvería más adelante a conseguir más información. Le dije que le pagaría cinco dólares por noche. Me respondió que era pagarle bien y me estrechó la mano.

—Cuando quiera pasar usted por acá de visita —declaró—, no tendrá necesidad de gastarse cinco dólares. Me es usted simpático. Encaja. No a todo el mundo dejo que se siente y charle conmigo… Y de cada cien personas no llega a una la que prueba mi *whisky*.

—Ya lo comprendo. Bueno, hasta la vista.

—Hasta la vista.

Regresé al campamento automovilista. Había parado un automóvil grande y brillante delante de la cabaña que había alquilado. Saqué la llave del bolsillo y abrí la puerta. Oí un movimiento en la cabaña contigua y cerré mi puerta rápidamente. Luego sonaron pisadas en la grava y llamaron a mi puerta.

Bueno; no había escape. Había hecho todo lo que era posible.

Abrí.

Alta Ashbury apareció en el umbral.

—¡Hola! —dijo.

Me hice a un lado para que pasara.

—Éste —dije—, no es buen sitio para usted.

—¿Por qué no?

—Por muchas razones. En primer lugar, me andan buscando los detectives.

—Ya me lo dijo papá.

—En segundo lugar, si nos encontraran aquí, los periódicos podrían convertirlo en una historia muy sabrosa.

—¿Quiere usted decir que lo tomarían por un nido de amor?

—Eso es.

—¡Cuán emocionante! Tranquilícese si está preocupado.

—Sí que estoy preocupado.

—¿Por qué? ¿Por su buen nombre?

—No; por el de usted.

—Va a venir papá. Llegará aquí a eso de medianoche.

—¿Cómo va a venir?

—En avión.

—¿Cómo supo que estaba en este campamento?

—Los habría recorrido todos hasta dar con su paradero. No hay más que cuatro, ¿sabe?, y éste es el segundo que visito.

—¿Por qué va a venir su padre?

—Porque las cosas se están agravando.

—¿Qué ha ocurrido de nuevo?

—El señor Crumweather me llamó por teléfono y me pidió que fuera a verle a su despacho mañana por la tarde, a las dos.

—No vaya.

—¿Por qué no?

—Creo que tiene él las cartas perdidas. Creo que se está preparando a apretar los tornillos.

—¿Quiere usted decir con eso que era él quien las tenía todas?

—Sí.

—¿No cree usted eso de que los detectives traicionaran al fiscal?

Moví la cabeza negativamente dije:

—Siéntese. Está aquí ya; conque y más vale que se divierta.

—Donald, ha estado usted bebiendo.

—¡Vaya que sí!

—¿A qué obedece la celebración?

—Me he estado entrevistando con un contrabandista de bebidas.

—Yo creí que había dejado de existir.

—Siempre han existido. Siempre existirán.

—¿Era un contrabandista simpático?

—

Uh-huh

.

—¿Era buena la bebida?

—Bastante buena.

—¿No se ha traído usted nada?

—Nada más que la que llevo dentro.

—Huele como si llevara una buena cantidad —se acercó un poco más y olfateó—. Y ajo también.

—¿Le molesta?

—¡Quizá! Lo que siento es que no me llevara consigo. Me hubiera divertido mucho visitar contrabandistas y comer ajo. ¿En qué estaba metido el ajo?

—En judías.

Se sentó en uno de los desvencijados sillones de la cabaña.

—¿Tiene usted un cigarrillo, Donald? Me excité al oírle llegar y salí corriendo sin el portamonedas.

—¿Dónde lo tiene?

—En la otra cabaña.

Le di un cigarrillo.

—¿Lleva dinero dentro?

—Algo.

—¿Cuánto?

—Seiscientos o setecientos dólares; no estoy segura de la cantidad.

—Más vale que vaya a buscarlo.

—¡Oh! No corre peligro. Dígame, Donald, ¿por qué vino usted aquí?

—Quiero encontrar algo contra Crumweather.

—¿Por qué?

—Para que, cuando él le apriete los tornillos a usted, pueda apretárselos yo a él.

—¿Cree usted poderlo hacer?

—No lo sé. Es muy listo.

—Aquí es donde la Compañía de Roberto tenía sus tierras, ¿verdad?

—¿Sabe usted algo de eso?

—Sólo lo poco que me ha dicho Roberto.

La miré.

—Voy a hacerle a usted una pregunta a la que tal vez no quiera responder.

—No la haga Donald. Nos llevamos ahora muy bien. Me desagrada sobremanera que se me interrogue.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me gusta ser independiente y vivir mi vida. Cuando la gente empieza a hacerme demasiadas preguntas y me obliga a responder, me produce la sensación de que mi vida ha dejado de ser privada. Respondo a ellas si la persona que me las hace es simpática; pero quedo resentida. Siempre he sido así.

—A pesar de eso, pienso hacerle la pregunta.

—¿Cuál es?

—¿Le ha dado usted dinero a su hermanastro?

—Supongo que eso lo querrá saber papá.

—Lo quiero saber yo.

—Sí.

—¿Mucho?

—No.

—¿Dinero para que lo metiese en la Compañía?

—No; ni un centavo. Sólo para que fuera tirando y tuviera tiempo de situarse cuando papá le cerró la bolsa.

—¿Cuánto?

—Unos mil quinientos dólares.

—¿En qué plazo de tiempo?

—En dos meses.

—¿Cuándo dejó de darle dinero?

—Cuando empezó a trabajar.

—¿No le ha dado usted nada desde entonces?

—No.

—Quería más después de haberle cortado usted la ración, ¿verdad?

—Sí. Eso me enfureció. Tenga entendido, Donald, que no siento la menor simpatía por él. Me parece horrible; pero, después de todo, le han metido en la familia y no tengo más remedio que llevarme lo mejor posible con él o largarme a vivir sola.

—¿Y por qué no hace usted eso?

—Por el lío tan terrible en que se ha metido papá.

—¿Se refiere a su segundo matrimonio?

—Sí.

—¿Cómo se dejó pescar?

—¡Maldito si lo sé, Donald…! ¡Oh, es una cosa terrible de que hablar!

—Ha empezado ya; conque, siga.

—Bueno, pues fue culpa mía.

—¿Cómo?

—Me fui a los mares del Sur, luego a México, y por último hice un crucero en yate.

—¿Bien?

—Papá quedó solo. Es una mezcla rara. Es gruñón y duro y, sin embargo, en el fondo es un sentimental de lo más grande que puede darse.

»Había sido muy feliz con mamá, y papá y yo siempre nos llevamos admirablemente. Su vida de hogar había sido muy feliz y significaba mucho para él. Al morir mamá (ella tenía ya una fortuna independiente, ¿sabe…?), dejó su fortuna repartida entre papá y yo. Yo estaba… ¡Oh, supongo que no tendré más remedio que decírselo! Tuve un asunto amoroso que me llenó de pena y dolor. Ya se me ha pasado todo eso, pero durante una temporada creí que jamás lo olvidaría y papá me dijo que tirara adelante. Hice las maletas y me largué. Cuando volví, estaba casado.

—¿Cómo fue?

—¿Cómo ocurren esas cosas siempre? —exclamó ella, con amargura—. ¡Fíjese en ella! No quiero hablar de ella, pero tengo necesidad de hacerlo. Usted la ha visto. ¿Cómo puede una bola con cadena como ésa encontrar a nadie a quien sujetarse…? No hay más que una manera.

La miré.

—Se refiere usted a una especie de chantaje. ¿Quiere usted decir con eso que…?

—Claro que no. Dedúzcalo usted por su cuenta. Esa mujer es una actriz consumada. ¿No se ha preguntado alguna vez, Donald, cómo es que hay tantas mujeres de carácter, buenas personas y mejores compañeras, que no se casan nunca, mientras que las arpías, las

mujeres que siempre están quejándose y lloriqueando, consiguen, generalmente, muy buenos maridos?

—¿Va usted a soltarse el pelo y revelarme los secretos de su sexo?

—Si es preciso que los conozca usted, sí —contestó con media sonrisa—. Es usted lo bastante mayorcito ya para conocer las verdades de la vida, Donald.

—Bueno, pues cuéntemelas.

—La gente de carácter —siguió—, es igual siempre. No recurren a todos esos trucos de cambio de carácter que son arma de los hipócritas. Las mujeres de ese tipo se limitan a exhibirse tal cual son. Un hombre puede encontrarlas lo bastante agradables para casarse con ellas, o no.

»Luego, hay el otro tipo. No tienen personalidad propia, salvo personalidad desagradable, y saben lo bastante para ocultar sus defectos. Bueno, pues la actual esposa de mi padre descubrió que papá se sentía muy solo, que deseaba un hogar, y que su hija andaba viajando por el mundo y probablemente se casaría. Le invitó a su casa a comer.

»Roberto se portó magníficamente, dando la sensación de compañerismo y buena voluntad, y ella no era, ni mucho menos, como la ve usted ahora. Papá nunca oyó hablar de su presión arterial hasta que se hubo casado con ella. No era más que una mujercita dulce, amante del hogar, que no tenía ningún empeño en salir, que quería formar un hogar para alguien, que le acariciaba a papá la frente cuando estaba cansado y jugaba al ajedrez con él… ¡Oh! ¡Ella adoraba el ajedrez! —a Alta le brillaron los ojos—. No ha jugado una sola partida de ajedrez con él desde que se casaron —alzó la voz para imitar la de su madrastra—. “¡Oh, cuánto me gustaría, Enrique! ¡Echo tan de menos esas partidas…! Pero ¡mi pobre cabeza! Es la presión arterial, ¿sabes? El médico dice que he de gozar de reposo y tranquilidad absolutos”. —De pronto, se interrumpió y dijo—: ¿Lo ve? Ha conseguido usted desatarme la lengua. Supongo que ha estado aguardando esta oportunidad, y calculando que algún día me pescaría cuando estuviera lo bastante loca para contárselo todo.

—Al contrario —le contesté—. No me importa gran cosa nada de eso. Sólo quería saber qué arreglo económico tenía con su

hermanastro.

—¡Buen agradecimiento! —exclamó Alta, riendo—. Le abro mi pecho y me dice que no le interesa lo que le digo.

Le sonreí.

—¿Ha cenado?

—No; y tengo más hambre que un lobo. Anduve rondando por allí en la esperanza de que llegara usted pronto.

—Creo que se recogen hasta las calles en este pueblo a las ocho y media; pero tal vez encontremos un sitio que esté abierto toda la noche en la carretera real.

—¿Sabe una cosa, Donald?

—¿Qué?

—Ese olor a ajo que despide su aliento…

—¿Es ofensivo?

Ella se echó a reír y dijo:

—Es usted un buen chico, Donald; pero va a unos sitios… Tome las llaves de mi coche y salgamos en busca de aventuras.

—¿Cuándo estará su padre aquí?

—Hasta medianoche no llegará. No cabe la menor duda de que le ha caído usted muy bien.

Abrió la portezuela del automóvil y entró.

Yo puse en marcha el motor, que funcionaba tan silenciosamente como una máquina de coser y tenía tanta potencia como un cohete. Lo puse en primera y pisé el embrague y por poco nos arrancó la cabeza de cuajo. Alta se echó a reír.

—Éste no es el montón de hierro viejo que tiene usted por automóvil, Donald. Se arranca en segunda, a menos que se encuentre uno en una pendiente muy pronunciada o atascado en el barro.

—Eso ya lo he descubierto —le contesté.

Encontramos un pequeño restaurante español y ella probó la minuta completa.

—Demos un paseo en el automóvil, bajo la luna, un rato — propuse cuando salimos.

Calculé que habría una carretera que saldría a la llanura por encima del río. Por fin di con ella y dejamos el asfaltado a unos trescientos metros de altura por encima del valle, para meternos por el camino que conducía a un espolón desde el que podíamos ver la

comarca a nuestros pies. Desde aquella altura, los montones de piedras no parecían tan duros y brillantes. La luz de la luna era suave y todo el panorama del valle formaba parte de la noche, de las estrellas y de los misteriosos ruidos que emanaban de la vida silvestre.

Paré el motor y apagué los faros. Ella se acurrucó contra mí. Un conejo cruzó por un claro inmediatamente delante del coche. Un búho se dejó caer sobre un ratón. Las sombras eran negras manchas en los cañones. Las lomas estaban salpicadas de vivida luz y el valle bañado en apacible resplandor. Sentí el cuerpo de Alta contra el mío y oí el rumor de su respiración. La miré, creyendo que dormía; pero tenía los ojos muy abiertos, contemplando el paisaje.

Movió una mano y se posesionó de una de las mías. Sus uñas puntiagudas trazaron pequeños dibujos en el borde de mis dedos. Suspiró una vez, un suspiro trémulo de profundo contento. De pronto, alzó la mirada y preguntó:

—Donald, ¿le gusta esto?

Por toda contestación, me incliné y le rocé la frente con los labios.

Durante un instante creí que iba a alzar la cara para que la besara; pero en lugar de eso se apretó aún más contra mí y se quedó completamente inmóvil.

Después de un rato, dije:

—Más vale que nos vayamos y estemos en el campamento cuando llegue su padre.

—Supongo que sí.

Habíamos bajado por el serpenteante asfaltado hasta las afueras de Valleydale antes de que dijese ella nada. De pronto, dijo simplemente:

—Donald, te podría querer eternamente por eso.

—¿Por qué?

—Por todo.

Reí.

—Yo no hice el paisaje —contesté.

—No; y hay muchas otras cosas que no intentaste hacer… Donald, eres un buen chico.

—¿A qué —pregunté— conduce todo eso?

—A nada. Pero quería que lo supieras. No hubiera sido lo mismo

con ninguna otra persona. Otros hombres que yo conozco hubieran hablado demasiado, o sobado demasiado, o me hubiesen obligado a luchar. Contigo estuve tranquila. Reposé y sentí que tú formabas parte del paisaje y que el paisaje formaba parte de mí.

—En otras palabras, soy una especie de no combatiente, ¿no es eso?

—¡Donald! ¡Haz el favor de callar! Demasiado sabes que eso no es verdad.

—Tengo entendido que, para un hombre, no es una flor precisamente el que una muchacha le diga que se siente completamente segura a su lado.

Su risa fue nerviosa.

—Si supieras lo insegura que me siento a tu lado, te sorprenderías. Lo que quise decir es que todo estaba en consonancia… ¡Oh! ¿Por qué intenté explicarlo…? No sirvo para eso, después de todo… ¿No sabes conducir con una mano, Donald?

—Sí.

Me quitó la mano derecha del volante, se la echó por encima de los hombros y se achuchó contra mí. Conduje demasiado despacio por las desiertas calles de la pequeña población, población de fantasmas y recuerdos, con casas faltas de pintura y árboles que interceptaban los rayos de la luna con hojas verdes pulimentadas, mientras que las oscuras manchas de sombra a su pie parecían charcos de tinta aplicada al suelo con gruesas pinceladas.

Enrique Ashbury nos estaba esperando en el campamento de automovilistas. Había fletado un avión y alquilado luego un coche que le llevara el resto del camino.

—Has llegado más aprisa de lo que esperabas, ¿verdad? —inquirió Alta.

Movió la cabeza afirmativamente y nos contempló pensativo. Me estrechó la mano, besó a su hija y luego se volvió a mirarme otra vez. No dijo nada.

—Bueno, no tomes la cosa tan en serio —dijo Alta—. Espero que traerás *whisky* en tu maleta, porque esta población está cerrada a cal y canto. Hay unos cacharros aquí y podría hacer unas bebidas calientes para dormir.

Entramos todos en la cabaña doble que Alta había alquilado para ella y para su padre. Nos sentamos y Alta preparó una especie

de ponche de *whisky*, lo sirvió en tazas y se sentó a nuestro lado.

—¿Qué ha averiguado usted? —preguntó Ashbury.

—No gran cosa; pero lo bastante.

—¿Qué está ocurriendo?

—Están examinando el terreno. Parece ser que lo hacen con una barrena. Como una draga puede funcionar y rendir muchos beneficios en un terreno en que haya poco oro por metro cúbico, no hace falta mucho oro para falsear resultados… Y pueden usar el mismo oro cada vez.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Calculo que unos cuantos dólares.

—¿Hasta qué punto están falseando los resultados?

—Hasta un punto considerable al parecer.

—¿Qué ocurrirá después?

—Los organizadores sangrarán todo lo posible a la Compañía y luego la dejarán empantanada. Jamás se atreverán a instalar una draga. Si lo hicieran, habría tal diferencia en los resultados que quedaría claramente demostrado el fraude.

Ashbury mordió la punta del cigarro uro y fumó durante un rato en silencio. Dos veces le pillé mirando a Alta por encima de los lentes.

—¿Bien? —pregunté.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted ha de decidir qué ha de hacerse ahora —le dije.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque todo depende de lo que quiera usted hacer.

—Lo voy a dejar todo en sus manos. Estoy convencido de que tiene usted la capacidad suficiente para protegernos.

—Olvida que mañana a estas horas es muy probable que esté encerrado en una celda, acusado de asesinato.

Alta soltó una involuntaria exclamación de sorpresa.

El padre volvió la vista para mirarla, y luego me miró a mi otra vez.

—¿Qué propone usted? —preguntó.

—¿Es muy importante el que impida usted que Roberto se encuentre en un atolladero?

—Muy importante. Estoy yo ocupado también en organizar una Compañía con tres asociados. Si surgiera ahora algo así, me

colocaría en una situación embarazosa… no económicamente hablando… ¡Qué rayos! Todo el mundo me miraría con desprecio. La gente sacudiría la cabeza cuando entrara yo en un club. Cesarían las conversaciones en cuanto apareciese yo en el salón… Toda esa despreciable mecánica de asesinarle a uno la buena fama se llevaría a cabo en mis propias barbas y tendría yo que fingir que no me enteraba de nada.

—Solamente hay una manera de arreglar bien este asunto —dije.

—¿Cuál?

—Podríamos matar dos pájaros de un tiro —murmuré, pensativo.

—¿Qué otro pájaro es ése?

—¡Oh! Nada más que un detalle incidental.

Alta apartó a un lado su taza y se inclinó sobre la mesa.

Él la miró.

—Estás preocupado porque crees que me he enamorado de Donald, ¿verdad?

Él la miró de hito en hito.

—Sí.

—Pues no creo que lo haya hecho. Estoy intentando no hacerlo. Él me está ayudando, y es todo un caballero.

—Deduje —observó Ashbury, con acidez—, que le habías hecho confidencias… No me las hiciste a mí.

—Ya lo sé, papá. Y debí haberlo hecho. Te lo voy a contar todo ahora.

—Ahora no; más tarde. Donald, ¿cuál es su plan?

Yo dije, con calor:

—Yo no estoy intentando emparentarme con los millones, los millares, los centenares o lo que sea de los Ashbury. He procurado ser leal con usted, y…

Alargó la mano y la posó en mi brazo. Apretó los dedos hasta hacerme sentir toda su fuerza.

—No me estoy quejando de usted, Donald, sino de Alta. Por regla general, los hombres acuden a su alrededor como moscas y ella les hace saltar a todos por un aro. Me duele la forma en que les trata. Me enfado, no con ella, sino con los de mi sexo por aguantar sus impertinencias… —Se volvió bruscamente hacia Alta y le dijo

—: Tal vez sientas alivio al saber que, antes de marcharme, le dije a la señora Ashbury que podía ver a su abogado, llegar a un acuerdo, ir a Reno y divorciarse sin escándalo. Y que se llevara a su hijo con ella… y ahora, Donald, ¿qué plan tiene?

—La inteligencia que dirige todo esto es un abogado llamado Crumweather. Creí poder salirle al paso y a retarle los tornillos. Puedo hacerlo por un lado. No puedo por otro. Se han vendido demasiadas acciones.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Bastantes. Va a haber un jaleo de mil diablos.

—¿Y el comisario de Corporaciones?

—Crumweather ha descubierto una manera de burlar la ley, o cree haberlo hecho, por lo menos.

—¿No podemos engancharle?

—Por este asunto, no. Es demasiado listo. Recibe un diez por ciento de los beneficios sin figurar para nada. Los que se llevarán el disgusto serán los directores de la Compañía.

—Bueno, ¿y que podemos hacer?

—Lo único que se puede hacer es buscar a los accionistas y conseguir que vendan las acciones.

—Donald, ésta es la primera vez que le oigo proponer una estupidez.

Alta acudió en defensa mía.

—Papá, a mí me suena eso factible. ¿No te das cuenta de que es el único sistema?

—No digas tonterías —contestó Ashbury, arrellanándose en su asiento y mascando el puro—. La gente que compró acciones en la Compañía lo hizo como quien juega a la Lotería, no como cosa segura. Tiene la esperanza de conseguir un beneficio del cien por uno, o quinientos por uno, o cinco mil por uno. Intente comprarles las acciones al precio que los accionistas pagaron por ellas, y se le reirán en las barbas. Ofrézcales diez veces más, creerán que se ha hecho un hallazgo de importancia y que usted tiene informes confidenciales.

—Me parece que no comprende usted lo que quiero decir.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sólo hay una persona que pudiera comprar esas acciones otra vez, y esa persona es Crumweather.

—¿Cómo iba a poder hacerlo?

—Podía descubrir, de pronto, que todas las ventas hechas eran transacciones ilegales, hacer que sus vendedores visitaran a los clientes y les dijeran que la idea no era factible y que el comisario de Corporaciones les había ordenado que devolviesen el dinero obtenido a cambio de acciones.

—¿Cuánto le costaría hacer una cosa así? —observó Ashbury, con sequedad—. Medio millón de dólares por lo menos.

—Yo creo que podríamos hacerlo con quinientos dólares.

—¿Cuánto ha dicho usted?

—Quinientos dólares.

—O está usted loco o lo estoy yo.

—¿Vale eso quinientos dólares para usted?

—Yo me gastaría hasta cincuenta mil dólares por conseguirlo.

—El coche de Alta está ahí fuera. Vámonos a dar un paseo.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Alta.

—Me parece que no. Vamos a visitar a un ermitaño que seguramente se habrá acostado ya.

—Me gustan los ermitaños.

—Vamos —dije.

Nos sentamos los tres en el asiento de delante y yo conduje por el accidentado camino, entre las pilas de piedras, hasta que los faros iluminaron los contornos de la cabaña de Pedro Digger.

—Ustedes quédense aquí —dije—. Yo iré a ver si está en condiciones de recibir visitas.

Me apeé y eché a andar en dirección a la casa. Una voz cascada gritó, desde las sombras:

—¡Arriba las manos, hermanito, y procure alzarlas todo lo posible!

Di media vuelta y alcé las manos. La luz de los faros iluminó mis facciones, y Pedro Digger dijo, con rabia:

—Ya podía haberme figurado que era usted un cochino confidente. Bueno, ande y procure encontrarlo, so hipócrita rastrero. Conque escritor, ¿eh? Por ese coche no parece que fuera usted escritor. Si no trae mandato judicial, lárguese de aquí con mil demonios. Si lo trae, enséñelo.

—Se confunde, Pedro. Vengo en busca de más información, sólo que esta vez voy a pagar una cantidad mayor por ella.

Contestó entre dientes y no dejó muy bien parada a mi familia.

De pronto, se abrió la portezuela del coche. Alta se apeó y echó a andar en línea recta en dirección a las sombras. Dijo:

—Le aseguro que no tiene por qué alarmarse. Donald nos trajo a mí y a mi papá para que habláramos de negocios con usted.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Alta.

—Póngase a la luz, donde pueda verla.

Alta se puso a mi lado.

—Enrique Ashbury dijo, alegremente:

—Creo que ahora me toca la vez a mí.

Se apeó y se acercó a nosotros.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Pedro.

Yo dije:

—¡So estúpido! ¡Si es uno de los Reyes Magos!

Y bajé las manos.

capítulo diez

PEDRO Digger se había puesto el pantalón y las botas al oír acercarse el automóvil. Se sentía demasiado cohibido para salir a conocer a nadie; pero cuando le hube convencido de que no tenía nada que temer, pareció un poco avergonzado por la forma en que nos había recibido. Fue Alta quien salvó la situación. Obró con interés y perfecta naturalidad.

Pedro quería hacer la cama antes de dejarnos entrar; pero Alta dijo: «Déjese de tonterías», y entramos todos. Las ventanas estaban abiertas y la estufa fría; pero encontré un montón de ramas y de corteza seca y encendí el fuego, mientras Pedro, con muchas excusas, se ponía camisa y chaqueta.

Una ventaja tenía aquella cabaña. Se calentaba aprisa y la estufa tiraba que daba gusto. Pedro volvió y se sentó. Miró con avidez el fragante cigarro puro que le ofreció Ashbury y dijo:

—No. Eso es para la gente rica. Yo soy pobre. Mi pipa es mi amiga y yo no abandono a los amigos, ¿comprende?

Alta y yo fumamos cigarrillos. Cuando se llenó el cuarto de azulado humo y el chisporroteante fuego hizo parecer que la cabaña estaba más caliente y cómoda de lo que hubiera indicado un termómetro, Pedro dijo:

—Bueno; ¿qué es lo que quería de mí?

—Pedro —dijo—, le voy a proporcionar a usted una ocasión de ganarse quinientos dólares.

—Ganarme, ¿qué?

—Quinientos dólares.

—¿Qué hay que hacer?

—Falsear resultados.

—¿Para qué?

—¿Puedo confiar en usted?

—Maldito si lo sé —contestó Pedro, riendo—. No acostumbro a traicionar a mis amigos; pero soy terrible con mis enemigos. Pague usted y escoja.

Me incliné por encima de la mesa.

—Le engañaba cuando le dije que era un escritor en busca de ambiente —le aseguré.

Pedro Digger echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—Ésa es la cosa más graciosa que he oído desde hace cuarenta años —afirmó.

—¿Cuál? —preguntó Ashbury.

—El que este joven creyera que no sabía yo que mentía cuando me dijo que era escritor. Está aquí husmeando. Me figuro que será abogado que estará intentando averiguar algo con que fastidiar a la Compañía dragadora nueva… ¿Escritor él? ¡Ja, ja, ja!

Yo sonreí y dije:

—Bueno, pues ya hemos aclarado eso. Y ahora, Pedro, me interesa la cuestión de esa Compañía.

—¿A usted?

—

Uh-huh

. Me volví tonto y compré acciones en ella.

El rostro de Pedro se ensombreció.

—¡Maldita cuadrilla de bandidos! —exclamó—. Debiéramos ir allá, volar con dinamita la taladradora, darles un baño de alquitrán y echarlos al río para que se refrescaran.

—No —dije—; hay un sistema mejor.

—¿Cuál?

—¿Cree usted que saben cuánto oro están metiendo en esos agujeros?

—Claro que sí. En la forma en que lo están haciendo, el terreno tiene que dar resultados uniformes. Si se hace un agujero que da mucho oro y otro que da poquísimo, los capitalistas desconfían. Un río no deposita el oro de esa manera. El oro se ha ido depositando por aquí durante millones de años… ¿Comprende?

—Bien; eso es lo que yo esperaba. Llevan cuenta del oro que sacan, ¿verdad?

—Eso es.

—Pedro, dijo usted que era capaz de falsear los resultados

obtenidos al practicar agujeros, de una forma tan artística. ¿Qué quería decir con ello?

Pedro nos miró y dijo:

—Usted dijo que podía ganarme quinientos dólares. ¿Qué quería usted decir con ello?

Ashbury, que era un buen psicólogo y había estado escudriñando a Pedro por encima de los lentes, sacó la cartera en silencio y extrajo cinco billetes de cien dólares.

—Esto es lo que quería decir —contestó.

Y empujó los billetes hacia el hombre.

Éste los recogió, los miró y volvió a dejarlos caer sobre la mesa.

—¿No los quiere? —preguntó Ashbury.

—Hasta que ustedes avisen, no.

—Ya puede usted cogerlos.

—Aguarde a oír lo que tengo que decir.

—Hable —dije yo.

—Bueno, pues conozco un par de maneras muy bonitas de falsear resultados, que el propio demonio sería incapaz de explicarse.

—¿Cuáles son?

—Para que se den ustedes cuenta, tendré que contarles un par de episodios. Datan de los tiempos del Klondike, cuando una compañía grande pensaba adquirir terrenos allí. Un minero tenía una parcela que deseaba vender y la Compañía opinaba que no valía gran cosa; pero el pájaro contó una historia fantástica, que decidieron usar un taladro.

»Bueno, pues en cuanto empezaron a hacer agujeros, se dieron cuenta de que habían dado con algo excepcional. El oro se daba allí tal y como debía darse. Escaseaba por la superficie, pero iba menudeando a medida que se profundizaba, hasta hacerse muy abundante al tocar roca de fondo. Practicaron agujero tras agujero y todos ellos dieron el mismo resultado. El terreno era completamente uniforme. Compraron la parcela; pero, antes de empezar a dragar, a alguien se le ocurrió una idea luminosa y practicó dos agujeros más de prueba. Salió tan poco oro, que no se le veía ni con lupa.

—¿Qué había sucedido? ¿Habían falseado los resultados primeros?

—Naturalmente.

—Pero ¿no estaban alerta por si sucedía algo de eso?

—Claro que estaban alerta; pero el interesado los falseó en sus propias narices… Verán; yo les enseñaré cómo lo hizo. ¿Ha visto usted lavar oro alguna vez?

Moví negativamente la cabeza.

Pedro cogió un cuenco de lavar oro, con los lados en declive y el borde curvado. Se sentó sobre los talones y colocó el cuenco entre sus rodillas.

—Así es cómo se acostumbra lavar el oro —dijo, moviendo el cuenco hacia delante y hacia atrás e imprimiéndole una sacudida con la muñeca—. Se conserva toda la tierra aurífera bajo el agua para que el oro se mezcle con el agua y se pose en el fondo del cacharro.

»Bueno; pues el minero lava el oro así. Está fumando, ¿comprende?

Tiene derecho a fumar. Saca un saquito de tabaco del bolsillo se hace los pitillos. O, si no, lleva un paquete de cigarrillos hechos en el bolsillo. Yo, personalmente, me los hago porque en cuanto me pusiera a fumar cigarrillos de hechura sastre todo el que me conociera desconfiaría.

—Siga —dije.

—Ya se lo he dicho todo.

—No comprendo —dijo Ashbury.

—Pues es bien fácil. La cuarta parte del tabaco es polvo de oro. Pongo el tabaco que me da la gana en mi cigarrillo y gradúo la cantidad que ha de salir tardando más tiempo o menos en hacer el lavado. Mientras fumo, la ceniza del cigarrillo cae dentro del cuenco. Nadie le da importancia a eso.

Ashbury emitió un silbido de sorpresa.

—Y, luego, hay otro procedimiento —prosiguió Pedro—. Se sube uno al andamiaje de la perforadora con un pasador, se separa el trenzado de la cuerda y se introduce un puñado de polvo de oro. Se hace eso en toda la longitud de la cuerda; luego, por la mañana, cuando empiezan a perforar, las sacudidas hacen que se desprenda polvillo de oro y caiga dentro del agujero.

Yo dije:

—Bien, Pedro; lo que queremos conseguir es que salga de esos agujeros una cantidad tan superior a la que se ha metido que

lleguen a la conclusión de que han dado con un yacimiento rico de verdad. Pero habrá que hacerlo de forma que el oro aparezca cuando hayan llegado más abajo que las perforaciones antiguas.

—¡Bah! No tienen la menor idea de hasta dónde llegaron antiguamente. Esa cuadrilla no sabe una palabra de nada. No están más que desempeñando un papel. Les he vigilado. Son tan torpes, que casi me acerqué a decirle al que taladraba: «Escucha, compadre; no quiero enseñarle a nadie su oficio, pero si no sabes falsear resultados mejor de lo que estás haciendo, por el amor de Dios, échate a un lado y deja que un hombre que sabe hacerlo bien te dé unas cuantas lecciones».

Ashbury sonrió. Alta rompió a reír. Empujé los quinientos dólares hacia Pedro Digger.

—Es suyo este dinero —dije.

Pedro recogió los billetes, los dobló y se los metió en el bolsillo.

—¿Cuándo puede usted empezar? —preguntó Ashbury.

—¿Les corre prisa?

—Sí.

—Tengo un poco de oro en polvo allí —dijo Pedro, señalando un armario—. Lo he ido recogiendo aquí y allá, en placeres… Seguro que es lo bastante para lo que hemos de hacer.

—¿Cómo puede introducirse en la propiedad? —pregunté.

—Fácilmente. Han estado intentando conseguir que trabajara con ellos desde que empezaron. No entienden mucho del trabajo.

—No puede usted hacer que empiecen a encontrar mayor cantidad de oro cuando comience usted a trabajar. Sería demasiada coincidencia.

—Usted deje eso de mi cuenta, hermanito. Voy a ir allá esta noche, a la luz de la luna, y me llevaré un pasador para meter un puñado de oro en la cuerda. Aumentará su producción de oro desde mañana. Me parece que no voy a necesitar nada más que esa cuerda.

—Siga haciéndolo hasta que yo le diga que pare —le dije.

—¿Cómo me lo dirá?

—Cuando reciba una tarjeta postal firmada «D. L.» que diga: «Lo estoy pasando muy bien. Siento que no estés aquí conmigo», sabrás que ha llegado el momento de parar.

—De acuerdo. Saldré a hacer la faena ésa dentro de media hora.

Nos estrechamos la mano. Al volver a subir al coche, Ashbury dijo:

—Ha sido una faenita magnífica, Donald.

capítulo once

NADIE habló gran cosa cuando conduje el coche hasta la carretera real, entré en el campamento automovilista y apagué las luces y corté el motor.

Me apeé y me puse a abrir la portezuela del otro lado. De pronto vi un coche que no había visto antes, con una «E» incrustada en un diamante en la placa de la matrícula.

No les dije una palabra a los demás, sino que me encaminé en línea recta a mi propia cabaña.

Dos hombres salieron de las sombras. Uno de ellos dijo:

—¿Se llama Lam?

—Sí.

—¿Donald Lam?

—Sí.

—Entre. Queremos hablar con usted. Hemos recibido por telégrafo la orden de recogerle.

Esperaba que Ashbury y Alta tendrían el suficiente sentido común para no meterse en el ajo. Se apearon del coche y se quedaron parados junto a la portezuela. El rostro de Alta estaba muy pálido.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó el agente, indicando al padre y a la hija con un movimiento de cabeza.

—Me recogieron en la carretera y me preguntaron si quería que me trajesen hasta aquí.

Uno de los hombres llevaba el uniforme de miembro de la brigada de carreteras. El otro, según deduje, era agente local.

—¿Qué quieren ustedes?

—¿No se ha marchado usted algo precipitadamente?

—Estoy trabajando.

—¿En qué?

—Prefiero no hacer declaración alguna.

—¿Conocía usted a un hombre llamado Ringold?

—Leí en el periódico la noticia de que había muerto asesinado.

—¿Sabe usted algo del asunto?

—No; claro que no. ¿Por qué?

—¿No estaba usted en el hotel la noche que le mataron? ¿No habló usted con una rubia en el mostrador del tabaco y con el conserje intentando sonsacarles algo acerca de Ringold?

—¡Claro que no! —exclamé, retrocediendo unos pasos y mirándoles como si les creyera locos—. Oigan, aguarden un poco. ¿Quiénes son ustedes? ¿Son agentes?

—Claro que somos agentes.

—¿Tienen algún mandato judicial?

—Escuche, compadre; no nos venga con humos, ¿comprende? Y no se las dé de listo. En este preciso instante, los que hacemos preguntas somos nosotros.

—¿Qué desean saber?

—Según el fiscal, podía haber estado usted interesado en lo de Ringold.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Es muy sencillo. Jed Ringold era empleado de la Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario, ¿comprende? Y esa Compañía tiene terrenos aquí cerca de Valleydale. El presidente de la Compañía de Aseguradores de Granjas con Juicio Hipotecario. ¡Se me traba la lengua cada vez que intento decirlo! ¿Por qué diablos se pondrían ese nombre…? Bueno, sea como fuere, el caso es que el presidente es un tal Tindle y usted ha estado viviendo con él y recibiendo órdenes suyas.

—Está usted mal de la cabeza —contesté—. He estado viviendo en casa de Ashbury. Tindle es el hijastro de Enrique Ashbury.

—¿No ha estado usted trabajando para él?

—¡Rayos, no! He estado quitándole un poco de grasa a Ashbury. Le doy lecciones de *jiu-jitsu* y de gimnasia.

—Eso es lo que dice usted. Tindle tiene intereses aquí. Ringold era empleado de Tindle. Alguien entra en el hotel y liquida a Ringold. La descripción del que lo hizo concuerda con la de usted y…

Avancé un paso y le miré con fijeza.

—¿Eso es lo que le muerde? —pregunté.

—Eso.

—Bueno, pues cuando regrese, iré a ver a la policía a decirle que están locos. Hubo un par de personas que vieron al hombre ese entrar en el hotel, ¿verdad…? Me parece haber leído algo de eso en los periódicos.

—Así es, amigo.

—Bueno; estaré de vuelta dentro de un par de días y aclararemos todo el asunto.

—Supongamos que no fuera usted el hombre que estuvo en el hotel.

—No lo soy.

—Le gustaría dejar aclarada la cosa, ¿verdad?

—No tengo mucho empeño. Es tan absurdo, que ni siquiera me intereso por ello.

—Pero ¿y si fuera usted el individuo ése? Entonces pudiera suceder algo y olvidarse de volver.

—Supongo que no van a obligarme a volver nada más que porque conozco al presidente de esa Compañía…

—No; pero el fiscal consiguió hacerse con una fotografía suya, Lam, y se la enseñó al conserje del hotel, y el conserje del hotel dijo: «Ése es el hombre». Conque ahora, ¿qué?

Ashbury y su hija habían hecho caso de la indirecta. En lugar de meterse en su cabaña se metieron en el coche y dieron la vuelta. Ashbury bajó la ventanilla, se asomó y preguntó:

—¿Puedo hacer algo por usted, amigo? ¿Se encuentra en dificultades?

—No es nada —le respondí—; se trata de un asunto amistoso. Buenas noches y gracias por haberme traído hasta aquí.

—No hay de que darlas —dijo Ashbury.

Y poniendo el coche en marcha, salió del campamento.

—¿Bien? —preguntó el agente que había hablado antes.

—No hay más que una respuesta a eso —le contesté—. Vamos a volver. Obligaré a ese imbécil de conserje a ponerse de rodillas y comerse las palabras. No está bien de la cabeza.

—Eso es pensar con sentido común. Usted sabe que podríamos llevarle a la fuerza; pero habría una de publicidad que a ninguno le haría mucho bien. Si es un error, cuando menos se hable del asunto,

mejor. Ya sabe usted lo que pasa amigo. Es algo difícil identificar a una persona por su retrato. Le obligamos a regresar y se hace la mar de publicidad en los periódicos diciendo que el conserje le ha identificado sin el menor género de duda. Luego le echa una mirada a la cara, y dice que no está tan seguro. Al cabo de algún tiempo, aparece el verdadero culpable. Se parece algo a usted pero no demasiado, y el conserje dice: «No cabe duda. Ése es el hombre». Pero ¿sabe usted lo que haría un picapleitos? Le dejaría en ridículo al conserje ante el tribunal porque había identificado a otra persona primero.

—Desde luego. Ese imbécil de conserje hace una identificación falsa me produce la mar de molestias; pero es el picapleitos defensor del culpable.

El agente me miró un instante.

—Oiga, amigo, no me estará usted tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Cómo regresaremos? —pregunté.

—Le llevaremos a usted por carretera cosa de cien millas. Hay un aeródromo allí y un agente especial que nos telefoneó para que le recogiéramos a usted. Está aguardando con un avión. Si se trata de un error, le traerá otra vez y puede usted tomar un coche desde el aeródromo hasta el campamento.

—Y lo único que habré perdido será el importe del viaje hasta aquí y un día entero —contesté yo, con sarcasmo.

Nada dijeron.

Reflexioné unos instantes.

—Bueno —añadí—, pues no estoy dispuesto a viajar en aeroplano de noche con nadie. Iré con ustedes. Iré a un hotel con un agente. No saldré hasta mañana por la mañana. Tengo unos asuntos pendientes que no puedo abandonar.

—Es usted la mar de independiente, ¿eh amigo?

Le miré de hito en hito y contesté:

—Tiene usted muchísima razón. Si quiere que vaya voluntariamente, ésa es la manera de obrar… Si quiere que se anuncie en los periódicos que el conserje ha hecho una identificación falsa, puede llevarme a la fuerza.

—De acuerdo —contestó el hombre—. Suba. Nos lo llevamos.

El investigador especial de la fiscalía que aguardaba en el aeródromo no estaba muy tranquilo. Mi actitud le intranquilizó aún

más; pero le sentó bastante mal que yo insistiera en que me iba a quedar aquella noche en un hotel y no viajar de noche en avión. Se empeñó en discutir conmigo. Le dije simplemente que me asustaba viajar en avión por la noche.

El agente no acababa de entenderlo.

—Escuche, Lam; si usted quiere volver a su trabajo, éste es el mejor medio de hacerlo. He fletado este avión. Puedo detenerlo y llevármelo si es preciso y…

—Puede detenerme si se me acusa de algo.

—No quiero presentar acusación alguna contra usted.

—Bueno, pues entonces saldremos mañana.

Al cabo de un rato, les dijo a los agentes que me habían recogido en el campamento:

—No le pierdan de vista. Voy a poner una conferencia telefónica.

Entró en una cabina y pidió la conferencia. Tardó cosa de veinte minutos. El agente de carreteras y yo nos sentamos en el vestíbulo del hotel, junto con el otro agente. Intentaron convencerme de que era preferible que volviese y acabase de una vez el asunto.

El investigador especial volvió del teléfono y ordenó:

—Bien, amigo; usted lo ha querido. Vamos a volver.

—¿Va a presentarse alguna acusación contra mí?

—Voy a detenerle como sospechoso.

—¿Tiene un mandato judicial?

—No.

—Voy a llamar a un abogado.

—Eso de nada le servirá.

—Eso lo dirá usted. Voy a llamar a un abogado.

—No tenemos tiempo de esperar a que usted telefonee. El aviador está preparado para despegar.

—Tengo perfecto derecho a llamar a un abogado.

Y eché a andar hacia la cabina.

Me pararon tan rudos, que me dio una sacudida la cabeza. Uno de ellos me asió del hombro. El otro me asió del otro hombro. El conserje del hotel me miró con curiosidad. Un par de ociosos se levantaron y se apartaron. El investigador de fiscalía dijo:

—Bueno, muchachos; vamos.

Me llevaron a empujones hasta el automóvil, empezaron a hacer

sonar la sirena y me plantaron en el aeródromo en menos que canta un gallo. Había un avión de camarote allí, con los motores calientes, y me metieron dentro.

El agente del fiscal dijo:

—Puesto que quiere usted que sea a la fuerza, amigo, voy a cuidarme de que no le den ideas raras durante el vuelo o intente algo.

Me esposó al brazo de una butaca.

—Sujétense a los asientos —dijo el piloto.

El agente me sujetó al mío.

—Hubiera sido mejor que hubiese usted accedido a venir voluntariamente.

No le contesté.

—Supongo que, cuando lleguemos, no se negará a ir al hotel para que le vea el conserje, ¿verdad?

Yo le respondí:

—Escuche amigo; es usted el que se emperra en recurrir a la fuerza. Le dije que estaba dispuesto a ir mañana por la mañana, a entrar en el hotel o en el sitio que usted quisiera, y dejar que el tipo ése me echara una mirada. Usted se puso tonto. No pienso ir a ningún hotel. Si me lleva allá, tendrá que meterme en la cárcel y les contaré lo ocurrido a los periodistas. Si quiere que me identifique alguien, póngame en una hilera con otra gente y hágame identificar de esa manera.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—Esas tenemos.

—Ahora sí que estoy seguro de que fue usted el que entró en el hotel.

—Usted mismo se está reventando el asunto —dije—. Los periódicos se encargarán de publicar con grandes titulares la noticia de que me ha acusado usted de asesinato, de que el conserje del hotel me identificó por un retrato…

—Fue una identificación provisional —observó el agente.

—Puede usted llamar lo que quiera. Y cuando intente identificar al verdadero culpable, vera usted qué lío más tremendo se arma. Y usted se la va a cargar.

Se enfadó entonces y yo creí que me iba a dar un puñetazo; pero cambió de opinión y se sentó. El piloto miró hacia atrás, se aseguró

de que nos habíamos sujetado y despegó.

Me recosté en mi asiento. De vez en cuando brillaban faros aéreos que parecían parpadear ominosamente. A intervalos, racimos de luces señalaban la situación de poblaciones pequeñas. Miraba yo hacia abajo y pensaba en que la gente, metida en la cama, oiría el zumbido del motor, daría media vuelta, en sueños, y murmuraría: «Ahí va el avión correo», sin darse cuenta de que era un aeroplano en que viajaba un hombre que se estaba jugando la vida y que lo tenía todo en contra de él.

El piloto se volvió y nos hizo señas cuando empezamos a volar sobre las montañas. Deduje que quería decir que íbamos a topar con mal tiempo. Así fue. Nos elevamos más para intentar volar por encima; pero en lugar de eso, atravesamos la peor parte. Me sentía igual que un paño de cocina mojado cuando por fin inició el piloto el descenso hacia el aeródromo.

El aparato aterrizó en el extremo más lejano. El agente se puso en pie, se acercó, y abrió el lado de las esposas que me sujetaban al asiento. Dijo, amenazador:

—Escuche, Lam: va usted a subir a un automóvil e ir al hotel. No va a haber escándalo ni jaleo.

—No puede usted hacer eso —le dije—. Si estoy detenido, tiene que llevarme al juez y acusarme.

—No está detenido.

—En tal caso, no tenía usted derecho a traerme aquí.

Él sonrió y dijo:

—Está usted aquí, ¿verdad?

El avión dio la vuelta y rodó hacia los hangares. Oí una sirena y se acercó un coche. Un faro piloto, encarnado, enfocó la portezuela del avión.

El agente me dio en la espalda.

—No se ponga tonto —me dijo—. Sería una lástima tener una discusión. Se ha portado muy bien hasta ahora. Siga igual.

Me enfocaron con el faro para deslumbrarme. El agente me empujó para fuera. Unas manos me asieron y me empujaron hacia delante. Luego oí la voz de Berta Cool, que decía:

—¿Qué están haciendo ustedes con este hombre?

Alguien dijo:

—Lárguese, señora. Este hombre está detenido.

—¿De qué se le acusa?

—Eso a usted no le importa un bledo.

Berta Cool se volvió a alguien que había detrás de ella y ordenó:

—Adelante.

Avanzó un hombre y dijo:

—Haré que me importe a mí. Soy abogado. Represento a este hombre.

—Lárguese —le amenazó el agente— antes de que le pase algo.

—De acuerdo. Me largaré. Pero primero permítame que le entregue este papelito tan bien doblado. Es una orden de *habeas corpus*, extendida por un juez superior, en la que se le exige que presente usted a este hombre ante un tribunal. Este otro papel es una orden por escrito, diciéndole que le conduzca inmediatamente a presencia del magistrado más cercano y accesible con el fin de que se le pueda libertar bajo fianza. Por si a usted le interesa, el magistrado más próximo y accesible es un juez de paz de esta población. Está sentado en su despacho en este instante con las luces encendidas, en guardia, esperando que comparezca este hombre.

—No tenemos por qué llevarle ante ningún magistrado.

—¿Dónde le van a llevar?

—A la cárcel.

—Les aconsejo que no vayan a ninguna parte sin pararse primero a ver al magistrado más próximo y accesible advirtió el abogado.

Berta Cool dijo:

—Escuche pájaro; este hombre es empleado mío. Yo dirijo una agencia de detectives decente. Estaba este hombre trabajando. Le han arrancado de su trabajo y le han traído aquí a viva fuerza. No se haga ilusiones de que va a poder una cosa así sin que le cueste un disgusto.

El agente fiscal dijo:

—Un momento muchachos. No os vayáis.

Y luego agregó, dirigiéndose al abogado:

—Vayamos a discutir el asunto unos instantes.

Berta Cool se metió en la conferencia.

—Escuche. —El agente del fiscal estaba evidentemente preocupado y se mantenía a la defensiva—. No queremos presentar

acusación alguna contra este muchacho. A lo mejor es un buen chico que no ha hecho nada; pero queremos averiguar si es el hombre que entró en el cuarto de Jed Ringold la noche que le asesinaron. Si no lo es, no hay más que hablar. Si lo es, vamos a acusarle de asesinato.

—¿Y qué? —inquirió Berta Cool, agresiva.

El agente del fiscal la miró e intentó hacerle bajar la vista. Berta Cool sacó la barbilla y, echando chispas por los ojos, exclamó otra vez, en voz más alta:

—¿Y qué? Ya me ha oído usted, gusano. Ande y conteste.

El agente se volvió hacia el abogado.

—No hay necesidad de *habeas corpus* y no hay por qué llevarle ante un magistrado porque no queremos hacer cargo alguno contra él.

—¿Cómo le ha podido traer aquí, si no estaba detenido? —preguntó Berta.

Él intentó hacer caso omiso de la pregunta y le dijo al abogado:

—El conserje del hotel echó una mirada al retrato de este chico y dijo que creía que era el que había estado allí. Lo único que queremos hacer es llevarle al hotel. El conserje le echará una mirada. Eso es bastante razonable, ¿no le parece?

Durante una fracción de segundo el abogado vaciló. Berta Cool alargó una mano y le echó a un lado como si hubiera sido un saco vacío. Plantó la cara delante del agente y dijo:

—Pues no está bien ni muchísimo menos.

Se había ido formando un corrillo compuesto de los pasajeros de un avión que acababa de llegar, de empleados del aeropuerto y de un par de aviadores. El faro ya no me daba en los ojos y pude mirar a mi alrededor y ver que todos sonreían. Se estaban divirtiendo con Berta.

Ésta habló:

—Sabemos bien cuáles son nuestros derechos. No puede usted identificar a un hombre de esa manera. Le coloca usted en una hilera con otros hombres y se asegura de que haya otros dos o tres en la hilera que tengan la misma estatura y las mismas características generales que el hombre que anda usted buscando. Entonces hace usted entrar al conserje para que vea a todos los de la hilera. Si le reconoce en esas condiciones, es una identificación

legal. Si escoge a otro cambia la cosa.

El agente estaba molesto.

El abogado dijo:

—Eso es completamente cierto.

—Es que no queremos causarle a este hombre tantas molestias. Puede tratarse de un simple error. Si no es culpable, ¿por qué está armando todo este jaleo?

Yo dije:

—Porque no me gusta la forma en que lo han hecho. Le dije que vendría con usted voluntariamente mañana por la mañana, entraría en el hotel y hablaría con quien a usted le diese la gana; que no podía venir esta noche; que si me traía en el avión esta noche tendría que traerme detenido.

—¡Narices! —bufó uno de los agentes.

—¿Y qué hizo usted? —exclamé, alzando la voz—. ¡Usted y sus dos policías de carretera me cogieron y me metieron a viva fuerza en un automóvil! Me tiraron dentro y me trajeron aquí a rastras, sin presentar ninguna acusación contra mí. Eso constituye un secuestro. Les voy a echar encima a los agentes federales. No pienso consentir que se me lleve de un lado a otro a empellones. Espere hasta mañana por la mañana, y yo iré a su maldito hotel.

Hubo un momento de silencio.

Me volví hacia Berta y dije:

—Ya sabes de dónde ha venido este avión y conoces allí a un abogado que tiene influencia con el sheriff. Llámale por teléfono, hazle sacar al sheriff de la cama, y haz que se extienda una orden de detención contra este agente por secuestro.

—Escuche, amigo —dijo uno de los agentes—; no es un secuestro cuando se detiene a un hombre por asesinato.

—¿Qué hacen ustedes con él cuando le detienen por asesinato?

—Le metemos en la cárcel, y si se pone tonto, le hacemos algo más para que se le bajen los humos.

—¡Magnífico! Llévenme ante un magistrado y, si éste lo ordena, métanme en la cárcel; pero no se desvíen para llevarme a ningún hotel. En cuanto hagan eso, se hacen ustedes reos de secuestro… ¿Te das cuenta de eso, Berta?

El abogado se agarró a mis palabras.

—Es cierto —dijo—. En cuanto intenten llevarle a usted a parte

alguna, salvo de acuerdo con lo que la ley ordena en estos casos, se convierte la cosa en secuestro.

Berta se encaró con los agentes.

—Bueno; ya han oído lo que dice el abogado.

—Cierre el pico —contestó uno de ellos.

Vi que el sudor empezaba a perlar la frente del agente del fiscal.

Berta dijo:

—Y no crean que se van a salir así de esto nada más que porque se encuentran en su distrito. El secuestro se efectuó en otra comarca y, si supieran cómo odian a la policía de este distrito en los demás, sabrían lo que va a ocurrir.

Ésta fue la bomba que desmoralizó por completo a los otros. Vi desmoronarse al agente del fiscal, tan claramente como si le hubieran doblado las rodillas.

—Escuchen, no hay necesidad de que nos enfademos y de que nos gritemos mutuamente. Seamos razonables. Si este hombre es inocente, debiera tener tanto interés en demostrarlo como los demás.

—Eso ya me suena mejor. ¿Qué desean?

—Queremos averiguar si era usted el hombre que tenía el cuarto contiguo al del asesinado la noche en que se cometió el crimen.

—Bueno; averigüémoslo.

—¡Rayos, hermanito!; eso era lo único que intentábamos hacer.

—Pero averigüémoslo de una manera justa.

—¿Cuál le parece a usted una manera justa?

—Iré a la cárcel. Busque usted a cuatro o cinco personas que sean poco más o menos de mi estatura y características y vístalas de la misma manera. Y ya que lo hacemos, hagámoslo bien. ¿Cuántas personas vieron al hombre que fue al hotel?

—Tres.

—¿Quiénes son?

—El conserje nocturno, una muchacha encargada del mostrador en que se vende tabaco y una mujer que le vio parado en la puerta.

—Bien; busque usted a esa gente; siéntela en tres sillas diga a los tres que no hagan comentario alguno hasta que haya pasado toda la hilera de hombres. Luego, pregúnteles por separado si el hombre que estuvo aquella noche figura entre los que han visto.

El agente bajó la voz.

—Escuche —dijo—, parece usted una buena persona. Voy a decirle toda la verdad. La vieja que estaba en el pasillo vio al hombre en la puerta. No llevaba los lentes. Le veía bastante bien; pero… Bueno, ya sabe usted lo que pasaba, amigo. Usa lentes durante el día y no los llevaba puestos. Un abogado listo podría sacar partido de eso. En cuanto le pongamos a usted a la sombra, los periodistas entrarán en acción. Le fotografiarán y habrá grandes titulares: «
LA
POLICÍA DETIENE A UN DETECTIVE ACUSÁNDOLE DE ASESINATO». Entonces, si la identificación sale mal, nos habremos metido en un lío. Ahora, si es usted culpable, tire adelante y confíe en los derechos que le concede la Constitución. Hará usted bien. Le mandaremos a usted a la silla eléctrica, tan seguro como que yo estoy aquí. Si no es usted culpable, por el amor de Dios, tenga corazón y coopere con nosotros.

Yo contesté:

—No soy culpable; pero ya sabe usted lo que va a ocurrir. Ese atontado de conserje ha identificado en una fotografía a Donald Lam, diciendo que él fue quien se presentó y alquiló una habitación. Usted dice que va a buscar a Donald Lam y llevárselo. Entra usted por la puerta arrastrándome y el conserje ése dirá: «Ése es el hombre», antes de tener tiempo de verme siquiera.

El agente vaciló.

—Claro que sí —exclamó Berta, indignada—. Vi su retrato en los periódicos. Hace una cara de ser esa clase de estúpido. Es más flaco que un silbido, todo boca y nuez. ¿Qué rayos se puede esperar de un individuo así?

Alguien del corro se echó a reír. Uno de los policías se volvió y dijo:

—Largo de aquí. Vamos. ¡Largo de aquí!

Nadie le hizo caso.

—Un momento —dije yo—. Hay otra posibilidad.

—¿Cuál?

—¿Hay alguno de los que vieron al hombre ése en el hotel que no sepa que la han tomado conmigo y que no haya visto mi fotografía?

—La muchacha del mostrador de tabaco.

—Bien; pues iremos a su casa. Usted la hace salir. Le pregunta si me ha visto alguna vez. Si ella dice que yo soy el hombre, vamos a la cárcel y me acusan de asesinato. Si ella dice que no lo soy, me pone usted en libertad, los periódicos callan, y olvidamos nosotros el asunto del secuestro.

Él vaciló, y yo proseguí:

—O puede usted escoger a la mujer que vio al hombre en la puerta. Puede…

—No, gracias. No tenía los lentes puestos.

—Bueno, pues haga lo que quiera.

El investigador se decidió.

—Bien, muchachos. ¿Tiene alguno de vosotros las señas de esa muchacha?

—Sí —dijo uno de los hombres—, se llama Clarde. Estuve yo hablando con ella inmediatamente después del crimen. Me dio la descripción del hombre. Le va a éste a la medida.

Bostecé.

Mi abogado dijo apresuradamente:

—Escuche, Lam: no es usted muy justo consigo mismo al someterse a semejante prueba. Los agentes le llevan a usted allí. Ella le mira, y está usted solo. Sabe que se sospecha de usted…

—No se preocupe —le contesté, con cansancio—; en mi vida estuve en ese sitio. Déjelos que se desengañen de una vez.

—¿Y cooperará usted para que podamos hacerlo completamente en secreto? —preguntó el investigador.

—Me importa un bledo lo que hagan ustedes. Quiero acostarme y descansar un poco. Acabemos de una vez con esto.

Berta Cool dijo:

—Escucha, Donald: yo creo que el otro sistema es mucho mejor. Va usted a la cárcel.

—¡Santo Dios! —le grité—. ¡Obran ustedes dos cómo si me creyeran culpable!

Eso les hizo callar. Berta me miró, aturdida. El abogado no era mala persona; pero ya había soltado su andanada. Cuando hubo hecho su petición y entregado los papeles, ya no supo cómo seguir.

—Y para que no exista el menor error —dije—, la señora Cool y mi abogado irán en el automóvil con nosotros.

—No hay inconveniente —dijo el investigador—. En marcha.

Mientras viajábamos a toda prisa con la sirena funcionando, el investigador reflexionó mucho.

Dijo:

—Escuche, Lam: ya sabe usted la situación en que nos encontramos. A nosotros nos interesa tan poco como a usted el que se haga una investigación falsa.

—Por mi parte —contesté—, que me ahorquen si me importa. Si ella me identifica, puedo probar la coartada para toda esa noche. Sólo se trata de los principios básicos del asunto. Si se hubiera portado usted bien conmigo, hubiese venido mañana por la mañana y le hubiera acompañado al hotel. No me gustó la forma en que me metieron en el automóvil, he ahí todo.

—La verdad es que cuando usted se pone de punta, lo hace de verdad… ¿Cómo diablos se las arregló para avisar a esa mujer y al abogado para que estuvieran esperándome en el aeropuerto?

Bostecé.

—¿Se os escapó algo a vosotros, Guillermo? —le preguntó el investigador a uno de los policías.

Éste movió negativamente la cabeza.

—Me resulta sospechoso —dijo.

El investigador me miró.

—Oiga, ¿por qué no me habla de su coartada primero? Tal vez pudiéramos comprobarla y no tendríamos necesidad de sacar de la cama a esa muchacha… ¿Por qué no me dijo eso desde un principio? Hubiera podido usar el teléfono y haberle ahorrado el viaje hasta aquí tal vez.

—Si quiere que le diga la verdad, no se me ocurrió pensar en eso. Me apremiaron ustedes demasiado. Intente usted pensar qué estuvo haciendo durante todos los minutos de una noche dos o tres días después de la noche en cuestión y…

—Bueno, ¿dónde estuvo? ¿Cuál es su coartada?

Moví negativamente la cabeza.

—Estamos aquí ya —le dije—, y resultará más fácil sacar a esta muchacha de la cama que sacar de ella a todos mis testigos.

—¿Cuántos son?

—Tres.

Se inclinó a susurrarle algo a uno de los agentes. Éste sacudió la cabeza, dubitativo.

Berta me miró, con aire inquieto. El abogado tenía la misma cara de satisfacción que si hubiera hecho algo bueno.

Llegamos a la ciudad y atravesamos las calles a toda velocidad. No tardamos en llegar a la casa en que vivía Esther Clarde.

Le dije a Berta:

—Sube. Quiero un testigo.

Uno de los agentes se quedó con el coche. El otro subió con nosotros. El abogado también se agregó. Trepidamos como un ejército en marcha al subir la escalera. Lo hicimos a pie y el investigador me puso delante y me fue empujando todo el camino. Yo creo que esperaba dejar a Berta Cool atrás; pero no sabía con quién se estaba jugando los cuartos. A pesar de su tamaño, subió la escalera y no perdió su puesto en la procesión.

Nos paramos en el tercer piso. Uno de los agentes golpeó la puerta de Esther Clarde. Oí la voz de la joven que preguntaba:

—¿Quién es?

—La justicia —dijo el investigador—. Abra.

Hubo silencio durante unos segundos. Me era imposible oír la respiración de Berta. Luego Esther Clarde inquirió:

—¿Qué desean?

—Entrar.

—¿Para qué?

—Queremos que vea usted a un hombre.

—¿Por qué?

—Para ver si le conoce.

—¿Qué tiene que ver la justicia con eso?

—Calle y abra la puerta.

—Bueno. Aguarden un poco. Les abriré.

Esperamos. Yo encendí un cigarrillo. Berta Cool me miró, ansiosa. El abogado daba los mismos aires de importancia que un gallo en el gallinero. Los agentes estaban inquietos y se miraban mutuamente.

Esther Clarde abrió la puerta. Llevaba la misma chaqueta de terciopelo de la noche anterior. Tenía ojos de sueño. Dijo:

—Bueno; supongo que es legal. Entren y…

Me vio a mí y cerró la puerta tras ella. Bostezó y agregó:

—Bien: ¿de qué se trata?

El investigador me señaló con un gesto.

—¿Ha visto usted a este hombre alguna vez? —preguntó.

El abogado le corrigió, con meticulosidad:

—A alguno de estos hombres alguna vez. Después de todo, debe usted ser justo…

Esther Clarde paseó su mirada sin expresión por mi semblante y la clavó en el abogado. Le señaló con un dedo y preguntó:

—¿Éste, quiere usted decir?

El investigador me asió del hombro y me empujó hacia delante.

—No; éste. ¿Es éste el que estuvo en el hotel la noche del asesinato?

Miré a Esther Clarde sin mover un músculo de la cara siquiera. Ella me contempló, frunció el entrecejo y dijo:

—¿Sabe que sí, que se parece a ese tipo?

—Oiga —le dijo el agente—, no se deje engañar. Hay cierto parecido, en efecto.

Me miró otra vez, más detenidamente, y sacudió la cabeza.

—¿Está usted segura de que no es el mismo hombre?

—Escuche; en mi vida he visto a este hombre hasta este momento; pero, en serio, se parece al hombre que estuvo en el hotel. Si quieren tener una buena descripción de él, lo mejor que pueden hacer es tomarle a éste como modelo. El hombre aquél era de la misma estatura y casi del mismo cuerpo. Era un poco más ancho de hombros que éste. No tenía los ojos del mismo color exactamente, y su boca no es igual, y las orejas son muy distintas. Me fijo en las orejas de la gente. Es una afición que tengo. Ahora recuerdo que el hombre que estuvo en el hotel no tenía lóbulos en las orejas.

—Ése es un dato de gran valor —dijo el agente—. ¿Por qué no nos dijo eso antes?

—No se me ocurrió hasta que empecé a examinar a este hombre. Oiga —me preguntó—, ¿cómo se llama usted?

—Lam —contesté—, Donald Lam.

—Vaya, pues se parece una barbaridad al hombre que estuvo en el hotel. De lejos, sería muy fácil confundirle.

—Pero ¿está usted segura? —preguntó el agente.

—Claro que estoy segura. Hable con el hombre que estuvo allá. Se apoyó en el mostrador y me hizo preguntas. Las orejas de este hombre son distintas y su boca también. No pesa tanto como el

otro. Creo que tiene aproximadamente la misma estatura… ¿Dónde trabaja usted, Lam?

—Soy detective particular. Ésta es Berta Cool. Trabajo para ella. Para Berta Cool, Investigaciones Confidenciales.

—Bueno, pues más vale que no se meta delante de esa vieja que se asomó a la puerta del cuarto piso. Me dijo después que sin los lentes no pudo ver más que un borrón; pero sabía que era un joven y…

—Déjese de eso —la interrumpió el agente.

Esther Clarde añadió en tono casual:

—Gualterio… es decir, Gualterio Markham, el conserje, tampoco le vio muy bien. Esta misma mañana me estuvo contando unas cuantas cosas para asegurarse del color de los ojos y del cabello del hombre. Me parece que yo he sido la única que le ha podido ver bien.

El agente del fiscal dijo:

—Bueno; nada más.

—¿Cómo vuelvo yo al punto donde me trajeron? —pregunté.

El agente se encogió de hombros.

—Tome un autobús —dijo.

—¿Quién paga el billete?

—Usted.

—No hay derecho a eso.

Esther Clarde dijo:

—Bueno, me parece que ya he perdido bastante sueño.

Sacó las llaves del bolsillo, abrió la puerta y entró. Oímos cómo echaba el cerrojo por dentro.

Toda la procesión volvió a la calle. Berta Cool iba la última. Una vez en la acera, dije:

—Escuche: a mí me han recogido a unos cuantos centenares de millas de aquí. Me costará dinero volver allí y… Los agentes abrieron las portezuelas del coche de la policía.

El investigador del fiscal se metió dentro. Se cerró la portezuela de golpe. El automóvil se alejó del bordillo y nos dejó plantados allí.

Berta me miró asombrada y dijo suavemente, entre dientes:

—¡Ahora sí que me has matado!

capítulo doce

FUIMOS al despacho de Berta Cool. Ésta se deshizo del abogado y entramos en su despacho particular y nos sentamos. Sacó una botella de *whisky* del último cajón de su mesa.

—¡Bien, Donald! —dijo—. ¡Eso sí que es salvarse por un pelo!

Moví afirmativamente la cabeza.

—Este maldito abogado no servía para nada. Entregó un par de papeles y ya no supo qué hacer… como un mal jugador que se juega los ases y luego se esconde debajo de la mesa.

—¿Cómo se te ocurrió escogerle? —pregunté.

—Yo no lo atrapé. ¡Por el amor de Dios, cree, al menos, que tengo un poco más de sentido común que todo eso! Jamás se me ocurriría escoger a semejante inútil.

—¿Ashbury?

Echó *whisky* en los dos vasos; luego tapó la botella, empezó a guardarla y dijo:

—¡Qué rayos! Abulto dos veces más que tú. Necesito dos veces más para ir tirando.

Se echó dos dedos más en su vaso.

—Bueno. ¡A tu salud!

Bebimos.

—Ese Ashbury es una buena persona —aseguró Berta—. Me telefoneó en cuanto los agentes te cargaron en el coche. Se figuró que estaría esperando un aeroplano. Me dijo que fuera a ver a este abogado, que le explicara lo que estaba ocurriendo y que fuéramos al aeropuerto con los documentos preparados.

—¿Cómo supieron a qué aeropuerto ir?

—Caramba, Donald, ¿hago cara de ser tan tonta? Averigüé qué aeroplanos habían sido alquilados y salido, de qué sitio había salido aquel avión, y telefoneé al campo de aviación del Norte para que

me avisaran en cuanto despegara de allí. Luego busqué el abogado y nos fuimos juntos… Con que tienes a esa rubia metida en el bolsillo también, ¿eh? ¡Santo Dios, Donald! ¡Cómo se enamoran de ti!

—Baja de las nubes, Berta. No se ha enamorado de mí.

—Eso lo creerás tú mismo. Yo soy mujer. Conozco esa mirada en ojos de una mujer.

Hice un gesto con el pulgar en dirección al teléfono.

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí?

—Bebiendo *whisky* y descansando.

—Estoy esperando a que suene el teléfono. Esa rubia no llamará hasta que esté segura de que nadie la vigila.

—¿Qué quieres decir con eso de que esto es pura cuestión de negocio para ella?

—Naturalmente.

—¿Cuánto pedirá?

—Probablemente no se tratará de dinero, sino de otra cosa.

—Me tiene sin cuidado lo que pida —insistió Berta, contemplando su vaso, pensativa—. Se ha enamorado de ti… y le ha dado fuerte.

Encendí un cigarrillo y me arrellané cómodamente en mi asiento.

Sonó el timbre del teléfono en el preciso momento en que Berta Cool se disponía a decir algo. Berta descolgó el auricular, dijo «diga» y luego:

—¿Quién llama…? Bien. Está sentado aquí esperándola.

Me entregó el teléfono.

—¡Diga!

La voz de Esther Clarde me preguntó:

—¿Sabes quién soy?

—

Uh-huh

.

—Tengo que verte.

—Me lo había figurado.

—¿Estás libre para salir?

—Sí.

—¿Puedo ir a tu casa?

—Más vale que no lo hagas.

—Más vale que tú no vengas a la mía. Tal vez podamos encontrarnos en alguna parte.

—¿Dónde?

—Estaré en la esquina de las avenidas Décima y Central dentro de un cuarto de hora. ¿Qué tal te parece?

—Bien. Ahora escucha: si me siguen cuando salga de aquí, intentaré perder al que me siga. Si no consigo hacerlo, le mataré de andar y estaré de vuelta dentro de media hora. Si no me reúno contigo en la esquina que dices dentro de un cuarto de hora, telefonéame aquí dentro de media hora justa. ¿Comprendes?

—Sí —respondió ella.

Y colgó el aparato.

Berta Cool dijo:

—Anda con pies de plomo, amor. Ahora no corres peligro. Después de lo que ha dicho esa muchacha, ya no puedes echarte atrás y no les serviría de nada que el conserje te identificara ahora. La mujer que estaba en la puerta no podía ver sin lentes. Apuesto a que sería incapaz de identificarme a mí a cinco metros de distancia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dile ya esa rubia que se tire de cabeza a un estanque. Si es lo bastante prima para entregarte todos los triunfos, tira adelante y juégalos.

—Ése no es mi sistema de jugar, Berta.

—Ya lo sé. Eres demasiado blando y sentimental… No quiero decir con eso que le des esquinazo del todo. Haz que Ashbury te dé unos billetes; pero no te metas en honduras.

Me levanté y me puse el abrigo y el sombrero.

—Voy a llevarme el coche. Tú puedes irte a casa en taxi. Ya te veré por la mañana.

—Hasta entonces, ¿verdad?

—Sí.

—Donald, estoy preocupada por eso. ¿Por qué no vienes a mi casa más tarde?

—Lo haré si surge algo nuevo.

Alargó la mano hacia el cajón de la mesa. Por la inclinación de su hombro y la rigidez de su brazo comprendí que tenía asida la botella de *whisky*, preparada para sacarla en cuanto saliera yo del despacho.

—Buenas noches —dijo.

Marché.

Describí un ocho alrededor de un par de manzanas de casas, descubrí que no me seguían y me dirigí a la esquina convenida. Vi a Esther Clarde caminando por la Avenida Central, pero no le hice señal alguna. Di la vuelta a la manzana dos veces para asegurarme de que nadie la seguía.

Cuando llegó a la esquina de la Décima Avenida, la recogí.

—¿Hay algo en la costa? —me preguntó.

—No.

—¿Eras tú el que iba en el coche que ha pasado un par de veces?

—Sí.

—Ya me lo pareció. No quise dar muestras de interés. No me sigue a mí nadie, ¿verdad?

—No.

—¿Qué clase de faenita te hice esta noche?

—Una magnífica.

—¿Estás agradecido?

—

Uh-huh

.

—¿Como cuánto?

—¿Qué quieres?

—Pensé que tal vez pudieras hacer tú algo por mí ahora.

—Tal vez sí.

—Quiero salir de aquí.

—¿De dónde?

—De la ciudad. De la comarca. Lejos.

—¿De qué?

—De todo.

—¿Por qué?

—Me encuentro en un atolladero.

—¿Cómo es eso?

—La policía. Me buscarán, ya lo verás… En serio, Donald; no sé qué es lo que me hizo hacer lo que hice esta noche. Supongo que sería porque te portaste tan decentemente conmigo… No podía delatarte a la policía.

—Bueno —le dije—; vuélvete a casa y olvídalo.

—No puedo. Harán comprobaciones.

—¿Cómo?

—Por Gualterio.

—¿El conserje?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Te identificarán.

—Si tú le dices que no lo haga, no lo hará.

—¿Por qué dices eso?

Yo había estado conduciendo sin rumbo. Paré de pronto junto al bordillo donde pudiera verle a Esther la cara mientras hablaba.

—Está enamorado de ti.

—Es celosísimo.

—No tienes por qué decirle la verdad. Limítate a decirle que no soy yo el hombre.

—No; eso no serviría de nada. Desconfiaría… Creería que me había enamorado de ti o algo. Empeoraría las cosas.

—¿Cuánto quieres? —le pregunté.

—No es cuestión de dinero. Quiero marcharme de aquí. Quiero tomar el avión a América del Sur. Ya me las arreglaré yo sola una vez allí; pero necesito dinero para irme y necesito a alguien que me pueda arreglar las cosas… alguien que sea inteligente y conozca los trucos. Tú puedes hacerlo.

—Prueba otra vez, Esther.

Alzó la vista y me miró. Durante un instante brilló el odio en sus ojos.

—¿Es posible que, después de todo lo que he hecho por ti, no quieras hacer tú eso?

—No; no se trata de eso. Digo que pruebes otra vez de contarme el motivo de que quieras marcharte.

—Ya te lo he dicho.

—Ése no es el motivo.

Guardó ella silencio unos instantes. Luego dijo:

—No estoy segura aquí.

—¿Por qué?

—Me… Se… La misma cosa que le ocurrió a Jed me ocurriría a mí.

—¿Quieres decir con eso que te matarán?

—Sí.

—¿Quién?

—No pienso mencionar nombres.

—Yo no pienso dar un paso a ciegas.

—Yo obré a ciegas por ti.

—¿Se trata de Crumweather? —le pregunté.

Esther sufrió un sobresalto al pronunciar yo el nombre. Luego apartó la vista y no me miró durante cinco o diez segundos. Estaba contemplando las esferas iluminadas del salpicadero del coche.

—Bueno —dijo por fin—; digamos que es Crumweather.

—¿Qué pasa con él?

—El asunto de Alta Ashbury estaba preparado de antemano. Tenían la intención de venderle las dos terceras partes de las cartas. La otra tercera parte, que contenía las cosas más comprometedoras, había de ir a parar a manos de Crumweather.

—¿Qué iba a hacer con ellas?

—Iba a obligar a Alta Ashbury a suministrar todo lo que fuera necesario para conseguir que Lasster fuera absuelto.

—¿Estabas enterada tú de lo de él?

—Naturalmente.

—¿Y de lo de Alta Ashbury?

Afirmó ella con la cabeza.

—Sigue.

—Crumweather iba a hacer la exigencia final. Los dos primeros pagos fueron a parar a otra persona.

—¿Y Jed Ringold le dio a Alta el tercer paquete de cartas y dejó a todos con un palmo de narices?

—No; eso es lo raro del caso. No lo hizo. Sólo le dio un sobre con papeles en blanco.

—¿Sabías tú que iba a hacer él eso?

—No; nadie lo sabía. Fue una combinación que ideó Jed por su cuenta. Creyó poder embolsarse el dinero y escapar; pero… las cosas no salieron como él esperaba.

—¿Y dónde está ese manojo de cartas ahora?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Jed trabajó bien al principio y luego empezó a sentirse ambicioso. Yo le dije que era peligroso.

—¿Eras tú la amiga de Jed?

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes lo que quiero decir.

—¡No sé cómo te atreves a decirme semejante cosa!

—Lo eras, ¿no es cierto?

Vaciló ella un momento y luego contestó afirmativamente, con voz que era casi un susurro.

—Bueno, pues; empecemos desde ahí. Cuando la policía subió a tu casa esta noche y llamó a tu puerta, dijo que era la justicia, y te ordenó que abrieras, te llevaste un susto mayúsculo, ¿no es cierto?

—Claro que sí. A cualquiera le hubiera ocurrido lo mismo en iguales circunstancias.

—¿Estabas acostada?

Vaciló un momento y luego dijo:

—Sí; acababa de quedarme dormida.

—Abriste, saliste al pasillo y cerraste la puerta.

—Sí.

—Llevabas las llaves en el bolsillo.

—Sí, en el de la chaqueta.

—El motivo de que te asustaras al oír a la policía, el motivo de que no los dejaras entrar en tu piso y hablar allí era que había alguien en el piso.

¿Quién era?

—¡No, no! ¡Te juro que no! Te estoy diciendo la verdad. No era la justicia. Era… otra cosa.

—¿Cuándo te quieres marchar?

—Ahora mismo.

Encendí un cigarrillo y no dije nada en un buen rato. Ella me observaba con ansiedad.

—¿Bien? —preguntó.

—Conforme, hermanita. Tendré que conseguir ese dinero. No lo llevo encima.

—Pero ¿puedes conseguirlo?

—Naturalmente.

—¿De Ashbury?

—Sí.

—¿Cuándo puedes tenerlo?

—En cuanto Ashbury esté de vuelta. Está en el Norte por un asunto de minas.

—¿Estuvo contigo?

—Sí.

—¿Cuándo estará de regreso?

—Debería llegar de un momento a otro. No sé si volverá en coche o en avión.

—Escucha Donald: en cuanto regrese consígueme dinero para que me pueda marchar. ¿Harás eso por mí?

—Ya me cuidaré de ti.

—Pero ¿qué hago entretanto?

—Podemos ir a cualquier hotel y dar un nombre cualquiera.

—¿Y mi ropa?

—Déjala atrás. Limítate a desaparecer.

Reflexionó unos instantes y contestó:

—No llevo un centavo.

—Yo tengo un poco de dinero. Lo bastante para pagar las cuentas del hotel, gastos incidentales y comprar algo de ropa nueva.

—Donald, ¿harás eso por mí?

—Sí.

—¿Dónde vamos?

—Conozco un hotelito tranquilo.

—¿Me llevarás a él? ¿Irás conmigo?

—Sí.

—Ya sabes lo que pasa, Donald, sin equipaje… Bueno; tú ven e inscríbete en el registro conmigo…

—¿Como marido y mujer?

—¿Querrías tú?

—Les diré que eres mi secretaria, que has tenido que trabajar horas extraordinarias esta noche y que tienes que empezar a trabajar otra vez temprano por la mañana y que quiero alquilarte un cuarto.

—¿No te dejarán quedarte allí conmigo?

—Claro que no. Te acompañaré hasta tu cuarto y luego volveré a bajar. Aquí tienes cien dólares. Tendrás lo bastante para ir tirando de momento.

Tomó los cien dólares, reflexionó un buen rato y luego dijo:

—Seguramente será ésa la mejor solución. Gracias, chico. Eres muy bueno. Me gustas.

Puse en marcha el motor me dirigí al hotel. Un sitio pequeño, situado en una bocacalle, donde un conserje y un chico encargado

del ascensor cuidaban de todo después de las doce de la noche.

Un poco antes de que entráramos en el hotel, Esther dijo:

—Donald, si pudiera hacerme con el resto de esas cartas, estaría en una posición magnífica.

—¿Por qué crees eso?

—Crumweather las quiere, Alta Ashbury las quiere, el fiscal daría dinero por ellas para poder apoyar su acusación contra Lasster.

—El fiscal no puede pagar nada.

—Podría llegar a un acuerdo.

—¿A cambio de qué? ¿La inmunidad?

—Sí; si quieres expresarlo así.

—¿Con quién?

Ella nada dijo.

—¿Dónde crees que están las cartas? —le pregunté.

—Palabra, Donald, no lo sé. Jed fue conmigo al hotel. Tenía miedo de que pudiese ocurrir algo y que le detuvieran acusándole de chantaje. Le habían avisado que Ashbury iba a contratar a un detective para que averiguara lo que había estado haciendo su hija con el dinero.

—¿De dónde salió ese aviso?

—No lo sé; pero Jed lo sabía. Supongo que saldría de Crumweather. Sea como fuere, Jed no quería tener las cartas en su poder hasta el último minuto. Me acompañó al hotel y yo llevaba las cartas debajo del abrigo. Se las entregué antes de meterme detrás del mostrador. Sé que las tenía cuando subió al ascensor y… Bueno; jamás volvió a bajar. El asesino debió llevárselas.

Yo había dado la vuelta para abrir la portezuela del coche y ayudarle a bajar. Me quedé allí, pensando.

—¿Su nombre verdadero no era Jed Ringold?

—No.

—¿Cuánto tiempo hacía que usaba ese nombre?

—Dos o tres meses.

—¿Cuál era su nombre antes de eso?

—Juan Waterbury.

—Atiende bien, porque es importante, ¿qué nombre figuraba en su carnet de conducir?

—El de Juan Waterbury.

—Una cosa más. Cuando entré yo y te pregunté por jugadores, ¿por qué me diste el nombre de Ringold?

—Me engañaste por completo. No hacías cara de detective. Parecías un… bueno, un primo… Ya sabes lo que quiero decir. De vez en cuando se presenta un hombre y se pone en contacto con Jed o Thomas Highland. Acostumbran a tener en marcha alguna partida de póquer.

—¿Quién es Thomas Highland?

—Un jugador.

—¿Relacionado con la cuadrilla de la Atlee?

—Sí.

—¿Y vive en el mismo hotel?

—Sí; en el cuarto setenta y dos.

—¿Por qué no le haces una visita? Si las cartas ésas subieron con Ringold, no volvieron a bajar; y si Highland estaba en el mismo hotel, ¿no podría ser ésa la explicación?

—Highland no se atrevería a quedarse con ellas. Se estaba jugando una partida de póquer en el cuarto de Highland por entonces y todos aseguran que Highland no abandonó la habitación ni un instante.

—En un crimen como ése, el que tiene la coartada más perfecta acostumbra a ser el culpable.

—Ya lo sé. Pero la gente que estaba con él no era de la que mentiría. Uno de los jugadores era un hombre de negocios. Le daría un ataque si pensara que le habían metido en el asunto para que hiciera de testigo… Tú estabas siguiendo a Alta, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te había pedido ella que lo hicieras?

—No; su padre.

—¿Cuánto sabe él del asunto?

—Nada.

—Bueno; no nos estemos parados aquí hablando. ¿Quieres subir un rato?

—No; te conseguiré la habitación y luego me iré a buscar dinero.

Posó su mano en la mía al bajar del coche. La tenía helada. Entré con ella en el hotel y le dije al conserje:

—Ésta es Avelina Claxon. Es mi secretaria. Hemos estado trabajando hasta tarde en el despacho. No trae equipaje; conque

pagaré por adelantado.

El conserje me miró con desconfianza. Yo le dije a Esther, para que lo oyera él:

—Suba acuéstese Avelina. Descanse bien. No es preciso que venga usted al despacho hasta que la llame por teléfono. Procuraré que sea lo más tarde posible. Quizá no lo haga hasta después de las nueve o las nueve y media.

El conserje me entregó una pluma y una ficha para que hiciese la inscripción.

—Tres dólares con baño —dijo. Y luego agregó—: Sola.

Llené la ficha por ella y le di tres billetes de un dólar. Llamó al botones y le entregó la llave. Le di al botones una propina, me quité el sombrero y salí.

Llegué hasta el coche, me quedé parado allí un momento y luego volví al hotel. El conserje comprimió los labios al verme. Le dije:

—Quiero hacerle unas preguntas acerca de los de los precios por mes.

—Usted dirá.

—No me resulta que mi secretaria viva en las afueras siendo tan trabajoso ir y venir. Tiene una hermana que trabaja aquí en la ciudad, y las dos han estado hablando de buscar un sitio en la ciudad en que alojarse juntas. ¿Qué condiciones ofrecen por mes?

—¿Las dos muchachas solas? —preguntó.

—Las dos muchachas solas.

—Tenemos algo muy agradable… unas habitaciones muy bonitas que podríamos alquilarles con carácter fijo.

—¿Un cuarto de la esquina?

—No; un cuarto de la esquina no. Sería un cuarto que da a un patio interior.

—¿Sol?

—Sí, señor. Sol. No mucho… Claro está que no estarían aquí durante el día más que los domingos y días de fiesta si trabajan.

—Eso es.

El botones bajó con el ascensor.

—Cuando estén dispuestas a trasladarse, discutiré condiciones con ellas, gustoso —dijo el conserje.

—¿Tiene usted un plano del hotel por casualidad, para que pueda yo ver los cuartos y calcular los precios? Tal vez tenga que

mejorarle el sueldo. Las muchachas viven en su propia casa ahora ¿comprende?

Metió la mano debajo del mostrador, sacó un plano y empezó a señalar las habitaciones. Sonó el timbre de la centralita. Se acercó a ella y yo cogí el plano y me puse a hablarle mientras tomaba la llamada.

—¿Y este juego de habitaciones de la esquina de delante? ¿No…?

Me frunció el entrecejo y dijo:

—¿Qué número decía usted, hace el favor?

Tenía un lápiz en la mano Y un bloc al lado. Me moví para que le diera mejor la luz al plano y para poder ver el número que anotaba. No fue preciso que mirara, sin embargo lo repitió.

—¿Orange nueve, seis, cuatro, tres, dos? Un momento. Espere.

Marcó el número y, cuando hubo conseguido la comunicación, se acercó a mí.

—¿Qué era lo que quería usted saber?

—Lo de este juego de habitaciones.

—Ése es un poco caro.

—Bueno, pues entonces podría darme el precio de estos tres.

Y señalé otros cuartos. Se acercó a una mesa, consultó una lista y anotó los precios en un papel, con el número de las habitaciones. Doblé el papel y me lo metí en el bolsillo.

—El precio es ése —dijo—, lo incluye todo: luz, calefacción, servicio de doncella, cambio completo de ropa una vez a la semana y toallas limpias todos los días si se desea.

Le di las gracias, me despedí y me fui. Dos manzanas más allá encontré un restaurante que tenía teléfono público. Entré y consulté el listín. En la C encontré el nombre de Crumweather, C. Layton, abogado, Fidelity Building. Debajo estaba el número de su teléfono particular: era Orange nueve, seis, cuatro, tres, dos.

Eso era cuanto deseaba saber.

capítulo trece

BERTA Cool, con pijama de seda de chillón rayado, y envuelta en una bata, estaba arrellanada en una cómoda butaca, escuchando la radio.

—Por el amor de Dios, Donald, ¿por qué no te acuestas y duermes un poco…? ¿Y por qué no me dejas dormir a mí?

—Creo que he averiguado algo.

—¿Qué?

—Quiero que te vistas y vengas conmigo.

—¿De qué se trata esta vez?

—Voy a hacer un poco de comedia. Tal vez me meta en una discusión con una mujer. Ya sabes cómo se afectan las mujeres. No seré lo bastante duro con ella. Te necesito para que prestes tu apoyo moral.

Berta exhaló un suspiro trémulo.

—Por fin —dijo—, empiezas a tener un poco de sentido común. Ésa es la única excusa que hubieras podido alegar para hacerme salir después de haberme preparado yo para meterme en la cama… ¿De quién se trata? ¿De esa rubia?

—Te lo contaré cuando arranquemos.

Se alzó de la butaca y dijo, con acidez:

—Si te empeñas en seguir dando órdenes, mejor será que me subas el sueldo.

—Cédeme tus ingresos y lo haré.

Pasó por mi lado y entró en la alcoba; crujieron las tablas del suelo a su paso. Me contestó, por encima del hombro:

—Te están entrando manías de grandeza.

Y cerró tras sí la puerta de golpe.

Apagué la radio, me dejé caer en un asiento, estiré las piernas e intenté relajar un poco los músculos para descansar. Sabía que me

esperaba un trabajo duro.

Berta salió de la alcoba cosa de diez minutos más tarde. Se acercó a la mesa, se llenó la pitillera de cigarrillos, me miró con desconfianza y cerró las puertecillas del armario en que tenía los licores.

—Vámonos —dijo.

Nos metimos en su coche.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A casa de Ashbury.

—¿De qué mujer se trata?

—De Alta Ashbury.

—¿Qué va a suceder?

—No lo sé. Voy a ser brusco. Tal vez quiere entrometerse Alta. La señora Ashbury tiene ataques continuos de histeria; su marido le ha dicho que ya ha acabado con ella. Le ha dicho que puede marcharse a Reno. Tendrá presión arterial muy elevada y habrá un médico y un par de enfermeras a la cabecera de su cama. Supone que su marido se presentará de un momento a otro a recoger algunas cosas suyas y marcharse. Se está preparando para recibirle.

—Linda situación en que me vas a meter —dijo Berta.

—¿Verdad que sí?

—¿Qué es lo que he de hacer yo?

—Si las mujeres no se meten en el asunto, santo y bueno; pero si se empeñan en meter baza, quiero que tú te encargues de quitármelas del paso. Alta tal vez intente hacer una llamada a nuestras simpatías. La señora Ashbury puede ponerse tonta.

Berta encendió un cigarrillo.

—No es muy buena idea eso de reñir con la esposa de un cliente.

—Van a divorciarse.

—Querrás decir que él quiere divorciarse.

—Sí.

—De querer un divorcio a conseguirlo hay mucha distancia —dijo Berta, y agregó, expresivamente—: Cuando un hombre tiene el dinero que tiene él.

—Siempre le queda el recurso de comprar la libertad.

—Pagando un ojo de la cara por ella.

A mitad de camino, Berta apagó su cigarrillo y me miró.

—No vayas a creer que te estás saliendo con la tuya en todo

esto, Donald. Te haría unas cuantas preguntas si no le tuviera tanto pánico a las consiguientes respuestas.

Luego encendió otro cigarrillo y se puso a fumar en silencio.

Paramos ante la casa de los Ashbury. Había tres coches junto al bordillo. Todas las luces de la casa estaban encendidas. Ashbury me había dado una llave, pero como iba Berta, llamé a la puerta y esperé a que el mayordomo nos abriera. Estaba levantado, en efecto. Me miró con leve gesto de desaprobación y a Berta con curiosidad.

—¿Ha regresado ya el señor Ashbury?

—No, señor.

—¿Ni la señorita Alta?

—No, señor.

—¿Roberto?

—Sí, señor. Roberto está aquí. La señora Ashbury está muy enferma. El médico y dos enfermeras la cuidan. Roberto está a su cabecera. Su estado es crítico. —Miró a Berta y dijo—: Y perdóneme usted, señor, pero no hay visitas.

—No se preocupe. Vamos a esperar al señor Ashbury.

Y entramos.

—La señora Cool aguardará en mi cuarto. Cuando llegue el señor Ashbury avísele que estoy aquí y que la señora Cool está conmigo.

—¿La señora Cool?

—Eso es —asintió Berta, volviendo hacia él una mandíbula como la de un perro mastín—. Me llamo Berta Cool. ¿Por dónde vamos, Donald?

La conduje a mi cuarto. Berta le echó una mirada y observó:

—Parece que pintas algo.

—Y lo pinto.

—Linda casa, Donald. Debe de tener un buen puñado de dinero atado aquí.

—Supongo que sí.

—Debe ser terrible el ser rico… aunque a mí no me importaría nada pasar por ese trance… Y eso me recuerda que tengo que escribir unas cartas relacionadas con unas acciones. ¿Cuándo va a volver Elsie?

—Dentro de dos o tres días.

—Tengo dos muchachas en el despacho ahora y ninguna de las dos vale un real.

—¿Qué les pasa? ¿No saben taquigrafía?

—Claro que sí; y saben escribir a máquina; pero entre las dos hacen la misma cantidad de trabajo que hacía Elsie sola al día.

—Ya han de ser bastante trabajadoras para eso —dije.

Me dirigió una mirada torva.

—Donald, no me digas que empiezas a enamorarte de Elsie. ¡Santo Dios! ¡Cuidado que eres susceptible! Lo único que tiene que hacer una mujer es apoyarte la cabeza en el hombro y echarse a llorar, y ya empiezas a rezumar simpatía. Supongo que se habrá estado quejando de lo duro de su trabajo.

—No ha dicho una palabra. He sido yo quien ha hablado.

—¿Y que le dijiste?

—Le dije que trabajara lo menos posible en el nuevo despacho y que descansara.

Berta hizo un sonido de indignación, medio resoplido, medio respingo.

—¡Mira que pagar a una muchacha para que esté sentada contemplándose las uñas mientras yo me desgasto los dedos hasta el hueso trabajando como una negra para poder vivir!

Se dio cuenta de lo humorístico que resultaba su comentario en cuanto lo hizo y agregó, con media sonrisa:

—Bueno, quizá no del todo hasta el hueso… Donald, ¿para qué demonios hemos venido aquí?

—Agárrate —le contesté—, nos estamos preparando para entrar en acción.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Esperar aquí.

—¿Vas a alguna parte?

—Sí; pasillo abajo a echar una mirada a la señora Ashbury. Si oyes que alza ella la voz en discusión, acércate. De lo contrario, no te muevas de aquí hasta que no se compongan las cosas.

—¿Cómo sabré que es suya la voz?

—Es inconfundible —le asegure.

Y salí de puntillas: Llamé con los nudillos a la puerta de la señora Ashbury y la abrí un poco.

La señora Ashbury estaba en la cama con una toalla húmeda

sobre la frente. Respiraba fatigosamente y tenía los ojos entornados; pero se abrieron de par en par al oír la puerta. Estaba esperando a Enrique Ashbury y preparada para desempeñar un papel. Cuando vio quién era, volvió a cerrar los ojos y procuró borrar, gimiendo, cualquier falsa impresión que pudiera haber creado el interés que había demostrado en la puerta.

El doctor Parkerdale estaba sentado a la cabecera muy serio, con la mano en el pulso de la mujer. Una enfermera vestida de blanco ocupaba su puesto a los pies de la cama. Había botellas, vasos y específicos diseminados por encima de la mesa vecina a la cama. Las luces estaban amortiguadas. Roberto estaba sentado junto a una ventana. Alzó la mirada al entrar yo, frunció el entrecejo y se llevó un dedo a los labios.

Reinaba silencio en el cuarto; esa clase de silencio que se asocia, por regla general, con entierros y moribundos.

Me acerqué de puntillas a Roberto.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

El médico me miró con aspereza; luego volvió a mirar a su paciente.

—Ha quedado desequilibrado todo su sistema nervioso —contestó Roberto.

Como si el susurro hubiera llegado a oídos de la enferma, empezó ella a estremecerse, haciendo una serie de movimientos espasmódicos con las piernas y los brazos, contrayendo los músculos faciales.

El médico dijo «vamos, vamos», en tono apaciguador y le hizo una seña a la enfermera. Ésta destapó un vaso, introdujo, una cuchara y colocó una toalla debajo de la barbilla de la señora Ashbury mientras le hacía tomar la cucharada de líquido.

La señora Asliloury hizo burbujas y escupió gotas de líquido al aire como un surtidor en miniatura; luego tragó, tosió, se ahogó, contuvo el aliento y se quedó quieta.

Roberto me preguntó:

—¿Dónde está Enrique? ¿Le ha visto? No hace más que llamarle. Bernardo Carter ha telefoneado diciendo que ha probado en todos los clubs sin dar con él.

Yo le dije:

—Venga a mi cuarto un momento. Allí podremos hablar.

—No sé si atreverme a dejarla —dijo él, mirando con solicitud hacia el lecho, pero levantándose de su asiento al mismo tiempo.

Salimos de puntillas de la habitación. Miré por encima del hombro, y vi que la señora Ashbury abría los ojos al oír el ruido de la puerta.

Conduje a Roberto a mi cuarto. Quedó sorprendido al ver a Berta Cool.

Hice las presentaciones.

—¿La señora Cool? —dijo, como rebuscando en su memoria—. ¿No he oído yo ese nombre antes en alguna parte?

Se interrumpió para mirarme.

Yo dije:

—Berta Cool, Investigaciones Confidenciales. Ésta es la propia Berta Cool. Yo soy Donald Lam, detective.

—¡Un detective! —exclamó él—. Creí que era usted un experto en *jiu-jitsu*.

—Lo es —aseguró Berta.

—Pero ¿qué está haciendo usted aquí?

—Matando a dos pájaros de un tiro. Entrenando al señor Ashbury y haciendo investigaciones.

—¿De qué investigaciones se trata?

Yo le dije:

—Siéntese, Roberto.

Vaciló un instante y luego se dejó caer pesadamente en una silla.

—No le vi a usted de milagro a primera hora de la madrugada —le dije.

Enarcó las cejas, sorprendido.

—Temo que no le comprendo.

—¿Cuánto tiempo hace que está enferma su madre?

—Desde que Ashbury le contó las cosas que le contó. ¡Dios! Me gustaría echarle la mano encima. ¡Es un perfecto canalla!

—¿No se enteró usted hasta volver a casa?

—No; hará cosa de una hora. ¿Por qué?

—Porque, como ya dije, poco faltó para que nos encontráramos a primera hora de la madrugada.

Enarcó las cejas otra vez en gesto algo exagerado de sorpresa.

—No le comprendo.

—En el piso de Esther Clarde… Se sobresaltaría usted un poco al

oír golpes en la puerta y enterarse de que era la policía.

Durante unos momentos se quedó rígido, inmóvil. Su rostro estaba desprovisto por completo de expresión. Ni sus ojos se movieron.

Luego me miró y dijo:

—No sé qué demonios quiere usted decir.

Me senté en una silla y apoyé los pies en otra.

—Estuvo usted con Esther Clarde, El rubia que trabaja en el mostrador del tabaco —dije—, la que era amante de Jed Ringold.

Comprimió los labios. Me miró de hito en hito y estalló:

—¡Es usted un embustero!

Berta Cool ahogó un bostezo y dijo con aburrimiento.

—Por el amor de Dios, vayamos al grano.

Me levanté lentamente de mi asiento, con la intención de señalarle con el dedo, al hacer mi acusación. Interpretó mal mis intenciones. Vi el brusco destello de temor en sus ojos al recordar la fama mía como luchador de *jiu-jitsu*.

—Aguarde un momento, Lam —dijo precipitadamente—. No se acalore por eso. Me dejé dominar por la ira. Fue una acusación bastante terminante la de usted. No diré que es usted un embustero. Me limitaré a decir que su afirmación no es cierta. Está equivocado. Alguien ha dicho una falsedad.

Aproveché la ventaja. Contraje las pupilas y argüí:

—Supongo que sabe usted que podría alzarle de esa silla, hacerle un par de nudos en el cuerpo, tirarle a la basura, y no podría usted deshacerse antes de que le sacaran para echarle a un incinerador.

—No se sulfure, Lam; no se sulfure. No lo dije en ese sentido.

Berta Cool soltó una risa ahogada que sonó casi igual que la reacción de la señora Ashbury al tomar la medicina.

Seguí señalándole con el dedo.

—Usted —insinué— estuvo en el piso de Esther Clarde esta noche. Estaba allí cuando llegó la policía.

Apartó la mirada. Proseguí:

—Eso de que tres detectives sacaron las cartas del cuarto de Alta es una estupidez. La Brigada Criminal hubiera podido tener tres detectives; pero la Fiscalía jamás tuvo tres investigadores que pudiera dedicar a un trabajo como ése, y el asunto ya había sido

traspasado al fiscal por la policía. Era de la incumbencia del fiscal encontrar las pruebas que necesitaba.

Roberto me miró, tragó saliva dos veces antes de contestar nada.

—Escuche, Lam —dijo—; se está usted equivocando en mí. Estuve allí. Fui a ver si recobraba las cartas. Sabía lo que ello representaba para la muchacha. Nadie cree por aquí que valga yo un comino, excepción hecha de mi madre; pero soy bastante decente a pesar de todo.

—¿Cómo se enteró usted de la existencia de esas cartas?

Se retorció en su asiento y no dijo nada.

Oí jaleo en el pasillo, voces alzadas en protesta, alguien que decía: «No puede usted hacer eso», y luego un ruido de forcejeo. La señora Ashbury, envuelta en un camisón vaporoso y nada más, abrió la puerta de un tirón.

La enfermera la agarró y la señora Ashbury la apartó de un empujón. El médico iba a su lado protestando fútilmente. La agarró del brazo sin dejar de decir:

—Vamos, señora Ashbury… Vamos, señora Ashbury… Vamos, señora Ashbury…

La enfermera se acercó para volverla a agarrar. El médico le dirigió una torva mirada y dijo:

—Nada de violencias. No debe forcejear ni excitarse.

La señora Ashbury me miró.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

Berta Cool contestó a su pregunta.

—Siéntese, querida; quítese peso de encima de los pies y cierre el pico.

La señora Ashbury se volvió para mirarla.

—Señora, ¿sabe usted de quién es esta casa?

—No he examinado el registro de la propiedad —contestó Berta —; pero sí sé quién ha organizado estos festejos.

Yo le dije a Roberto:

—Crumweather le pagó para que hiciera desaparecer esas cartas. En lugar de dárselas a él, llegó a un acuerdo con Esther Clarde para usarlas con el fin de sacar dinero. Usted…

Sonaron pasos rápidos en el pasillo. Enrique Ashbury entró en el cuarto miró a los circunstantes por encima de los lentes.

Y la señora Ashbury me miró a mí, luego a Roberto y por último

a su esposo.

—¡Oh, Enrique…! ¿Dónde has estado? El pobre Bernardo se ha pasado la noche buscándote. Enrique, ¡esto es horrible! ¡Esto es horripilante! Enrique, querido, me voy a desmayar.

Cerró los ojos y se tambaleó. La enfermera y el médico se acercaron. El doctor murmuró:

—Señora Ashbury, es preciso que no se excite.

—Se acostará usted en seguida —dijo la enfermera.

La señora Ashbury entornó los ojos hasta casi cerrarlos. Hizo un gorgoteo y echó la cabeza hacia atrás para poder ver lo que pasaba por entre la rendija de los párpados.

—Enrique, querido…

Ashbury no le hizo el menor caso. Me miró a mí. Yo dije:

—Le estoy haciendo confesar a Roberto. Creo que él es el responsable de lo que usted quería que se investigara.

Roberto protestó:

—No lo soy. Juro que se ha equivocado. Yo…

—Robó algunas de las cartas de Alta —dije yo, sin dejarle acabar.

Se puso de pie de un brinco.

—Escuche, Lam: me tiene sin cuidado que pueda usted darle una paliza a Joe Louis con una sola mano. No va a…

La señora Ashbury vio que su marido había vuelto la cabeza para dirigirle a Roberto una mirada terrible. Se había puesto colorado y sus facciones se habían tornado duras. Decidió que no iba a adelantar nada desmayándose. Plantó los pies firmemente en el suelo, echó a un lado a la enfermera y al médico y dijo:

—¡Conque ésas tenemos! ¡Has contratado a un detective para que venga aquí a acusar a mi hijo de crímenes horribles…! Quiero que sean todos ustedes testigos de las cosas que se han dicho en este cuarto. Enrique, vas a pagar caro todo esto. Roberto, querido, tú vente con mamá. No perderemos el tiempo hablando con esta gente. Veré a mi abogado por la mañana. Ahora veo bien claro las cosas que no había comprendido antes. Enrique está tratando de meterte en un compromiso para que yo lo deje.

Roberto se acercó a su madre. Ella le echó un brazo al cuello y suspiró.

Berta Cool se levantó lenta y majestuosamente. Tenía el aspecto

de un trabajador maestro que se dispone a abordar una faena difícil con bríos.

Enrique Ashbury enarcó las cejas, miró por encima de los lentes a Berta, alzó una mano y dijo:

—No lo haga.

Hubo momentos de silencio. Berta me miró aguardando instrucciones.

Ashbury me miró y movió la cabeza negativamente.

—Déjelo correr, Lam.

—Creo que estoy haciendo progresos.

—Lo cree usted nada más. Si lo estuviera haciendo, le dejaría seguir adelante; pero todo está en contra de usted.

La señora Ashbury dijo:

—El doctor atestiguará que no me hallo en condiciones de contestar a las preguntas.

—Ya lo creo que lo atestiguaré —aseguró el doctor Parkerdale —. Lo que está ocurriendo aquí es un atropello.

Roberto aprovechó con alivio aquella oportunidad para marcharse.

—Vamos, mamá; te llevaré a la cama.

—Sí —respondió ella, en un susurro—, me está dando todo vueltas.

Berta Cool echó a un lado la silla, se acercó a la puerta y la cerró de un empujón.

Ashbury la miró y dijo:

—No.

Berta exhaló un suspiro. Ardía en deseos de meterse de lleno en faena; pero cien dólares al día eran cien dólares al día, y las órdenes eran las órdenes.

La enfermera se acercó a la puerta. Berta se echó a un lado. La enfermera abrió la puerta y el médico y Roberto condujeron a la señora Ashbury pasillo abajo hasta su alcoba. La puerta se cerró violentamente. Oí girar una llave en la cerradura.

Ashbury dijo:

—No podemos arriesgarnos, Donald. No importaría si hubiese la menor probabilidad de éxito; pero ese médico sabe lo que le conviene. Esto sonará terrible ante un tribunal de divorcio.

—Usted manda —contesté—. Por mi parte yo creo que ha

estropeado usted toda la combinación.

Se abrió la puerta en el pasillo y se volvió a cerrar de golpe. El doctor Parkerdale entró, indignado, en el cuarto.

—Poco le ha faltado para matarla —dijo.

—Nadie la invitó a que viniera aquí —le respondí yo—. Vuelva a mandarnos a Roberto: deseamos interrogarle.

—No puede abandonar la cabecera de su madre. No me haré responsable de las consecuencias si…

—Nadie le ha pedido que se haga responsable de nada —dijo Berta Cool—. A esa mujer no hay quien la mate ni con un martillo hidráulico, y bien lo sabe usted. Está haciendo comedia.

El doctor dijo:

—Señora, al igual que todos los profanos, tiende usted a juzgar por las apariencias. Le digo que su presión arterial ha llegado a un punto peligroso.

—¡Que hierva! —contestó Berta—; le hará bien.

—¿Cree usted que se encuentra en un estado grave? —le preguntó Ashbury al médico.

—En un estado muy crítico.

—Sí —murmuró Berta, con un resoplido—. Tan crítico, que deja que su paciente se pasee por el pasillo e intente fabricar pruebas para el divorcio.

El significado del comentario le hizo mella al doctor. Dio media vuelta y se dirigió nuevamente al cuarto de la señora Ashbury. Llamó.

Le abrieron y volvieron a cerrar con llave tras él.

Berta Cool cerró la puerta de mi cuarto de un puntapié.

Ashbury dijo:

—Lo siento, Donald, pero se han puesto de acuerdo contra nosotros: la enfermera no estará dispuesta a contradecir lo que diga el doctor.

Cogí el sombrero.

—Eso es cuenta de usted —le dije—. Yo llevaba las de ganar hasta que me falló usted.

—Lo siento.

—No tiene usted por qué sentirlo. Si quiere hacer una buena faena, empiece a preocuparse de su mujer.

—Eso sería hacerles el juego a ellos.

—A preocuparse tanto —proseguí—, que insista en que se celebre consulta. Busque a un médico que tenga algo de nombre y tráigalo rápido aquí inmediatamente para que le tome la presión arterial.

Me miró unos segundos y le bailó la risa en los ojos. Echó a andar en dirección al teléfono.

—Vámonos, Berta —dije yo.

capítulo catorce

TOKAMURA Hashita, sentado en el borde de la cama, parpadeó y escuchó lo que yo le proponía.

—Los expertos dicen que eso no sirve para nada, Hashita. Aseguran que sólo va bien cuando se lucha con cuchillos de goma revólveres descargados. Dicen que si le ponen a prueba, le hacen a usted un nudo en el cuerpo como a la cinta de un zapato. Ofrecen apostar cincuenta dólares. Intenté enseñarles lo que me había enseñado usted y me metieron en el estercolero y me aseguraron que podían hacer lo propio con usted.

En sus ojos se reflejaron las luces, como si hubieran estado recubiertas de laca negra.

—Perdone —apuntó—. Se planta bellota. Después de tiempo roble grande. Pero no hacer tablones buenos de arbolito verde. Hay que dar tiempo a crecer.

—Bueno, pues si usted cree que saldrá bien, estoy dispuesto a dejarme convencer; pero tal como están las cosas ahora, creo que se trata de un simple juego. Tengo cincuenta dólares para cubrir las apuestas de esa gente.

Se puso en pie, se calzó unas zapatillas de paja, cruzó a un armario, se quitó el pijama y se vistió. Cuando se volvió hacia mí, había un brillo rojizo en sus ojos. No dijo una palabra.

Salí yo primero. Se puso el sombrero y el gabán y bajó adonde aguardaba un taxi. No dijo una palabra cuando subimos al coche, ni en todo el camino hasta llegar a la casa de juego.

Vestido no era mal parecido, aunque abultaba un poco por la cintura. Pero era musculatura lo que abultaba, no grasa.

Me acerqué a la ruleta y me puse a jugar. Él se quedó parado a un par de pasos detrás de mí, mirándome con desdén.

La morena que se había hecho cargo de la pareja de Esther alzó

la mirada, me vio y apartó apresuradamente la vista. Un momento después salió sin llamar la atención y se metió por una puerta en la que decía: «Prohibida la entrada». Le metí unas cuantas fichas en la mano al japonés y dije:

—Póngalas en el paño.

Yo dejé de jugar. La morena volvió, le dijo algo al croupier y miró hacia mí como si no me hubiese visto en su vida.

El japonés puso una ficha en el número treinta y seis y la bola fue a caer en el treinta y seis precisamente.

El croupier recogió todas las fichas.

Yo dije:

—Mi amigo jugaba una ficha en el treinta y seis.

El croupier me miró y movió negativamente la cabeza.

—Lo siento. Se equivoca usted.

—¡Qué rayos he de equivocarme! ¿Dónde puso usted esta ficha, Hashita?

Él señaló el treinta y seis.

El croupier dijo:

—Tendrá usted que discutir eso con el gerente.

Un hombre apareció, como por arte de magia, a mi lado.

—Por aquí —dijo.

Se hizo de una forma muy sencilla. Nada de eso que se ve en las películas de que dos hombres con gesto feroz se coloquen a cada lado de uno. No, señor; sólo se le colocaba a uno en situación de protestar y luego se le decía que llevara su queja al gerente, acompañándole hasta la puerta en que decía «Prohibida la entrada».

—Vamos, Hashita —le dije.

El hombre que nos acompañó hasta el despacho no se molestó en entrar. Cerró la puerta. Sonó el chasquido de un cerrojo. Probablemente se trataría de un cerrojo eléctrico que el gerente dispararía desde su mesa oprimiendo un botón.

El agente era un hombre de labios delgados, pómulos salientes, ojos grises y manos inquietas. Los dedos largos y delgados parecían frágiles, delicados. Las manos eran de poeta, de músico… o de jugador.

Me miró y dijo:

—Siéntese, Lam.

Y luego dirigió una mirada interrogadora al japonés.

Dije:

—Este hombre puso una ficha en el treinta y seis. Salió el treinta y seis y el croupier recogió todas las fichas.

—¿Fichas de a dólar? —preguntó el gerente.

Moví afirmativamente la cabeza.

Abrió un cajón, sacó una pila de dólares y los empujó hacia el japonés.

Bien —dijo—, su asunto ya queda liquidado.

Me miró y me dijo:

—Ahora que está usted aquí, Lam, puede sentarse a la mesa y escribir una declaración diciendo que estaba usted en el cuarto número cuatrocientos veintiuno cuando murió Jed Ringold, que le registró y que le sacó del bolsillo un cheque de diez mil dólares hecho al portador.

Yo le contesté:

—Puede usted irse al mismísimo demonio.

Abrió una caja que había sobre su mesa. Sonó un chasquido raro al alzarse la tapa, pero no se veían más que cigarrillos dentro. Sacó uno y volvió a cerrar la tapa. La caja no se movió ni un milímetro. Parecía como si estuviera atornillada a la mesa. Los alambres eléctricos que habían hecho la señal debían pasar por la caja y a través de la mesa hasta el suelo, naturalmente.

Se abrió una puerta. Entraron hombres.

El gerente dijo:

—Cacheadles.

Le dije a Hashita:

—No se mueva.

Los dos hombres nos cachearon, luego dieron un paso atrás.

—No llevan armas, Sig —dijo uno de ellos.

El gerente señaló la mesa.

—Ande y escriba, Lam —dijo.

—¿Qué es lo que quiere usted que haga? ¿Qué me ponga el dogal al cuello?

—Que diga la verdad nada más. Nadie le va a hacer daño.

—De sobra sé que nadie me va a hacer nada.

—A menos que se ponga usted tonto.

—Supongo que no conoce usted las noticias. La policía me recogió e intentó demostrar que yo había ocupado esa habitación

del hotel. Seguramente sería obra de ustedes eso… Bueno, pues les salió el tiro por la culata. Los testigos no quieren identificarme.

—Usted ya tiene su dinero.

El japonés me miró a mí. Yo dije:

—Ya está arreglado su asunto.

—Bueno, acompañadle hasta la puerta.

Los dos hombres se acercaron al japonés, que no se movió.

Cuando estuvieron a su lado, dije:

—Bien, Hashita. Vamos a ganar esa apuesta.

Uno de los hombres le asió por los hombros y empezó a empujarle.

No pude ver exactamente lo que ocurrió. El aire pareció llenarse de brazos y piernas. El japonés no pareció tirarles precisamente: hizo juegos malabares con ellos como si fueran pelotas y él fuera un malabarista haciendo su número en un escenario.

El gerente abrió el cajón de la mesa y metió la mano.

Uno de los hombres hendió el aire con la cabeza para abajo y los pies para arriba. Pegó contra un cuadro de la pared en esa posición. Se rompió el cristal, y el hombre, el cuadro y el marco llegaron al suelo al mismo tiempo.

Eché mano al brazo del gerente.

El otro hombre sacó un revólver del bolsillo. Por el rabillo del ojo vi lo que ocurrió. Hashita le asió la muñeca, le torció el brazo, giró, metió el hombro debajo del sobaco del otro, dio un tirón y disparó… contra el gerente.

El individuo dio contra la mesa, el gerente y la pistola del gerente al mismo tiempo. El sillón giratorio cedió bajo el impacto. El cajón se astilló y los hombres cayeron al suelo.

Hashita no los miró. Me miró a mí. Aún le brillaba luz rojiza en los ojos.

Yo dije:

—Bien, Hashita: ha ganado usted.

Él no sonrió. Siguió mirándome con ominosa intensidad.

Uno de los hombres se alzó de detrás de la mesa. Se echó hacia delante.

Vi acero azulado en sus manos. El japonés se inclinó sobre la mesa y le dio un golpe al hombre en el antebrazo con el borde de la mano abierta.

El hombre dio un aullido de dolor. Su brazo y la pistola dieron, juntos, contra la mesa. La pistola rebotó. El brazo permaneció sobre la mesa. No lograba reunir suficientes fuerzas en sus músculos para moverlo.

Hashita dio la vuelta a la mesa.

Yo me puse a trabajar. Registre la mesa con toda la atención que las circunstancias y lo apremiante del tiempo me permitieron. El gerente, tumbado en el suelo, me miró aturdido.

—Dígame dónde están las cartas de Ashbury —le dije.

No me contestó. Tal vez ni me oyera siquiera. Si me oyó, quizá no alcanzara a comprender el significado de mis palabras.

Encontré un contrato por el que supe que C. Layton Crumweather era el principal dueño de la Corporación Recreativa Atlee. Hallé un estado de cuentas con las ganancias netas, ingresos en bruto, gastos de sostenimiento… No encontré ninguna carta dirigida a Alta Ashbury. Me llevé tal desencanto, que hubiera mordido rabioso un clavo.

Se abrió una puerta lateral. Un hombre asomó la cabeza, miró el interior con incredulidad y se retiró precipitadamente.

Le dije al japonés:

—Bueno, Hashita; nada más.

Había otra puerta lateral. Conducía a un lavabo particular. Otra que había en dicho cuarto daba a un despacho que hubiera sido la envidia del presidente de un Banco. Había polvo en la mesa y en las sillas. Me figuré que sería el despacho de Crumweather. Una puerta daba a un pasillo y en él encontré una escalera. El japonés y yo bajamos.

Le estreché la mano al japonés y le di cincuenta dólares. Él no quería tomarlos. Aún veía yo el resplandor rojizo en su ojos.

—El discípulo pide perdón al honorable maestro. El discípulo se equivocó.

Él hizo una reverencia.

—Es maestro —dijo— quien es muy estúpido. Buenas noches. No vuelva por mi gimnasio otra vez… jamás.

Se metió en el taxi y se marchó.

Yo me volví para buscar otro taxi.

Vi uno que se detenía junto al bordillo. Hice una señal al conductor para darle a entender que tomaría yo el coche en cuanto

lo dejara su ocupante.

Él movió afirmativamente la cabeza, paró el coche, saltó a tierra y abrió la portezuela.

El que se apeó del taxi era C. Layton Crumweather.

Me miró y en su huesudo rostro apareció una sonrisa cordial.

—Caramba, caramba —dijo—, es el señor Lam, ¿cómo marchan las cosas?

—Muy bien —le dije.

Me tendió la mano y yo la acepté. Me estrechó la mía, moviéndola de arriba abajo y sonriéndome.

—Veo que ha ultimado usted su asunto con la Corporación Recreativa Atlee.

—Supongo que la morena ésa le telefonearía después de avisar al gerente —le contesté.

—Mi querido joven, no tengo la menor idea de lo que está usted hablando. Da la casualidad de que almuerzo o ceno en este restaurante de vez en cuando.

—Y es usted parte interesada en el negocio de juego —agregué yo.

—¡En el juego! —exclamó él—. ¿Qué juego? ¿De qué está usted hablando?

Me eché a reír.

—Me asombra usted, señor Lam. ¿Quiere usted decir con eso que se juega en el restaurante?

—No haga comedia.

Él siguió sujetándome la mano derecha.

—Entremos en el restaurante a comer un bocado —dijo.

—Gracias; pero no me gusta el café que dan aquí. Crucemos la calle y vayamos a ese otro restaurante.

—Allí el café es atroz.

Crumweather seguía asiéndome la mano derecha. Miró por encima del hombro en dirección a la puerta del restaurante como si esperara que ocurriese algo. Nada ocurrió. De muy mala gana dejó por fin que retirara yo la mano.

—No me ha hablado usted del petróleo.

—Va divinamente —le dije.

—A propósito, he descubierto que tenemos amigos mutuos.

—¿Sí?

—Sí. La señorita Ashbury. La señorita Alta Ashbury. Me he tomado la libertad de pedirle que acuda a mi despacho mañana por la tarde. Ya sé que es una joven muy conocida y que no puede ordenar sus horas a la conveniencia de un abogado viejo; pero podría usted hacerle comprender, señor Lam, que sería muy ventajoso para ella acudir.

—Ya se lo diré, si la veo.

—Bueno, entre a tomarse un café conmigo.

—No, gracias.

—¿Estuvo usted ahí dentro? —preguntó señalando el edificio con un movimiento de cabeza.

—Sí.

Me miró de pies a cabeza, como intentando descubrir alguna señal de violencia.

—Lo que me trajo aquí —dije— ha quedado resuelto satisfactoriamente para todas las partes interesadas.

—¡Ah, sí! —Iluminó su semblante una sonrisa que le alargó la boca de oreja a oreja—. Obró usted con mucha prudencia, Lam, amigo. Nadie le molestará a usted mientras dé muestras de tener espíritu de cooperación. Me alegro mucho que viera usted las cosas desde nuestro punto de vista. Podemos utilizarle.

Me tendió la mano otra vez. Yo fingí no darme cuenta.

—Bueno —dije—; tengo que irme.

—Creo que ahora que nos comprendemos mutuamente, nos llevaremos mucho mejor —dijo Crumweather—. Tenga la bondad de no olvidar que quiero que esté la señorita Ashbury en mi despacho mañana por la tarde sin falta.

—Buenas noches —dije.

Y subí al taxi.

Aún estaba parado junto al bordillo, sonriendo cuando yo le di las señas de Alta Ashbury al conductor.

capítulo quince

ERAN las ocho y cuarenta cuando entré en el hotel donde había dejado a Esther Clarde. Una joven estaba de guardia en la centralita. Le dije que telefoneara al cuarto de la señorita Claxon y le dijera que el señor Lam la estaba esperando en el vestíbulo.

—La señorita Claxon ha dejado el hotel —me contestó.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Puede usted averiguar a qué hora exactamente?

—Más vale que se lo pregunte al encargado del registro.

Me acerqué al encargado y se lo pregunté. Éste se acercó a la ventanilla sobre la que decía «Caja» y replicó:

—Pagó por adelantado.

—Ya sé que pagó por adelantado. Lo que quiero saber es cuándo marchó. Él movió negativamente la cabeza, empezó a cerrar el fichero y, de pronto, se fijó en una nota. La consultó.

—Se marchó a eso de las dos de la madrugada —dijo.

Le di las gracias y le pregunté si no había ningún mensaje para mí. Miró en una pila de sobres y me dijo que no.

Llamé a Berta Cool desde la cabina telefónica de un restaurante vecino. No obtuve respuesta ni de su despacho ni de su casa particular.

Desayuné y me fumé unos cigarrillos. Compré un periódico, leí los titulares y eché una mirada a la sección de deportes. Telefoneé otra vez al despacho de Berta Cool y la encontré.

—¿Hay algo nuevo? —le pregunté.

—¿Dónde estás, Donald?

—En un teléfono público.

Habló con cautela.

—Tengo entendido que la policía está haciendo progresos en el

asunto de Ringold.

—Sí; hay ciertos incidentes recientes que no comprenden.

—¿Como cuáles, por ejemplo?

—Alguien se introdujo en el cuarto del hotel esta mañana a primera hora, al parecer, y lo deshizo por completo. El tapizado estaba todo cortado, las cortinas arrancadas, las alfombras quitadas, los cuadros fuera de sus marcos… Un desastre.

—¿Algún indicio?

—Ninguno, al parecer. La policía no se muestra muy comunicativa que digamos. Tuve que obtener los informes de contrabando.

—Lindo jaleo —murmuré.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguir circulando.

—Telefonearon del despacho del señor Crumweather. Parece ser que ese señor tiene vivos deseos de verte.

—¿Dijo qué quería?

—No; sólo que quería hablar contigo.

—Es un buitre muy gregario, ¿eh?

—

Uh-huh

. Donald, anda con ojo.

—Ya lo hago.

—Berta no podría serte útil, ¿sabes?, si estuvieras metido en un cuarto rodeado de rejas.

Fingí sorpresa y dolor.

—¿Quieres no decir con eso que no me pagarías el sueldo si tuviera que ir a la cárcel por querer resolver un asunto de la agencia?

Berta se tragó el anzuelo, dijo:

—¡Ya lo creo que no te pagaría el sueldo, so renacuajo impertinente!

Y cortó la comunicación dando un porrazo tan fuerte que sonó como si hubiera arrancado el auricular de raíz.

Me tomé otra taza de café y me acerqué al despacho de Crumweather.

La señorita Sykes me echó una mirada, dijo «un momento» y se metió en el despacho de Crumweather. Tardó casi un minuto en

salir. Me figure que habría recibido cincuenta segundos de instrucciones.

—Pase, señor Lam.

Entré en el despacho particular. Crumweather pareció la amabilidad personificada. Me tendió una huesuda mano y se mostró efusivo y cordial como se muestra el que ha pedido un préstamo al Banco y recibe la visita del tasador del mismo, que ha venido a ver con qué garantías cuenta.

—Vaya, vaya, Lam…, muchacho —dijo—. Sí que es usted un chico activo… ¡activísimo!

Me senté.

Crumweather se empujó los lentes nariz arriba y me miró frío, duro, calculador. Intentó endulzar la severidad de su mirada helando una sonrisa en sus labios.

—¿Qué ha estado usted haciendo desde que le vi la última vez, Lam?

—Pensando.

—Fue muy ingeniosa esa idea de usted acerca de la Compañía petrolífera… Dígame, Lam, ¿cómo se le ocurrió emplear ese sistema de abordarme?

—Se me antojó que sería bueno.

—Sí que lo fue, ¡muy bueno en verdad! Demasiado bueno. Ahora quiero saber quién le metió esa idea en la cabeza.

—Nadie.

—Ha habido un escape por alguna parte. Alguien ha estado hablando de mí. Un hombre que se halla en mi posición no puede permitirse el lujo de que se ponga en tela de juicio su buen nombre.

—Eso lo comprendo perfectamente.

—Los rumores tienen la costumbre de propalarse, enredarse y hacerse desproporcionados.

—¡Cuán cierto es eso!

—Si ha oído decir usted algo acerca de mis actividades y vino a verme porque se corría el rumor de que yo podía burlar la ley de Corporaciones… Bueno, quiero saberlo. Estaría dispuesto a ser generoso… ¿Comprende…? Agradecido…

—No he oído nada.

Se contrajeron sus pupilas.

—Supongo —dijo con sarcasmo— que se le ocurrió a usted la

idea sin más ni más. Se dijo a sí mismo: «Quiero abordar a Crumweather y hacerle hablar. ¿Cuál es el mejor sistema para que desembuche…? ¡Ah, ya sé!, le diré que quiero burlar la ley de Corporaciones».

—Así es.

—¡Narices!

Él me contempló unos instantes; luego dijo:

—Usted sabe, Donald… Voy a llamarle Donald porque me parece usted un niño, no porque quiera hacer comentario alguno sobre su falta de madurez sino simplemente porque soy un hombre mucho más viejo y porque me tomo por usted un interés paternal.

—¿De veras?

—De verás que sí. Tiene usted una mente muy perspicaz. Tiene usted algo que me resulta simpático. He investigado un poco su pasado… ¿Comprenderá el interés que siento por usted, verdad?

—Lo comprendo.

Rió.

—Sí que me comprende, en efecto —dijo.

Guardamos silencio un instante, luego Crumweather continuó:

—He descubierto que ha estudiado usted leyes. Es muy interesante eso. Considero que el haber estudiado leyes es una base maravillosa para triunfar en cualquier otro campo.

—Principalmente en el campo jurídico —dije yo.

Echó él la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—Un sentido humorístico seco, muchacho, muy seco, muy interesante. Un hombre que tuviera la agudeza de percepción que tiene usted, podría ganar mucho dinero en el campo jurídico… si tuviese las relaciones adecuadas. Le es muy difícil a un abogado joven abrir despacho, comprar libros y muebles de oficina y aguardar a que lleguen los clientes.

—Eso tengo entendido.

—Pero los que tienen una clientela fija ya, a veces están dispuestos a admitir como socios a los hombres que tienen la necesaria cantidad de habilidad.

Yo nada dije.

—He descubierto, Donald —prosiguió—, que tuvo usted una discusión con el Colegio de Abogados acerca de ética profesional. Le contó usted a un cliente cómo podía cometer un asesinato y evitar

toda responsabilidad legal.

—No le conté tal cosa. Se trataba de supuestos teóricos.

—El Colegio de Abogados no lo entendió así… y dijo que estaba usted en un error por añadidura.

—Ya sé que lo dijo; pero la idea era práctica, No había por dónde encontrarle agujeros.

Se meció en el sillón giratorio, riendo.

—Tiene usted razón —reconoció—. Da la casualidad que conozco a uno de la comisión del Colegio. Le hablé del asunto. Le resultó un poco embarazoso.

—Cubre usted mucho territorio también —observé.

—A veces sí… no física, sino mentalmente. He descubierto que una persona puede conservar la mente mucho más despejada y en condiciones de funcionar con eficiencia si mantiene las energías físicas todo lo posible.

Dije:

—Bueno, deje de andarse por las ramas. ¿Dónde está Esther Clarde?

Se acarició la barbilla.

—Me alegro que haya abordado usted ese asunto. Me estaba preguntando cómo abordarlo yo. Es…

La sonrisa desapareció del rostro de Crumweather como si le hubieran arrancado una máscara. Su mirada se tornó dura e intolerante; sus labios se contrajeron como los de una fiera. Se dirigió a la secretaria.

—Le dije que no quería que se me interrumpiera. Le dije lo que tenía que hacer. Salga ahí fuera y hágalo y no…

—Es una conferencia con Valleydale. El que habla dice que es cosa de muchísima importancia.

Crumweather reflexionó unos instantes.

—Bien; póngame aquí la conferencia.

Descolgó el auricular del teléfono que tenía sobre su mesa. Su rostro carecía de expresión. Sólo sus ojos daban muestras de extrema concentración mental. Al cabo de un rato oí un chasquido y Crumweather dijo:

—¡Diga…! Sí; Crumweather al habla. ¿Qué desea?

Yo no podía oír nada de lo que estaban diciendo; pero podía verle la cara. Le vi fruncir el entrecejo; luego enarcar las cejas. Sus

labios se comprimieron. Me miró como si temiera que, por medio de algún fenómeno psíquico, pudiera estar yo escuchando lo que oía él por el auricular. Mi expresión le tranquilizó. No obstante, le dominaba la manía del secreto. Curvó la mano sobre la boquilla, como si quisiera tapar el aparato.

Después de unos segundos, quitó la mano de la boquilla el tiempo suficiente para decir.

—Tiene que estar completamente seguro de que no se equivoca en eso.

Volvió a escuchar y movió en seguida la cabeza afirmativamente.

—Bueno —dijo— téngame al corriente.

Escuchó un rato más; luego dijo:

—Bien, adiós.

Y colgó el auricular.

Me miró, pensativo. Luego descolgó el teléfono otra vez y le dijo a su secretaria.

—Deme línea.

Marcó un número, asegurándose de que yo no pudiera ver qué número era. Dijo:

—¡Oiga! Crumweather al habla… Bueno. Ahora escuche con atención.

Quiero que se hagan las operaciones a la inversa… Donde han estado ustedes vendiendo, tendrán que comprar… Dejen de vender inmediatamente y compren otra vez lo que han vendido… Eso es… No puedo explicar… en estos momentos. Hagan lo que digo… Bueno, supongo que había más verdad en ello de lo que ustedes creían… Todo estaba tal como ustedes… Bueno, pues mirémoslo desde este punto de vista. Supóngase que todo lo que dijera en esos tres minutos fuera verdad, sino verdad en una escala mucho mayor de lo que él se hubiera atrevido a soñar siquiera… Eso es… No tienen tiempo que perder. Habrá algún escape. Convoque a todos y póngase a trabajar.

Colgó el teléfono y se volvió a mí. Tardó un minuto en poder recoger el hilo de la conversación.

—Esther Clarde —le recordé.

—¡Ah, sí! —dijo, y su rostro volvió a adquirir la sonrisa helada de antes—. ¿Sabe usted que impresionó enormemente a esa

muchacha, Donald?

—¿Sí?

—Sí. La impresionó de verdad.

—Me alegro de saberlo.

—Debiera alegrarse. Fue una enorme ventaja para usted; pero comprenderá que yo soy un hombre más viejo, más sagaz y, si me permite que lo diga así, un amigo más íntimo. Antes de dar ningún paso decisivo, lo natural era que me consultase.

—¿La conoce usted desde hace tiempo?

—Sí; es una joven muy simpática… Una joven muy simpática.

—Así resulta más agradable —dije yo.

—Comprendo su generosidad al intentar protegerla, Donald; pero no puedo consentirlo.

—¿No?

—Ni por un instante. Claro está. Donald, un hombre desesperado es capaz de casi cualquier cosa; pero aun así no concibo cómo puede olvidarse un hombre de sí mismo hasta el punto de dejar que una mujer se coloque en el caso de ser cómplice de un asesinato.

—¡Caramba!

—Y así se lo he advertido a Esther Clarde. Tal vez le interese a usted saber, Donald, que hablé con ella esta mañana a primera hora. Tengo una cita con ella a las diez y media. La he convencido de que lo único que puede hacer es avisar a la policía y decirle francamente que intentó protegerle a usted.

—¿Que diga todo lo contrario de lo que dijo antes, quiere usted decir?

—Precisamente.

—Su identificación tendrá muy poco valor si se presenta a declarar ahora y jura que yo fui el hombre que entró en el hotel.

—En efecto, Donald, en efecto. Tiene usted una mente legal muy despejada; pero si ella dijese que usted la había sobornado para que no le reconociese, que era por dicho soborno por lo que había mentido, pero que más tarde consultó con un abogado competente y éste le hizo comprender que ello la convertiría en cómplice del crimen… Bueno, Donald, esa mente legal que usted tiene le permitirá deducir lo que ocurrirá.

—Sí que me lo permite.

—Ya me lo suponía yo.

—Es muy ingenioso —le dije.

—Gracias —me contestó, sonriendo—. A mí me pareció bastante bueno también.

—Está bien; ¿qué desea usted?

Desapareció su sonrisa. Me miró con fijeza. Dijo con firmeza:

—Quiero ese último puñado de cartas que Jed Ringold había de entregar en un sobre.

—¿Para qué?

—Como abogado, Donald, no necesita usted hacer esa pregunta.

—Pero la estoy haciendo.

—Mi cliente va a comparecer ante un tribunal acusado de asesinato. Es uno de esos casos en que el jurado se dejará, guiar por sus prejuicios más bien que por las pruebas. Esas cartas podrían crear prejuicios desfavorables a mi cliente y el resultado sería desastroso.

—¿Por qué no las destruyó cuando las tuvo en su poder, pues?

Parpadeó.

—Me parece que no le comprendo, Donald.

—Consiguió usted esas cartas. Quería que fueran destruidas para que no pudiera usarlas el fiscal. Pero fue usted demasiado listo para quemarlas personalmente. Decidió dejar a Alta quemarlas y pagar treinta mil dólares por el privilegio. Así quedaban eliminadas las cartas con la misma seguridad que si les hubiera rendido fuego usted mismo, y además conseguía treinta mil dólares de beneficios.

Reflexionó unos instantes y luego movió afirmativamente la cabeza.

—Eso hubiera sido una idea espléndida, Donald. Una idea espléndida. Como le dije, dos cabezas valen más que una. Un joven, sobre todo si es ingenioso, piensa en cosas que, a lo mejor, un hombre de más edad se pasa por alto. Ha de reflexionar usted antes de rechazar mi oferta de asociarse a mi negocio. Haría usted carrera, muchacho —de pronto, su mirada se tornó dura—. Pero, entretanto —dijo—, no olvide que quiero esas cartas, Donald. No soy hombre con quien puede jugarse impunemente. A pesar del gran respeto que me infunden su ingenio y su inteligencia quiero esas cartas.

—¿Cuánto tiempo me da?

Consultó su reloj.

—Treinta minutos.

Me fui. Quiso estrecharme la mano, pero fingí no ver la suya. Marché a la oficina de la agencia. Berta había alquilado otra máquina y otra mesa. Las muchachas se estaban familiarizando más con el trabajo.

Ambas estaban tecleando alegremente. Crucé hasta el despacho particular y abrí la puerta.

Berta Cool, que estaba leyendo el periódico y sostenía un cigarrillo en una larga boquilla de marfil esculpido, dijo:

—Por Dios, Donald; cuidado que tienes las cosas revueltas.

—¿Qué pasa ahora?

—Llamadas telefónicas… Montones de ellas. No quieren dar el nombre.

La gente quiere saber cuándo vienes.

—¿Qué les dijiste?

—Que no lo sabía.

—¿Hombres o mujeres?

—Mujeres; mujeres jóvenes a juzgar por su voz. ¡Santo Dios, no sé lo que les das…! Lo comprendería si fueras uno de esos tenorios sin compasión; pero no tienes nada de ídolo de la pantalla. Y te enamoras de ellas tan locamente como se enamoran ellas de ti… aunque no de la misma manera. Tú no lo haces con ánimo de aprovecharte, Donald. Pones a las mujeres sobre un pedestal y las adoras. Crees que porque tienen falda sujeta a la cintura son algo distinto, noble, exaltado. ¡Qué rayos, Donald! Nunca serás un buen detective hasta que aprendas que la mujer no es más que la hembra de la especie.

—¿Algo más?

Me dirigió una mirada torva y dijo:

—Nada de impertinencias, ahora, Donald. Después de todo trabajas a mis órdenes.

—Y te hago ganar cien dólares al día.

Eso le hizo efecto.

—Siéntate, amor —me invitó—. No le haga caso a Berta. Berta está enfadada porque durmió muy poco anoche.

Me senté en la silla reservada para los clientes.

Sonó el teléfono.

Berta dijo:

—Ésta es otra de las mujeres que le llaman.

—Averigua quién es —dije—. Si se trata de Esther Clarde o de Alta Ashbury, estoy aquí. Si es alguna otra persona, no estoy.

—Esas dos mujeres… ¡mira que enamorarse de las dos a un tiempo! Esa Clarde es una vulgar mujerzuela y Alta Ashbury es una muchacha rica que te considera a un juguete nuevo. Jugará contigo hasta romperte; luego te echará a la basura sin acordarse siquiera de…

El teléfono seguía sonando.

—Más vale que contestes.

Berta descolgó el teléfono y dijo, con desenfado:

—Sí. ¿Diga…?

Tenía que encargarse ella de contestar al teléfono ahora que no tenía a Elsie Brand y le hacía muy poca gracia.

Escuchó unos instantes y vi cómo cambiaba su rostro de expresión. Su mirada se tornó dura.

—¿Cuánto?

Y volvió a escuchar.

—Pero no comprendo por qué… Bueno, pues si no tenía usted autoridad… Bueno ¿cuánto puede…? ¡Rayos! ¡No me interrumpa cada vez que intento decir algo! Escuche, si no tenía usted autoridad para llevar a cabo esa transacción, ¿cómo…? Ya… ¿Cuánto…? Le telefonearé esta tarde y le contestaré… No; esta tarde… No; a la una no. Más tarde… Bueno, a las tres. Está bien; a las dos.

Colgó el teléfono y me miró, ansiosa.

—¿Es algo relacionado con el caso? —le pregunté.

—No; otra cosa. Vino un hombre aquí el otro día y me dijo que quería hablar tres minutos. Consentí en concederle tres minutos exactos.

Cuando pasaron, le avisé. Creyó que me tendría tan interesada que no diría nada; pero le di un chasco… Donald Lam, ¿de qué demonio te estás ahora riendo?

—De nada —dije—. ¿Cuánto quieren pagar?

—¿Quiénes?

—Los que te vendieron las acciones.

—¿Cómo sabes que ésa es la gente que me vendió las acciones? ¿Cómo sabes que he comprado acciones siquiera? ¿Qué demonios

has estado haciendo? ¿Husmeando acaso en mis asuntos? ¿Registrándome tal vez la mesa? ¿Has…?

—Olvídalo. Te leo como un libro.

—¡También lo creo!

—Y lo mismo le pasa a todo el mundo. Es un truco viejo ése para cazar primos.

—¿Cuál?

—El decirle a una persona que necesita uno tres minutos y comprometerse a decir lo que tiene que decir en tres minutos justos. Le dice uno a la persona en cuestión todo lo que quiere decirle y luego continúa uno hablando. El primo tiene tantas ganas de demostrar que a él no le engaña nadie, que no hace más que examinar que ya han transcurrido los tres minutos y no hace las preguntas que, de no ser por eso, haría. Es un lindo sistema de alta presión para vender acciones.

Berta miró, tragó saliva dos veces, descolgó el teléfono, marcó un número y dijo:

—He reflexionado. Acepto… Bien, tráigame el dinero. No quiero yo cheques. Quiero dinero contante y sonante.

Volvió a colgar.

—¿Cuánto te ofrecieron? —pregunté.

—Eso a ti no te importa. ¿Qué has estado haciendo?

—Matando el tiempo.

—¿Qué rayos quieres decir con eso de matar tiempo? Se te ha contratado para hallar la solución de un asesinato y…

—Quítate de la cabeza —la interrumpí—, que se nos ha contratado para que demos con la solución de un asesinato. Se nos contrató para sacar a Alta Ashbury de un apuro.

—Bueno, pues está más metida en él que nunca.

—Seguimos contratados.

—Bueno, pues ponte a trabajar ya de una vez.

—Se nos paga por días, ¿verdad?

Encendí un cigarrillo.

Ella me miró torvamente y dijo:

—A veces, Donald, me enfureces tanto, que me dan ganas de hacerte trizas… ¿Qué rayos le has hecho a Tokamura Hashita?

—Nada, ¿por qué?

—Me telefoneó para decirme que no habría más clases de

momento.

—Me parece que herí su susceptibilidad.

—¿Cómo?

—Le dije que el *jiu-jitsu* iba muy bien en un gimnasio; pero yo conocía a un par de hombres que decían que había quedado demostrado en varias ocasiones que no servía para nada en las situaciones en que se tropieza un hombre en la vida real. Le dije que podrían ellos sacar revólveres descargados si no sabía él cuando iban a hacerlo y dejarle en ridículo. Ofrecí darle cincuenta dólares…

—¡Cincuenta dólares! —me interrumpió, dando un aullido—. Cincuenta dólares, ¿de quién?

—De Ashbury.

Se dejó caer en su asiento con gesto de alivio.

—¿Qué hizo él?

—Aceptó el dinero.

—¿Qué ocurrió después?

—Tenía él razón.

—En tal caso, más vale que continúes tomando lecciones.

—Creo que Hashita cree que alguien se las ha dado de listo con él.

—Donald, ¿cómo sabías que eso de los tres minutos era un cuento para vender acciones? Yo nunca había oído hablar de él.

—¿Cuánto te timaron?

—No me timaron. Me van a dar el doble de lo que pagué…

—Gracias —dije.

Se me quedó mirando. Al cabo de unos momentos dijo:

—El día menos pensado voy a despedirte.

—Tal vez tengas que hacerlo. Crumweather quiere que me asocie con él.

—¿Quién?

—Crumweather, el abogado.

Berta Cool se inclinó sobre la mesa.

—Escucha, Donald, a ti no te interesa volver a ejercer la carrera. Ya sabes lo que ocurriría. La historia de siempre. Conseguirías hacerte con una buena clientela y algo que hicieras irritaría a esos pajarracos del Colegio de Abogados y volverías a encontrarte nuevamente en la calle buscando trabajo. Tienes ahora un buen

empleo aquí, un empleo de porvenir. Puedes llegar a ganar…

—La décima parte de lo que ganaría ejerciendo mi profesión.

—Pero hay porvenir, Donald, y no podrías abandonar a Berta. Has conseguido que Berta se vea perdida sin ti.

Oí voces excitadas en el despacho exterior; luego pasos rápidos. La puerta del despacho particular se abrió de golpe y apareció Esther Clarde en el umbral. Una de las mecanógrafas estaba mirando por encima de su hombro, tirándole del brazo al mismo tiempo.

Yo dije:

—Pase, Esther.

Berta Cool exclamó:

—¡Qué ha de entrar! ¡Buena manera de irrumpir en mi oficina! Se quedará fuera sentada, aguardará a que anuncien su visita y…

—Siéntate aquí —dije yo, levantándome de mi asiento y ofreciéndoselo.

Esther Clarde entró. Berta Cool dijo:

—¡Me tiene sin cuidado quién sea, Donald! No consentiré que nadie…

Le cerré las puertas en las narices a la nueva secretaria y pregunté:

—¿Qué pasa, Esther?

—El abogado intenta conseguir que yo te traicione, y quería que supieras que no pienso hacerlo.

—¿Le dijiste que lo harías?

—Sí; no tuve más remedio.

Berta Cool intervino:

—Escucha, Donald. Tú no puedes meterte aquí a dirigir el negocio. No puedes invitar a nadie a entrar en este despacho…

—Quiere que salgas de aquí —le dije a Esther Clarde.

La muchacha se puso en pie. Tenía los ojos hinchados. Comprendí que había estado llorando.

—Quería que lo supieras, Donald.

—¿Le telefoneaste anoche?

—¿A quién?

—A Crumweather.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ha sido mi amigo… Oh, no ha sido una amistad desinteresada, pero…

Berta Cool interrumpió:

—Donald, mírame. Vamos a aclarar este asunto ahora mismo. No es cuestión de si vamos a hablar con esta muchacha o no. Es cuestión de saber quién demonios dirige este negocio.

Le dije a Esther:

—Quiere que nos vayamos de aquí. Tal vez sea mejor que nos marchemos.

Eché a andar en dirección a la puerta.

Tardó un instante en entrarle eso en la cabeza; luego apoyó las manos en los brazos del sillón giratorio e intentó levantarse aprisa.

—¡Vuelve ahora aquí! —aulló—. ¡Quiero enterarme de lo que está ocurriendo en este asunto! No puedes dejarme a oscuras. ¿Qué intentaba hacer Crumweather? ¿Qué traición…?

Abrí la puerta y salí con Esther.

—¡Donald, so renacuajo! ¡Ya me has oído! ¡Vuelve aquí y…!

No oí lo demás porque cerré la puerta. Crucé el despacho exterior con Esther mientras las dos mecanógrafas me contemplaban boquiabiertas. La puerta del despacho de Berta se abrió bruscamente en el preciso momento en que yo abrí la del corredor. Tenía demasiado sentido común para intentar alcanzarnos. Su tamaño y su peso era un inconveniente demasiado grande. Cuando salimos, aún estaba parada en su puerta.

En el pasillo, dije:

—Escucha, Esther, una cosa necesito saber. No mientas. ¿Quién te dio las cartas?

—Nunca vi las cartas hasta tenerlas Jed Ringold y no tengo la menor idea de quién se las dio a él.

—¿Roberto Tindle? —pregunté.

—Supongo que sí; pero no lo sé.

Me paré junto al ascensor y apreté el botón.

—¿Tenía Ringold alguna otra cosa que no fuera el hotel?

—No.

—¿Ningún otro sitio en que viviese?

—Ninguno, como no fuera conmigo.

Se abrió la puerta de la agencia. Berta Cool salió. Un ascensor se detuvo en el piso. Dos hombres se apearon. Uno de ellos echó a

andar hacia la puerta de la agencia. El otro se volvió para echarnos una mirada. Se paró en seco y dijo:

—Aquí está, Guillermo.

Los hombres se acercaron. Uno de ellos enseñó una placa.

—Bueno, amigo —me anunció—; va a venir usted a dar un paseo.

—¿Con quién? —pregunté.

—Conmigo.

—¿Para qué?

—El fiscal quiere hablar con usted.

—Yo no quiero hablar con nadie. Estoy muy ocupado…

El ascensor que bajaba se detuvo. Los dos detectives nos empujaron dentro.

Berta Cool gritó:

—¡Que espere ese ascensor! ¡Quiero bajar!

Corrió hacia el corredor tan aprisa como le fue posible. Uno de los pasajeros rió.

El ascensor se estremeció al recibir el peso de Berta. El empleado cerró la puerta. Berta Cool se volvió y se puso de cara a la puerta. Nos empujó a todos los demás hacia dentro. No me dijo una palabra a mí.

Bajamos a la planta baja sin paradas intermedias. Había un pasillo muy largo y un puesto de tabaco cerca de la puerta de la calle. Berta Cool fue la primera en apearse. Echó a andar por el pasillo. Me eché a un lado para dejar salir a Esther Clarde. El detective de mi derecha dijo:

—Quédate con esa chica, Guillermo.

Y me empujó a mí al pasillo. Había otros tres hombres allí. Se acercaron todos. Echaron a andar en pelotón. Le dije al detective:

—Un momento. ¿Qué pretenden?

Nada me contestó. Había un hombre sentado en el sillón del limpiabotas limpiándose los zapatos. No le presté especial atención hasta que oí su voz alzarse excitada:

—¡Ahí está! ¡Ése es!

Toda la procesión se detuvo. Alcé la mirada. El hombre que se limpiaba los zapatos era el conserje del hotel en que se había cometido el asesinato. Me estaba señalando con el dedo.

El detective rió y dijo:

—Bueno, amigo, ya le han identificado a usted entre una hilera de hombres como quería.

Se volvió hacia el ascensor agregó:

—Bueno, Guillermo, ya puedes traerte a esa chica.

Ocurrieron la mar de cosas al mismo tiempo. El detective les dijo a los tres hombres que habían estado caminando a mi lado:

—Pueden ustedes marcharse ya. No olviden que deben estar dispuestos a presentarse inmediatamente cuando les avisemos.

El otro detective sacó a Esther Clarde del ascensor. Berta Cool, sin volver la cabeza, se dirigió a la cabina telefónica. Entró, pero no pudo cerrar la puerta. La vi echar una moneda y marcar un número. Acercó los labios a la boquilla para que los que había fuera no pudiesen oír lo que decía. El conserje del hotel saltó de su sillón. Tenía un zapato limpio y otro no. Bailaba de excitación y no hacía más que señalarme y decir:

—¡Ése es! ¡Ése es el hombre! ¡Le reconocería en cualquier parte!

—¡Mira, Esther, ahí está! ¡Ése es! ¡Ése…!

—Estás loco, Gualterio; ése no es. Se parece algo, pero no es él.

Él la miró con sorpresa.

—¡Claro que lo es! Es inconfundible. Es…

—Tiene la misma estatura —le interrumpió Esther—, y las mismas características generales; pero el hombre que estuvo en el hotel era un poco más ancho, un poco más pesado, y creo que tendría un par de años más.

El conserje se quedó dudando, contemplándome. El detective dijo:

—Baje de las nubes, amigo. Ésa ha andado por ahí con él y procura protegerle.

El rostro del conserje se tornó pálido como un sudario.

—¡No es verdad! —exclamó—. Esther, ¡eso no es verdad! ¡Dile que miente!

—Eso es mentira —dijo Esther.

—Claro que es mentira. Esther está de dependienta en un mostrador y tiene que ser amable con todo el mundo; pero cuando se trata…

—Narices —dijo el detective—. Le está tomando el pelo. ¿Por qué no se le cae la venda de los ojos, primo…? Éste es el hombre. ¿Cómo demonios cree usted que ha llegado ella aquí? Bajaba en el

ascensor con él. Se dirigían al piso de ella cuando los detuvimos.

El conserje miró al detective, luego a Esther y por último a mí. Vi brillar el odio en sus ojos. Gritó:

—¡No es verdad lo que dice Esther; pero éste es el hombre! ¡Juro que es el hombre!

El detective sonrió y me dijo:

—¿Qué le parece amigo? ¿Es usted el hombre?

—No —repliqué.

—¡Lástima! Debe tratarse de un caso de identidad confundida. ¿Quiere usted ayudar a la Policía a aclarar el caso?

—Naturalmente.

—Entonces iremos al hotel y echaremos una mirada por allí.

—Se equivoca —le repuse—. Vamos a discutir el asunto aquí mismo o ir a ver al fiscal.

—Oh, no, amigo. Usted va a ir al hotel.

—¿Qué espera usted encontrar allí?

—Podemos echar una mirada a nuestro alrededor. Nos gustaría probar la hoja de su navaja y ver si encaja en el agujero de la puerta.

Moví negativamente la cabeza.

—Si van a intentar cargarme algo, voy a ver a un abogado.

—Escuche, amigo; si es usted culpable, bueno. Siga usted adelante con esa actitud. No diga una palabra y consígase un abogado; pero si es inocente y no quiere que le carguen a usted el crimen, más vale que nos ayude a aclarar el asunto.

—No tengo inconveniente en ayudarles a aclararlo; pero no pienso dejarme arrastrar por las calles.

—¿Dónde quiere ir usted?

—A casa de Ashbury.

—¿Para qué?

—Tengo trabajo que hacer allí. Allí tengo mi ropa.

Vi aparecer una expresión de astucia en el rostro del detective.

—¡Magnífico! —dijo—. Tomaremos un taxi y llegaremos a casa de Ashbury.

—¿Y el coche en que vinieron ustedes? —pregunté.

—Ése irá un poco lleno —contestó.

Se acercó a Esther Clarde y dijo:

—Bueno, hermanita, ya ha llegado usted a la bifurcación del

camino. O identifica usted a este hombre, o la detenemos como cómplice. ¿Cuál prefiere?

—No es este hombre.

—Sabemos que éste es el hombre. Se encuentra usted en la bifurcación de la carretera, como he dicho. Escoja de una vez y hágalo bien, porque no va a poder volverse atrás.

Berta Cool, que había echado a andar hacia los ascensores y se había detenido a escuchar la conversación, dijo:

—¿No es eso intimidar a un testigo?

El detective la miró, poniéndose colorado de ira.

—Circule —dijo—, esto es cuestión de la Policía.

Se volvió la solapa de la chaqueta para enseñar su insignia.

—¡Bah! Ese pedazo de hojalata no representa nada para mí. Si no he oído mal, le está usted diciendo a esta muchacha que si comete perjurio no le pasará nada y que si dice la verdad va usted a detenerla como cómplice.

—¡Ande y tírese de cabeza a un estanque! —exclamó el detective irritado.

—Encuéntreme uno lo bastante grande y lo haré —le contestó Berta con dulzura.

Esther Clarde siguió afirmando, tranquilamente:

—Éste no es el hombre.

El conserje Markham dijo:

—Bien sabes que es el hombre, Esther. ¿Qué estás intentando hacer? ¿Por qué has de protegerle? ¿Qué es él tuyo?

—Para mí es un completo desconocido. Jamás le he visto hasta ahora. Y tú tampoco.

El detective que cuidaba de mí dijo:

—Guillermo, llévales a casa de Ashbury. Nosotros iremos en un taxi. Quiero tener separados a Lam y a esta muchacha; y más vale que impidas que hable ella con el conserje.

—Que hable todo lo que quiera. Sólo está consiguiendo comprometerse a sí misma.

Esther le dijo al conserje:

—Si le hubieras mirado bien, Gualterio, te hubieras dado cuenta de que no es el mismo. Tú no le viste tan bien como yo. Tú…

—Ya oíste lo que dije —advirtió el detective jefe.

—Bueno, ¿y qué demonios quieres que le haga yo? —preguntó

el otro—. ¿He e…?

El detective que me tenía cogido asió a Markham del brazo.

—Usted venga con nosotros —dijo.

Fuimos en un taxi. Los demás nos siguieron en un coche de la policía.

Nunca supe cómo había llegado Berta allá; pero logró mantenerse siempre con la procesión. Cuando nos detuvimos delante de la casa de Ashbury y nos apeamos, el detective la miró y dijo:

—¡Usted otra vez! ¿Quién le ha dicho que puede tomar parte en los festejos? ¡Lárguese!

—Da la casualidad que este joven es empleado mío y he telefoneado a un abogado que llegará aquí dentro de diez minutos. El señor Ashbury desea verme y, si intenta usted privarme de la entrada a la casa, se va a encontrar con un pleito por daños y perjuicios.

—No necesitamos abogados. Lo único que nos hace falta es aclarar las cosas. Lam puede hacer una declaración sincera y no habrá necesidad de nada más.

Berta soltó un resoplido.

Los investigadores sostuvieron una conferencia en susurros. Luego entramos todos.

—¿Está la señorita Alta en casa? —le preguntó uno de los detectives al mayordomo.

—Sí, señor.

—Búsquela. Que venga aquí inmediatamente.

—Sí, señor. ¿Quién le diré que desea verla?

El detective se volvió la solapa.

—La ley —dijo.

El mayordomo se marchó apresuradamente.

Oí los pasos de Alta en la escalera.

Se detuvo en el cuarto escalón, desde el que podía ver todo el cuarto. No hacía falta que le explicara la situación. Miró con ojos más abiertos y redondeados que de costumbre; luego avanzó con la barbilla en el aire.

—Pero, Donald, ¿qué es esto?

—Un viaje circular con escolta personal —contesté.

El detective que parecía jefe se adelantó, inquiriendo:

—¿Usted es Alta Ashbury?

—Sí.

—Contrató usted a este hombre para que le consiguiera unas cartas, ¿no es cierto?

—Yo no hice tal cosa.

—¿Qué hacía aquí?

—Dándole a mi padre lecciones de gimnasia.

—¡Narices!

Alta se irguió y algo en ella hizo que los detectives se pusieran a la defensiva.

—Ésta es la casa de mi padre —dijo—. No creo que él los haya invitado a venir y estoy segura de que yo no los he invitado.

Guillermo dijo:

—¿Por qué no le sacamos las huellas dactilares, sargento?

—Buena idea.

Me cogieron las manos. Opuse cuanta resistencia pude; pero me sujetaron las muñecas y me tomaron las huellas.

Guillermo dijo:

—Vamos, Lam. ¿De qué sirve tanto rodeo? Sus huellas dactilares concuerdan con las que encontrarnos en el hotel.

—En tal caso, alguien las ha plantado allí.

—Sí, ya. Le prestó usted las manos a alguien por una noche.

Yo le dije:

—Enséñeme en qué se parecen.

Los detectives se agruparon y empezaron a comparar mis huellas con unas fotografías que llevaban. Oí ruido de pasos en el corredor de arriba y la señora Ashbury y Bernardo Carter bajaron la escalera. Él se mostraba tiernamente solícito. Ella estaba dispuesta a dar un escándalo o a hacer una comedia, según exigieran las circunstancias.

Había algo en la dignidad de su aspecto que impresionó a los detectives más que el aspecto patricio de Alta Ashbury.

—Hemos atrapado al asesino —dijo uno de los detectives, señalándome.

—¡Donald! —exclamó con sorpresa.

El hombre afirmó con la cabeza.

Oí pasos presurosos y Roberto llegó corriendo del billar, quedándose parado en la puerta.

Alta Ashbury se acercó a mi lado y dijo:

—Papá está en camino de casa ya.

Entró mientras aún estaban los detectives apiñados en torno a las huellas dactilares. Vi que las cosas no marchaban como ellos habían esperado.

Dieron vueltas a las fotografías y miraron con el entrecejo fruncido las huellas que me habían tomado. Me alegré de haberme acordado de llevar guantes en el cuarto del hotel.

Ashbury se acercó a mí.

El sargento fue a hablar con Markham, el conserje. Éste se mostraba más seguro por momentos. No hacía más que mover afirmativamente la cabeza. Se dirigieron luego a Esther Clarde, que continúo moviendo la cabeza negativamente.

Ashbury preguntó.

—¿Qué sucede, Donald?

Berta Cool le cogió de un brazo, le llevó a un lado, y se puso a hablarle en susurros.

Le dije al sargento:

—Es una lástima que las huellas digitales ésas no sean las mismas. Quería usted aclarar el caso, ¿verdad?

—Ande, déselas de vivo, amigo. Charle hasta por los codos. Otro gallo le cantará cuando hayamos acabado con usted.

Indiqué a Bernardo Carter.

—¿Por qué no prueban ustedes los dedos de éste? —pregunté—. ¿Por qué no comprueban sus huellas dactilares?

—No digas sandeces. El hombre que andamos buscando es uno que tiene la misma estatura y las mismas características que usted… ¡Es a usted a quien buscamos!

—Bueno —le dije—; si no le toman las huellas dactilares, ustedes tendrán la culpa de que se les escape una ocasión de lucirse.

Aun así, no creo que lo hubieran hecho si no hubiese sido por la expresión que sorprendieron en el rostro de Carter.

El detective se acercó a él.

—Vamos a hacer la comprobación por pura fórmula —dijo.

Carter se echó las manos detrás de la espalda.

—¿Qué rayos se han creído ustedes que es esto? ¿A quién se han creído que andan molestando? ¡Les voy a dar un disgusto a todos!

Encendí un cigarrillo.

Los detectives se miraron unos a otros y luego convergieron sobre Carter.

Luchó bastante. Primero se limitó a proferir amenazas y luego intentó desasirse. Le tomaron las huellas. Bastó que les echaran una mirada y las compararan con la fotografía; celebraron una rápida consulta y uno de los detectives sacó unas es osas.

La señora Ashbury dijo:

—Bernardo, ¿qué significa esto? ¿Qué están intentando hacer?

—¡Es una calumnia! —aulló Carter—. ¡Que me ahorquen si lo aguanto!

Se desasió y echó a correr hacia la puerta.

—Basta amigo —dijo el sargento.

Carter flanqueó la puerta y echó a correr por el pasillo. El detective sacó una pistola. La señora Ashbury soltó un grito.

El detective amenazó:

—¡Dispararé! ¡Vive Dios que dispararé!

Oímos que los pasos de Carter se detenían. El policía se encaminó a él.

Yo le dije a Ashbury:

—Me parece que con eso queda el asunto poco más o menos resuelto.

Y al volverme me encontré con la mirada de Alta.

capítulo dieciséis

BERTA Cool nos encontró en el *solarium*. Me miró y dijo:

—Donald, querido, que me ahorquen si sé cómo te las arreglas; pero no cabe la menor duda de que metiste la mano en el saco y sacaste el primer premio.

—¿Ha confesado? —pregunté.

—No; pero las huellas digitales concuerdan. Le encontraron un revólver en el bolsillo, que los detectives creen fue el usado para cometer el crimen.

Berta se nos quedó mirando.

—Bueno, Donald, acaba —dijo—. Lo demás corre de cuenta de la Policía. Nos marchamos.

—¿Adónde? —preguntó Alta.

—A trabajar.

—Pero ¡si estás trabajando!

—No en este asunto. Éste ya está liquidado.

Salió tranquilamente del *solarium*.

—¿Quieres probar una cosa? —le pregunté a Alta.

—¿Qué?

—Las cartas ésas. Hay un sitio en que pueden estar.

—¿Dónde? —preguntó.

—¿Tienes el coche aquí?

—

Uh-huh

.

Salimos por la puerta de atrás cautelosamente, subimos al automóvil y salimos al patio. No hacían más que llegar coches de la Policía tocando sirenas.

—Donald, dime, ¿cómo descubriste eso?

—Estuve en Babia.

—¿Tú en Babia?

—

Uh-huh

.

Alta se echó a reír.

—A mí me pareció una faenita hecha desde dentro. Tenía que serlo. Esther Clarde estaba enterada de lo de las cartas y de todo lo que estaba pasando aquí. Cuando la Policía me llevó a su piso, iba a dejarla entrar. De pronto me vio a mí y decidió hablar en el pasillo. Me figuré que había en su piso alguna persona a la que yo conocía. No tenía más remedio que ser Roberto. Le acusé abiertamente a Roberto; pero la cosa no encajaba bien del todo. Me pasé por alto la solución más lógica.

—¿Qué quieres decir…? Supongo que no será que Carter se metió en mi cuarto y…

—No; fue tu madrastra. ¿No comprendes? Tú eras, en realidad, la que hacía que esto no fuera un hogar para tu padre. Cuando tú te marchaste, él se sintió muy solo. No quiso decir nada porque opinaba que tú tenías que vivir tu vida y que, de todas formas, acabarías casándote tarde o temprano y dejándole. Conque decidió intentar crearse un nuevo hogar. Cuando tú volviste, se dio cuenta de que había cometido una estupidez. La señora Ashbury se dio cuenta de ello. Algunos detalles de tu vida le dieron un indicio.

—¿Quieres decir con eso que fue ella quien se apoderó de las cartas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para complicarte en el asunto Lasster y desacreditarte por completo. Pensó que así se haría dueña de la situación.

—¿Y qué hizo con ellas?

—Se las dio a Carter para que éste se las entregara al fiscal. Carter se las dio a Jed Ringold porque necesitaba un intermediario fuera de la casa. Ringold vio una ocasión de hacerse con veinte mil dólares y aun así quedarse con cartas suficientes para el fiscal. Luego perdió el dinero al juego y decidió ir más lejos.

»Tu padre se enteró de que estabas pagando dinero. La señora Ashbury lo averiguó por él. Carter descubrió que Ringold estaba traicionando a tu madrastra. Ella quería que las cartas llegaran a

manos del fiscal. Estaban dispuestos a esperar un poco mientras Ringold preparaba el asunto; pero Ringold cometió el error de ir demasiado lejos.

—Sigo sin comprender.

—Crumweather, como es natural, estaba ya enterado de la existencia de las cartas, porque se lo había dicho Lasster. Cuando un hombre va a parar a la cárcel acusado de asesinato, se lo dice a su abogado todo. Y Crumweather quería asegurarse de que fueran destruidas las cartas. Suponía, como es lógico, que tú las habrías quemado, pero quería asegurarse.

»Crumweather conocía a Carter, tenía tratos comerciales con él y sabía que Carter tenía entrada en tu casa. Conque le dijo que sería un buen plan asegurarse de que las cartas habían sido destruidas.

»Entonces Carter debió decírselo a la señora Ashbury y ésta se dio cuenta de que se le presentaba la oportunidad de traicionar a Crumweather, complicarte a ti en un escándalo y hacerte la vida tan imposible que abandonaras el país y no volvieses a aparecer por él en todos los días de tu vida.

»Fue ella la que entró en tu cuarto y robó las cartas. Se las dio a Carter, diciéndole que no se las entregara a Crumweather, sino que se asegurase de que llegaran a manos del fiscal.

»Carter estaba dispuesto a hacerle traición a Crumweather si la señora Ashbury se lo pedía, pero vio ocasión de ganarse algo de dinero al mismo tiempo. Le entregó las cartas a Ringold con un cuento de hadas muy bonito para que te lo contara él a ti y sirviera de explicación al hecho de que te ofreciera las cartas en tres plazos. El plan era venderte dos paquetes de cartas y entregar el tercero luego al fiscal. Así Carter y Ringold podrían repartirse veinte mil dólares sin dejar de cumplir con la señora Ashbury, porque las cartas que llegaran a manos del fiscal serían las más jugosas de la colección.

»Pero Ringold decidió traicionar a todo el mundo. No veía por qué había de entregar el último paquete de cartas al fiscal y no sacar a cambio más que las gracias.

»De pronto comprendió que Carter se daría cuenta de la traición y se encontró en un dilema. Por último se le ocurrió un buen plan. Te haría creer que recibiste el último paquete de cartas. Cobraría tu cheque y luego entregaría las cartas al fiscal.

»Pero Carter no se fiaba de Ringold y la señora Ashbury no comprendía el porqué de aquel retraso. La conversación que tú sorprendiste entre ella y Carter fue una en la que ella le decía que se diera prisa y te metiera a ti en el asunto.

—¿Cómo se cometió el asesinato?

—Carter no tenía la intención de matar a nadie; pero sabía que tú ibas a visitar a Ringold. Pensó que, a lo mejor, éste iba a cometer alguna traición.

Alquiló un cuarto en otra parte del hotel, encontró libre el cuatrocientos veintiuno, abrió la puerta que comunicaba con el cuarto de al lado y se escondió en el cuarto de baño. Descubrió todo lo que deseaba saber y quiso escaparse sin ser visto; pero, entretanto, yo había alquilado ya la habitación y había echado el cerrojo a la puerta de comunicación. No podía volver al cuarto. Ringold le sorprendió en el cuarto de baño. Carter se abrió paso a tiros.

»En realidad, el propio Carter se delató. Tenía tan vivos deseos de ponerte a ti a la defensiva diciendo que te había visto cerca del lugar del crimen, que no se dio cuenta de que, al decir eso, confesaba que también se había hallado cerca él… De lo contrario no hubiera podido verte.

—No ha confesado nada. Mi madrastra va a conseguir abogado y lucharán —dijo Alta, pensativa.

—¡Magnífico! Que luchen.

—Pero ¿no figurarán esas cartas en el asunto?

—No, a menos que el fiscal consiga apoderarse de ellas.

—¿Dónde están?

—Estudia bien el caso. Carter no sabe dónde están. Esther Clarde, que estaba haciendo de intermediaria también, no sabe dónde están. Crumweather no sabe dónde están. Han registrado el cuarto del hotel, y lo han registrado de verdad. Jed Ringold llevaba las cartas cuando entró en el hotel. No salió del hotel y, al parecer, tampoco salieron las cartas.

—Donald, ¿qué quieres decir con eso? ¿Que están escondidas en otro cuarto?

—Tal vez; pero, si leo bien el carácter de Ringold, no creo que fuera un primo tan grande.

—¿Qué hizo con ellas entonces?

—Lo averiguaremos.

Conduje a Alta hasta Correos, me acerqué a la ventanilla de «Lista de Correos», y dije:

—Juan Waterbury, haga el favor.

Un empleado con cara de aburrimiento y un dedal de goma repasó una pila de sobres y me entregó uno que iba dirigido a «Juan Waterbury».

Se lo entregué a Alta cuando estuvimos dentro del coche.

—Echa una mirada al contenido —le dije— y ve si es lo que buscas.

—Donald, ¿cómo lo sabías?

—Sólo había un sitio en que podía haber metido las cartas: en el buzón. Las tenía cuando estaba en el cuarto contigo. Unos minutos más tarde, cuando le mataron, no las tenía. El asesino no se las llevó. Esther Clarde no sabe dónde están… No había más que un sitio en que podían estar: en el buzón.

»Ringold no se había portado como un caballero mientras estabas tú en su cuarto con él. Sin embargo, cuando te levantaste tú para marcharte, salió al pasillo con mucha amabilidad para tocar el timbre del ascensor y que éste subiera a buscarte. El motivo de que lo hiciera fue que el buzón estaba cerca del ascensor. Quería echar la carta al buzón en cuanto tú le dejaras.

—No comprendo exactamente cómo encaja Crumweather en el asunto.

—Me tuvo despistado al principio —confesé—. Como abogado de Lasster, es natural que interrogara a su cliente acerca de las mujeres que conocía. Lasster le habló de ti y de las cartas. Crumweather quería apoderarse de ellas. Abordó a Carter. Carter se lo dijo a tu madrastra, y ella se comprometió a conseguirlas. Y las consiguió, en efecto; pero no veía por qué había de sacarte a ti de la trampa… Bueno; ya conoces lo demás. Ella creyó que las cartas iban a pasar a manos del fiscal. Carter y Ringold querían sacar veinte mil dólares y luego entregarle la última tercera parte al fiscal. Aparentemente, no se le ocurrió a Crumweather que le estaban haciendo traición hasta después del asesinato. Entonces Clarde se puso al habla con él por teléfono y le contó lo ocurrido. Como es natural, se puso frenético. Quería apoderarse de las cartas antes de que lo hiciera el fiscal.

—Eres un verdadero brujo averiguando las cosas —dijo Alta.

—No lo creas. Me merezco un puntapié por empezar mal. Se me metió en la cabeza que Crumweather estaba complicado desde el primer momento. Creí que había visto una ocasión de sacarse treinta mil dólares y que quemases tú misma las cartas; pero, evidentemente, él nada había hecho.

—Entonces, ¿por qué se ha mostrado de acuerdo en representar a Carter?

—Por dinero.

—¿Cómo sabías tú el nombre que iba a llevar el sobre? —preguntó.

—Era el verdadero nombre de Ringold. Le pregunté a Esther Clarde anoche cuál era el verdadero nombre de ese individuo.

—Así, pues, ¿ya se te había ocurrido la idea del buzón?

—Sí.

—¿Y Carter no sabía que Ringold me iba a vender el tercer paquete de cartas?

—No. Ringold hizo eso por su cuenta. Carter desconfiaba: he ahí todo. No se atrevía a dejar de cumplir el encargo de entregarle las cartas al fiscal. Tu madrastra representaba más para él que Crumweather.

—¿Dónde me llevas ahora?

—Al edificio Commons. Quiero hablar con la secretaria del señor Fischler —dije, riendo—, y decirle que exija diez mil dólares antes de entregar ciertas acciones y opciones de una Compañía minera.

—Donald, ¿vas a exigirles tanto?

—Voy a exigirles todo lo que aguante la banca —le aseguré.

Llegamos al edificio Commons y subimos a la oficina de la Compañía de Ventas Fischler. Elsie Brand cerró precipitadamente el cajón de la mesa, en el que tenía una revista abierta, en cuanto abrí la puerta.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Es usted!

La presenté a Alta Ashbury.

—Cuando se presente el vendedor —le dije—, dígale que el señor Fischler está celebrando una conferencia fuera de la oficina y que va a venir dentro de un cuarto de hora; que podrá usted hablarle por teléfono, pero que no admitirá mensaje alguno de boca de ninguna otra persona y que no espera estar en el despacho hasta

dentro de dos o tres días.

—¿Algo más? —preguntó.

—Le pedirá que me telefonee y que me dé un mensaje. Veinte minutos más tarde puede usted llamarle y decirle que olvidaré todo el asunto y que entregaré las opciones por diez mil dólares y que no tomaré ni un centavo menos.

—¿Algo más?

—Nada más. Dígale que quiero los diez mil dólares en dinero contante y sonante y que usted se encargará de que el señor Fischler firme los documentos necesarios.

—¿Nada más?

—Nada más —le contesté. Y luego dije a Alta—: ¿Quieres entrar en mi despacho particular?

Entramos en el despacho particular. Al cerrar la puerta, vi que Elsie me miraba pensativa.

—No quiero que se me moleste —dije.

Alta se sentó en el sofá que estaba frente a la mesa y yo me senté a su lado.

—¿Es éste tu despacho, Donald?

—

Uh-huh

.

—¿Por qué lo montaste?

—Para echar una cana al aire y especular en minas.

—Eres muy reservado.

—No gran cosa.

—¿Y no he de decir nada de estas cartas?

—A nadie. Veamos el sobre.

Me entregó el sobre y yo quemé las cartas cuidadosamente, una por una, deshaciendo las cenizas en una escupidera.

No había hecho más que terminar cuando oí el jaleo en el despacho exterior y fuertes pisadas… Berta Cool abrió la puerta de mi despacho con violencia. Enrique Ashbury le seguía.

Berta dijo:

—Donald, ¿por qué rayos no me dijiste adónde ibas cuando marchaste?

Después de todo, eres mi empleado, ¿verdad?

—Estaba muy ocupado —le repliqué.

Alta se puso en pie de un brinco y le echó los brazos al cuello a su padre.

—¡Oh, papá! —dijo—. ¡Me siento más feliz!

—¿Ha quedado todo arreglado satisfactoriamente?

—Por completo —aseguró ella, dejándole manchada la mejilla de carmín.

—Bien, joven —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué tiene que decir?

—Nada. He hecho el trabajo que se me encomendó. Todo ha terminado, en cuanto a esa parte del trabajo se refiere.

—¿Y el asesinato?

—¿Qué pasa con él?

—Al parecer, Carter es el que estuvo en el cuarto ése; pero no quiere confesar nada y la señora Ashbury corrió al teléfono y le buscó abogado.

—¿A quién escogió? ¿A Crumweather?

—Sí.

—Crumweather —dije— luchará como un gato panza arriba. Tal vez les cueste mucho trabajo demostrar que no se trata de un asesinato.

—¿No le parece que debiera usted aclarar eso un poco más?

—¿Por qué? Eso es cosa de la Policía. ¿Por qué debemos dar nosotros muestras del menor interés en el asunto?

—Para asegurarnos de que se haga justicia.

—Usted preferiría que su divorcio se llevara a cabo sin la menor notoriedad, ¿no es eso?

—Él afirmó con la cabeza.

—En ese caso —dije—, Crumweather es un buen abogado para Carter.

—Tiene usted razón, como de costumbre, Lam. Vamos, Berta larguémonos de aquí.

Berta dijo:

—Necesito a Elsie en el despacho.

—Podrás llevártela dentro de dos o tres días, tan pronto como pueda liquidar mis asuntos aquí.

Berta miró a Alta, luego me miró a mí y, por último, a Enrique. Dijo:

—Bueno, Donald; no olvides que estás trabajando. Éste es un despacho y éstas son horas de trabajo. Despeja.

—¿Que despeje qué? —pregunté.

Ella señaló a Alta con un dedo.

La muchacha alzó la barbilla.

—Usted perdone, señora Cool —dijo—; pero, en cuanto a mí se refiere, este asunto no está terminado. Hay algunas otras cosas que quiero discutir.

—Yo tengo una agencia de detectives que dirigir y este chico es empleado mío. Puede usted hablar con él después de las horas de oficina.

—No haré tal cosa. Tal vez no se dé usted cuenta de ello, pero nosotros le estamos pagando cien dólares diarios, señora Cool.

—¿Quiere usted decir que…?

Berta Cool exhaló un suspiro. Se dio cuenta de la situación en seguida y me dijo:

—Me voy a las oficinas de la agencia.

Luego se volvió hacia Alta y agregó:

—En ese caso, querida, puede usted alquilarle por meses.

Ashbury dijo:

—Hasta más tarde, Donald.

Y a Berta:

—Un momento, señora Cool. Quiero acompañarla a su despacho y discutir unos detalles.

Oí la risa de Ashbury; oía Berta Cool cerrar la puerta tan de golpe que temblaron todos los cristales. Alta Ashbury y yo nos quedamos en el despacho solos durante largo rato.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.